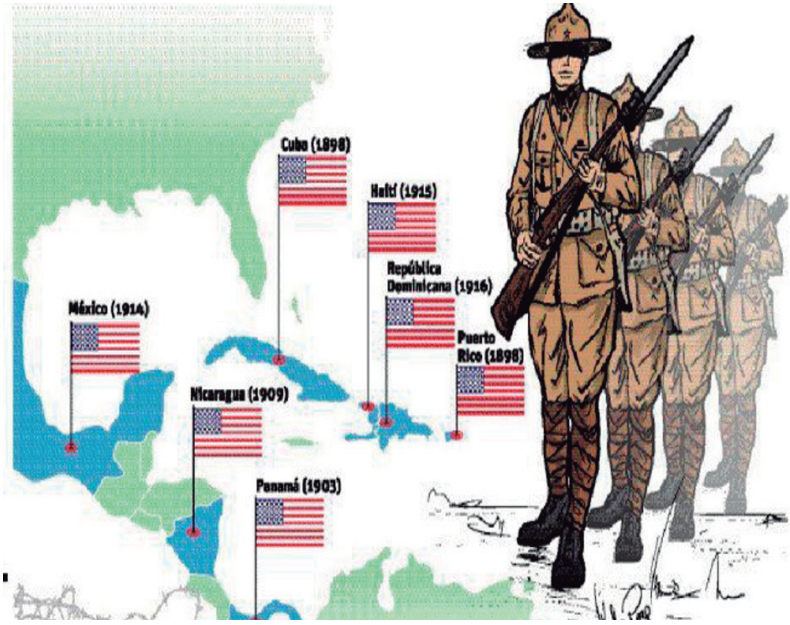
LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA

DE HAITÍ Y SUS CONSECUENCIAS

1915-1934


Cuba (1898)
Haití (1915)
República Dominicana (1916)
México (1914)
Puerto Rico (1898)
Nicaragua (1909)
Panamá (1903)

LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA DE HAITÍ Y SUS CONSECUENCIAS 1915-1934

SUZY CASTOR

Fundación Juan Bosch

Santo Domingo, República Dominicna
2016

La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias, 1915-1934

© Suzy Castor
© Fundación Juan Bosch

Edición y diagramación: Daniel García Santos

Ediciones Fundación Juan Bosch
Fundación Juan Bosch
Calle Nicolás Ureña de Mendoza No. 54
Esq. Font Bernard, Local 2a, Los Prados
Santo Domingo, República Dominicana
Teléfono: 809 472 1920
www.juanbosch.org

ÍNDICE

Al lector / 15

PRIMERA PARTE
ANTECEDENTES Y CAUSAS

Capítulo I. La situación haitiana en vísperas de la ocupación / 23
La situación económica / 25
La estructura agraria / 25
Estructura y tendencia del comercio exterior / 26
El embrollo financiero / 29
La penetración del capital extranjero / 30
Relación entre las fuerzas sociales / 32
Las clases dirigentes / 33
Los sectores medios / 35
El campesinado / 36
La crisis política / 37
Exacerbación de la lucha entre la burguesía comerciante y la clase feudal / 38
Ausencia de movimientos reivindicatorios de las masas populares / 39
Acentuación de las rivalidades entre las potencias extranjeras / 39
Derrumbe del poder establecido / 40

Capítulo II. Causas de la ocupación / 41
Política exterior norteamericana / 41
Expansión económica y política / 41
Intervencionismo en el Caribe / 43
El peso de los factores estratégicos / 45
El peligro europeo: ¿mito o realidad? / 45
El factor estratégico / 47
La motivación económica, fundamental / 49
La National Railroad Co. / 51
El Banco Nacional / 52
Diplomacia del dólar / 55

SEGUNDA PARTE
EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN HAITÍ

Capítulo III. La ocupación militar / 61
El pretexto y el desembarco / 62
La fachada legal / 67
El convenio haitiano-norteamericano / 67
La Constitución de 1918 / 72
Las fuerzas militares de ocupación / 75
La fuerza armada norteamericana / 76
La gendarmería / 77
La administración civil / 79

Capítulo IV. El vasallaje de las clases dirigentes / 83
La colaboración de la élite / 84
Ciertos integrantes del sector comercial / 86
El sector burocrático / 87
El clero / 87
Los resultados de una política de conquista / 88
Veleidades de Dartiguenave / 91
La prohibición de la importación de oro / 94
La «lucha por la escuela» / 95
Louis Borno: la colaboración incondicional / 97

Capítulo V. La penetración económica
en la agricultura / 99
Cambio esencial de la legislación agraria / 100
Concesiones, despojos / 101
Éxodo del campesinado / 107
La farsa de la modernización de la agricultura / 111
Agravación de la explotación y la miseria campesina / 116

Capítulo VI. El pillaje financiero / 121
La reforma financiera / 121
El aparato administrativo / 121
El papel de la banca / 124
El préstamo de 1922 / 126
La política de aumento de las cargas impositivas / 131
Otros sectores de inversión / 134

TERCERA PARTE
RESISTENCIA DEL PUEBLO Y ACOMODO
DE LAS CLASES DIRIGENTES

Capítulo VII. La resistencia armada / 139
La primera guerra de los *cacos* / 140
La epopeya de Charlemagne Péralte / 145
Bases políticas y organizativas del movimiento / 146
Los dirigentes del movimiento / 148
El armamento de los *cacos* / 151
Guerra del pueblo / 152
Las operaciones. Ataque contra la capital / 155
Las armas de la traición / 158
Carácter de la guerra y causas del fracaso / 168

Capítulo VIII. El movimiento pacífico / 173
Los integrantes y su acción / 173
La primera ola de radicales / 174

Los desilusionados / 175
El grupo de sangre nueva / 176
Los oportunistas / 176
La lucha política / 177
La lucha ideológica / 180
La crisis política de 1929, momento cumbre / 182
El tercer mandato de Louis Borno / 182
La huelga de Damiens / 185
La matanza de Marchaterre / 187
La Comisión Forbes / 189

Capítulo IX. El movimiento nacionalista triunfa en las urnas / 197
Las elecciones legislativas / 197
Los partidos y sus programas / 198
Las elecciones / 202
La contienda presidencial / 203
Los candidatos / 204
Las elecciones a puertas cerradas / 207

CUARTA PARTE
EL ACOMODO DEL APARATO NACIONAL

Capítulo X. Hacia la haitianización / 213
Posición del gobierno / 215
La lucha irreductible del nacionalismo integral / 217
Los instrumentos legales del neocolonialismo / 219

Capítulo XI. Saldo de la ocupación y evolución reciente en el marco de la dependencia / 229
Barniz modernizante, no desarrollo / 229
Dependencia estructural y estructura de la dependencia / 234
Reacondicionamiento sociopolítico / 241
El asentamiento en el poder del ala mulata de la élite

y la revolución del ala negra de la oligarquía / 241
El militarismo / 246
De la democracia representativa a los TTM
(«tontons macoutes») / 249

Bibliografía general / 255

ANEXO

Tratado entre los Estados Unidos y Haití.
Finanzas, desarrollo económico y tranquilidad de Hatí.
Firmado en Puerto Príncipe, el 16 de septiembre de 1915,
por el presidente de los Estados Unidos de América / 267

Acta adicional entre los Estados Unidos y Haití
que extiende la duración del Tratado
del 16 de septiembre de 1915, firmada
en Puerto Príncipe, el 28 de marzo de 1917 / 275

Informe de la Comisión Presidencial para el estudio
y la revisión de las condiciones en la República de Haití,
26 de marzo de 1930 (extractos) / 281

A los compañeros

Jacques Jeannot
Wiener Jean-Pierre
Adrien Sansaricq
Gérard Wades-Drandt

que desde México soñaron por un Haití
mejor y lucharon por la liberación del país

AL LECTOR

El 22 de abril de 1971, el mundo asistió a un acontecimiento poco común en la historia moderna: al morir el dictador de Haití, señor François Duvalier, al término de un período de trece años en el poder, dejó en la silla presidencial, «como sucesor vitalicio», a su hijo de diecinueve años.

Acontecimiento tan extraño en el último tercio del siglo XX resulta difícil de entender. No ha faltado quien, al observar este hecho y el fenómeno global haitiano contemporáneo, aluda a factores de tipo racial, o incluso religioso (el sensacional vudú), como elementos casuales o incidentales en la serie de males que acosan a la nación haitiana.

Cierto que pese a sus denominaciones de dependencia y subdesarrollo, comunes al llamado Tercer Mundo, y a sus muchas semejanzas con los demás países latinoamericanos, el fenómeno haitiano, por numerosas características, se singulariza a un punto que parece realizar —dentro de la problemática continental— esa utopía del pensamiento, «el tipo ideal», del que hablaba Max Weber.

Como anotaba Marc Bloch, «la incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado». La comprensión del caso haitiano resulta imposible sin el estudio de su evolución histórica toda, y en particular sin conocer el hecho trascendental

que constituyó la intervención norteamericana. Esta intervención representó un verdadero nudo donde se conjugaron a la vez los resultados del proceso de la historia nacional desde la independencia y la gestación de nuevos rasgos propios de la evolución del país en las últimas décadas.

Paradójicamente, este período, pese a su importancia, no mereció toda la atención debida. Pocos estudios han contribuido a su conocimiento. La bibliografía básica que a él se refiere se limita al libro de Raymond Leslie Buell, *The American Ocupation of Haiti*, publicado en 1929; al de Arthur Millspaugh, exconsejero financiero norteamericano en Haití, *Haiti under American Control*, publicado en 1937; y la obra de Dantès Bellegarde, ministro de Educación durante la ocupación, *La résistance haïtienne*, publicada en 1937. La aportación de cada uno de estos estudios resulta valiosísima, pero no deja de reflejar sus posiciones partidarias, ya sea el punto de vista oficial norteamericano, ya sea el de un sector de la burguesía haitiana. Vienen a ser indiscutibles testimonios de la época ofrecidos por actores participantes. Sin embargo, realizados durante la ocupación, o en sus postrimerías, no pudieron beneficiarse de la perspectiva del tiempo. Como dijera Marx, «frente a este fragmento de la realidad no dispusieron de la etapa superior que, al revelar los efectos de los acontecimientos pasados, les hubiera permitido captar y valorizar adecuadamente este acontecimiento».

A unas décadas del desembarco de los marines en Haití, el interés por este período histórico —tan oscuro a nivel nacional, totalmente desconocido en el continente— volvió a manifestarse. En 1956, Hogarth Nicolas en su libro *L'occupation américaine. La revanche de l'histoire* tuvo el gran mérito de recordar el tema a la atención nacional. El profesor norteamericano Hans Schmidt Jr., en estudio reciente (1971), *The United States Ocupation of Haiti, 1915-1934*, enfoca el tema desde la posición del académico liberal estadounidense que ve el acontecimiento desde fuera. Aunque reconociendo que «la ocupación no ha alterado profun-

damente la vida de la mayoría de los haitianos», hace hincapié en «las sustanciales realizaciones» a que dio lugar, y no hace referencia alguna a la actitud popular frente a la intervención, ni trata de definir el lugar de la ocupación en la trama global de la historia haitiana.

Por la falta de investigación sobre el fenómeno, la importancia fundamental que ha cobrado en el desarrollo histórico haitiano desde hace más de medio siglo y la necesidad de buscar en el pasado las raíces de los hechos presentes, una visión haitiana del fenómeno debía captarlo desde su dimensión interna y externa en su totalidad y sus proyecciones. Sobre todo porque en los últimos años la sombra de una nueva intervención norteamericana —hecha realidad en la vecina República Dominicana en 1965— planea sobre el futuro haitiano, y amenaza cualquier esfuerzo tendente al ejercicio efectivo de la soberanía y a una generación fuera de las pautas trazadas por la primera intervención de 1915.

En realidad, la ocupación militar norteamericana constituyó para Haití uno de esos acontecimientos externos que aceleran o frenan el proceso histórico natural de los pueblos. Cuando al principio del siglo XX una aguda crisis estremecía los cimientos de la nación haitiana con el impulso de ciertas fuerzas encaminadas a lograr un nuevo equilibrio, la acción de poderosos factores externos alteró ese proceso. Los Estados Unidos entraron entonces en una fase acelerada de su desarrollo capitalista, que culminaría en su etapa imperialista; tenían como meta importante de su estrategia de expansión, la dominación de América Latina. Esta revistió diversas formas, desde la sutil diplomacia del dólar hasta la brutal intervención militar, el Big Stick aplicado sobre todo en la zona del Caribe.

En el marco de esta política, las tropas norteamericanas desembarcaron en Haití en 1915, y permanecieron allí hasta 1934. Esta intervención —la más larga de la época— constituyó un caso concreto de imperialismo, o sea, que los monopolios, empeñados en ampliar su esfera de dominio, ejercieron su poder

hegemónico. Generó al mismo tiempo un orden de factores casuales que han determinado o condicionado desde entonces el desenvolvimiento socioeconómico del país, manteniendo la vigencia de un sistema caduco, integrado al sistema de dominación de los Estados Unidos.

Coincidió así con el fenómeno imperialista tal como fue definido por Lenin, quien señala, como característica intrínseca, la política de nuevo reparto del mundo efectuado por el capitalismo monopolista a expensas de los países coloniales o formalmente dependientes.

El capitalismo financiero —subraya Lenin— es una fuerza considerable, se puede decir decisiva, en todas las relaciones económicas e internacionales; es capaz de subordinar, y en efecto subordina, incluso a los estados que gozan de la independencia política completa. Pero se comprende que la subordinación más beneficiosa, más «cómoda» para el capital financiero es aquella que trae consigo la pérdida de independencia política de los países y los pueblos sometidos.

Lo acertado de esta aseveración se confirma con asombrosa exactitud en el caso bajo estudio, cuando se aprecia el papel del National City Bank en la intervención norteamericana en Haití. Como reconoció en 1936 el exalto comisario mayor Smedley D. Butler, ante un comité del senado norteamericano: «He servido durante treinta años y cuatro meses en las unidades más combativas de las fuerzas armadas norteamericanas, la infantería de marina. Creo que durante ese tiempo actué como bandido altamente calificado al servicio de los grandes negocios de Wall Street».

El impacto de esta fuerza externa de carácter económico, tecnológico, político y militar perturbó la dinámica interna de la sociedad haitiana. Dio lugar a cierto remoldeamiento del sistema vigente hasta entonces; sistema instaurado al estallar la sociedad colonial y esclavista a raíz de la revolución nacional libertadora (1789-1804). El nuevo ordenamiento interno insertó además a Haití en una relación de dependencia de nuevo tipo; no logró

modificar en su sustancia el sistema socioeconómico y político, ni imprimir a las estructuras un nuevo dinamismo orientado hacia el desarrollo. Por el contrario, fortaleció el viejo sistema absoluto posesclavista, y acentuó la deformación de las estructuras de corte feudal-mercantilista dependientes y el carácter opresivo de las instituciones sociopolíticas, logrando un mayor sometimiento de la sociedad haitiana a los designios de pillaje y hegemonía del imperialismo norteamericano.

Agradezco las observaciones que me hicieron algunos profesionales y colegas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, así como a Esther Velázquez y Mercedes Escamilla de Kurticz, que me ayudaron en la revisión de estilo.

Mi gratitud y mi profunda admiración a Gérard, cuyos consejos, estímulos, críticas, sugerencias y revisión constante en todas las etapas de esta investigación han permitido su realización.

Suzy Castor
México, diciembre de 1971

PRIMERA PARTE
ANTECEDENTES Y CAUSAS

CAPÍTULO I
LA SITUACIÓN HAITIANA EN VÍSPERAS DE LA OCUPACIÓN

El primero de enero de 1904, el presidente de Haití, general Nord Alexis, celebró en forma grandiosa las fiestas del centenario de la independencia en la ciudad de Gonaïves. Sobre el mismo terreno donde fuera firmada el acta independentista, el presidente escuchó con el más profundo recogimiento el himno nacional recientemente compuesto.

Bellos discursos fueron pronunciados para exaltar el gesto sublime de los fundadores de la patria. El cañón rugió en medio de los aplausos de la multitud. El viejo militar que se decía «guardián de la herencia sagrada» volvió a la capital poco después, seguro de haber cumplido su deber para con los próceres. ¿Cuántas veces no se había invocado esta herencia? ¿Pero hasta qué punto había sido reducida? ¿Cuál era la realidad de esta nación que entrara gloriosamente en la historia universal?

Haití, después de un siglo de independencia, ofrecía todas las características del estancamiento económico y de profundo desequilibrio social. La producción no aumentaba. Las masas vivían en la mayor miseria. La administración pública era caótica. El país no experimentaba ni estabilidad ni progreso.

Esta situación preocupaba a los más ilustres intelectuales. «Las agitaciones se habían convertido en el estado normal de la República» —escribía Desmevar Delorme.[1] Y Edmond Paul anotaría:

> En todo país donde el orden social descansa sobre fundamentos sólidos e incuestionables, solo es cuestión, en general, de que las administraciones que se sucedan agreguen su piedra al edificio nacional para su engrandecimiento indefinido. Las bases mismas de nuestra sociedad están incompletas; las instituciones haitianas han vacilado sin cesar; de ahí los choques y contragolpes de la política que han traído tan profundos problemas a nuestra existencia de pueblo independiente, comenzando esta disgregación de los elementos del porvenir que causa actualmente la vergüenza y el espanto de nuestros contemporáneos.[2]

Más tarde Louis Borno hacía hincapié: «Haití atraviesa, desde hace unos quince años, por la más dolorosa crisis de su historia».[3]

A principios del siglo, alarmados por la triste situación del país, muchos compatriotas pensaban con Hannibal Price: «La sociedad haitiana no puede descender más… Es necesario volver a elevarse o perecer. Dentro de cincuenta años seremos una nación aún pequeña pero seria, respetable y respetada si no temida; o bien no seremos nada».[4] Esa situación daba lugar en el extranjero a interpretaciones malintencionadas. En los Estados Unidos, particularmente los segregacionistas, nunca perdonaron a los negros haitianos el haber fundado la primera república ne-

1 Démesvar Delorme: *La misère au sein des richesses. Réflexions diverses sur Haïtí*, p. 18.

2 Edmond Paul: *Études politiques. Aperçu d'un plan de gouvernement*, p. 15.

3 Louis Borno: *La crise morale*…, p. 1.

4 Hannibal Price: *De la réhabilitation de la race noire par la Républic de Haïti*, p. 657.

gra del mundo a unos kilómetros de sus plantaciones del sur. Invocaban a menudo el caso Haití para apoyar su tesis acerca de la pretendida incapacidad de la raza negra para gobernarse. Numerosos visitantes extranjeros (periodistas, hombres de negocios), de regreso de Haití, hipócritamente manifestaban su compasión por este pobre país que fuera una colonia próspera. Las causas de tal estancamiento económico e intranquilidad sociopolítica se encontraban en las características económico-sociales de la evolución histórica de la nación haitiana.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

LA ESTRUCTURA AGRARIA

En la época colonial, la riqueza fabulosa de Saint-Domingue (nombre de Haití antes de la independencia) provenía de sus productos agrícolas. Ricos cargamentos de azúcar, café, algodón, índigo y madera de Campeche alimentaban el comercio con la metrópoli, así como las fortunas de los grandes colonos y de la burguesía francesa.

Haití conquistó su independencia al término de quince años de lucha a muerte. Las condiciones en que se llevó a cabo esa victoria tuvieron hondas repercusiones en la economía del país. Elevar esa economía desde el molde colonial esclavista hasta las condiciones de una nueva sociedad imponía promover la agricultura y aumentar la producción.

Pero poco esfuerzo real fue emprendido para llegar a ello. A un siglo de la independencia, el cultivo de café, principal producto de exportación, se había estancado. Ciertos productos, como el cacao y las especias, desaparecían paulatinamente.

Esta situación tenía su origen fundamentalmente en las características mismas del régimen agrario: el modo de apropiación de la tierra y la naturaleza antieconómica de las relaciones de trabajo.

Después de la independencia, el Estado confiscó las propiedades pertenecientes al reino de Francia y a los colonos franceses.

Así, de un 66 a un 90 % de las tierras cultivadas pasaron a constituir propiedades estatales, hecho quizá único en América Latina. Sin embargo, empezaron a surgir nuevas estructuras que dieron a la cuestión agraria su característica propia. Los gobiernos adoptaron una política de constitución de grandes propiedades privadas a partir de las tierras estatales. Grandes extensiones de tierra fueron distribuidas a los jefes militares de alto rango y a los principales funcionarios civiles negros o mulatos. Los presidentes mulatos hicieron concesiones a generales y jefes civiles mulatos (Geffrard); los presidentes negros, por su parte, invitaron al banquete agrario a sus colaboradores negros (Salomon). Así se fue generando una aristocracia terrateniente —negra y mulata—, constituida y consolidada gracias al poder político.

Como corolario, la gran masa rural estaba formada por un gran número de arrendatarios de pequeñas propiedades del Estado, de medianeros, semisiervos dependientes de los latifundistas y campesinos sin tierra. Por la ocupación de terrenos, un número creciente de «sin tierra» accedió a la pequeña propiedad en condiciones precarias, ya que por lo general estos ocupantes carecían de título de propiedad. Esta nueva estructura se caracterizó por poca productividad del trabajo agrícola. El cultivador dependiente tenía que entregar al latifundista el plusproducto de su trabajo, lo que le mantenía en el marco de la economía de subsistencia.

El trabajo sin remuneración monetaria fue otra de las características de estas relaciones feudales de producción. El sistema de medianería vino a predominar en el campo. Estas relaciones fueron institucionalizadas y reglamentadas por la Constitución, las leyes y el Código Agrario (1821), copiado del Código Napoleónico.

ESTRUCTURA Y TENDENCIA DEL COMERCIO EXTERIOR

El establecimiento de esta estructura con las relaciones feudales de producción que lo acompañaron, así como el escaso volumen de la producción mercantil disponible, no pudieron empujar la

agricultura hacia un desarrollo capitalista. Además, a raíz de la ruptura de las relaciones colonia-metrópoli la economía haitiana vivió en una forma de autarquía obligada, debido, por una parte, a la escasa disponibilidad de bienes producidos en esa etapa de mutación estructural, de ensanchamiento del consumo de las masas, y por la otra al bloqueo económico impuesto por Francia. Hubo que esperar hasta finales del siglo XIX para que las transacciones comerciales de Haití con el extranjero llegaran a un volumen bastante alto, y permitieran el desarrollo de una economía monetaria en reducidos estratos de la población sin que, no obstante, Haití volviera a ingresar en un sistema de intercambio intenso con el mercado capitalista mundial.

La producción agrícola, abundante y diversificada durante el período colonial, se convirtió en una producción de subsistencia, lo que estuvo acompañado de una baja considerable de las exportaciones; baja que resultaba de la destrucción de las plantaciones a raíz de la táctica de quema de tierras durante las luchas por la independencia, del surgimiento de nuevos sectores consumidores, de la falta de mercados como consecuencia del cordón preventivo establecido alrededor de la joven República; pero, sobre todo, de que el azúcar, el índigo y el cacao exigían muchos cuidados técnicos y una mano de obra capacitada que habían desaparecido con el absentismo de los terratenientes.

Solo el café pudo mantenerse como producto de importancia. Las plantaciones coloniales requerían pocas inversiones por parte de los nuevos propietarios, y no exigían que abandonaran la lucrativa actividad política. Las rentas de los granjeros y medieros les aseguraban mal que bien los réditos sustanciales.

Así, el fenómeno del monocultivo vino a caracterizar la producción, y el café constituyó el único producto de exportación que alimentaba la economía haitiana. El valor mercantil del café, muy superior al de los demás productos, sentaba cierto estímulo para su producción, garantizaba recursos considerables a los grandes finqueros y a sus aliados, los comerciantes consignata-

rios extranjeros; no obstante, estos propietarios, siempre ausentes de sus plantaciones, se contentaban con recibir, en cada cosecha, «mulas cargadas con el precioso grano».

Exportaciones haitianas de 1890 a 1915
(Promedio anual en miles de toneladas)

Período	Café	Algodón	Cacao	Azúcar	Madera de Campeche
1789	38.50	3.50	5.0	61	9.27
1890-1895	32.2	0.45	1.40	—	—
1896-1900	32.1	0.40	1.18	2.57	—
1901-1905	30	—	1.36	2.2	48.2
1906-1910	30.5	—	1.82	1.19	46.8
1910-1915	30.4	—	1.88	2.4	34.4

Cuadro construido según datos de Pierre Benoît, *Cents cinquante ans de commerce*, pp. 430-440.

Además del café, solo el cacao figuraba como producto de cierta importancia. El gran volumen de madera de Campeche exportada, ilustra el considerable abandono en que se encontraba la agricultura y la importancia que cobró la recolección.

La producción cafetalera, empobrecida por la vejez de las plantaciones, se inclinó hacia el descenso a principios del siglo XX. Las exportaciones se resintieron de manera notable. También sufrieron las consecuencias de las depresiones mundiales de 1901-1902 y de 1907-1908, que afectaron a los países compradores de materias primas. Esta doble coyuntura vino a catalizar, a partir de 1908, la gran crisis nacional, sobre todo porque durante casi un siglo el mercado haitiano no se había preocupado de acumular bienes de capital.

Haití era solamente un apéndice agrario de sus clientes industriales y no poseía siquiera un embrión de industria.

EL EMBROLLO FINANCIERO

El presupuesto haitiano se elevaba, en la primera década del siglo, a un promedio de diez o doce millones de *gourdes* (la *gourde* a la par con el dólar). Este valor estaba sujeto cada año a fuertes variaciones según el movimiento de exportación y las fluctuaciones de cambio. Equilibrar el presupuesto constituía en todo tiempo un verdadero rompecabezas, que compelía a contraer nuevas obligaciones con el interior o con el exterior, o a la emisión pura y simple de papel moneda.

Fundamentalmente, el presupuesto dependía de las entradas aduanales percibidas por el café. Los impuestos sobre ese producto aumentaban de año. Sin embargo, el Estado haitiano, a duras penas, cumplía con sus obligaciones. En vísperas de la ocupación norteamericana, a medida que se profundizaba la crisis general de la sociedad feudal haitiana se aceleraba el caos financiero.

La deuda exterior había crecido superando la capacidad de pago de la nación. En 1903, sumaba 33,121,999 dólares. En diciembre de 1904, 40,891,394 dólares, de los cuales 26, 784,149 eran de oro.[5]

Si se considera que en estos años el presupuesto anual del Estado no superaba los doce millones de dólares, se podrá apreciar en todo su significado la carga que representaba la deuda exterior sobre el erario público.

En marzo de 1910 se contrató un nuevo empréstito con la Banque de I'Union Parisienne: sesenta y cinco millones de francos (trece millones de dólares aproximadamente). Después de varios descuentos de diecisiete millones, fueron destinados treinta millones a comprar un conjunto de deudas,[6] con la sempiterna finalidad

[5] Anténor Firmin: *Mr. Roosevelt, président des États-Unis, et République d'Haïti*, pp. 438-439.

[6] Joseph Chatelain: *La Banque Nationale, son histoire, ses problèmes*, p. 80.

de unificar la deuda. Tan solo el 1,46% del monto total del préstamo fue puesto a disposición del Estado haitiano. Poco antes de la ocupación, la deuda exterior representaba un total de 133,156,580 francos (22,5 millones de dólares). Otro aspecto caótico era el sistema monetario que, por su parte, se veía sacudido por crisis perpetuas: devaluaciones, emisiones no controladas de papel moneda, uso de moneda falsa, circulación de varias monedas extranjeras, etcétera. Esta situación tenía su origen en las particularidades mismas de la gestión financiera y administrativa. Por ejemplo, entre enero y marzo de 1870 (guerra civil contra Salnave y división del país en tres partes) era necesario tener mil billetes en caja para comprar un dólar metálico, oro o plata.

Los billetes emitidos en Cayes o en Saint Marc eran burdamente impresos en papel común, de manera que cualquiera podría falsificarlos sin ser un experto dibujante ni mucho menos un tipógrafo.[7] En 1890 circulaban tres monedas diferentes: la *gourde* haitiana, el peso mexicano y el dólar estadounidense. No obstante el curso legal de la primera, las dos últimas fueron impuestas por simple decreto administrativo.

A partir de 1914 el caos político vino a hundir la economía, las finanzas y la vida nacional en la desesperación y la anarquía.

LA PENETRACIÓN DEL CAPITAL EXTRANJERO

Una disposición constitucional, celosamente mantenida desde la independencia, prohibía formalmente el derecho de propiedad a los extranjeros: «Ningún blanco, cualquiera que sea su nacionalidad, pondrá un pie sobre este territorio a título de amo propietario; y no podrá, en lo futuro, adquirir ninguna propiedad». Sin embargo, a principios del siglo XX la penetración del capital extranjero, sobre todo de capital mercantil, se hacía sentir de manera considerable.

Además, empezaban a instalarse algunas empresas fruteras como la American Dyewood of Boston, la compañía del señor

[7] Anténor Firmin: Ob. cit., p. 392.

Fritz Hartman instalada en 1901 en Bayeux y la compañía McDonald, dedicada a la explotación del plátano, desde 1907. Los extranjeros controlaban el comercio, aventajando cada día a los comerciantes haitianos. Para librarse de las leyes prohibitivas, en ocasiones se casaban con haitianas y ponían las patentes a nombre de sus esposas. De ahí la disposición de algunas constituciones que estipulaban la pérdida de la ciudadanía haitiana a toda mujer que estuviera casada con un extranjero.

En fin, por los sobornos, las promesas de apoyo político y el uso oficializado de prestanombres, las autoridades cerraban los ojos a los manejos ilegales de los extranjeros, que controlaban enteramente el comercio de importación y exportación, así como el comercio al menudeo. Su influencia se ejercía en la economía entera. La banca estaba en sus manos, así como el financiamiento de las deudas internas. De este modo aumentaban poco a poco los millones de una deuda flotante concentrada en manos del extranjero.[8]

Estas deudas escandalosas arruinaban cada día más al país y beneficiaban, en cambio, a los financieros. Existía también otra fuente de grandes ganancias: la explotación feroz de los pequeños empleados estatales. El gobierno favorecía oficialmente el uso de letras de cambio, emitidas contra el tesoro, para el pago de empleados públicos; el empleado cedía su sueldo, por medio de corredores oficiales, a los grandes comerciantes extranjeros en 10,9 y hasta 5% del valor nominal, o sea, 90, 92 o 95% de pérdida para él.[9]

En esas condiciones, no resulta extraño que estos capitalistas extranjeros hayan desdeñado las empresas agrícolas e industriales para otorgar preferencia a esas transacciones fantásticas, en que un malabarismo de carácter contable les permitía convertir un papel devaluado en oro rutilante.[10]

[8] Edmond Paul: *Haïti et l'intérêt français, p. 169.*
[9] Fleury Féquière: *L'éducation haïtianne*, p. 304.
[10] Ibídem, p. 306.

Otros inversionistas se orientaban hacia los servicios de transporte y comunicación. Por ejemplo, la compañía McDonald instaló vías férreas que unieron Puerto Príncipe con Saint Marc, y las grandes líneas de comunicación extranjera monopolizaron el comercio exterior; incluso el servicio nacional de cabotaje cayó en manos foráneas.

Precisamente en esta época se instalaron las compañías de muelles, de teléfonos, de luz eléctrica, telégrafos, tranvías y ferrocarriles, servicios hidráulicos, cables submarinos, mercados públicos, puentes, etcétera.[11]

Sólidamente incrustados en la vida económica haitiana, los hombres de negocios extranjeros ejercían también una influencia directa en la vida política, apoyaban a gobiernos, financiaban «revoluciones», participaban en la caída o subida al poder de los presidentes, menospreciando todas las leyes del país. «A principios del siglo XX, los intereses extranjeros en Haití se convirtieron en factor importante de la vida nacional».[12] La política de las grandes potencias era dictada por los intereses de sus súbditos en Haití.

Las reclamaciones a favor de esos comerciantes eran a menudo apoyadas por barcos de guerra; el país sufría muchas humillaciones, convirtiéndose en eterna víctima de conflictos de carácter internacional. Durante el período 1910-1915, los marines de potencias navales desembarcaron en diferentes ocasiones para proteger «las vidas y bienes de sus conciudadanos». Además, instigados por sus súbditos y en el cuadro de sus rivalidades interimperialistas, los gobiernos alemán y francés se pusieron a maniobrar para obtener el control de las aduanas y de las finanzas haitianas.

RELACIÓN ENTRE LAS FUERZAS SOCIALES

Dos observadores de la vida nacional en 1867, Bird y Ddehoux, dividieron la sociedad haitiana en tres grandes grupos: 1) masas popu-

[11] J. C. Dorsainvil: *Histoire d'Haïti*, p. 273.
[12] Alfred B. Thomas: *Latin America. A History*, p. 568.

lares sumidas en una profunda ignorancia, 2) ejército inmenso sin la menor hostilidad contra los extranjeros, 3) minoría compuesta por la clase ilustrada.[13]

Este esquema no llega, con su sencillez, a poner al desnudo las relaciones sociales que prevalecían en el país antes de la ocupación; sin embargo, ilustra la sociedad haitiana de aquella época.

Nos esforzaremos por llegar a una definición racional de las fuerzas existentes en Haití antes de la intervención norteamericana.

LAS CLASES DIRIGENTES

Eran, fundamentalmente, dos: la clase feudal y la burguesía comerciante, que, poco después de la independencia, iniciaron la lucha por el poder político; aquella, aplicándose por regla general a guardar el poder; esta, a conquistarlo. No obstante su profundo antagonismo, tenían intereses muy ligados que, según las coyunturas históricas, las llevaban a confundirse en una oligarquía compacta y rígida.

La clase feudal y su casta militar

Estas dos formaciones sociológicas se entrecruzaron de tal modo que es difícil a veces separarlas: un general con participación en el poder forma o agranda su domicilio, un gran latifundista quiere tener la autoridad que le confieren las charreteras. Por ello, se ha visto a hijos de latifundistas recibir mediante títulos honoríficos grados de coronel o general a la edad de cuatro años. De hecho, la relación estructura-poder traduce una misma dominación bajo un doble aspecto: económico y político; el primero determina el segundo.

En 1804, los jefes militares de la guerra de independencia prácticamente se convirtieron en gobernadores y administradores de la joven República; eran soldados, y las necesidades del mo-

[13] G. B. Bird y M. Dehoux: «Des révolutions d'Haïti, de leurs causes, de leurs remèdes», en Sténio Vincent: *En posant les jalons*, t. I, p. 94.

mento habían hecho de Haití un Estado militar. Desde entonces Haití siguió siendo un Estado militar. Tuvo que transcurrir más de un siglo de vida nacional para que apareciera el primer presidente civil: Michel Oreste, que ocupó el poder desde el 4 de mayo de 1913 al 27 de enero de 1914.

La estructura económica del país se prestaba a tal predominio del militarismo; la supervivencia de las relaciones feudales de producción hacía de cada terrateniente una fuerza económica. Y los generales, «comandantes de plaza», ejercían un poder discrecional sobre la población. Los civiles, sobre todo los campesinos, granjeros o medianeros de esos altos jefes, eran siervos sometidos a una violencia sistematizada. Esta clase se dividía, no obstante, en muchas facciones antagónicas que luchaban constantemente por la conquista del poder; el final de una insurrección marcaba siempre el comienzo de otra. Hacia 1878, el ejército haitiano contaba, en tiempo de paz, hasta con cincuenta mil hombres.[14] (Se estima que la población era de un millón trescientos mil habitantes).

Es obvio que dicho ejército solo perseguía oprimir al pueblo.[15]

La burguesía comerciante

Después de la independencia el comercio pasó a manos de haitianos, particularmente libertos, quienes ya en tiempos de la colonia poseían cierto «bienestar». De esta manera surgió poco a poco una burguesía mercantil formada en su mayor parte por mercaderes mulatos.

En medio de muchas vicisitudes, y pese a la penetración sistemática de los extranjeros, la burguesía comerciante comenzó a crecer, máxime bajo el régimen de F. G. Geffrard (1859-1867), quien le otorgó una relativa protección.

A través de largos períodos, esta clase pactó con la feudal y la casta militarista o no logró diferenciarse de estos otros sec-

[14] L. J. Janvier: *La République d'Haïti. Haïti et ses visiteurs*, p. 124.
[15] G. B. Bird y M. Dehoux, en Sténio Vincent: Ob. cit., p. 102.

tores dirigentes. Sin embargo, grandes contradicciones existían entre ellas y los feudomilitares, poco preocupados o incapaces de pensar en el desarrollo de la economía nacional y siempre dispuestos a otorgar privilegios exorbitantes a los extranjeros. La burguesía llevó con tenacidad una lucha desigual porque se encontraba ante la dificultad casi irresoluble de la acumulación de capital.

Después de cada movimiento, cada pillaje, cada incendio, su capital disminuía y, por consiguiente, a menudo tenía que retirarse definitivamente del negocio. Veía sus perspectivas de progreso, cerradas por la satrapía gobernante. Un avanzado grupo de ella no solo quería comerciar, sino invertir sus capitales dentro de una política acorde con la industrialización del país.

Los sectores dirigentes negros y mulatos, es decir, la casta militarista, los grandes señores feudales y la burguesía mercantilista, contaban apenas unas cinco mil personas (0,02% de la población total).[16]

A pesar de las contradicciones existentes en su seno, formaban una oligarquía homogénea frente al pueblo.

LOS SECTORES MEDIOS

Estaban integrados en un pequeño núcleo que formaban esencialmente funcionarios, pequeños comerciantes, artesanos y profesionales. Faltan datos para determinar sus condiciones de vida, bastante precarias. Los grupos intelectuales, sostenidos esencialmente por la burocracia, sufrían la inestabilidad política.

> Revocar a un empleado del Estado es decretar su muerte. […] Bamboleando por las revoluciones y el favoritismo conoce hoy un bienestar relativo; pero mañana, destituido, tiene que enfrentarse a una gran miseria. […] Los funcionarios padecían el embrollo financiero casi constantemente. A me-

[16] Arthur Millspaugh: *Haiti under American Control*, 1915-1930, p. 14.

> nudo el Estado no podía pagar a los funcionarios, quienes, algunas veces, cobraban solamente tres meses de sueldo durante todo el año.[17]

El comercio al menudeo venía a constituir una fuente de supervivencia para una parte de la clase media, pero era un recurso inseguro e inestable, dada la frecuencia de las insurrecciones, de los incendios, etcétera. En cuanto al proletariado, solo cabe anotar su ausencia casi total; el predominio casi exclusivo de la producción artesanal y la existencia de la industria explican este fenómeno referente al obrero asalariado. Los sueldos de los pocos trabajadores agrícolas oscilaban a principios del siglo entre siete y veinte centavos de dólar diario. Las masas urbanas sufrían la inseguridad causada por las crisis políticas: poco poder adquisitivo, desempleo y miseria.

EL CAMPESINADO

Quienes han estudiado esta época hacen hincapié en la *difícil* situación de los campesinos, que integraban alrededor del 95% de la población.

El yugo de los sátrapas

Si la tiranía miliar fue dura para las otras clases, para el campesinado fue implacable.

En el ejército, los campesinos ocupaban exclusivamente los puestos de graduación baja y casi nula. Los citadinos, gracias al juego de influencias, se sustraían del servicio militar, obligatorio para todos los ciudadanos entre dieciocho y cincuenta años.

El jefe de sección, o sea, el agente de la Guardia Rural y su temible ayudante eran los representantes de la ley en el campo. Aseguraban el reclutamiento de los campesinos para la *corvée* o trabajo obligatorio y, sobre todo, para el servicio militar.

[17] Fleury Féquière: Ob. cit., p. 306.

Las facciones feudales, en su lucha por el poder, utilizaban como tropa a sus siervos y a los campesinos pobres. Igual hacían durante las épocas de disturbios, tanto los insurgentes como el gobierno.

A lo largo del siglo XX gran número de campesinos se refugiaron en las montañas; sintiéndose víctimas de intereses ajenos, ni siquiera acudían a los mercados de las ciudades para salvarse así del reclutamiento forzoso. A fin de evitar las levas y los saqueos, construían sus chozas fuera de los caminos, sin preocuparse de producir mucho, ya que cualquier excedente servía para abastecer a los soldados.

La servidumbre económica

Como se ha visto, los campesinos sufrían la situación agraria existente.[18] La falta de títulos de propiedad propiciaba que a menudo fueran víctimas de despojos por parte de las autoridades. La masa de los agricultores estaba constituida por los campesinos sin tierra, medianeros o siervos. La conquista de un pedazo de tierra y su defensa a toda costa eran el centro de la vida campesina. El pago de la renta a los terratenientes o al Estado y el pago de impuestos servían para sostener a los sectores parasitarios. No obstante soportar toda la carga de la política inconsecuente de los sectores en el poder, la masa campesina se debatía en el analfabetismo y el retraso, vivía al margen del progreso.

Las protestas en contra de esta situación tomaron formas diversas y activas. En más de una ocasión los campesinos se levantaron en armas para reclamar su derecho a la propiedad y a una vida mejor.

LA CRISIS POLÍTICA

A principios del siglo XX el régimen se mostró incapaz de lograr un mínimo de estabilidad política. Las guerras civiles cobraron un carácter permanente. El malestar económico y social se tra-

[18] Perceval Thoby: «Questions agraires, 1888», en *Revue d'Histoire, de Géographie et de Géologie*, enero de 1952, no. 84.

dujo en una vida política cada vez más agitada. Pero en medio de aquel chocar de armas y del ir y venir de generales, algunas constantes pueden desprenderse.

EXACERBACIÓN DE LA LUCHA ENTRE LA BURGUESÍA COMERCIANTE Y LA CLASE FEUDAL

En las décadas anteriores a la ocupación norteamericana las contradicciones entre la burguesía y la clase feudal cobraron un carácter violentísimo; a menudo tomaron la forma de una lucha entre los sectores negros y mulatos de las clases dominantes. Como portaestandarte de la burguesía, en su mayoría mulata, el Partido Liberal organizó (1879) desde Kingston una expedición para arrebatarle el poder al Partido Nacional de Salomon, representante entonces de los sectores latifundistas, en su mayoría negros. Dicha expedición fue aplastada.

A la caída de Tiresias Sam (1902), la lucha se reanudó entre el partido de los terratenientes, representado por el general Nord Alexis, y el de la burguesía, dirigido por Anténor Firmin. El programa político de Firmin, brillante sociólogo y estadista, aglutinó buena parte de la población ilustrada. La juventud entusiasta, con fe en el futuro, lo apoyó. «El firminismo se convirtió más que en una religión en un fanatismo».[19] El general Nord Alexis utilizó el ejército para destruir mediante las armas a Firmin y sus partidarios, que tuvieron que tomar el camino del exilio.

Hubo una nueva tentativa por parte de los firministas, en 1908, para conquistar el poder. Llegados de Kingston, desembarcaron clandestinamente en Gonaïves. El norte, el Artibonite y el noroeste se solidarizaron con los insurgentes, quienes por falta de armas y municiones fueron pronto vencidos.

La burguesía, después de estos terribles golpes, no llegó a figurar en el terreno político como una «clase para sí».

[19] François Dalencourt: *Précis méthodique d'histoire d'Haïti. 5 siecles d'histoire, 1492-1930*, p. 107.

AUSENCIA DE MOVIMIENTOS REIVINDICATORIOS DE LAS MASAS POPULARES

A pesar de que el peso del sistema económico y sociopolítico en vigor recaía sobre el pueblo y que las causas objetivas del descontento aumentaban cada día, las masas no llegaron a manifestarse de manera consciente: dispersas, sin dirección, aspiraban a una vida mejor, pero no adquirían conciencia del camino que los pudiera conducir hacia su objetivo. Desde los movimientos de Acaau y Goman (1843-1848), las masas campesinas no llegaron a organizarse.

ACENTUACIÓN DE LAS RIVALIDADES ENTRE LAS POTENCIAS EXTRANJERAS

A finales del siglo XIX las rivalidades interimperialistas se manifestaron en el primer plano de la política internacional y repercutieron en la zona del Caribe. Francia, Alemania y los Estados Unidos participaron abiertamente en la política haitiana a fin de asegurar su zona de influencia. Algunas veces sus injerencias se reflejaron descaradamente: en 1888 la Marina norteamericana apoyó la insurrección de los militares del norte en contra del gobierno de Légitime; en 1902 el gobierno alemán prestó su apoyo al gobierno de Nord Alexis en contra de Firmin; en 1912, los sirios, residentes en Haití, coadyuvaron al complot contra el gobierno de Leconte, el cual culminó en la explosión que desplomó el Palacio Nacional; en enero de 1914, a la caída del gobierno de Michel Oreste, marines alemanes, norteamericanos y franceses desembarcaron en Puerto Príncipe para «proteger a las súbditos respectivos»; el 26 de mayo de 1914 un cañonero inglés vino a exigir del gobierno haitiano una fuerte indemnización para los señores Peters, quienes alegaban daños sufridos durante anteriores insurrecciones; y en diciembre de 1914 marines norteamericanos del barco *Machias* desembarcaron en Puerto Príncipe para sustraer medio millón de dólares de las arcas del Banco Nacional de Haití.

DERRUMBE DEL PODER ESTABLECIDO

El presidente Nord Alexis duró seis años en el poder, de 1902 a 1908, y logró resistir a las numerosas insurrecciones que anunciaban la gran crisis nacional. Su gobierno fue el último gobierno estable. Después vinieron los gobiernos conocidos en la historia nacional como «efímeros»: siete gobiernos en siete años. Solo durante 1914 se sucedieron tres presidentes, que fueron derrocados por insurrecciones. En marzo de 1915, el general Vilbrun Guillaume Sam conquistó el poder. Era un viejo político, exsenador, exministro, que estuvo comprometido en un escándalo financiero durante el gobierno de Nord Alexis. Fue el último gobierno antes de la ocupación. Elegido para gobernar siete años, se mantuvo en el poder solo cuatro meses.

Era ya la quiebra del sistema de relaciones económicas y sociopolíticas establecido en el país después de la independencia, sistema basado en el modo de producción feudal y en el nuevo estatuto de dependencia del país con respecto al mercado capitalista mundial.

El marasmo económico, las agitaciones sociales, la incapacidad del poder para mantener el orden; todo indicaba que a través de esas contradicciones nuevas fuerzas surgirían para afianzar su dominación e imponer ciertos cambios que hubieran permitido al país encontrar su camino. Un factor externo se interpuso al proceso natural de la comunidad haitiana en busca de su destino: la ocupación norteamericana.

CAPÍTULO II
CAUSAS DE LA OCUPACIÓN

POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

EXPANSIÓN ECONÓMICA Y POLÍTICA

Para comprender las causas profundas de la ocupación militar en Haití se hace indispensable recordar las tendencias generales de la política internacional y continental de los Estados Unidos a principios de siglo. La marcha hacia el oeste había dado a los norteamericanos inmensas riquezas agrícolas. La Guerra de Secesión (1861-1865) destruyó los obstáculos esclavistas y precapitalistas que aún persistían en el sur; el consumo interno aumentó y el comercio conoció una expansión sin igual.

El desarrollo de los ferrocarriles facilitó la expansión industrial. Un cuarto de siglo después de la Guerra de Secesión, los Estados Unidos se transformaron de país agrícola en país industrial. En 1894, la producción industrial igualó la mitad de toda la de los países de Europa occidental. «Poseemos tres de las cartas principales en la apuesta del progreso comercial: el hierro, el petróleo y el carbón —declararía en 1898 el presidente de la Bankers Association—. Hemos sido durante mucho tiempo el granero del mundo; aspiramos ahora a ser su fábrica».[1]

[1] Pierre Renouvin: *Histoire diplomatique*, t. II, p. 139.

De 1898 a 1910, la extracción de la hulla aumentó un 100%, la de cobre un 80%, la del mineral de hierro un 50%, el rendimiento de los yacimientos petrolíferos se acrecentó en un 35%, el valor de los productos manufacturados pasó del simple al doble.[2]

El desenvolvimiento industrial estuvo acompañado de fenómenos económicos importantes, característicos del advenimiento del imperialismo:[3] concentración de capitales, fusión del capital industrial y del capital bancario, exportación de capitales, nacimiento acelerado de *trusts*, como la Standard Oil (petróleo), la American Smelting and Refining Co., la General Electric, las grandes empresas automovilísticas. En 1912, más de la mitad de la riqueza nacional pertenecía a los *trusts* de Rockefeller y Morgan o se les subordinaba. En 1890, el capitán Alfred R Mahan escribía: «Quiéranlo o no, los Estados Unidos deben ahora comenzar a mirar hacia afuera. El crecimiento de la producción del país lo exige».[4] Desde fines del siglo XIX los círculos dirigentes de las finanzas y de la política (T. Roosevelt, Henry Cabot Lodge, J. Beveridge y otros) querían convertir a los Estados Unidos en una potencia de indiscutible dominio del hemisferio occidental, ya que poseía una gran Marina, detentadora del canal del istmo, con bases navales en el Caribe y el Pacífico, capaz de rivalizar con las más grandes potencias en condiciones de igualdad al menos.

Hasta fines del siglo XIX los intereses norteamericanos llevaron al gobierno a intervenir directamente en los asuntos internos de los países codiciados, como fue el caso, en 1893, de las islas Hawaii. En 1898 la guerra contra España por el control de Cuba marca el giro imperialista de la política exterior norteamericana. Aprovechando el movimiento emancipador del pueblo cubano, reiniciado en 1895, los Estados Unidos entraron en 1898 en guerra con España, que debió capitular

[2] Ibídem, p. 179.
[3] V. I. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, pp.13-84.
[4] McGrave Faulkner: *Historia económica de los Estados Unidos*, p. 461.

después de cuatro meses de lucha contra el pueblo cubano y la potencia norteamericana. Firmó España con los Estados Unidos —y no con Cuba— el Tratado de París en 1898. Teóricamente, Cuba era independiente; de hecho, como las Filipinas, Puerto Rico y las islas Guam, caía bajo la tutela estadounidense por «derecho natural», como lo deseaba años antes el senador Stephen A. Douglas.[5]

Después de tres años de ocupación efectiva, en 1901 los Estados Unidos firmaron con Cuba el tratado conocido bajo el nombre de Enmienda Platt, mediante el cual Cuba se volvía protectorado, y perdía el derecho de concertar alianzas con otros países y el de efectuar cambios en su política interna sin el consentimiento del gobierno estadounidense. Además, se comprometía a arrendar o vender a los Estados Unidos los terrenos necesarios para la instalación de estaciones carboníferas o navales.[6] Amparado por la Enmienda Platt, el gobierno norteamericano desembarcó sus tropas en Cuba en 1906, 1912 y 1917, para «proteger los intereses de sus súbditos».

Después de la guerra hispano-norteamericana, los Estados Unidos surgieron en la escala mundial como potencia económica de primer plano, prestos a desafiar a las naciones de la vieja Europa en una lucha acerba por un nuevo reparto del mundo.

INTERVENCIONISMO EN EL CARIBE

América Latina, y en particular la zona del Caribe, ocuparon un lugar selecto dentro de esa estrategia de conquista. Con sus tierras tropicales, ricas y fértiles, su densa población, el «Mediterráneo americano» era considerado por muchos estadistas norteamericanos como un vedado particular. «Es inevitable que, tarde o temprano, los Estados Unidos protejan y reglamenten la vida en las repúblicas del Caribe —comentaba Roosevelt—. La adhesión a la Doctrina Monroe puede forzar a los Estados

[5] Ibídem, p. 626.
[6] Ídem.

Unidos, aun en contra de su voluntad, y en caso de mala conducta o impotencia de estos estados, a ejercer la política de policía internacional».[7]

En 1901 se realizó la primera intervención armada en Nicaragua. En 1903, la intervención de los Estados Unidos en Colombia con la separación de Panamá, que surge como nuevo Estado bajo el nombre de República de Panamá, con un canal internacional que abrió nuevas rutas al «destino manifiesto».

En 1905, el presidente Theodore Roosevelt, «respondiendo al llamado» de varios dirigentes de la oligarquía dominicana, estableció una receptoría norteamericana en las aduanas de ese país, con el apoyo de los marines… Durante cuatro años los expertos financieros norteamericanos rehabilitaron las deudas externas e internas del país en beneficio de los intereses norteamericanos; y de ahí en adelante la política interna dominicana cayó bajo la tutela de los Estados Unidos, hasta 1916, en que se realizó un nuevo desembarco masivo de marines.

Mientras tanto, en 1908, el secretario de Estado, Elihu Root, subrayó la necesidad de la intervención en Centroamérica y el Caribe «cada vez que peligre el capital norteamericano allá invertido».

En 1911 el presidente Taft volvió a enviar unos 2,700 marines a Nicaragua para proteger al presidente Adolfo Díaz, dirigente del Partido Conservador nicaragüense. Estos contingentes, reforzados posteriormente, se quedaron en Nicaragua hasta 1925.

En esos mismos años, la intromisión norteamericana en Honduras llegó a tal grado que la designación de un nuevo Presidente de la República se efectuó a bordo de un acorazado yanqui, el *Tacoma*, que actuaba como mediador entre fuerzas civiles contendientes.

La intervención activa de los Estados Unidos en la política mexicana culminó en abril de 1914 con el desembarco de marines en Veracruz.

[7] Raúl Oseguera: *Operación centroamericana*, p. 97.

Como lo señala el profesor Arthur Link:

> […] aún más que durante las administraciones de Roosevelt y Taft la necesidad predominante de la política exterior norteamericana en 1913, y posteriormente, consistía en mantener la supremacía absoluta en las regiones de Centroamérica y del Caribe con el objeto de defender la línea vital panameña. Wilson y Bryan aceptaron este supuesto, quizás inconscientemente, pero fue el que dirigió todos sus cálculos y acciones en la política latinoamericana.[8]

Como tela de fondo de toda esa política se destacaba el imperativo de proteger y agrandar los intereses económicos norteamericanos en toda la región.

EL PESO DE LOS FACTORES ESTRATÉGICOS

EL PELIGRO EUROPEO: ¿MITO O REALIDAD?

La influencia europea —sobre todo la francesa— era predominante en Haití en vísperas de la ocupación; más de la mitad del comercio exterior se realizaba con la antigua metrópoli, que se beneficiaba con ventajas aduanales, monopolio de los préstamos públicos y gozaba de un fuerte prestigio cultural.

Por otra parte, el 80% de las casas comerciales establecidas en los puertos pertenecía a alemanes, y la tercera parte de las exportaciones de café iba hacia Hamburgo.[9] Los capitalistas alemanes controlaban una gran parte de la deuda exterior. Los

[8] Arthur Link: *La política de los Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*, p. 21.

[9] Raymond Leslie Buell: «The American Occupation of Haiti», en *Foreign Policy Association. Informations Service*, 27 de noviembre-12 de diciembre de 1929, vol. 5, nos. 19-20, p. 342.

bancos alemanes aseguraban casi exclusivamente el flete de los productos haitianos hacia el exterior.[10]

Hacia el año 1915 se hablaba del «peligro alemán». Un funcionario del Departamento de Estado en Haití escribía a este respecto en un memorando al Secretario de Estado:

> La situación se torna cada día más ventajosa para el ministro alemán en Haití, Mr. Pehrl; conocido como uno de los más hábiles y eminentes de los diplomáticos alemanes, hace todo lo posible por extender la influencia alemana […]. Parece que ahora los intereses alemanes se tornan tan fuertes que podrían dar como resultado un control germánico sobre las aduanas y posiblemente el control de un punto estratégico sobre el paso del canal del Viento, donde las estaciones de carbón pueden ser establecidas.[11]

Los estadounidenses se inquietaban por la participación activa de los alemanes en la vida política haitiana y en el fondo de las

[10] Alain Turnier: *Les Éstats-Unis et le marché haïtien*, p. 210.

[11] Memorando del 14 de mayo de 1914: ADE/Documento/838.00/1668. En 1922 el secretario de Estado para América Latina, Robert Lansing, subraya a la Comisión Medill McCormick: «Los norteamericanos tenían buenas razones para pensar que Alemania, hacia 1913, se preparaba para asegurar un control exclusivo de las aduanas haitianas y obtener una estación en el Môle-Saint-Nicolas […]. Los Estados Unidos ocuparon Haití porque querían frustrar todo intento, por parte de una potencia extranjera, de obtener una posición sobre un territorio de una nación americana, ya sea por el control de las aduanas o la concesión de una estación de carbón o una base naval, lo que habría constituido ciertamente una amenaza para la paz en el hemisferio occidental y un flagrante reto de la Doctrina Monroe». (Robert Lansing, citado por Arthur Link: Ob. cit., p. 267). «La ocupación de Haití —completó Lansing— tenía por objeto impedir el uso de Haití como base de submarinos alemanes». (*Cf.* Lansing a la Comisión McCormick, en Paul H. Douglas: «The American Ocuppation of Haiti», en *Political Science Quarterly*, p. 267).

perpetuas revoluciones.[12] También les preocupaba que muchos ciudadanos alemanes se hubieran casado con haitianas, incorporándose a la vida social del país.[13] Los Estados Unidos querían, a cualquier precio, desplazar los intereses europeos. Invocaron el «peligro europeo», que de hecho no existía. Desde 1909, M. Pichon, ministro de Asuntos Extranjeros de Francia, declaraba que en caso de una ocupación en Haití por los Estados Unidos su país se desinteresaría completamente de la cuestión.[14]

El peligro de una intervención europea, reconoce el profesor norteamericano Arthur Link, constituía «una gran exageración e incluso una falsedad». Sobre todo en vísperas del conflicto mundial, cuando las potencias europeas comprometidas en la contienda, y sobre todo Alemania, no podían mandar ninguna expedición militar a Haití.[15]

EL FACTOR ESTRATÉGICO

En 1847 el gobierno de James Polk manifestaba su interés por la posición estratégica de Haití. En 1904, al ser llevada la cuestión al Senado, el senador por Idaho sostenía la tesis de la adquisición de Haití en estos términos:

> La isla de Haití es, dentro del Océano, la tierra más próxima al canal de Panamá que puede ser hoy obtenida, bajo ciertas condiciones, por el gobierno estadounidense. Se encuentra directamente en la ruta que conduce a la entrada del Canal. Este país puede asegurar, a medio camino entre nuestros puertos y el Canal, una base terrestre que nos sería provechosa de cuando en cuando para proteger no

[12] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., y Dana Munro: *The United States and the Caribbean Area*, pp. 147-148.

[13] Memorando del 16 de mayo de 1914, Archivo del Departamento de Estado, ADE/Documento/838.99/1699.

[14] Arthur Link: Ob. cit., p. 267.

[15] H. Davis: *Black Democracy. The Story of Haiti,* p. 310.

> solamente al Canal sino también nuestra pequeña posesión en Puerto Rico, que se encuentra a un lado. Cada navío que deje las riberas del Atlántico debe pasar directamente a través de un brazo de mar estrecho entre la isla de Cuba y la de Haití, tan angosto que el alcance de los cañones podría atravesarlo dos veces.[16]

En 1891, cinco cruceros de guerra bajo las órdenes del almirante Cherardi exigieron del gobierno haitiano la cesión del Môle-Saint-Nicolas, que domina el canal del Viento, para una estación de carbón. Después de la adquisición del canal de Panamá, las gestiones por la cesión del Môle se multiplicaron y las presiones se hicieron más y más fuertes en los últimos años anteriores a la ocupación. Durante el verano de 1913, Wilson dio al exgobernador de Wyoming y asistente del secretario de Estado, John Osborne, la comisión de negociar la cesión del Môle. Bajo la presión popular, Michel Oreste rehusó.

Para enfrentarse a la insurrección de Davilmar Théodore, los hermanos Zamor acordaron una concesión del Môle a los estadounidenses. Pero la «revolución triunfante» no dio tiempo a llevar a cabo estas negociaciones. En abril de 1915, bajo el gobierno de Vilburn Guillaume Sam, el Departamento de Estado mandó una misión especial, encabezada por Paul Fuller, para negociar la cesión del Môle-Saint-Nicolas. Esa misión fracasó.

Así, el atractivo ejercido por Haití sobre los cerebros de los estrategas de la «integridad continental» era un hecho real que pesó ciertamente en el balance de los motivos de la ocupación… En ningún momento los Estados Unidos renunciaron a su deseo de ejercer control sobre este punto estratégico, pese a las declaraciones oficiales hechas repetidas veces por el gobierno norteame-

[16] Congressional Record, Washington, 5 de febrero de 1909, vol. 38, no. 39, pp. 752-753, en Anténor Firmin: Ob. cit., p. 153.

ricano, según las cuales no tenía interés en establecer una base naval en Haití.[17]

Durante los diecinueve años de la ocupación militar de Haití, los Estados Unidos no instalaron ninguna base naval en el país; pero esto se debió a las modificaciones de la estrategia militar, a raíz de la primera guerra mundial, que había disminuido decisivamente la importancia de dichas bases en las zonas cercanas al territorio de los Estados Unidos. La Marina de Guerra había adquirido más movilidad, más radio de acción; con el empleo de petróleo ya no hacían falta las estaciones de reabastecimiento de carbón. En estas condiciones, las bases del canal de Panamá o de Guantánamo venían a asegurar efectivamente la protección del canal del Viento y de la ruta interoceánica del canal de Panamá.[18]

LA MOTIVACIÓN ECONÓMICA, FUNDAMENTAL

En 1913, el presidente Wilson declaró:

> Nuestra obligación para con el pueblo norteamericano requiere que demos nuestra legítima asistencia a los inversionistas norteamericanos en Haití. Pero tenemos también la obligación de proteger a

[17] «Los Estados Unidos no tenían ningún interés en obtener una base naval en Haití. El Departamento de Marina había determinado desde hacía mucho tiempo que no tenía el menor deseo de tener una base, pero que quedaría perfectamente claro que una base controlada directa o indirectamente por alguna potencia constituiría una amenaza para la posición de los Estados Unidos en el Mar Caribe, para vigilancia del Canal y, por consiguiente, para la paz del hemisferio». (El secretario de Estado R. Lansing a la Comisión McCormick, ADE/Documento/711.38/187).

[18] Al acercarse la fecha de vencimiento del contrato de la base naval de Guantánamo, Cuba, el interés del Departamento de Estado por la posición estratégica de Haití parece acrecentarse. La isla de la Tortuga fue concedida a la compañía Dupont Caribbean, Inc., el 4 de diciembre de 1970 por noventa y nueve años renovables con posibilidad de traspaso a un tercero, según conveniencia del concesionario.

> Haití de la explotación o injusticias que sufriera por parte de los norteamericanos.[19]

El Departamento de Estado se dedicó a hacer realidad solo la primera parte de esta declaración; la segunda quedó como fórmula oratoria.

Después de intensas investigaciones sobre la posibilidad de invertir en Haití, muchos financieros norteamericanos habían llegado a la conclusión de que «invertirían inmediatamente… si el gobierno norteamericano aseguraba la dirección de los asuntos en Haití».[20] Los *businessmen*, ya instalados en el país, desempeñaron un papel muy importante en la evolución de las relaciones entre las dos naciones. Estaban encabezados por Roger L. Farham, vicepresidente y accionista del Banco Nacional de Haití y de la National Railroad Co. of Haití. En su calidad de funcionario del National City Bank of New York, institución que tenía parte de las acciones del Banco Nacional, Farham representó, virtualmente, al Departamento de Estado en las cuestiones concernientes a Haití.[21] Amigo personal de Boaz W. Long, jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, disfrutaba de toda su confianza; impresionó mucho a Bryan, aunque era evidente que Farham era solamente un banquero de Wall Street con grandes intereses en Haití.[22]

En vísperas de la ocupación, las inversiones estadounidenses en Haití se elevaban a más de quince millones de dólares;[23] además de sus intereses en las compañías de azúcar, de tranvías y de

[19] *Foreign Relations of the United States*, 1914, pp. 370-371.

[20] J. H. S., funcionario del Departamento de Estado en Haití, a la secretaría del Departamento de Estado, ADE/Documento/238.00/1667.

[21] Arthur Link: Ob. cit., p. 246.

[22] El secretario de Estado, Lansing, en una carta al presidente Wilson, reconocía que «Roger Farham no quiere a los habitantes y muestra mucha arrogancia en su trato con ellos. Yo no quisiera ser injusto con el Banco, pero creo que sus opiniones deben ser recibidas con cautela». (2 de agosto de 1915, ADE/Documento/838.00/1275).

[23] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 341.

muelles, los norteamericanos poseían el 50% de las acciones del Banco Nacional, de la Grace Syndicate y tenían concesiones para construir vías férreas desde la capital a Cabo Haitiano.[24]

Para llegar a esta posición, financieros norteamericanos y el Departamento de Estado habían colaborado estrechamente. Actuaron de común acuerdo en la intervención militar. Ya en vísperas de la ocupación, las exportaciones haitianas iban hacia Europa. Las importaciones, por el contrario, provenían de los Estados Unidos. Semejante ventaja había podido obtenerse en gran medida por las presiones del Departamento de Estado, empeñado en llevar al gobierno haitiano a extenderle a los Estados Unidos todos los privilegios que le habían sido otorgados anteriormente a Francia. A partir del tratado de julio de 1900, el comercio norteamericano gozaba de la cláusula de la nación más favorecida y de numerosos privilegios más.

Algunos ejemplos ilustran los medios empleados por el capital norteamericano en esta obra de penetración económica.

LA NATIONAL RAILROAD CO.

El 19 de julio de 1904 unos capitalistas estadounidenses habían adquirido del haitiano Rodolphe Gardère la Compañía Nacional de Vías Férreas. Después de varios intentos de reorganización, el 5 de agosto de 1910 fue firmado un contrato entre el gobierno haitiano y la National Railroad Co., por el «McDonald», ligado a las compañías W. R. Grace, el National City Bank y la Speyer Co. El contrato McDonald proveía la fusión en un solo sistema de dos líneas incompletas: una era Puerto Príncipe-Arcahaie-Cabo Haitiano; la otra, Gonaïves-Gros-Morne-Hinche. Además, McDonald recibía por un período de cincuenta años una concesión de veinte kilómetros de tierra de cada lado de la vía férrea para explotación del plátano y el correspondiente monopolio para su exportación y, naturalmente, la franquicia aduanal. Para financiar esas operaciones, McDonald emitió bonos a razón de veinte mil

[24] Arthur Link: Ob. cit., p. 245.

dólares por kilómetro de vía férrea, con intereses del 60% garantizados por el gobierno. Hacia 1913, la venta de bonos se elevaba a treinta y cinco millones de dólares.

Las operaciones de la Sociedad McDonald se realizaron con un derroche desvergonzado. El propio recaudador general, al considerar, años más tarde, los términos y condiciones del contrato McDonald debió reconocer que «desde el punto de vista financiero, la participación del gobierno haitiano en la National Railroad Co. era una de las más desastrosas aventuras en la historia de los gobiernos».[25]

Sin embargo, los *businessmen* no cumplieron con sus obligaciones. En agosto de 1914 el gobierno haitiano, ante la manifiesta incapacidad administrativa de la concesionaria, le dio a conocer su intención de rescindir el contrato. El secretario de Estado, Bryan, notificó a Davilmar Théodore que el gobierno norteamericano no aceptaría semejante medida. Impotente, el gobierno haitiano tuvo que someterse.

EL BANCO NACIONAL

La carta decisiva del imperialismo norteamericano para realizar sus designios en Haití fue el Banco Nacional. La historia de esta institución refleja los métodos empleados por los financieros franceses y después por los norteamericanos para dominar la economía de un pequeño país. Su evolución, a partir de 1900, es paralela a la de la penetración norteamericana en Haití.

Fundado en 1888, después de muchas vicisitudes, el Banco Nacional conocía una lenta agonía a fines de 1909. En 1910, el gobierno de Antoine Simon hizo un esfuerzo por reorganizar la institución sobre la base de un nuevo empréstito.

Después de largas negociaciones con financieros franceses y alemanes, un proyecto de contrato fue elaborado y sometido a la sanción del Cuerpo Legislativo. Mientras tanto, varios banqueros de Nueva York con intereses en Haití habían pedido expresamen-

[25] Recaudador General: *Annual Report*, 1922-1930, p. 87.

te al secretario de Estado, Knox, que interviniera con motivo de ese contrato para proteger los intereses norteamericanos. Washington inmediatamente accedió a su solicitud. El 14 de octubre, mientras los contratos del banco y el empréstito eran sometidos al acuerdo del Consejo Legislativo, el gobierno haitiano recibió un memorando del Departamento de Estado con violentas críticas en contra de esos acuerdos, desaprobándolos como «perjudiciales a los intereses norteamericanos, nocivos a la soberanía de Haití e injustos para el pueblo y el gobierno de Haití». El gobierno de Estados Unidos advertía, en todo caso, que «no permitiría que esos contratos produjesen efectos tan perjudiciales a los ciudadanos e intereses norteamericanos».

Esta intervención oficial, registrada por primera vez en Haití bajo forma tan clara y amenazadora, suscitó cierta alarma entre los negociadores. Por medio de un arreglo, el National City Bank fue introducido en el círculo de los «concesionarios». El Departamento de Estado retiró entonces sus objeciones y el contrato fue votado sin modificación. Las acciones se repartieron en el momento de la inauguración de la institución, en 1911, en la forma siguiente: grupo francés el 75%, grupo norteamericano el 20%, grupo alemán el 5%.

Ya desde su nacimiento, el Banco Nacional empezó a ejercer tantas presiones que el propio ministro norteamericano Furniss tuvo que reconocer que «el gobierno haitiano tiene serias razones para quejarse».

Para contener el embrollo financiero, el gobierno de Théodore, en 1913, ordenó una reforma monetaria que consistió en establecer una moneda nacional a base del oro y retirar de la circulación, en forma progresiva, el papel moneda. Semejante reforma podría llevarse a cabo solamente con el concurso del Banco. Este notificó también al gobierno su veto al proyecto de ley, lo que equivalía a negarle al país el derecho a proceder según sus propias leyes y a hacer las modificaciones institucionales requeridas por el interés público. Y una vez más el gobierno capituló.

No fue la última manifestación de la supremacía del Banco. El contrato de concesión estipulaba que debía otorgar créditos al gobierno para permitirle, entre otras cosas, pagar a los empleados públicos. Estos anticipos serían pagaderos con el conjunto de recetas aduanales, libres de afectación.

En julio de 1914, de acuerdo con el Departamento de Estado y para obligar al gobierno haitiano a aceptar una supervisión de las aduanas, el Banco, pretextando ciertas dificultades, rehusó suscribirse a sus obligaciones. «Condenaba así al pueblo haitiano a rendirse o morir de hambre».[26]

La situación se vio singularmente agravada. El 8 de diciembre de 1914, Roger Farham, funcionario del National City Bank, pidió por cable al gobierno norteamericano proceder a una transferencia del oro, en depósito, del Banco Nacional de Haití, hacia los Estados Unidos.

El 17 de diciembre, los marines del crucero *Machias* desembarcaron furtivamente y se adueñaron de quinientos mil dólares, reserva del Banco y propiedad del Estado haitiano. Este valor fue transferido al National City Bank. Las protestas del gobierno haitiano contra «este acto perpetrado secretamente y cometido en violación de las leyes de la República» no tuvieron eco. En estas diferencias con el gobierno haitiano el Banco estaba fuertemente apoyado por el Departamento de Estado. El secretario de Estado, Bryan, alegó el derecho de los Estados Unidos a «proteger los intereses norteamericanos que se hallaban amenazados…», y agregó que se trataba de un simple retiro de fondos de un banco privado a otro banco bajo su jurisdicción en Puerto Príncipe.[27] De hecho, subrayaba Alain Turnier, «esta afrenta a la soberanía por parte del Departamento de Estado pretendía, sobre todo, humillarnos, poner en claro su decisión de control y dominio y la inutilidad de toda resistencia haitiana».[28]

[26] Alain Turnier: *Les Éstats-Unis et le marché haïtien*, p. 214.
[27] *Foreign Relations of the United States*, 1914, pp. 380-381.
[28] Alain Turnier: Ob. cit., p. 260.

DIPLOMACIA DEL DÓLAR

Las numerosas peticiones dirigidas al Departamento de Estado por los negociantes norteamericanos con intereses en Haití pedían la intervención y empujaban a la realización de un gran sueño: el control de las aduanas. Dueños del Banco y de las aduanas, tendrían en sus manos la economía del país. Estas reivindicaciones coincidían con los objetivos de la política norteamericana en Haití desde fines del siglo XIX.

El control de las aduanas de la República Dominicana había constituido un paso definitivo hacia la anexión financiera y económica de la isla. El memorando de B. W. Long, del 12 de junio de 1914, sobre las «condiciones políticas de México, de América Central y de las Antillas», mostraba el único camino a los Estados Unidos: «el control financiero de todos estos países, agitados por revoluciones crónicas; las aduanas representaban la mayor tentación».[29]

El 1ro. de julio del mismo año fue aprobada por el presidente Wilson un proyecto de tratado para el control de las aduanas haitianas y la designación de un consejo norteamericano con poderes extensísimos. Farham recibió instrucciones de conseguir, por cualquier medio, el consentimiento del gobierno de Zamor. Este rehusó. Empero, acosado por la coyuntura política desfavorable, creada por la insurrección de Davilmar Théodore en el norte, debió declararse vencido y pidió la protección norteamericana para mantenerse en el poder. Los cruceros *Hanckoc* y *Kansas* fueron enviados con ochocientos marines a las aguas haitianas en octubre de 1914, según instrucciones de Bryan, «para establecer a Charles Zamor en sus funciones».[30] Llegaron tarde: Davilmar Théodore ya se había consolidado en la capital, derrotando por completo a las fuerzas de Zamor.

Las mismas proposiciones fueron dirigidas al nuevo gobierno. Este hizo comprender al Departamento de Estado que tal atentado

[29] Arthur Link: Ob. cit., p. 251.
[30] *Foreign Relations of the United States*, 1914, p. 105.

a la soberanía nacional propiciaría la indignación popular. Era imposible que su gobierno aceptase el control de las aduanas. Sin embargo, para obtener un préstamo con el propósito de proceder a la reforma monetaria, Théodore se mostró dispuesto a conceder privilegios comerciales o industriales a los ciudadanos norteamericanos y a otorgarles concesiones mineras.

El gobierno norteamericano rehusó. En marzo de 1915 la Comisión Forth and Smith fue enviada para negociar con Vilburn Guillaume Sam; no se llegó a ningún acuerdo. Poco después, en abril de 1915, la nueva misión de Paul Fuller G. no pudo ni siquiera iniciar las negociaciones.[31]

Cansado de estos sucesivos fracasos, el Departamento de Estado decidió cambiar de táctica. Ya en febrero de 1914, para sondear la opinión pública haitiana, habían sido giradas instrucciones al consulado norteamericano en Petit-Goâve para que procediera al control de las aduanas.[32] La vía diplomática fue, pues, abandonada por la intervención directa.

Mucho se ha subrayado los motivos humanitarios de la intervención en Haití. Farham pidió el desembarco de los marines «en nombre de los intereses de la humanidad».[33] El subsecretario

[31] Farham, vocero de los intereses norteamericanos, aumentaba su presión. En abril de 1915, Bryan escribía a Wilson: «Los intereses norteamericanos deben quedarse ahí con el derecho de adquirir una parte mayoritaria en el Banco, para convertirlo en subsidiario de un banco norteamericano [el National City Bank]. Los capitalistas norteamericanos desean hacer esto solamente si el gobierno da los pasos necesarios para protegerlos, y piensan que ninguna protección será suficiente si no incluye el control de las aduanas». (En Arthur Link: Ob. cit., p. 261). El presidente Wilson giró instrucciones a Bryan: «Pienso que debemos quedarnos en Haití y que debemos sostenerlos [a los capitalistas norteamericanos] y ayudarlos bajo formas legítimas. Es evidente que debemos adoptar una actitud muy firme con el gobierno haitiano y exigir ciertas cosas como condición de nuestro reconocimiento al gobierno». (Ídem).

[32] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 338.

[33] Farham al Departamento de Estado, 28 de julio de 1915, ADE/Documento/838.00/1385.

B. W. Long declaró: «La gran meta de la ocupación es mejorar las condiciones de anarquía, salvajismo y opresión para promover el establecimiento de la paz en la República».[34]

En un memorando Theodore Roosevelt habla de los motivos puramente altruistas que llevaron a los Estados Unidos a ocupar Haití. Detrás de esta retórica queda claro el afán deliberado de ocultar los verdaderos motivos de la intervención norteamericana. Fue un caso clásico de imperialismo y no constituyó un hecho aislado. Como todas las repúblicas de América Central y de las Antillas, Haití fue víctima de la política de expansión imperialista de los Estados Unidos.

[34] B. W. Long a Bryan, citado por Arthur Link: Ob. cit., p 247.

SEGUNDA PARTE
EL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN HAITÍ

CAPÍTULO III
LA OCUPACIÓN MILITAR

Desde fines del siglo XIX, la opinión ilustrada de Haití empezó a vislumbrar que el país estaba condenado a ser devorado por el coloso del norte.

Ciertos sectores de la prensa, Alcius Charmant en su libro *Haïti vivra-t-elle*, Emmanuel Kernizan en su obra *La Doctrine Monroe ou le droit natural des peuples*, lo mismo que políticos como Edmond Paul, Louis Audain, Louis Marcellin y Charles Moravia, consideraban con realismo la evolución de la política expansionista norteamericana en lo que concierne a Haití. Sténio Vincent afirma ya en 1903: «[…] la hipótesis de una intervención norteamericana es indiscutible, es casi una certeza».[1] Los norteamericanos, que ya desde noviembre de 1914 habían pensado en la ocupación militar del país, esperaban el momento oportuno,[2] el mismo que les fue suministrado en los sobresaltos agónicos del régimen feudal haitiano.

[1] Sténio Vincent: «Le naufrage», en *L'Effort*, 8 de abril de 1903, y en Sténio Vincent: Ob. cit., p. 266.

[2] En enero de 1915, W. J. Bryan escribía a Woodrow Wilson: «El buen éxito de los esfuerzos de este gobierno, en Santo Domingo, me sugiere que se pueden aplicar los mismos métodos en Haití en cuanto sea el momento oportuno». (Carta del 7 de junio de 1915, citada por Arthur Link: Ob. cit., p. 258. *Cf.* también James Weldom Johnson: *L'áutonomie d'Haïti*, p. 72).

EL PRETEXTO Y EL DESEMBARCO

Se ha dicho que el 4 de marzo el general Vilburn Guillaume Sam tomó el poder por medio de una «insurrección» triunfante. Un mes después, estalla en el norte una nueva insurrección dirigida por el doctor Rosalvo Bobo. Sus tropas avanzan sobre Puerto Príncipe. En la capital otra facción, encabezada por el expresidente Zamor, ataca con éxito el Palacio Presidencial. Viendo perdida la situación, el general Charles Oscar Étienne, jefe de la prisión, dirige la matanza de 173 políticos internados en la penitenciaría, solo seis de ellos pudieron escapar.

Los insurrectos del norte entran en Puerto Príncipe. Al enterarse de la matanza perpetrada en la prisión, una multitud indignada invade el consulado dominicano, donde se había asilado Charles Oscar. Al día siguiente, 28 de julio, la muchedumbre asalta la embajada de Francia para sacar al expresidente Sam, que es descuartizado en el acto.[3]

Se ha comentado mucho este hecho, haciéndolo aparecer como una característica de salvajismo. Sin embargo, la cólera popular no carecía de motivos. El pueblo quiso vengar, ajusticiando a los responsables, la odiosa matanza de la cárcel y mostrar su determinación de romper con un pasado dominado por la omnipotencia de estos sátrapas que, tras consumar sus crímenes, salían impunes hacia el extranjero para gozar del dinero robado.

[3] El encargado de negocios norteamericano, Robert B. Davis Jr., hizo el relato siguiente en una carta enviada al secretario de Estado el 12 de enero de 1916: «Al acercarme a la legación francesa un terrible griterío llegaba de esta dirección, doblé por la calle posterior a la legación y de pronto me encontré completamente bloqueado por una multitud que llenaba la calle de una acera a la otra. Pude ver que algo o alguien se hallaba en el suelo, en el centro de la muchedumbre, justamente frente a la puerta, cuando un hombre se apartó del grupo […] y pasó corriendo junto a mí llevando en la boca el pulgar de una mano cercenada de la que escurría sangre, detrás de él venían otras partes del cuerpo sobre palos, seguía una chusma que gritaba. El resto del cuerpo fue arrastrado por la multitud a través de las calles». (Robert B. Davis, carta al secretario de Estado, citada por Arthur Link: Ob. cit., p. 264).

Por ello, las circunstancias del derrocamiento de Sam difieren de todo lo ocurrido con anterioridad en Haití. En esta ocasión no se trataba de dos facciones de la clase dirigente coludidas para derrocar a un mandatario y enviarlo al exilio, mientras que la insurrección triunfante coronaba al nuevo amo… El pueblo irrumpía en la historia ajustando cuentas para manifestar cierta conciencia de su papel activo.

Además, el que la insurrección se encontrara dirigida por un médico, el doctor Rosalvo Bobo, hombre de reconocida integridad, posiblemente le confiere un significado que se diferencia de los perpetuos pronunciamientos de militares ignorantes que habían marcado la historia haitiana. Muy popular en grandes sectores de la población por su abnegación al ejercicio de su profesión, Bobo se opuso siempre a la injerencia de los norteamericanos en la vida nacional. Propuesto en 1911 para la firma del contrato McDonald, ministro del Interior en 1914, combatió el proyecto de control de aduanas por los norteamericanos. Su posición intransigente le valió ser considerado por el almirante Caperton «como un loco». Según el capitán Edward L. Beach, era un idealista «totalmente inadecuado para ser Presidente de Haití».[4]

En esta encrucijada y en condiciones de una profunda crisis del régimen feudal, la nación haitiana buscaba resolver sus contradicciones y encontrar un nuevo equilibrio que satisficiera las demandas, tanto de la burguesía liberal, como de las masas populares descontentas durante medio siglo. ¿A qué hubiera conducido la crisis de 1915 si hubiera logrado seguir su curso natural? ¿A una revolución democrático-burguesa como la que se desarrollaba en México en aquellos mismos años y que permitiría a esa nación iniciar su desarrollo económico? La intervención extranjera alteró y truncó el proceso histórico, imponiendo al cuerpo social hai-

[4] Hans Schmidt: *The United States Ocupation of Haiti*, *1915-1934*, p. 84. Consumada la ocupación, el doctor Bobo, candidato a la presidencia con el apoyo decidido de los *cacos*, fue descartado como posible presidente por las fuerzas extranjeras. Tuvo que salir al exilio.

tiano un injerto que vino a entorpecer su desarrollo natural más que a impulsar su crecimiento.

La víspera, el 27 de julio, el almirante Caperton, estacionado en las aguas de Cabo Haitiano desde el 1ro. de julio, recibió órdenes de desembarcar sus tropas en Puerto Príncipe, a fin de proteger los intereses norteamericanos y extranjeros. Recibió instrucciones de advertirles a los representantes franceses e ingleses que no realizaran ningún desembarco.[5] Caperton zarpó a todo vapor hacia Puerto Príncipe. Al día siguiente cuatrocientos marines de infantería (dos compañías de marines, tres de Blue Jackets) pusieron pie en territorio haitiano.

A petición de Caperton, el crucero *Jason* salió inmediatamente de Guantánamo con la 24ta. compañía de marines. De Filadelfia, el *Connecticut*, el *Eagle* y el *Nashville* con cinco compañías del 2do. regimiento de marines, bajo las órdenes del coronel E. R. Coles, vinieron a reforzar los contingentes de ocupación.[6]

Los marines desembarcaron en Bizoton, suburbio de la capital; guiados por cuatro marineros haitianos atacan los puntos estratégicos de Puerto Príncipe.[7] El arsenal, primer puesto atacado, resiste. Se señalan por su heroísmo los oficiales Joseph Pierre, Édouard François y Pierre Sully. Hay bajas de ambas partes.[8] Los marines retroceden, pero rápidamente atacan otros puestos que se rinden sin combatir. Todos los puntos estratégicos de la ciudad caen en manos de los invasores.

«Se puede decir, con toda veracidad —escribe Arthur Millspaugh—, que el presidente Wilson estaba al corriente de los más importantes acontecimientos de la situación haitiana, que, comparada con la guerra en Europa, parecía de menor

[5] *Cf*. Instrucción enviada al almirante Caperton. Solicitud de Lansing, 27 de julio de 1915, ADE/Documento/838.00/1276.

[6] Clyde Metcalft: *History of the United States Marine Corps*, p. 377.

[7] François Dalencourt: Ob. cit., p. 132.

[8] Wilson se mostró muy afectado por la muerte de los oficiales norteamericanos caídos en esta ocasión.

importancia».[9] Por otra parte, numerosas anotaciones de Wilson a los informes recibidos sobre Haití[10] indican que las órdenes eran trasmitidas y personalmente por el Presidente. Haití, desde 1915, era el centro de interés de la política estadounidense en el Caribe.[11] Surge una pregunta: ¿por qué un interés tan grande hacia un país tan pequeño?, ¿por su posición estratégica?, ¿por las inversiones norteamericanas?

Estos factores no parecen haber sido de más peso en Haití que en los demás países de América Central y el Caribe. La situación interna de Haití parece haber contribuido a semejante interés. En efecto, ni en Cuba, la República Dominicana o Nicaragua la crisis había llegado a tal punto, creando tal dinamismo en la política interna. La evolución de la situación en Haití constituía un mal ejemplo para la zona. Según Franklin Delano Roosevelt, entonces subsecretario de Marina de Wilson, «las atroces condiciones que prevalecían en la república haitiana podrían provocar agitaciones en los otros países del Caribe». Además, en Haití, un sector importante de la población era diestro en el manejo de las armas, poseía una larga tradición militar. Por otra parte, eran conocidas las raíces históricas y populares del nacionalismo en Haití y la desconfianza hacia los blancos. Todas estas circunstancias contribuyeron a que el Departamento de Estado, al internarse en lo que el profesor Link llama la «selva política haitiana», pusiera en práctica una política más calculada y más rigurosa.

En el momento del desembarco, ya sea por efectos de la sorpresa o a consecuencia de la descomposición del régimen, la desbandada es completa. Los norteamericanos son recibidos con los brazos abiertos por las clases dominantes. Caperton pudo proceder, sin que casi se ofreciera resistencia, a la ocupación militar del país y al desarme de la población.

[9] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 59.

[10] Consultando los archivos del Departamento de Estado, el autor ha podido darse cuenta personalmente que numerosos documentos sobre Haití llevan anotaciones de puño y letra de Wilson.

[11] John Chester Llyod: *The Caribbean since 1900*, p. 158.

Pronto se elevaron las protestas. Se fundaron los periódicos *Haïti Intégral* y *La Patrie*. Georges Sylvain organiza la Union Patriotique, vasto movimiento nacional para defender a la patria ocupada. Sin embargo, solo los *cacos*,[12] aún en pie de guerra en Puerto Príncipe y en Cabo Haitiano, representaban una verdadera fuerza de resistencia. Los de Puerto Príncipe estaban dispuestos a combatir.

«Cerca de mil quinientos *cacos* se encuentran ahora en Puerto Príncipe —escribía Caperton al secretario de Marina el 2 de agosto—, aunque ostensiblemente no tienen armas, están organizados, y muchos piensan que tienen armas y municiones escondidas. Piden la elección de Bobo para la presidencia. El Cuerpo Legislativo está a punto de darles satisfacción. Solo mi petición lo ha detenido».[13]

Era necesario pues, a todo precio, romper el poder de los *cacos* a fin de establecer un gobierno estable.[14]

Bobo, apoyado por los *cacos*, había formado en Puerto Príncipe un Comité Revolucionario. Opuesto a todo compromiso, era considerado como «un obstáculo serio al protectorado amigable de los Estados Unidos».[15] Sin embargo, decidió esperar las elecciones presidenciales y licenció a sus tropas, que fueron inmediatamente desarmadas y arrestadas.

Entonces, en un último intento por sobrevivir, el Comité Revolucionario proclamó la disolución del Cuerpo Legislativo el 11 de agosto. Pero ya era tarde: las bayonetas de los marines protegían a este Cuerpo.[16] El presidente del Senado, Sudre Dartiguenave, el

[12] *Caco*: Campesino rebelde de Haití durante la ocupación norteamericana.

[13] *Foreign Relations of the United States*, 1915, pp. 477-478.

[14] Robert Lansing*: Comission McCormick*, 4 de mayo de 1922, p. 633.

[15] F. Wirkus: *Le roi blanc de la Gonâve*, p. 30.

[16] Medidas estrictas fueron tomadas para proteger a los parlamentarios. Nadie podía acercarse al edificio del Parlamento, a no ser que fuera senador, diputado y oficial norteamericano. Todos los parlamentarios tenían, por otra parte, derecho a portar armas. Caperton era tratado con los más altos honores. (ADE/Documento/833.00/1339;838.00/1362).

presidente de la Cámara de Diputados, los senadores, diputados y exministros, tras establecer contacto con Caperton, convinieron en asegurarle a los Estados Unidos el control de las aduanas y de las finanzas haitianas.

Surgieron numerosos candidatos oficiales. Caperton eligió a Sudre Dartiguenave; el Departamento de Estado lo ratificó.[17]

Abogado de Anse-à-Veau, exsenador, exdiputado, exministro, Dartiguenave era un auténtico representante de la oligarquía nacional. Prometió una franca colaboración. «Dartiguenave —informa Caperton— reconoce que Haití puede aceptar cualquier tratado con los Estados Unidos, la garantía completa del Môle-Saint-Nicolas, y reconoce el derecho de los Estados Unidos a intervenir en los asuntos internos del país para guardar el orden y controlar las aduanas».[18]

El 11 de agosto, en el teatro Parisiana, diputados y senadores haitianos, marinos y encargados de negocios norteamericanos, nombraron a Sudre Dartiguenave por siete años. Algunos murmullos, rápidamente sofocados, tradujeron el descontento popular.

LA FACHADA LEGAL

EL CONVENIO HAITIANO-NORTEAMERICANO

El 14 de agosto, es decir, dos días después de ser designado Dartiguenave «presidente de facto», como decía Lansin, el Departamento de Estado sometió al Cuerpo Legislativo haitiano, para hacer inmediatamente y sin modificaciones, un proyecto de convenio. Las pretensiones expresadas en este convenio eran tan desmedidas y los términos tan humillantes para Haití que una fuerte oposición surgió en el seno mismo del Cuerpo Legislativo. El almirante Ca-

[17] «Los Estados Unidos prefieren la elección de Dartiguenave». (Benson al almirante Caperton: *Inquiry into Occupation and Administration of Haiti and Santo Domingo. Hearings*..., p. 315). (En lo adelante se citará solo como *Hearings*…, *N. del E.*).

[18] *Hearings*, p. 315.

perton hizo saber a las autoridades haitianas que tomaría todas las precauciones para asegurar el orden dentro del país.[19]

De hecho, «los representantes norteamericanos presionaron para inducir a la ratificación del tratado, precisamente como habían hecho en Cuba en el caso de la Enmienda Platt».[20] Caperton recomendó el inmediato control de las aduanas; [21] Mr. Long ratificó: «Creo que este control debe efectuarse de inmediato».[22] La orden fue llevada a cabo, y por la fuerza de las armas, los marines se adueñaron de las aduanas de Puerto Príncipe y de todo el país. Mientras las negociaciones continuaban y el convenio permanecía pendiente de ratificación, las autoridades de ocupación suspendieron los préstamos de la banca nacional al gobierno, decretaron la ley marcial el 3 de septiembre[23] e instauraron un tribunal prebostal en cada localidad.[24]

El proyecto de convenio dio lugar a tormentosas sesiones en las cámaras. El diputado por Gonaïves, Raymond Cabeche, intervino con nobleza:

> Según las declaraciones de sus agentes, el gobierno de los Estados Unidos, en nombre de la humanidad, ha efectuado en nuestro país una intervención

[19] Memorando de Mr. Long para Lansing, 5 de agosto de 1915, ADE/Documento/838.00/1422.

[20] John Chester Llyod: Ob. cit., p. 126.

[21] *Hearings*, p. 353.

[22] Mr. Long, memorando para Lansing, 5 de agosto de 1915, ADE/Documento/838.00/1426.

[23] La víspera Caperton telegrafió al Departamento de Estado de Marina: «Mañana proclamaré la ley marcial: 1º a causa del aumento de la intranquilidad; 2º del desencanto de los periodistas y hombres políticos, por la gran propaganda en contra del gobierno; 3º porque la situación es incontrolable; 4º muchos empleados son desleales al gobierno. Con el fin de apoyar al gobierno haitiano, el encargado de negocios y yo hemos decidido esta acción». Y muy confidencialmente agregó: «El presidente Dartiguenave, en una entrevista informal esta mañana, ha solicitado adoptar esta medida lo más pronto posible». (ADE/Documento/838.00/1287).

[24] Dantès Bellegarde: *La résistance haitienne*, p. 38.

> armada y nos ha presentado, a punta de bayonetas y con el apoyo de sus cañones y cruceros, un convenio que desde lo alto de su imperialismo nos invita a ratificar. ¿Qué es este convenio? Un protectorado impuesto a Haití por Mr. Wilson […]. Con este convenio, nosotros decretaríamos para el pueblo haitiano el servilismo moral además de la esclavitud física, que no osa restablecerse hoy. Compromete los derechos de la nación […]. Yo protesto en nombre del pueblo haitiano, en nombre de sus derechos, de su soberanía, de su independencia, contra el proyecto de convenio.[25]

El proyecto fue votado el 16 de noviembre y ratificado por el Senado norteamericano el 28 de febrero de 1916.

«Este acontecimiento —anunció triunfalmente Dartiguenave al pueblo— es el más importante de nuestra historia nacional. Es la fundación de nuestra independencia, la consagración solemne de la era del progreso para la nación».[26]

Los Estados Unidos, que ya habían realizado más de una experiencia de esta índole en América Central y las Antillas, supieron con este tratado fundamentar «legalmente» su intervención evitando que se suscitaran controversias, como en el caso del protocolo firmado con la Dominicana en 1907.

Lansing, resumiendo el alcance del tratado, escribía a Boaz Long, jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos: «El Tratado debe, principalmente, tender al control de las aduanas y a la aprobación de la Enmienda Platt».[27] Algunas modificaciones de forma fueron introducidas por el ministro de Relaciones Exteriores, Louis Borno, para dar al tratado «una fraseología más del gusto de los haitianos».[28]

[25] Ibídem, pp. 42-43

[26] *Hearings*, p. 395.

[27] Lansing a Long, 6 de abril de 1915, ADE/Documento/838.00/1426.

[28] Dantès Bellegarde: Ob. cit., p. 39.

Este convenio constituía la Carta Magna del régimen de ocupación. Abarcaba todo el conjunto de relaciones entre ocupantes y ocupados, entre el Departamento de Estado y el gobierno fantoche de Dartiguenave. El carácter de la «futura cooperación» se definía con los principios más bellos del mundo.

El preámbulo y el artículo I se referían al fortalecimiento de los lazos de amistad entre las dos naciones, al mejoramiento de la situación financiera, el mantenimiento del orden dentro de la República. Este artículo no estaba en el tratado original. Había sido sugerido por Louis Borno. Seis artículos (II, III, IV, V, VI, VII) se referían a la ocupación de las aduanas. Se estipulaba, entre otras cosas: «[…] un recaudador general, un consejero financiero con sus ayudantes y empleados nombrados por el gobierno norteamericano percibirán [y dispondrán de] todos los derechos de aduanas, asegurarán la distribución de los ingresos públicos y procederán a todas las reformas que sean necesarias para el saneamiento de las finanzas públicas».

El tratado de Nicaragua no iba tan lejos, y el convenio dominicano-norteamericano era mucho más limitado en su alcance. El tratado con Haití preveía no solo la recolección de los ingresos por los ocupantes, sino también el ejercicio de un control sobre los gastos.

El artículo X dispone «la formación de una gendarmería urbana y rural bajo la dirección de oficiales norteamericanos». Cuando estos últimos juzguen capaces de ello a los haitianos, procurarán poco a poco que los sustituyan. Esta cláusula no se encuentra en ninguno de los tratados impuestos por los Estados Unidos a otros países del Caribe.

A fin de preservar su independencia, Haití se comprometió a no ceder ni rentar ninguna porción del territorio nacional a otro país; a no firmar ningún tratado (art. XI); a no contraer ninguna deuda sin el consentimiento de los Estados Unidos (art. VIII). En cambio, los Estados Unidos prestarán ayuda a Haití para preservar su independencia, para mantener el gobierno adecuado, para

proteger vidas, bienes y propiedades individuales (art. IV); explotar los recursos naturales y desarrollar un servicio de sanidad adecuado (art. XIII).

El 28 de marzo de 1917 un acta adicional del tratado prolongaba este por un nuevo período de diez años. Esta acta preveía además un empréstito de tres millones de dólares al gobierno haitiano. Este nuevo arreglo concertado entre Caperton y el gobierno de Dartiguenave se mantuvo secreto hasta el 25 de junio de 1922.[29]

Posteriormente se firmaron varios acuerdos adicionales: el del 24 de agosto de 1916, sobre el control de teléfonos y telégrafos de Haití; el del 3 de agosto de 1918, referente al estatuto del consejero financiero; el del 24 de agosto de 1918, relativo a la presentación de proyectos de leyes haitianas a la legación norteamericana.

Oficialmente Haití depositaba la responsabilidad de su destino en manos norteamericanas. La vida económica del país, su defensa y su política exterior, estaban sometidas a los dictados del Departamento de Estado: «De hecho, Haití era un protectorado».[30] Y, según el propio Wilson, «el control de las aduanas constituía la esencia de todo este asunto».[31]

En el tratado en cuestión las obligaciones de Haití estaban delimitadas claramente, las de Estados Unidos, por el contrario, estaban expresadas dentro de una fraseología vaga y tramposa: poner a Haití sobre la ruta del progreso (preámbulo), «ayudar a mantener la independencia nacional» (art. XIII). No se refería el documento a la presencia de las fuerzas norteamericanas en Haití, la educación, la justicia; «no se sabía si la supervisión del desarrollo agrícola estaba a cargo de uno y otro gobierno o de los dos juntos. Todas estas cuestiones habían sido dejadas de lado».[32]

[29] Ibídem, p. 128.
[30] Melvin Knight: *Los americanos en Santo Domingo…*, p. 171.
[31] Arthur Link: Ob. cit., p. 262.
[32] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 58.

En sus relaciones con este nuevo protectorado, el gobierno norteamericano podía escudarse tras este convenio, «que iba más allá de todo lo que hasta ahora había sido propuesto a los estados del Caribe, combinando los términos de la Enmienda Platt, los del Protocolo de la Dominicana e incluyendo adiciones».[33] Además, el espíritu del texto inglés dominaba en toda discusión entre autoridades norteamericanas y haitianas.

LA CONSTITUCIÓN DE 1918

El convenio de 1915 no fue más que el primer paso en la búsqueda de esta pantalla legal. El Departamento de Estado deseaba que los actos realizados por los marines en Haití fueran aprobados de manera solemne, haciendo creer que habían sido sancionados por libre voluntad de la nación misma.[34] De ahí la necesidad de una nueva Constitución haitiana que sentara las bases «éticas» y jurídicas del nuevo estatus colonial.

El subsecretario de Marina, Franklin Delano Roosevelt, teórico de la doctrina de la Buena Vecindad, fue el arquitecto de dicha Constitución. Estaba tan satisfecho de su obra que declaró en el transcurso de su campaña electoral, en 1920: «Habéis de saber que yo he participado en la administración de dos pequeñas repúblicas. En realidad yo mismo escribí la Constitución de Haití y, si me es permitido decirlo, creo que es una muy buena Constitución».[35]

La Asamblea Legislativa y la opinión pública haitiana no consideraron esta Constitución tan excelente. En el momento de su ratificación las autoridades norteamericanas se enfrentaron a una violenta oposición.

Mientras tanto, las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo se deterioraban. El Senado, particularmente, reprochaba al Ejecutivo su gran complacencia para con los agentes de la ocu-

[33] Ludwell Lee Montague: *Haiti and the United States (1914-1938),* p. 58.
[34] Dantès Bellegarde: Ob. cit., p. 49.
[35] F. Cuevas Cancio: *Roosevelt y la Buena Vecindad*, p. 52.

pación. Estallaban con frecuencia conflictos en la Cámara. El 5 de abril de 1916, el presidente Dartiguenave, actuando bajo dictado de Caperton, emitió dos decretos: uno disolvía al Senado convirtiendo la Cámara de Diputados en Asamblea Constituyente;[36] el otro creaba un Consejo de Estado de veintiún miembros, nombrados por el Presidente, habilitado para revisar el proyecto de Constitución.

EL Senado trató de resistir apoyándose en el derecho. Rodeado de bayonetas, tuvo que dispersarse. Pero Caperton y Dartiguenave fallaron en sus cálculos. «La Cámara de Diputados rehusó el papel de Constituyente que le querían imponer».[37] Fue disuelta también. Se convocó a elecciones de inmediato, para enero de 1917. Organizadas por los marines, ocurrieron sin incidentes. Sin embargo, esta Cámara de la Restauración, escogida con la máxima precaución, pronto se mostró rebelde. Se negó a acceder a las «sugerencias obligatorias» de los jefes militares.

Ante esta actitud, el coronel Cole, del cuerpo de marines, telegrafió al Departamento de Estado: «Antagonismo Asamblea Nacional contra derecho de propiedad al extranjero así que si no se la disuelve podrá impedir voto Constitución, según informe 13107. Si Asamblea rehúsa tener en cuanta semejante advertencia, será necesario disolverla para lograr tal voto. El número de marines deberá ser aumentado al menos en siete compañías para impedir posibles desordenes en caso de disolución Asamblea».[38]

Ante las vacilaciones de Dartiguenave, que no quería aventurarse a disolver de nuevo las cámaras legislativas, el coronel Cole decidió actuar por sí mismo. Refiriéndose a las órdenes del Departamento de Marina, el mayor Butler, jefe de la policía, dis-

[36] Dio como pretexto de esta última medida que los diputados, para su elección al sufragio directo, eran los mejores intérpretes de la voluntad popular. (Dantès Bellegarde: Ob. cit., p. 50).

[37] Dantès Bellegarde: Ob. cit., p. 53.

[38] Citado por el senador Baran en su intervención al Congreso de los Estados Unidos, en Georges Sylvain: *10 années de lutte pour la liberté*, p. 56.

persó con exceso de violencia a los senadores y diputados recientemente elegidos.

La farsa de las elecciones era insostenible. Las autoridades recurrieron a un plebiscito para hacer ratificar los ciento treinta y cuatro artículos del proyecto de Constitución de Roosevelt. Los oficiales de policía recibieron la orden de valerse de su influencia y autoridad para obtener un voto favorable. «Fue una verdadera manifestación de fuerza bruta… una triste y amarga comedia en la que nadie resultó engañado».[39]

El 12 de junio de 1918, por votación «popular» (69,337 votos a favor, 235 en contra) se dotó a Haití de una nueva Constitución. Se introdujeron cambios sustanciales.

Como hemos anotado, una disposición, celosamente respetada desde Dessalines en todas las constituciones haitianas, prohibía el derecho de propiedad inmobiliaria a los extranjeros. La Constitución de 1918 dispuso: «El derecho de propiedad inmobiliaria se otorga al extranjero para necesidades de su residencia, empresas agrícolas, comerciales, industriales o de enseñanza». (Art. 5).

La nueva Constitución contenía, en cuanto a la organización de las cámaras de diputados y senadores, más o menos las mismas disposiciones, pero quitaban a la Asamblea Nacional el privilegio de la revisión constitucional, la cual se haría, en lo adelante, por vía plebiscitaria. La anterior Constitución preveía (art. 169) que las cuentas financieras de la República debían ser examinadas por la Cámara de Diputados; el artículo 117 de la nueva eliminó esta disposición, desligando al consejero financiero norteamericano de todo control legislativo.

Se ratificaban asimismo algunas cláusulas del convenio de 1915 (art. 118): el número de senadores, 39, fue reducido a 15; y el de diputados, de 72 a 36. Preveía la Constitución las modalidades de elecciones comunales legislativas y presidenciales. En fin, un artículo especial disponía: «Todos los actos del gobierno

[39] François Dalencourt: Ob. cit., p. 148.

de los Estados Unidos durante su ocupación militar en Haití son ratificados y válidos». «Ningún haitiano podrá estar sujeto a persecución en lo civil o en lo criminal por actos ejecutados, siguiendo órdenes recibidas durante la ocupación o bajo su autoridad». «Los actos del tribunal militar durante la ocupación no estarán sujetos a revisión».

Acertadamente, el presidente Harding diría más tarde: «Es una constitución dizque plebiscitaria, que las bayonetas norteamericanas hundieron en la garganta del pueblo haitiano».

Dentro del cuadro de la política del «gran garrote», las fórmulas democráticas, legislativas y constitucionales representaban, fundamentalmente, medidas demagógicas destinadas a calmar la inquietud de los círculos liberales de los Estados Unidos; tendían a difundir la imagen de la «misión civilizadora» en América Latina y en Europa, con el propósito de enmascarar la brutal realidad de la intervención de una gran potencia en los asuntos de un pequeño país.

LAS FUERZAS MILITARES DE OCUPACIÓN

Tras esta fachada legal, la ocupación era sostenida por una estructura administrativa y militar muy eficaz: «Hemos establecido en Haití un verdadero despotismo […] basado en la presencia de nuestros marines y la policía, puesta bajo la autoridad de oficiales norteamericanos».[40]

En efecto, la efectividad de la ocupación estaba asegurada por:

1. Una fuerza armada representada por las tropas de infantería de la Marina de Guerra de los Estados Unidos y el cuerpo haitiano de la gendarmería.
2. Un equipo de «expertos» casi confundido con la fuerza armada. Este aparato civil imponía las órdenes del Departamento de Estado.

[40] Clarence K. Sleik: «Haiti: Intervention in Operation», en *Foreign Affairs*, julio de 1928, vol. I, no. 4, p. 623.

LA FUERZA ARMADA NORTEAMERICANA

El almirante Caperton, jefe supremo de las fuerzas de ocupación, recibía órdenes directamente del Departamento de Estado y de la Marina y estaba encargado de hacerlas aplicar. Pese a que los dos países no estaban en guerra, el almirante, al ocupar Haití, proclamó la ley marcial, instituyó tribunales prebostales y decretó la subordinación de la autoridad civil a la militar.[41] La ley marcial confería al almirante «poderes y responsabilidades de gobernante en todas sus funciones a través del territorio nacional». Tras un año de intervención no había ningún funcionario civil norteamericano en Haití, excepto aquellos de la legación. El carácter militar de la ocupación se mantendría a lo largo de diecinueve años.

A partir de una reorganización en 1922, el Alto Comisario militar con rango de embajador supervisó oficialmente el control de todo el aparato de ocupación y, en consecuencia, del país.

En 1924, la fuerza militar yanqui en Haití comprendía dos generales, cinco coroneles, siete mayores y una brigada de marines de 1,916 hombres comandados por cincuenta y nueve oficiales. Dos años más tarde, el número de marines disminuyó a 916, concentrados particularmente en Puerto Príncipe y Cabo Haitiano. Para mantener el orden y fortalecer el aparato de ocupación se impuso la creación de un cuerpo haitiano de gendarmería. En efecto, para secundar los esfuerzos de los marines y «pacificar» el territorio nacional, la ayuda de los haitianos se hizo indispensable. Aprovechando sus experiencias en las Filipinas, los norteamericanos comenzaron inmediatamente a entrenar ese cuerpo.

La tarea del ocupante hubiera sido, en efecto, abrumadora, si las tropas norteamericanas hubieran estado solas para llevar a cuestas, largo tiempo, la pesada responsabilidad de mantener el

[41] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 66. A partir de 1919, el gobierno haitiano pidió en diversas cartas oficiales la abolición de la ley marcial y de los tribunales prebostales.

orden en las ciudades y garantizar la seguridad en las montañas. Además, tomando en cuenta el importante número de tropas que habrían sido necesarias para una ocupación completa del territorio nacional, los gastos habrían sido muy elevados. La presencia de elementos haitianos en la organización de las fuerzas policíacas pareció, pues, indispensable.[42]

Según testimonio del almirante Knapp, se empezó a organizar la gendarmería con anterioridad al tratado, que la oficializó después.

LA GENDARMERÍA

El tratado y varios acuerdos posteriores preveían la formación de la gendarmería, de los guardacostas y de la policía rural.

Poco a poco, la gendarmería se convirtió en una organización verdaderamente tentacular. En 1928, la Guardia de Haití, escribe R. L. Buell, va más allá del mantenimiento del orden. Está encargada de las prisiones, de los guardacostas, de la Compañía Eléctrica, del tráfico.[43] En 1916, el Departamento de Estado propuso poner bajo su jurisdicción al Departamento de Salubridad Pública, de Obras Públicas, el Servicio de Telégrafos y el Servicio Postal. En muchas localidades, el gendarme hacía las veces de bombero, impartía justicia,[44] se convertía en consejero financiero.[45]

Según informes del Alto Comisario en 1925, la gendarmería contaba con 2,795 hombres; en 1928, reunía a 3,000 y ocupaba el 15% del presupuesto nacional.[46] Estos gastos constituían una carga muy grande para la tesorería haitiana; pero la gendarmería gozaba de prioridad de sueldo.

[42] Memorando. Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, 24 de noviembre de 1992, ADE/Documento/838.00/1480. James McCroklin: *History of the Garde of Haiti, 1915-1934*, p. 358.

[43] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 358.

[44] Ibídem, p. 359. *Cf*. Emily Green Balch: *Occupied Haiti*, p. 132.

[45] Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 250.

[46] Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, 5 de diciembre de 1931, ADE/Documento/711.38/182.

Desde el principio, los yanquis consideraron la formación de este cuerpo como garantía de estabilidad.[47] Los sectores gubernamentales haitianos comparten esta opinión. Pero ¿cuál era la realidad de esta gendarmería?

En muchas ocasiones el gobierno de Dartiguenave denunció en memorando al Departamento de Estado la violación de artículos del convenio. «La gendarmería —decía— es una fuerza nacional colocada en primer término bajo la dirección del presidente de Haití, y no puede, por lo que toca a la organización y cumplimiento de sus deberes, ser sustraída al control del gobierno».[48] Sin embargo, la gendarmería constituía un cuerpo independiente del gobierno y no recibía órdenes más que del jefe de la ocupación.[49]

Los oficiales al mando de la gendarmería eran verdaderos potentados en sus respectivos distritos.[50] Durante los primeros meses de la ocupación estos oficiales pertenecían al cuerpo de la Infantería de Marina estadounidense. Pero la guerra reclamó tropas de línea; se enviaron a Haití viejos soldados groseros, suboficiales brutales, sin educación, y originarios del sur de los Estados Unidos.[51]

La gendarmería vino a ser el principal instrumento de dominación. «Existía un sistema de inteligencia militar por el cual todas las personas que pudieran constituir peligro para la seguridad y el orden se encontraban bajo estrecha vigilancia en todas partes del país».[52]

En su origen, la gendarmería se caracterizó por su papel esencialmente represivo. Su primera tarea fue reducir a los *cacos* en

[47] *Cf.* Informes del almirante Knapp. «Nosotros hemos ayudado a Haití. La anarquía ha sido reemplazada por el orden, y este ha sido mantenido». (Clarence K. Sleik: Ob. cit., p. 617).

[48] Mensaje del 24 de enero de 1921, *Documents diplomatiques…*, p. 226.

[49] Arthur Millspaugh: Ob. cit., pp. 68-69.

[50] H. P. Davis: Ob. cit., p. 195.

[51] James Weldom Jhonson: Ob. cit., p. 18.

[52] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 359.

Puerto Príncipe y «pacificar» el territorio nacional. Además, los gendarmes eran adoctrinados en la idea de ser guardianes del orden, amigos de los ciudadanos que respetan la ley, enemigos de los «malhechores» que perturban la paz pública. De esta manera la gendarmería participaba en el mantenimiento del orden establecido por los marines.

Se ha subrayado el papel positivo de ese cuerpo, principalmente en la construcción de caminos. Pero esos caminos correspondían ante todo a necesidades militares y su construcción dio lugar al servicio de *corvée* y a brutalidades tales que alarmaron a la opinión nacional e internacional. Incluso algunos oficiales norteamericanos han reconocido que la gendarmería no respetaba los derechos individuales y que cometía gran número de abusos.[53] En definitiva, marines norteamericanos y gendarmes «nativos» eran amos de vidas y haciendas en sus respectivas jurisdicciones. La ocupación vino a fortalecer la vieja tradición haitiana del militarismo y de la satrapía, y adiestró técnicamente a la guardia para que desplegara, en condiciones óptimas, su omnipotencia sobre la ciudadanía.

LA ADMINISTRACIÓN CIVIL

El Alto Comisario supervisaba también los departamentos de Salubridad Pública, Finanzas, Agricultura y Trabajos Públicos.

El tratado disponía que cada ministro haitiano debía ser asistido por un consejero norteamericano. Existía hasta un «experto en ratas». Un alto funcionario de Dartiguenave observó: «[…] nos llegó un experto en césped, y su tarea consistía en conservar la hierba de nuestros jardines públicos y privados».[54]

Según Dana Munro, esos oficiales eran seleccionados con mucho cuidado. «Casi todos hablaban francés; algunos nombramientos fueron hechos en función de la política, pero solamente unos

[53] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 88.
[54] B. Danache: *Le président Dartiguenave et les américains*, p. 88

pocos funcionarios eran malos».[55] Sin embargo, muchos testimonios niegan la competencia de estos expertos. En 1920, Horace Stilwell, del Departamento de Estado, calificó al Alto Comisario de inepto.[56] El consejero financiero Mcllhenny no tenía nada de economista; «su experiencia en asuntos económicos consistía en el lanzamiento al mercado de una salsa picante de su invención llamada "salsa picante Mcllhenny"».[57]

Su homólogo, Adison, residía más tiempo en los Estados Unidos que en Haití. Sus proyectos revelaban una total ignorancia de la situación del país. Trade Stewell, después de su encuesta en Haití, denunciaba al Departamento de Estado la incapacidad del Alto Comisario y de los funcionarios del tratado.[58] Raymond Leslie Buell, en 1928, pide que el Departamento de Estado aumente el salario del consejero financiero para poder, al fin, encontrar un funcionario capaz.

Consejeros y expertos eran designados por Washington y propuestos al presidente haitiano, a quien incumbía teóricamente ratificar o no dichos nombramientos.

Conforme a los términos del tratado, esos funcionarios dependían del gobierno haitiano. De hecho, los consejeros gobernaban sus respectivos departamentos. El Alto Comisario y los otros cinco consejeros formaban una especie de gabinete que administraba el país. Estaban sujetos solamente al veto del Departamento de Estado.[59] El tratado otorgaba poderes muy específicos y delimitados al consejero financiero. Era de hecho «todopoderoso», como lo testimonia Dantès Bellegarde, ministro durante el gobierno de Dartiguenave:

> Había que ver su soberbia, durante las sesiones en el Ministerio de Relaciones Exteriores cuando se

[55] Dana Munro: *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean, 1900-1921*, p. 361.
[56] Memorando, 2 de octubre de 1920, ADE/Documento/920.838.00/2607.
[57] Dantès Bellegarde: *Pour une Haïti heureuse*, p. 112.
[58] Memorando del 22 de octubre de 1920, ADE/Documento/830.00/260.
[59] Dantès Bellegarde: *Pour une Haïti heurese*, p. 112.

> discutía el presupuesto; acordaba o rehusaba los créditos solicitados por los secretarios de Estado para el funcionamiento de los servicios públicos o las reformas a realizar dentro de la administración general del país. Sentado a la cabecera de la mesa e inclinado tres cuartos sobre su silla, observaba la calle hacia la plaza Pétion y, sin mover su pipa de la boca, pronunciaba sentencias como estas *I cannot allow*… Teníamos la impresión de estar pidiendo limosna.[60]

En la fase de instalación, los oficiales norteamericanos dependían del Departamento de Estado y de la Secretaría de la Marina. Esta ejercía una verdadera dictadura sobre Haití, ya que suplantaba las directivas del Departamento de Estado.

Este doble mando era una fuente de dificultades entre los altos oficiales norteamericanos y acarreaba algunas veces tensión entre ellos.[61] Para remediar esto, el Departamento de Estado tomó a su exclusivo cargo este nuevo protectorado.

[60] Ibídem, pp. 75-119.

[61] Henry Fletcher: «Quo vadis Haiti», en *Foreign Affairs*, julio de 1930, vol. 8, no. 4, p. 530; Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 70.

CAPÍTULO IV
EL VASALLAJE DE LAS CLASES DIRIGENTES

Tras el desembarco, el almirante Caperton se aseguró el apoyo de las clases dirigentes tradicionales. «He conversado con los oficiales del último gobierno —escribía Caperton el 2 de agosto al secretario de la Marina—. Los senadores, diputados y haitianos prominentes opinan que las fuerzas norteamericanas deben permanecer en Haití y que las pláticas entre los dos gobiernos deben iniciarse».[1]

La burguesía aprobó la ocupación con la esperanza de una paz y prosperidad garantizadas. Los políticos vislumbraban una cuantiosa circulación de numerario que les permitiría enriquecerse.[2]

[1] Telegrama del almirante Caperton a la Secretaría de Marina, 2 de agosto de 1915, ADE/Documento/830.00/1236.

[2] Sténio Vincent, uno de los dirigentes nacionalistas reconoce: «Las condiciones en que el gobierno norteamericano intervino en Haití abrían un camino fácil a su acción altruista y a su influencia civilizadora. Habría por lo general entre los haitianos una especie de acuerdo secreto para excusar la intervención en caso de que ella liquidara la situación caótica que existía en el país, sustituyéndola por una vida organizada de paz y trabajo. Los más intransigentes de los patriotas, aquellos que se obstinaban en no aceptar el hecho realizado, terminaron por considerarlo como un mal necesario, pero temporal, rindiéndose a la evidencia de los resultados». (Sténio Vincent: Ob. cit., t. I, pp. 278-279).

El tratado fue firmado por la élite con menos hostilidad de la esperada por los norteamericanos. Estos se apoyaron en un importante sector de la clase dirigente que constituiría su fiel sostén durante todo el período de la ocupación.

LA COLABORACIÓN DE LA ÉLITE

Con llamadas al patriotismo, estos colaboradores trataron de que el pueblo compartiera su actitud. Imputaron la reprobación popular de la ocupación a falta de preparación política de las masas, a falta de *self-control*. Insistieron, para justificar la intervención, en la anarquía que reinaba en el país. Charles Moravia escribía en su periódico *La Plume* el 25 de agosto de 1915: «No estamos en guerra con los Estados Unidos, estamos en guerra con la humanidad, a la que hemos ofendido desde hace un siglo. Los norteamericanos son enemigos del despotismo soberano, y para impedir su restauración han ocupado el país».

Por su parte, F. G. Geffrard, terrateniente de Saint Marc, escribía:

> Si se considera sin prejuicios las cláusulas del Convenio de 1915, no resulta ninguna ventaja apreciable, sino la que permite a los comerciantes e industriales desenvolver aun en pequeña escala sus negocios tal y como está permitido a todos los extranjeros en territorio de Haití. Será necesario otorgar al gobierno de los Estados Unidos concesiones apreciables, y al pueblo estadounidense ventajas reales, excesivas, para alentarlos, seducirlos por ellas, a ayudar a los haitianos. El haitiano abandonado a sí mismo no ha alcanzado aún el *self-control*. Es necesario que el norteamericano establezca un régimen más enérgico en Haití.[3]

[3] Carta de F. G. Geffrard al Presidente de los Estados Unidos, agosto de 1920, ADE/Documentos/838.52/133.

Este barniz de patriotismo que encubría la colaboración, no podía engañar a nadie. De hecho, la élite pensó que los conquistadores, aun pisoteando a las masas ignorantes y miserables, la ayudarían a amasar fortunas estables en un clima de paz. Puso como pretexto su repudio a la intranquilidad, las pérdidas materiales y humanas sufridas durante las insurrecciones, su aprecio a la estabilidad. Pero su colaboración tenía un contenido clasista y no patriótico, como se desprende de la composición social de este grupo de colaboracionistas. Eran, en lo esencial, los políticos tradicionales:

> Las fuerzas de invasión que aún causan estragos en Haití se han mantenido a base de la ambición no controlada, la mala fe y la turba de políticos tradicionales, sedientos de gloria, taimados […] que quieren acuñar monedas y enriquecerse a expensas del pueblo, especulando con la desgracia de la República de Haití.[4]

> […] Estos son los hombres que precisamente personifican el pasado de injusticia social; los que han edificado, apoyado con las bayonetas de la ocupación, un nuevo gobierno.[5]

> Este grupo constituyó el más fuerte apoyo del ocupante.[6]

[4] Joseph Jolibois: «La doctrine Monroe», en Suzy Castor: *Une étape du nationalisme haïtien (1929-1934)*, p. 33.

[5] Charles Emmanuel Kernisant: *La République d'Haïti et le gouvernement démocrate de T. W. Wilson*, p. 34.

[6] En los archivos de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, como testimonio de la colaboración de los terratenientes, se acopian numerosas cartas de hacendados conocidos en que aseguraban al Departamento de Estado su colaboración «franca y leal», y de infinidad de oficiales norteamericanos a sus respectivos departamentos subrayando dicho apoyo.

CIERTOS INTEGRANTES DEL SECTOR COMERCIAL

La postura de ese sector fue compleja. En repetidas ocasiones los oficiales norteamericanos y el propio general de brigada aseguraron que «los comerciantes se muestran generalmente a favor de la ocupación».[7] Sn embargo, la actitud del comercio no fue de apoyo unánime al nuevo orden.

Grandes contradicciones existían en el seno de este sector. El haitiano se hallaba casi eliminado de la actividad comercial. Una lucha muy desigual, por otra parte, se libraba entre comerciantes extranjeros de origen norteamericano y los de otras nacionalidades. Así, el comerciante haitiano y el extranjero no estadounidense, desfavorecidos por la ocupación, jamás pactaron con ella. Ya en 1917, Dantès Bellegarde escribía: «Las medidas draconianas y las maneras arrogantes de Mr. Ruan tenían indispuesto contra él a todo el comercio. El ministerio de 1918 —prudente contestatario de los métodos del ocupante— encontró sus mejores aliados entre los comerciantes».[8] Más tarde, una parte de los comerciantes se alineó bajo la bandera nacionalista.

Sin embargo, los comerciantes árabes e italianos instalados en el país a fines del siglo pasado, considerados como haitianos por los norteamericanos, apoyaron activa y efectivamente la ocupación. Este grupo de comerciantes resultó beneficiado. Sus integrantes, a menudo naturalizados norteamericanos, gozaban de todos los privilegios de los conquistadores. Los nombres de los Kouri, Sada, Loukas, Fadoul, Bacho, Gebara, Boulos, Saieh, Mazouka, Bigio, Jean, Georges y otros, se encuentran en todos los informes y peticiones oficiales sobre el apoyo a la intervención del sector comercial que incluso pedía la prolongación del tratado.

[7] División de Asuntos Latinoamericanos, 17 de mayo de 1917, ADE/Documentos/838.00/1458.

[8] Dantès Bellegarde: *Pour une Haïti heureuse*. «Los miembros de la élite encontraban su posición más difícil que antes de 1915. Muchos, desgraciadamente, no podían obtener ganancias tan sustanciosas en el comercio, que se hallaba en gran parte en manos de extranjeros». (Dana Munro: *The United States and the Caribbean Area*, p. 176).

EL SECTOR BUROCRÁTICO

Con la creación y el mejoramiento del aparato administrativo se hizo necesario el reclutamiento de un número relativamente grande de funcionarios públicos. Así comenzó a desarrollarse una clase media alimentada por la intelectualidad.

Aunque perjudicado por los impuestos y la difícil situación económica general, este pequeño núcleo de funcionarios, recibiendo regularmente su pago, tenía la ilusión de cierta seguridad material; se constituyó en fiel aliado del régimen de ocupación y comenzó, desde entonces, a manifestar ambiciones políticas. Ya en 1930 la Comisión Forbes anotaba: «La élite ve en la elevación de una clase media una amenaza a la continuación de su propio privilegio de dirección».[9]

EL CLERO

Desde julio de 1915, el clero, particularmente la alta jerarquía, había asegurado su apoyo a las fuerzas de ocupación. Un memorando de la División de Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado subrayaba, en agosto de 1915, que Farham había ofrecido poner al almirante Caperton en contacto con el arzobispo de Puerto Príncipe, a quien pediría «poner a su disposición a los curas que serían enviados a muchos puntos del interior, acompañados de oficiales norteamericanos, para hacer conocer a los nativos las intenciones de los Estados Unidos»[10] y proceder a la instauración de la ocupación. La solicitud fue formulada y el arzobispo accedió a ello.

Monseñor Kerzuzan, «ese gran amigo de los norteamericanos», según el propio Farham, habla en 1918 de la «excelente cooperación entre la Iglesia y la ocupación».[11] En una carta di-

[9] Comisión Forbes, en Sténio Vincent: Ob. cit., p. 340.

[10] Memorando del Departamento de Estado, División de Asuntos Latinoamericanos, 11 de agosto de 1915, ADE/Documento/838.00/1427.

[11] Departamento de Estado, División Asuntos Latinoamericanos, 10 de septiembre de 1918, ADE/Documento/838.00/1533.

rigida al periódico *L'Essor* en 1919, este obispo de nacionalidad francesa censuraba en nombre de la Iglesia a aquellos que «minan inútilmente sus energías y murmuran contra la ocupación». En numerosas ocasiones se mostró pesimista en cuanto a la capacidad de los haitianos para gobernarse a sí mismos. El púlpito se convirtió a través de todo el país en tribuna donde los sacerdotes pedían a sus feligreses poner de lado cualquier falso patriotismo a fin de colaborar. En Hinche, por ejemplo, durante el movimiento de Charlemagne Péralte, en los años 1917-1918, los sacerdotes abogaban por la represión del movimiento nacionalista. Según un informe del general de brigada Cole, en las iglesias a menudo se rezaba por el mantenimiento de la ocupación.[12] El padre Mahot, capellán de Palacio, enjuició en un sermón el nacionalismo, al cual tachó de anarquismo. En un discurso, cuando el jubileo de Auguste Boamy, Sténio Vincent criticó esa actitud del clero extranjero que, aprovechando la influencia ejercida sobre una parte de la población, la empujaba a adoptar una actitud netamente antipatriótica.

Tras la crisis de 1929 y frente a las fuerzas del movimiento nacional, el clero se vio obligado a revisar su posición. Para explicar la política que ejerciera durante quince años, alegaba en su favor las cláusulas del Concordato de 1860, que hacía depender la jerarquía católica del gobierno haitiano cualquiera que este fuera.[13]

LOS RESULTADOS DE UNA POLÍTICA DE CONQUISTA

En su búsqueda de una fachada legal para encubrir la realidad, las autoridades norteamericanas, aun manteniendo un régimen de ocupación militar en Haití, se preocuparon por establecer una autoridad nativa que pudiera aparentar el papel de gobernante efectivo del país. Por ello, nombraron sucesivamente a dos presidentes: Sudre Dartiguenave (1915-1922) y Louis Borno (1922-1930).

[12] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 87.

[13] Monseñor Le Gouaze, arzobispo de Puerto Príncipe, alegó los mismos argumentos en una entrevista con el autor en 1958.

El régimen político así establecido ha sido descrito en los términos siguientes:

> Un régimen híbrido, dos estados sobre un mismo territorio, un Estado soberano y un Estado vasallo. El Estado soberano poseyendo dos cabezas: el Alto Comisario y el consejero financiero, dueños absolutos de nuestros asuntos políticos y administrativos. Y más arriba, emergiendo de entre esas dos cabezas […] que combinan la persecución armoniosa de sus designios siempre tenebrosos, una soberanía feudal del Departamento de Estado, con los largos brazos tentaculares del monstruoso pulpo de Wall Street.[14]

El cuadro administrativo haitiano cambió completamente. Sustituyó al Cuerpo Legislativo (Senado y Cámara de Diputados) un Consejo de Estado, nombrado y revocable por voluntad única del Presidente de la República. El Poder Judicial fue avasallado. Hasta las administraciones comunales perdieron su autonomía.

Esa política empezó a hacerse sentir incluso en los sectores colaboracionistas: los marines en Haití no necesitaban aliados sino servidores. La burguesía en particular pronto se percató de que los marines pacificaban en servicio exclusivo de los financieros norteamericanos. Esta clase, hasta entonces, no pagaba impuestos, porque sus privilegios la colocaban por encima de la ley. Al sobrevenir la ocupación, tuvo que pagar impuestos y, por ello, gritaba como si la degollaran. Había admitido el derecho a la intervención de la «gran potencia pacificadora»; esperaba recibir en el marco de una verdadera «cooperación» algunas migajas del festín; de hecho, la ocupación no le ofrecía esa oportunidad. «La colaboración —observaba Sténio Vincent—, la libre y leal colaboración que habíamos sinceramente esperado, entre

[14] Sténio Vincent: Ob. cit., p. 356.

haitianos y norteamericanos, ¡hubiera sido tan provechosa! Pero ellos nos trataron como país conquistado».[15]

El desprecio de los ocupantes hacia la población hería a todas las capas sociales, en particular a la élite. Ese desprecio se agravaba por el sentimiento de superioridad racial que ostentaban los norteamericanos… Desde la independencia, los haitianos, y especialmente los miembros de la élite, no habían sufrido la discriminación racial y no experimentaban ningún sentimiento de inferioridad.[16] Claro que existían los prejuicios de la élite, por lo general mulata, contra la masa negra en su generalidad. Pero el problema jamás se había planteado para con la élite mulata en términos de raza superior o inferior, como la vinieron a plantear los marines al «dibujar una línea de color como en el sur de los Estados Unidos».[17]

Los ocupantes tenían conciencia de una superioridad conferida por su raza. Un oficial norteamericano expresaba clara y sínicamente lo que pensaban sus colegas: «Lo molesto en este asunto es que algunas de esas personas con un poco de dinero y educación se creen tanto como yo».[18] Los oficiales del tratado y los marines habían sido reclutados casi en su totalidad en el sur de los Estados Unidos. Social y políticamente se establece una demarcación entre negros y blancos. Incluso había misas para blancos y misas para los haitianos.[19] El presidente de la República y los altos funcionarios del gobierno jamás fueron invitados a

[15] Ibídem, p. 276.

[16] El haitiano no albergaba ningún complejo de inferioridad ante el blanco, como se vio en ciertas colonias. El último recuerdo de convivencia fue la victoria, heroicamente obtenida, a raíz de una larga guerra de independencia. A partir de entonces la población blanca constituye apenas el 1% de la población. El teniente Faustin Wirkus escribe: «…Hecho curioso de observar es que el negro, aunque soportando un amo de sangre blanca, lo mira como a un ser inferior». (F. Wirkus: Ob. cit., p. 37).

[17] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 115.

[18] W. Johnson: Ob. cit., pp.19-20.

[19] «Le Petit Impartial», enero de 1930, en Suzy Castor: Ob cit., p. 53.

los clubes norteamericanos. Algunos altos oficiales norteamericanos presionaban al propietario del hotel más exclusivo de Puerto Príncipe para no recibir haitianos.[20]

El descontento de la burguesía y de ciertos sectores de esa élite aumentaba a medida que transcurría la ocupación. Desplazada casi por completo del comercio, privada de funciones públicas, llegaba el momento en que era necesario hipotecar una primera casa y luego una segunda y al fin una tercera y todo lo que quedaba… «Estas casas caían como frutos maduros en manos de los acreedores. Ya no se podía salir de este terrible engranaje. Y para subsistir hasta la temporada próxima, las joyas, los cubiertos, todo lo de valor que dormía en los roperos iba a parar a manos del chamarilero».[21]

Una importante fracción de esta élite se sentía frustrada porque le resultaba difícil mantener el lujoso tren de vida introducido por los norteamericanos (automóviles, radios, tocadiscos, refrigeradores, etcétera).

Además, la élite tradicional se consideraba víctima de la política de nivelación impuesta por el yanqui. Se hería su amor propio; conoció la cárcel por sus infracciones a la ley, llevó el traje de los prisioneros, cumplió penas de trabajos forzados. Los privilegios hasta ahora obtenidos por el rango social, totalmente desconocidos. Los altos puestos públicos, las misiones especiales, las comisiones lucrativas, los favores de que gozaba la élite les fueron arrebatados.

VELEIDADES DE DARTIGUENAVE

Por todo lo anterior: el descontento y la decepción del sector de la élite que representaba, la humillación que sufría su digni-

[20] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 115.

[21] Sténio Vincent: Ob. cit., p. 276. Muchos de los miembros de la élite tenían una situación más difícil que antes de 1915. Numerosas familias acomodadas vivían ahora en la miseria. (Cf. Dana Munro: *The United State and the Caribbean Area*, p. 176).

dad, la antipatía suscitada por la soberbia de los blancos, el temor político de merecer el repudio de un pueblo violentamente antinorteamericano,[22] Dartiguenave empezó muy pronto a manifestar cierta resistencia a sus amos.

Designado presidente porque parecía dispuesto a aceptar todos los dictámenes del ocupante, recurrió a la fuerza bruta de los marines para romper toda resistencia (guerra contra los *cacos*) y acallar toda protesta (ley marcial, ley contra la prensa). Sin embargo, se mostró decidido a manifestar cierta independencia.[23] Las relaciones se deterioraron a tal punto que a fines de 1921 el alto comisario Russell, en un documento secreto al Departamento de Estado, subrayaba la imposibilidad de una colaboración entre los dos gobiernos para la aplicación del convenio.

Ciertos colaboradores de Dartiguenave —B. Danache, D. Bellegarde—, han querido en repetidas ocasiones presentarlo como el «gran sacrificado», hablando incluso del «calvario del Presidente».[24]

De hecho su conducta política manifestaba los conflictos, contradicciones e indecisiones de que era presa esa clase. La élite burguesa, a pesar de hallarse al servicio del extranjero, también

[22] «Esos pobres chicos —observó Wilson—se encuentran entre el diablo y el profundo mar. No se atreven a ofendernos y, sin embargo, si cedieran ante nosotros, sus enemigos tendrían contra ellos un gran argumento en cualquier elección subsecuente». (Arthur Link: Ob. cit., p. 269).

[23] John Chester Llyod: Ob. cit., p. 159.

[24] Oficiales norteamericanos como el almirante Knnap han juzgado la actitud de Dartiguenave como un verdadero chantaje: «En los primeros días de su gobierno —Escribe Knapp a Sumner Welles— Dartiguenave mostró que dependía enteramente del gobierno norteamericano. También era dócil a todas las sugerencias. Ahora, como se acerca el fin de su mandato, ha adoptado esa actitud a fin de desarmar a sus enemigos y se manifiesta adversario de los norteamericanos para poderse retirar a vivir en Haití con la seguridad y el respeto de todos». (Almirante Knapp a Sumner Welles, noviembre 1920, ADE/Documento/711.138/146).

estaba pisoteada por el amo,[25] incómoda en la postura del lacayo y sacudida por sobresaltos de dignidad. La negativa de Dartiguenave a encubrir todos los actos de la ocupación y a obedecer incondicionalmente los dictados del amo se puso de manifiesto en múltiples ocasiones.

En 1918, el ocupante tuvo que presionar al presidente para que le otorgase la Dirección de Correos y Telégrafos. Tampoco aceptó una ley presentada por el consejero que habilitaba a este último para controlar todos los gastos públicos.[26] Durante mucho tiempo luchó para que la recaudación de ingresos internos quedase bajo jurisdicción haitiana. Opuso serios impedimentos y en repetidas ocasiones rechazó reclamaciones extranjeras aprobadas por el Consejo Financiero. Sostuvo una larga lucha para salvar al Poder Judicial de la norteamericanización, aunque las presiones e intromisiones de los agentes de ocupación eran muy fuertes en este campo.[27] Se negó duramente largo tiempo a contratar un préstamo en el mercado estadounidense, pese a las insistentes sugerencias en ese sentido de las autoridades norteamericanas.

Dos ejemplos, en particular, ilustran los desesperados esfuerzos emprendidos por el mandatario para salvar algunos atributos de la soberanía haitiana y guardar la ilusión de cierta independencia: su oposición a la ley que disponía la prohibición de la importación del oro y su lucha por sustraer la enseñanza pública del dominio norteamericano.

[25] La falta de tacto —escribe Dartiguenave—, la incomprensión de que han hecho gala y la falta de consideración han constituido la principal fuente de numerosos conflictos. Para ilustrar el poco tacto de los norteamericanos reproducimos esta carta enviada por el coronel Waller al presidente Dartiguenave: «Señor Presidente, usted me escribe con gentileza, pero sé que también envía a su ministro en Washington informes desfavorables para que los trasmita al Departamento de Estado. Eso se llama sencillamente hipocresía». (B. Danache: Ob. cit., p. 128).

[26] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 353.

[27] Consejero Financiero: *Annual Report*, 1917, p. 15.

LA PROHIBICIÓN DE LA IMPORTACIÓN DE ORO

En diciembre de 1919, el gobierno haitiano, para eliminar el desequilibrio del mercado de cambio y evitar la especulación, confirió, de acuerdo con el consejero financiero, un poder liberatorio absoluto al dólar que circulaba a la par que la *gourde*.

El 22 de enero de 1920, las autoridades estadounidenses presentaron al gobierno un nuevo proyecto de ley, redactado en los Estados Unidos por los representantes del Departamento de Estado y el National City Bank, que prohibía la importación y exportación de toda moneda no haitiana sin autorización del consejero financiero. Esta medida, según los norteamericanos, aseguraba la independencia del sistema monetario nacional. De hecho, esta ley defendía únicamente los intereses del National City Bank, puesto que concede a esta institución el monopolio de la importación del oro. Las legaciones francesa, inglesa, italiana, el Royal Bank of Canada (recién establecido) y aun una institución norteamericana, la American Foreign Banquina Co., protestaron.[28] Dartiguenave rechazó dicho proyecto de ley:

> […] puesto que la adopción de este sistema implicaría en efecto, por parte de la autoridad haitiana, el otorgamiento de nuevas prerrogativas tendentes a reforzar la fuerza del Banco [en el que tenía fuertes prestaciones el National City Bank] en la vida económica nacional; asegurando a esta institución el control de la evolución de Haití.

Para obligar a la ratificación de la ley, el consejero financiero, John Mcllhenny, confiscó el salario del presidente de la República, de los consejeros de Estado y de los ministros e interrumpió el estudio del presupuesto del año siguiente.

El mandatario haitiano, en una carta al presidente Wilson, protestó contra «esta medida de violencia que es un atentado a la

[28] Joseph Chatelain ha desarrollado ampliamente la posición paradójica de los dos protagonistas. (*Cf*. Joseph Chatelain: Ob. cit., pp. 134-135).

dignidad del gobierno haitiano». Wilson deploró el motivo que obligó al ministro norteamericano a tomar esa grave determinación. Sin embargo, manifestó que «se dará satisfacción al gobierno haitiano, solamente después del voto de cuatro leyes, como prueba de su cooperación».[29] Esas leyes preveían: a) la adopción de la *gourde* equivalente a veinte centavos de dólar como unidad monetaria; b) la abrogación de diversas disposiciones limitativas de los arriendos a largo plazo efectuados por los extranjeros en Haití; c) la modificación de los estatutos del Banco, y d) el traspaso de este establecimiento al National City Bank. Las autoridades haitianas tuvieron que capitular. Poco después el almirante Knapp notificaba al Departamento de Estado que las relaciones no podían ser peores.[30]

LA «LUCHA POR LA ESCUELA»[31]

El tratado no había adoptado ninguna disposición relativa a la educación. Por este olvido Lansing había sido criticado en ciertos círculos norteamericanos.[32]

De 1915 a 1920, los oficiales del tratado manifiestan un profundo desinterés en materia de educación pública y una política sistemática de obstrucción a todos los planes de reforma de la enseñanza sugeridos por el gobierno. El ministro de Educación Nacional en 1918, Dantès Bellegarde, propuso un proyecto de ley al consejero financiero que preveía la supresión de la *corvée* y la educación agrícola para los campesinos. No fue tomado en consideración. Asimismo, preparó un proyecto de reforma de la enseñanza (primaria, secundaria, técnica y universitaria) que preveía la formación de profesores a todos los niveles y el desarrollo de la enseñanza agrícola e industrial.

[29] B. Danache: Ob. cit., p. 59.

[30] *Cf.* Almirante Knapp al secretario de Estado, 10 de enero de 1921, ADE/Documento/838.00/174.

[31] La expresión es de Dantès Bellegarde, ministro de Educación de Dartiguenave.

[32] Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 259.

El Alto Comisario y el consejero financiero ignoraron completamente el plan. Frente a las demandas concretas del gobierno en materia de educación alegaban siempre la falta de fondos.

La política de paralizar toda la reforma de enseñanza tenía precisamente como propósito llegar al control exclusivo de la educación haitiana. Millspaugh reconoció más tarde que a las escuelas haitianas se les negaron los medios financieros para su propio desarrollo, hasta que fueron absorbidas.[33]

Esta política de absorción había comenzado desde 1917 con el nombramiento del señor Bourgeois —ex superintendente de escuela en Lousiana— como superintendente de Instrucción Pública Haitiana. Más tarde, en 1918, el consejero financiero solicitó del gobierno la aprobación del nombramiento de veintiséis expertos norteamericanos como instructores de escuela. El gobierno opuso una categórica negativa.

En 1919, un memorando del señor Bourgeois señalaba que los haitianos no podrían jamás, por su propia capacidad, emprender una reforma de la enseñanza. Pedía al gobierno el nombramiento de cinco inspectores estadounidenses y la reducción del número de profesores haitianos de mil trescientos a cuatrocientos.[34] El gobierno haitiano se negó a acceder a esas demandas incomprendidas y retrógradas.

En 1921, después de un informe del general norteamericano Lejeune, en que señalaba el poco progreso de la educación en Haití, el Departamento de Estado manifestó la intención de enviar a un consejero técnico en educación a Haití, a fin de proceder a una reorganización de la misma. Esta proposición fue rechazada por el gobierno de Dartiguenave, quien respondió que «no se desprendía del Convenio de 1915, en lo concerniente a la educación, más obligación por parte de los Estados Unidos que la de prestar asistencia financiera al gobierno haitiano». Era el rechazo más categórico que Haití había hecho a los oficiales norteamericanos.

[33] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 164.
[34] Dantès Bellegarde: *Pour une Haïti heureuse*, p. 239.

Fue necesario para el ocupante esperar el gobierno incondicional de Louis Borno para que se realizara la pretensión de controlar la educación en Haití.[35]

Dartiguenave lucha, pues, en todos los planos por no entregar al ocupante los despojos de la nación. En repetidas ocasiones escribió al gobierno de Wilson para exponerle la humillante condición haitiana. «El pueblo haitiano se encuentra a merced de la tiranía vejatoria e injusta de los oficiales norteamericanos».[36] Hizo una verdadera requisitoria contra la ocupación a la Comisión de Mayo que investigaba la situación en Haití. Durante la campaña presidencial de Harding, Dartiguenave denunció violentamente en un memorando la actitud norteamericana. En 1920, consideró la posibilidad de llamar a la Liga de las Naciones en contra de los Estados Unidos.[37]

LOUIS BORNO: LA COLABORACIÓN INCONDICIONAL

En 1922, los norteamericanos decidieron nombrar a un nuevo hombre de confianza: Louis Borno, un político prominente, exministro de Dartiguenave y abogado de las grandes empresas extranjeras. Se mostraba dispuesto a todos los «compromisos en el marco de la cooperación», lo cual, según él, era «la única política que, adaptada a la letra del Tratado, se conformaba a los intereses de la nación».[38]

El comandante John Russell, después de siete años de «experiencia» con Borno, escribía: «No ha tomado jamás ninguna deci-

[35] Es necesario señalar que aun bajo el gobierno de Borno, cuando no existía ninguna oposición a la aplicación de las ideas norteamericanas en materia de enseñanza pública, el consejero financiero disminuyó la asignación destinada a la educación. De 432,017 *gourdes* en 1914-1915, los fondos asignados bajaron a 413,800 gourdes en 1927-1928. (*Cf.* Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 356.

[36] *Documents diplomatiques*…, 1921, p. 41.

[37] Raymond Leslie Buell: Ob cit., p. 356.

[38] Damase Pierre-Louis: *Les mensonges de'une démocratie*, p. 225.

sión sin haberme consultado previamente».[39] En realidad, a partir de 1922 las autoridades haitianas se ponen incondicionalmente al servicio de las fuerzas de ocupación. A partir de entonces la ocupación pudo extenderse sin dificultad a todos los campos de la vida nacional.

Los «funcionarios haitianos, aun los más altos, eran nada más que comparsas útiles».[40] En 1926, a pesar de las manifestaciones antibornoístas, el presidente fue reelegido para un nuevo período de cuatro años. «Constituyó una prudente medida —escribe el coronel Russell— porque el nombramiento de un nuevo Presidente no iniciado en los problemas del Estado haitiano podría retrasar y aun obstruir el desarrollo y el progreso en curso, tan útil al bienestar del pueblo haitiano».[41] Habría sido difícil encontrar un lacayo tan incondicional.

[39] John Russell al Departamento de Estado, 19 de diciembre de 1929, ADE/Documento/838.00/2692.

[40] Henry Fletcher: «Quo Vadis Haiti», en *Foreign Affairs*, p. 542.

[41] Alto Comisario: *Annual Report*, 1926, p. 5.

CAPÍTULO V
LA PENETRACIÓN ECONÓMICA EN LA AGRICULTURA

El campesinado haitiano se convirtió en víctima de los despojos, primera forma de la explotación capitalista en una colonia o país ocupado. A partir de julio de 1915, muchos hombres de negocios se interesaban por el establecimiento de plantaciones agrícolas. Varias comisiones viajan para estudiar las posibilidades que ofrece Haití al respecto y los resultados de estudios, enviados al Departamento de Estado, parecen favorables. El señor Check, de la Goodrich Co., recomienda confidencialmente a Haití como la única isla del Caribe que puede asegurar plenamente el cultivo del caucho.[1]

El Departamento de Asuntos Extranjeros acepta la conclusión de José López sobre las posibilidades de cultivo del plátano por la Tropical Bananera, Divition of the Atlantic Fruit Co.[2] Federico Green-Halge envía a McIntyre, jefe de la oficina insular, informes sobre el cultivo de la caña de azúcar y del algodón.[3]

[1] Memorando del 21 de abril de 1916, ADE/Documento/26867.

[2] Ídem.

[3] Federico Green-Halge: Carta confidencial a Frank McIntyre, 14 de febrero de 1917, ADE/Documento/26867.

El éxito de los inversionistas en Cuba, Puerto Rico, la República Dominicana y América Central iba a poder extenderse a Haití. Se inició la euforia por la obtención de concesiones so pretexto de dar trabajo a la población y asegurar el progreso.

CAMBIO ESENCIAL DE LA LEGISLACIÓN AGRARIA

Para facilitar la penetración del capital norteamericano, se aplicaron varias disposiciones legales a lo largo de la ocupación en función de las quejas, sugerencias o exigencias de los inversionistas dispuestos a colocar sus fondos en el país. En quince años, de 1915 a 1930, por lo menos treinta y tres disposiciones legislativas fueron adoptadas.[4] No hubo tiempo de llevar a cabo un proyecto de Tribunal Agrario Especial de Excepción.[5] La primera medida, como se ha visto, fue la supresión del artículo 5 de la Constitución que prohibía el derecho de propiedad a los extranjeros.

Por ley del 22 de diciembre de 1922, el gobierno autorizaba el arrendamiento de las tierras estatales por un período de nueve a treinta años renovables a las personas o compañías que hubiesen justificado su capacidad financiera. Desde luego, los únicos beneficiados con dicha ley eran las grandes compañías norteamericanas a despecho del pequeño propietario o colono haitiano. La ley del 20 de febrero de 1924 autorizaba el arrendamiento de las tierras desocupadas y la venta de propiedades del Estado. La ley del 16 de febrero de 1925, que regía el derecho de propiedad inmobiliaria para los extranjeros y sociedades inmobiliarias, «garantizaba prácticamente derechos ilimitados a las compañías extranjeras formadas bajo las leyes haitianas».[6] La ley del 1ro. de febrero de 1926 autorizaba al Estado a recuperar, si lo juzgase necesario, las tierras arrendadas, otorgando al granjero desahuciado un plazo de ocho a cuarenta días para

[4] M. Nau y T. Nemours: *Code Domanial, 1804-1930*, pp. 154-286.
[5] François Dalencourt: Ob. cit., p. 126.
[6] H. Davis: Ob. cit., p. 215.

ser desalojado. Esta última ley fue completada por la del 26 de julio de 1927.

Walter Woorhis, presidente de la Cámara de Comercio de Nueva York, observa: «Uno de los principales obstáculos para el desarrollo de la agricultura y de las empresas industriales en Haití, y que no garantizaba la inversión del capital, es la caótica situación de los títulos de propiedad».[7]

Para ofrecer seguridad y proteger a los inversionistas extranjeros[8] fue votada la ley del 6 de junio de 1944, que aseguraba a su manera la verificación de los títulos de propiedad.[9] Se repitió la fábula del lobo y el cordero. La Oficina del Patrimonio Nacional, dirigida por un experto norteamericano, denunciaba frecuentemente las tierras que suponía que eran del patrimonio nacional y otorgaba muy breve plazo a los que las ocupaban para que las abandonaran; se procedía inmediatamente a la expropiación arbitraria de quienes no podían demostrar sus títulos. El campesino se encontraba, pues, a merced de las decisiones administrativas.

CONCESIONES, DESPOJOS

En tales condiciones, los capitalistas vinieron en gran número a establecer sus plantaciones. Así millares de *carreaux*[10] de tierra fueron sacrificados por estos *businessmen* deseosos de desarrollar los «métodos en gran escala y de ganar mucho dinero en muy poco tiempo».[11]

En diciembre de 1929, en una nota a Dana Munro, T. Scott evaluaba en treinta y ocho mil acres (quince mil hectáreas) las

[7] Walter Woorhis: «Commercial Situation of Haiti (1924)», en Suzy Castor: Ob. cit., p. 75.

[8] Recaudador financiero: *Annual Report* (1925-1926), p. 61.

[9] «Ciertos haitianos y algunos norteamericanos observan esta medida con gran aprensión, por cuanto podría transformar a una gran parte del campesinado en proletariado sin tierra». (*New York Times*, 8 de abril de 1928).

[10] 1 carreau = 1,29 hectáreas.

[11] Melvin Knight: Ob. cit., p. 161.

tierras ocupadas por las compañías yanquis.[12] Millspaugh estima que en 1930 siete compañías poseían cincuenta mil acres (veinte mil hectáreas), trece mil acres comprados y treinta y siete mil rentados.[13] Sin embargo, por las mismas fechas el Alto Comisario, en un informe al Departamento de Estado escribía: «Las compañías norteamericanas en Haití ocupan cuatro mil ciento veinte acres» (mil seiscientas cuarenta y ocho hectáreas).[14] El recaudador financiero declaraba en 1927 que un porcentaje insignificante del suelo cultivable haitiano estaba ocupado por compañías norteamericanas.[15]

Las cifras oficiales y contradictorias de ninguna manera bastan para hacerse una idea de la magnitud de la penetración norteamericana en la agricultura durante la ocupación. Más que las superficies compradas por las compañías conviene considerar las extensiones abarcadas en virtud de las concesiones recibidas. En efecto, varias compañías, a pesar de obtener amplias concesiones, no llegaron a instalarse en Haití o lo hicieron por un tiempo relativamente corto. Gracias a las compilaciones de diversas fuentes, ha podido ser elaborada la siguiente lista de algunas compañías concesionarias y sus respectivas concesiones:

Contrato W. A. Rodenberg	125,000 acres[16]
Haytian American Sugar Co.	24,000 acres[17]
Haytian Pineaple Co.	1,000 acres[18]
Haytian Corporation of America	15,000 acres[19]

[12] Nota a mano de T. Scott a Dana Munro, 18 de diciembre de 1920, ADE/Documento/838.52/101.
[13] Arthur Millspaugh: ob. cit., p. 153.
[14] Russell al Departamento de Estado, 18 de diciembre de 1929, ADE/Documento/838.52/100.
[15] Recaudador financiero: *Annual Report* (1927-1928), p. 9.
[16] Raymond Leslie Buell: Ob cit., p. 376.
[17] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 152.
[18] Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 253.
[19] Robert Dunn: *American Foreign Investment*, pp. 135-136.

Haytian American Development Co.	24,000 acres[20]
Haytian Agricultural Corporation	14,000 acres[21]
Haytian Development Corporation	16,000 acres[22]
Société Commerciale Haïtiaenne	9,000 acres[23]
United West Indies Corporation	16,000 acres[24]
Haytian Products Co.	16,000 acres[25]
Haytian American	20,000 acres[26]
North Hayti Sugar Co.	400 acres[27]

271,600 acres
108,640 hectáreas

Además puede mencionarse, aunque sin precisar las extensiones recibidas, las concesionarias siguientes: Haytian Fruit Co., Société des Plantions de St. Marc., Haytian Filer Corporation Plantion Company of Hayti, Verettes Plantations Corporations, Société de Terre Neuve, concesión de la isla de Gonâve, Haytian American Develpment Co., American Dyewoo Co., Pieneaple Co., Compagnie de l'Attalaye. La mayoría de estas tierras otorgadas están situadas en las ricas planicies del norte y el valle del Artibonite. «En el Norte —escribe Georges Séjourné— se expulsó a 50,000 haitianos, de los cuales un gran número, al emigrar a República Dominicana, fue víctima de las matanzas trujillistas de octubre de 1937».[28]

Para comprender mejor la magnitud de los problemas socioeconómicos creados por dichas concesiones, basta recordar las

[20] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 153.
[21] Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 253.
[22] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 152.
[23] Emily Green Balch: Ob. cti., p. 74.
[24] Ídem.
[25] Ídem.
[26] Ídem.
[27] Ídem.
[28] *Revue de la Société d Histoire de Géographie*, octubre de 1939, no. 35.

características de la estructura agraria haitiana en que la microexplotación ocupa un lugar bastante importante.[29]

La ocupación se ha declarado siempre exenta de toda culpa en cuanto a despojos. Las compañías, según numerosas declaraciones oficiales, han obtenido solamente tierras que habían quedado inexplotadas desde hacía más de cien años. Estas tierras no eran de ningún beneficio para el Estado, no ayudaban en nada a la prosperidad del pueblo. «Estas extensiones de tierra podrían ser de provecho únicamente utilizando métodos intensivos de cultivo, dependientes de condiciones desafortunadamente inexistentes en Haití: dinero, empresas constructoras y mucho empuje».[30]

En ningún caso, argüían los norteamericanos, han sido violados los derechos de los campesinos.[31] Las escasas víctimas fueron

[29] Para ilustrar la magnitud de los despojos conviene recordar que las concesiones otorgadas a dos compañías, la W. A. Rodemberg y la HASCO, cubrirían un total de ciento cuarenta y nueve mil acres (59,600 hectáreas). Suponemos que la mitad de la superficie concedida pertenecía al Estado, una cuarta parte a latifundistas (utilizando para su cultivo a medianeros) y la otra cuarta a pequeños propietarios…, admitiendo que el promedio de la explotación campesina era entonces de dos hectáreas, estas dos concesiones habrían desalojado a siete mil quinientas familias con un promedio de cinco miembros, o sea, treinta y ocho mil quinientas personas. Ello en el caso de que las tierras del Estado estuvieran desocupadas.

[30] H. Davies: Ob. cit., p. 213. Algunos haitianos apoyaban la tesis. En una carta al Departamento de Estado, Émile Miot, gran terrateniente de Artibonite, escribía: «El Estado haitiano posee muchas tierras sin cultivar que los haitianos por propia iniciativa jamás han dedicado al cultivo […]. Acabo de hacer una gira con capitalistas norteamericanos que estarían dispuestos a iniciar grandes cultivos como el del algodón y la caña de azúcar […]. Ellos arrendarían algunos miles de *carreaux* sin cultivar […]. Pero con nuestras leyes egoístas que eran buenas hace un siglo […] estamos obligados a abandonar proyectos que serían, sin embargo, de gran beneficio para el país». (Émile Miot: Carta del Departamento de Estado, 9 de julio de 1917, ADE/Documento/835.52/1).

[31] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 153.

siempre indemnizadas.[32] No se puede dar crédito a semejantes afirmaciones. Por ejemplo, la concesión otorgada a la Compañía Rodenberg se extendía a lo largo del valle del Artibonite, una de las regiones más fértiles del país. Era evidente, escribe el consejero financiero Millspaugh, que las cláusulas del contrato no podían ser cumplidas sin desalojar a un cierto número de moradores actuales de la tierra.[33] Y según las cláusulas, los arrendatarios que pudieran presentar sus títulos de propiedad o sus contratos de arrendamiento no serían molestados, pero los moradores que no pudieran probar sus derechos sí serían desalojados. Como en general los campesinos carecen de títulos, las autoridades tenían plenos poderes para desalojarlos y vencer las dificultades grandes o pequeñas que pudieran surgir de los despojos.

Los capitalistas norteamericanos pensaban realizar grandes beneficios en Haití, en particular, por lo barato de la mano de obra. El *Daily Financial America of New York* (28 de noviembre de 1926) escribía:

> Según las informaciones dadas por el doctor Furniss, Haití presenta una oportunidad maravillosa al capital norteamericano. El haitiano común y corriente está bien dotado, es fácilmente gobernable y rinde un buen trabajo por veinte centavos de dólar, mientras que en Panamá se pagan tres dólares diarios al trabajador norteamericano.

De 1918 a 1922, problemas de instalación entorpecían la penetración económica del ocupante. Durante esta fase los despojos parecen haberse realizado, en gran medida, mediante terrate-

[32] Según Raymond Leslie Buell, hubo un total de cinco haitianos despojados, por error; otro, por culpa de un abogado haitiano; y noventa arrendatarios de la hacienda Lombard, los cuales tenían derecho a la indemnización. (Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 121).

[33] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 153.

nientes colaboracionistas. Charles Moravia escribía en 1922 que a partir de 1919 hubo en el país un gran movimiento de bienes raíces. El precio de la tierra se quintuplicó súbitamente y un número excesivo de transacciones tenía lugar. Naturalmente, se produjeron abusos; y mientras los propietarios se regocijaban, vivas aprensiones surgían en los círculos políticos.[34]

Los hacendados revendían a las compañías extranjeras, a precios exorbitantes, pequeñas propiedades obtenidas por una bicoca o simplemente por la violencia, gracias a la complicidad del gobierno. A partir de 1922, con el asentamiento definitivo del orden, las transacciones y los despojos se multiplicaron. Las compañías violaban, a gran escala y en forma sistemática, los derechos y los bienes de los pequeños propietarios y arrendatarios del Estado. Adquirían las tierras que preferían, lejos de las ciudades para evitar las manifestaciones de hostilidad.[35]

Durante estas dos fases, el proceso de los despojos recae sobre la masa campesina. Hasta ahora propietario de un trozo de tierra, aunque minúsculo, o arrendatario del Estado, el campesino se transforma en jornalero de las compañías norteamericanas, con salarios de hambre, insuficientes aun para cubrir las necesidades primarias. El salario variaba entre veinte y treinta centavos de dólar para los hombres y diez centavos para las mujeres y niños.[36]

Acorde con diversas opiniones norteamericanas, esta situación representaba un progreso para el campesino, satisfecho de trabajar por un salario seguro.[37] «Muchos agricultores que poseían u ocupaban tierras de cultivo trabajaban una parte del tiempo como asalariados o estaban dispuestos a hacerlo si la oportunidad se presentaba».[38]

[34] Charles Moravia: *Le Temps*, marzo de 1922, en Suzy Castor: Ob. cit., p. 78.
[35] Melvin Knight: «Current History», junio de 1926, en Emily Green Balch: Ob. cit., p. 75.
[36] Union Patriotique, memorando, 3 de octubre de 1929, ADE/Documento/838.00/2581.
[37] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 75.
[38] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 143.

De hecho, las inversiones en la agricultura y el establecimiento de plantaciones contribuyeron al surgimiento de un proletariado agrícola. Aunque poco numerosos y retribuidos con salarios raquíticos, estos obreros representaban elementos nuevos en el seno de la economía agraria. El modo de producción capitalista se instalaba en cierta medida en el campo haitiano, con las correspondientes relaciones capitalistas de producción cristalizadas en el salario.

Las premisas se abrían, pues, para un aumento del poder adquisitivo de ciertos sectores campesinos hasta entonces limitados a una economía de subsistencia o bien a la condición de medianero retribuido en producto, no en dinero.

El surgimiento de este proletariado podría significar un paso adelante en comparación con las condiciones anteriores de explotación feudal. Sin embargo, los asalariados eran más bien temporales y en raras ocasiones obreros permanentes. Además, estaban ahogados en la masa de campesinos obligados a trabajar sin remuneración, según el riguroso sistema de la *corvée*. El peso específico del proletariado era, pues, de lo más insignificante. De hecho, la ocupación empujaba, con mano tímida, la economía agraria por la vía del desarrollo capitalista y simultáneamente la remachaba en los peores y más retrógrados sistemas de explotación feudal.

ÉXODO DEL CAMPESINADO

Colmado de deudas, mal alimentado, privado de su trozo de tierra, el campesino experimenta una situación aún más crítica que antes de la ocupación. Según los informes de la gendarmería, la vagancia aumenta en el campo; muchos campesinos marchaban a las ciudades a engrosar el número de desempleados.[39] La emigración tomó proporciones considerables y trágicas, y demostraba con evidencia el descontento del campesino, que se iba, a veces para siempre, hacia Cuba o la República Dominicana en busca de un futuro menos sombrío.[40]

[39] Ídem.
[40] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 76.

Según el señor Séjourné, inspector general de Aduanas, más de trescientos mil haitianos abandonaron el país durante los diecinueve años de ocupación y ninguno regresó a su tierra natal.[41] Por su parte, el consejero financiero evaluó en 209,080 el número de emigrados hacia Cuba legalmente durante el período 1915-1929. Reuniendo los datos provenientes de diversas fuentes, se puede apreciar en forma aproximada las dimensiones del fenómeno migratorio:

Evolución de la corriente migratoria legal hacia Cuba (1915-1929)

Año	número de inmigrantes
1915	23,490
1916	4,878
1917	10,241
1918	11,268
1919	7,329
1920	30,722
1921	17,567[42]
1922	10,152[43]
1923	20,117
1924	21,517
1925	22,970[44]
1926	21,619
1927	14,098
1928-1929	5,500[45]
Total	200,468

La emigración clandestina representaba entre la tercera parte y la mitad de la emigración legal. Así, un promedio anual de treinta

[41] *Cf*. Union Patriotique, memorando, 3 de octubre de1929, ADE/Documento/838.00/2581..

[42] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 76.

[43] Recaudador financiero: *Annual Report*, 1925-1926.

[44] Ídem.

[45] Ibídem, 1928-1929, p. 67.

mil o cuarenta mil adultos iban a Cuba en busca de trabajo. En el año 1920 la cifra alcanzó (entre legal y clandestina) alrededor de cincuenta mil hombres. Una baja se registró en el período posterior a la crisis mundial. Sin embargo, en 1930 llegaba a treinta mil haitianos, solo en la provincia de Camagüey, según el cónsul haitiano en esta población.

La emigración hacia República Dominicana quedaba fuera de todo control y resultaba superior a la de Cuba.[46] La opinión pública dominicana se alarmó y se llegó a hablar de la «amenaza haitiana».[47]

La sangría constituida por el éxodo campesino afectó terriblemente la economía del país. En 1927 el periódico *Le Temps* (2 de octubre) señalaba que «el Sur no es más que la sombra de lo que fue hace diez años». Este departamento perdió más de ochenta mil hombres, sin contar a las mujeres que partían con fines inmorales para ganarse la vida.[48] Esta situación obligaba a niños y mujeres a realizar trabajos de hombre.[49]

Una fracción reducida de estos emigrantes logró conquistar una vida mejor. Son los llamados «viejos», que han constituido un tema lleno de colorido en la literatura haitiana. Regresaban con algunos cientos de dólares de ahorro, con buenos trajes, zapatos, dientes de oro y espejuelos.

Pero la mayoría retornaba pobre como antes, después de sufrir innumerables humillaciones y físicamente embrutecidos tras

[46] *Cf*. Nota confidencial al Departamento de Estado del cónsul de Cabo Haitiano, 22 de marzo de 1924, ADE/Documento/838.504.

[47] *Listín Diario*, 4 y 5 de marzo de 1924. «EL obrero haitiano desequilibra el mercado de trabajo. Gana en el Departamento de Obras Pública treinta centavos de dólar; en otra parte entre veinte y treinta centavos de dólar. Los dominicanos se alegrarían si la visita de estos cien mil huéspedes haitianos se detuviera. Este elemento extranjero indeseable constituye la décima parte de la población. Constituye una invasión anual que escapa a las leyes y permanece en el país». (Melvin Knight: Ob. cit., pp. 166-167).

[48] *Bulletin de la Ligye pour la Défense des Droits de L'Homme et du Citoyen*, p. 8.

[49] Memorando del alto comisario John H. Russell al Departamento de Estado, 28 de octubre de 1927, ADE/Documento/838.504/5.

haber prestado de diez a quince horas diarias de duro trabajo en los cañaverales. Los contratos de trabajo convertían al inmigrado en un siervo, casi un esclavo. «Cuando regresan al país —anota el señor Winthrop— olvidan su edad y algunas veces hasta su nombre».[50]

Esta emigración constituía un aporte de mano de obra casi servil a los ingenios cubanos y dominicanos, propiedad de capitalistas norteamericanos. La United Fruit, por ejemplo, empleó a ocho mil de esos emigrados en 1926 y a doce mil en 1927.

Los oficiales norteamericanos fomentaban esta «trata de negros, convirtiéndose en activos agentes de reclutamiento».[51] Según ellos, la emigración solucionaba el problema demográfico, ya que la población de la República era más grande que su capacidad productiva.[52] De hecho, la emigración masiva constituía una válvula de seguridad para las crisis agrarias suscitadas por los despojos.

Las condiciones de empleo eran odiosas. Una ley votada en febrero de 1924 exigía la adquisición de una licencia de dos mil quinientos *gourdes* (quinientos dólares) para los agentes de reclutamiento extranjeros y una de quinientos *gourdes* (cien dólares) para los de origen haitiano. Estos «agentes» se comprometían a asegurar el pasaje de los emigrantes, a garantizarles el pago del salario y asegurarles el pasaje de regreso.[53]

En realidad, en lugar de defender a los emigrantes, estas disposiciones beneficiaban al fisco. Constituían las más vergonzosas medidas concebidas para un comercio de esclavos.[54] El gobierno y los cónsules haitianos en Cuba recibían dieciocho dólares por emigrante (adquisición de pasaporte, pago de impuestos, registro

[50] Nota confidencial al Departamento de Estado del cónsul de Cabo Haitiano, 22 de marzo de 1924, ADE/Documento/838.504..

[51] El señor Garett, investigador de la situación haitiana, citando las palabras de un diplomático (1927), ADE/Documento/838.42/40.

[52] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 143.

[53] Union Patriotique, memorando citado en la nota 41.

[54] Raymond Leslie Buell: Ob. cit. p. 374.

en el consulado extranjero, etcétera). Se sucedieron numerosos escándalos en que estuvieron comprometidos funcionarios de ambos países. A raíz de ello, en 1928, se tomaron medidas para impedir la emigración hacia Cuba. El director de Recaudaciones Internas comentó entonces que «el gobierno haitiano se privaba de una importante fuente de ingresos».[55] Los ingresos en cuestión sobrepasaban los demás impuestos internos; en 1925-1926 se elevaban a más de 1,014,012 *gourdes* (202,802 dólares).

LA FARSA DE LA MODERNIZACIÓN DE LA AGRICULTURA

Los expertos norteamericanos habían señalado las causas del estancamiento agrícola de Haití: métodos anticuados de cultivo, erosión cada día creciente, ausencia de irrigación, falta de capitales, etcétera. El problema urgente y vital para Haití era, pues, el aumento de la producción que aseguraría una elevación de los niveles de vida y permitiría el desarrollo. ¿Cuáles fueron los esfuerzos realizados para impulsar la agricultura a partir de una modernización aerotécnica? Se proyectaron diversos trabajos de infraestructura (irrigación, construcción de rutas y caminos vecinales). Numerosas comisiones se dedicaron a estudiar el problema agrícola y elaboraron varios proyectos. Se consideró la posibilidad de asignar a ese proyecto seiscientos mil dólares del empréstito de 1922. En 1924 nació el proyecto de un banco agrícola. El Alto Comisario subrayó entonces que en Haití «un sistema de crédito rural encontraría dificultades insuperables».[56] Un plan de reconstrucción y extensión de las obras de irrigación en la llanura de Cul-de-Sac fue elaborado en 1924 y completado en 1925.[57]

Estos proyectos y muchos otros quedaron en letra muerta. Únicamente se puede señalar durante este período un esfuerzo rutinario con vistas a asegurar el mantenimiento de los canales de irrigación que databan de la época colonial.

[55] Recaudador financiero: *Annual Report*, 1923-1924, p. 75.
[56] Recaudador financiero: *Annual Report*, 1924-1925, p. 11.
[57] Alto Comisario: *Annual Report*, 1927, p. 3.

El Servicio Técnico Agrícola (STA), fue creado en 1922 para el desarrollo de la agricultura. En 1924 una nueva ley hacía pasar también bajo la jurisdicción de dicho servicio a la educación profesional. El STA se proponía formar expertos, investigadores científicos, profesores de granjas-escuelas y consejeros agrícolas, llegar a un aumento de la producción técnica de la población rural urbana.[58] La educación agrícola debía proporcionar nociones de lectura, escritura, aritmética e higiene.

El propósito pareció en sí excelente. La comisión Forbes señalaba en 1930 que este STA constituía una de las realizaciones más constructivas de la ocupación en Haití. Y sin embargo, era impopular. La lucha en su contra se convirtió en una de las banderas en contra de la ocupación.

Según la opinión generalizada, el Servicio Técnico Agrícola fue sobre todo una oficina del imperialismo norteamericano,[59] destinada a sentar la influencia norteamericana sobre la juventud. Además, la torpeza e incompetencia de los técnicos comprometieron el éxito del organismo. Los mismos oficiales yanquis tuvieron que reconocer que los resultados concretos no correspondían a la ambición del proyecto; sesenta y cinco granjas-escuelas con siete mil ciento noventa y tres alumnos funcionaban en 1929 y algunas estaciones experimentales cultivaban trigo, algodón, etcétera.

En repetidas ocasiones los sectores oficiales señalaron los peligros del monocultivo del café[60] y la urgencia de una diversificación agrícola.[61] Ningún esfuerzo, sin embargo, se intentó en este sentido.

Los programas de regeneración de este producto «[…] trataron tan solo de mejorar su preparación y sus métodos de cultivo para

[58] Ibídem, p. 6.

[59] François Dalencourt: Ob. cit., p. 173.

[60] En 1928 el café representaba un 70 % de las exportaciones, un 64 % en 1916-1917 y un 76 % en 1921. (*Cf.* Recaudador financiero: *Annual Report*, 1928-1929, p. 29).

[61] Recaudador financiero: *Annual Report*, 1923-1924, p. 27.

aumentar su rendimiento».[62] En 1926 comenzaron a funcionar diez granjas para la enseñanza del cultivo del grano y en 1927 fue organizada una estación experimental. Una ley de estandarización en 1928 pretendía mejorar la calidad del café exportado, lo que le permitiría competir con el café brasileño y colombiano en los mercados internacionales. Esta ley, necesaria en principio, se reveló nefasta en su aplicación. Los inspectores y agentes de la gendarmería y la policía rural, encargados de velar por su ejecución, multiplicaron las exacciones; se hizo pronto impopular, más aún cuando su aplicación coincidió con una baja de precios en el mercado mundial.

El STA realizó también esfuerzos por mejorar el algodón, segundo producto de exportación. Las experiencias tuvieron éxito «en lo que concierne a la resistencia, al largo blanco de la fibra».[63]

El cacao y la madera de Campeche casi desaparecieron del cuadro de las exportaciones a causa de su bajo precio en el mercado mundial. Por otra parte, dos nuevos productos aparecieron: la caña de azúcar y el sisal, controlados por dos poderosas compañías norteamericanas (la HASCO y la Plantation Dauphin). El cuadro siguiente permite seguir la evolución de las exportaciones durante el período 1915-1940, marcado por un deterioro en las exportaciones de productos tradicionales, de cultivo popular, en particular del café.

[62] Pierre Benoît: *Cents cinquante ans de commerce extérieur d'Haiti*, p. 28.
[63] Ídem.

Evolución en volumen de los principales productos de exportación (1915-1940) (miles de toneladas)

Quinquenios	Café	Algodón	Cacao	Azúcar	Sisal
1915-1920	29.3	2.4	2.4	4.2	—
1920-1925	29.4	3.3	1.6	6.4	—
1925-1930	33.6	4.8	2.0	7.5	0.87
1930-1935	28.8	5.5	1.1	21.8	3.87
1935-1940	26.3	4.7	1.5	34.1	8.94

Fuente: Pierre Benoit: Ob. cit., pp. 22-41.

Así, la ocupación no trajo solución alguna, ni siquiera mejoras sensibles al problema agrícola haitiano.[64] Como lo reconoce un estudioso norteamericano:

> Los productos agrícolas no han sido diversificados para dejar al país menos dependiente de las fluctuaciones de algunos artículos en los merca-

[64] Los oficiales de la ocupación se han referido con orgullo a la red vial que construyeron en Haití (cerca de tres mil kilómetros de rutas y caminos vecinales, por lo general no pavimentados, incluyendo las rutas Cabo Haitiano-Puerto Príncipe-Jacmel). Veinte millones de dólares, sin incluir los salarios de todos los ingenieros y expertos importados, fueron gastados en obras públicas, principalmente en la construcción de puentes. (*Cf.* François Dalencourt: Ob. cit., p. 194). Un diplomático haitiano, Solon Menos, hacía notar en un memorando al Departamento de Estado (29 de junio de 1917): «Los trabajos han sido conducidos a veces de manera deficiente. Así, por ejemplo, las rutas construidas recientemente han sido casi totalmente destruidas durante la estación de lluvias (en particular durante el ciclón de 1928)».

> dos mundiales. El sistema de irrigación que podría traer la fertilidad de los suelos no ha podido ser financiado y, por desgracia, tampoco la reforestación ha sido atendida por falta de fondos.[65]

Cabe preguntar entonces qué provecho obtuvieron los capitalistas norteamericanos de sus especulaciones en la agricultura, efectuadas en las condiciones óptimas del protectorado de marines sobre la nación haitiana…

A pesar de las condiciones climáticas de Haití, idénticas a las de Cuba, República Dominicana o Puerto Rico; a pesar de disponer del poder político para obtener concesiones ilimitadas, muy pocas compañías norteamericanas lograron instalarse definitivamente en Haití (HASCO, North Plantation Haytian Sugar Co., Plantation Dauphin), y algunas abandonaron el país durante la ocupación, mientras en las vecinas repúblicas dominadas también por el imperialismo norteamericano las grandes plantaciones de cañas y los centrales azucareros florecían. En 1929, las inversiones en la agricultura sumaban novecientos diecinueve millones de dólares en Cuba y seiscientos noventa y tres en la República Dominicana.

En Haití alcanzaban la raquítica suma de ocho millones de dólares. ¿Qué es lo que explica, pues, el fracaso del cultivo de plantaciones en Haití?

El capital norteamericano no encontró en Haití las bases estructurales indispensables de las plantaciones de tipo capitalista para prosperar y satisfacer, con elevados dividendos, la búsqueda del máximo provecho. En Cuba y América Central la existencia de inmensos latifundios pudo, mediante el aporte del capital y la técnica, dar lugar fácilmente a las plantaciones capitalistas. En Haití, el predominio de la pequeña explotación agrícola y otras características de la estructura agraria constituían un obstáculo para el desarrollo de este sistema.[66] Para establecer a toda costa

[65] John Lloyd: Ob. cit., pp. 175-176.

[66] Gérard Pierre-Charles: *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, p. 184.

el sistema de plantaciones, los inversionistas quisieron romper violentamente esta estructura limitativa. Los dramas sociales, resultado de tal política, provocaron la resistencia enconada de los campesinos y su éxodo masivo.[67]

Con la emigración, Haití perdía ante los ojos de los *businessmen* uno de los principales alicientes para invertir: la mano de obra.

AGRAVACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN Y LA MISERIA CAMPESINA

La situación de la masa campesina no había cambiado con la ocupación. En 1923 se estimaba en 95 el porcentaje de analfabetismo en Haití.[68] El campesinado era analfabeto en su totalidad; en 1930 el profesor Kirkpatrick subraya que el campesino no había cambiado «ni en educación ni como agricultor».[69] Al término de 15 años de ocupación las mismas condiciones de miseria, ignorancia, superstición y atraso prevalecían para la mayoría de la población del país. Además, el campesinado se enfrentaba a la nueva situación de explotación y represión. Considerado como un agregado de seres inferiores o un rebaño de ganado, conoció efectivamente los golpes del Big Stick.[70]

La Union Patriotique, en un memorando al Departamento de Estado, denunciaba que a los campesinos se les expropiaba implacable e ilegalmente su pedazo de tierra por orden de oficiales norteamericanos de la Oficina de Impuestos, quienes, natural-

[67] «EL azúcar —escribe Melvin Knight— no ha dejado beneficio en Haití porque los campesinos y propietarios no solamente se han opuesto a vender sus tierras, sino que han estado en contra del trabajo y la producción bajo contrato». (Melvin Knight: Ob. cit., p. 151).

[68] Sténio Vincent: Ob. cit., p. 336.

[69] Profesor Kirkpatrik: «Latin America», p. 421, en Sténio Vincent: Ob. cit., p. 42.

[70] El señor Goin, personalidad de la ciudad Aquin, fue un día a caballo por el campo. Un oficial estadounidense, viéndolo azotar al caballo, le hizo desmontar. Le ordenó quitarle el freno al animal y ponérselo, lleno aún de baba. El señor Goin, después de sufrir esta afrenta perdió el habla y quedó mudo hasta la muerte (testimonio de contemporáneos).

mente, defendían el interés de las compañías norteamericanas, los abusos o encarcelamientos por las ofensas o supuestas ofensas a la gendarmería; la explotación de los granjeros por la guardia rural, etcétera.[71]

El campesinado era víctima fundamentalmente del odioso régimen de la *corvée*, aplicado con el máximo rigor para la construcción de caminos entre las principales ciudades.[72] Los campesinos se negaron terminantemente a la *corvée*. Los marines, para imponer el trabajo forzado, no vacilaron en ejercer toda clase de brutalidades. Lo mismo hicieron los funcionarios locales, jefes de sección y gendarmes, para reunir los contingentes necesarios para las tareas encomendadas. El mayor Williams, comandante de la gendarmería, contestando ante una comisión de investigación, declaró que tenía buenas razones para creer que unos nativos habían sido maltratados, que los gendarmes golpeaban a los trabajadores.[73]

El descontentó llegó al clímax cuando los oficiales ordenaron a los campesinos trabajar no solo fuera de sus distritos sino también más allá del tiempo fijado por la ley. Los campesinos trataron de escapar por todos los medios de este trabajo forzado. Muchos pensaban que los norteamericanos querían establecer la esclavitud.[74]

Ante la reacción del campesinado que iba a engrosar las filas de la resistencia armada, la indignación de la opinión pública e incluso de una parte de la prensa norteamericana, y también ante

[71] Union Patriotique, memorando citado en la nota 41.

[72] Memorando de Freeman a la Comisión McCormick, p. 28.

[73] El comandante Williams expresaba sobre los resultados de la *corvée*: «Tiene el efecto de crear un espíritu de descontento en los campesinos ante la ocupación y sus dos instrumentos: los marines y la gendarmería; y segundo, suscita en los nativos, reclutados por la gendarmería, una falsa concepción de cómo deben ser sus relaciones con la población civil. Bien pronto me he dado cuenta de que una de las grandes causas de la impopularidad de la ocupación entre los haitianos era la corvée». (*Hearings*…, p. 497). El doctor Kelsey hizo hincapié al declarar que «[la *corvée*] es la más grande torpeza que hayamos cometido en Haití». (Ídem).

[74] J. Verschueren: *Panorama d'Haïti*, p. 119.

la protesta de ciertos círculos oficiales haitianos, una ley emitida por el jefe de la gendarmería en septiembre de 1918, en el período de máximo auge de la rebelión campesina, abolió la *corvée*. Pero no era más que una pantalla. La *corvée* se extendió hasta 1929, alimentando también el sentimiento antinorteamericano de las masas y empujándolas a toda forma de resistencia.

Pronto el campesino haitiano sería la víctima más cruelmente golpeada y alimentaría para siempre un descontento no disimulado contra los *ricains*.[75] Analizando las causas de semejante situación, Charles Moravia, ministro de Haití en Washington, concluye: «Esas frecuentes injusticias en el régimen de la *corvée* han tenido por efecto comprometer así por completo la simpatía de la población rural en la que podría apoyarse más que en la vigilancia de la policía».[76] Sin embargo, en muchas ocasiones, los oficiales yanquis sostenían que los campesinos gozaban de tranquilidad para cultivar sus tierras, que podían vender en los mercados —que acusaban mayor influencia—, lo que constituía para el comandante Williams un «barómetro seguro del sentimiento de seguridad y protección experimentado por los nativos».[77]

«Tenían confianza —asegura Millspaugh— en la honestidad y justicia de los norteamericanos». Si bien es cierto que las masas campesinas conocieron con la ocupación el fin del reclutamiento forzado, característico del período anterior a 1915, también es un hecho que el descontento campesino se prolongó durante toda la ocupación, estallando a veces con estruendo. Los actos de resistencia y rebelión, llevados a cabo por las masas campesinas, desmienten en general todas las aseveraciones sobre «la colaboración del pueblo». Pero como los haitianos, según el alto comisario Russel, eran niños con mentalidad de siete años, las

[75] *Ricain*: Forma despectiva con que el pueblo llamaba a los marines de la ocupación.

[76] Charles Moravia: Legación de Haití al Departamento de Estado, 5 de agosto de 1919, en *Hearings*, p. 521.

[77] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 186.

manifestaciones de descontento fueron bien pronto calificadas como actos de bandidaje.

El campesino, queriendo a todo precio liberarse de esta situación, fue a alimentar, en los primeros tiempos, el movimiento armado de Charlemagne Péralte…, o bien a engrosar las filas de la emigración, o reforzar el lumpemproletario permanente de las ciudades.

El tributo pagado por el campesinado fue, pues, de lo más pesado, sin que los «beneficios» anunciados por la ocupación se hicieran sentir sino tan solo por las minorías representantes del poder feudal tradicional y los círculos más incondicionales de los políticos y hombres de negocios haitianos. Los despojos, la *corvée* y la emigración forzada fueron otras tantas formas de la arbitrariedad del «blanco», que hirieron profundamente los intereses del campesino como clase.

Además, el desarme de la población y las brutales represiones a las que dio lugar el movimiento armado de Charlemagne Péralte contribuyeron a desligar al campesinado de la escena política del país, haciéndole perder su dinamismo característico. A partir de la ocupación norteamericana, el campesinado haitiano quedó sumido en ese profundo sueño que lo ha convertido en presa aún más fácil para la clase feudal, la burguesía mercantil y los políticos corrompidos.

CAPÍTULO VI
EL PILLAJE FINANCIERO

LA REFORMA FINANCIERA[1]

El aparato de dominio financiero había sido instaurado inmediatamente después del desembarco, y el control de aduanas había precedido la ocupación militar del territorio haitiano. El tratado de septiembre de 1915 sentó las bases legales de la dominación financiera, el control de las aduanas, el funcionamiento de la hacienda pública y de la banca.

EL APARATO ADMINISTRATIVO

Dos funcionarios, el recaudador general y el consejero financiero, ambos militares de máximo rango, gozaban de poder a discreción. Incluso el presidente de la República debía obedecerles, so pena de verse sancionado con medidas que incluían hasta el bloqueo de su sueldo.[2]

Las cláusulas del tratado no eran explícitas en este aspecto. Pero con posterioridad a un conflicto ocurrido en julio de 1920 entre oficiales norteamericanos y haitianos, una disposición transitoria fue introducida en el tratado reconociendo al jefe de las fuerzas de ocupación el derecho de veto sobre las leyes haitianas.

[1] Joseph Chatelain: Ob. cit., pp. 79-193.
[2] B. Danache: Ob. cit., p. 87.

Esta disposición supeditaba «la gestión de las finanzas a la autoridad del consejero financiero, quien asesoraba al jefe de las fuerzas de ocupación como especialista en cuestiones financieras».

El recaudador general era el encargado de recibir los derechos aduanales, de administrar los gastos públicos y de hacer aplicar las disposiciones relativas a las importaciones y exportaciones. Quedaba prohibido, sin autorización previa del presidente de los Estados Unidos, modificar la tarifa aduanal de manera que esto pudiera disminuir los ingresos del Estado (art. IX).

El consejero financiero, asesor técnico del ministro de Finanzas, tenía la prerrogativa de cuidar el equilibrio presupuestario, promover una política de aumento de las recaudaciones fiscales, supervisar la evolución de la deuda pública y hacer por regla general toda recomendación cuya naturaleza tendiera a asegurar el bienestar y la prosperidad del país (arts. II-III).

Estas disposiciones privaban al Estado haitiano de todo poder de decisión en materia de finanzas públicas y subordinaban la política financiera y fiscal a los terratenientes del ocupante.

Las prioridades presupuestarias preveían: 1) el funcionamiento del aparato financiero, 2) el servicio de la deuda pública, y 3) el funcionamiento de la gendarmería. Esos renglones, los dos últimos en particular, servían directamente a los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos. La gendarmería, dirigida por oficiales norteamericanos, se utilizaba para reducir la resistencia nacionalista y mantener el orden. Desde 1922 los Estados Unidos se convirtieron en los únicos acreedores de Haití.

Asistiendo al recaudador general y al consejero financiero, todo un equipo de peritos coadyuvaba a instituir una burocracia eficiente y a modernizar la gestión financiera haitiana. De hecho, esos funcionarios se caracterizaban por su falta de preparación, señalada en numerosos testimonios, incluyendo el de un oficial norteamericano enviado a Haití para investigar sobre la gestión financiera.[3]

[3] *Cf*. Hiram Motherwell: *The Imperialists*, p. 278.

La falta de preparación de los cuadros técnicos manifestaba una serie de rasgos característicos de la «cooperación técnica administrativa» prevista en el tratado. Las fuerzas de ocupación imponían su ley hasta en detalles de la actividad burocrática. Las autoridades haitianas se debatían inútilmente en posiciones destinadas solo a proporcionarles la ilusión del poder.

El recaudador general se adjudicó el derecho de nombrar y revocar a los empleados públicos sin admitir interferencia alguna del gobierno haitiano. El personal norteamericano de la aduana exigía el derecho de recibir y disponer de todos los ingresos públicos. No se admitía ninguna iniciativa de la administración haitiana contraria a tales directivas. Las aplicaciones del convenio eran apoyadas concretamente por el Departamento de Estado; en caso necesario, el jefe de las fuerzas militares disponía del poder para hacer respetar la autoridad de los funcionarios del tratado.

«El pueblo haitiano —observaba Dartiguenave en 1921— ha llegado a la penosa convicción de que el tratado le fue impuesto no como una necesidad bienhechora sino como una violencia más provechosa para otros que para él».[4]

En un cable enviado al Departamento de Estado, Louis Borno, por entonces ministro de Relaciones Exteriores, escribía:

> El pueblo haitiano vive la tiranía vejatoria e injusta de los funcionarios norteamericanos que contrariamente al tratado, quieren imponer a la República leyes presupuestales e impuestos […] sin respeto a la dignidad nacional e inspirados por sentimientos de carácter personal que no obedecen a los intereses superiores de los dos países.

Estas decisiones unilaterales encubrían también malversaciones. En 1915, cuatro barcos de guerra haitianos fueron desarmados y vendidos por el almirante Caperton por catorce mil dólares

[4] Presidente Dartiguenave, 4 de marzo de 1921, ADE/Documento/38169.

a una compañía norteamericana que los volvió a vender en New York por quinientos mil. La ganancia fue repartida entre los interesados, y no hay seguridad alguna de que los catorce mil dólares hayan sido vertidos al tesoro haitiano.[5]

En 1919-1920, el encargado norteamericano dispuso fraudulentamente de un valor de noventa y seis mil dólares. El Departamento de Estado exigió silencio sobre el asunto.[6]

La National Railroad se declaró en quiebra el 22 de junio de 1920, por «falta de pago por parte del Estado haitiano, de sus obligaciones» (capital e intereses) hacia dicha compañía.[7] Esa negligencia administrativa incumbía al consejero financiero. La Corte Federal de los Estados Unidos dispuso una indemnización en favor del presidente de la compañía, el todopoderoso Farham, recolector de los intereses de la misma. El Estado haitiano tuvo que indemnizar. En definitiva, la administración financiera manifestó una gran despreocupación por el desarrollo de Haití…, demostrando ser una administración colonial dedicada al saqueo en cooperación con los intereses financieros más rapaces de los Estados Unidos.

EL PAPEL DE LA BANCA

La fundación con capital extranjero del Banco Nacional de Haití, el 25 de octubre de 1910, marcó el nacimiento de un Estado dentro del Estado. Desde entonces los gobiernos se vieron definitivamente subyugados por la potencia financiera de la banca. El National City Bank, adhiriéndose al consorcio, pudo, poco después del desembarco de los marines, asegurarse el control absoluto de la institución.[8]

[5] *Cf. Les annales diplomatiques et consulaires*, octubre de 1921, p. 4.

[6] F. Dalencourt: Ob. cit., p. 152.

[7] *Hearings…*, p. 173.

[8] Ernest Chauvet sugirió los pasos a seguir para realizar tal empresa en una carta a la Secretaría del Departamento de Estado, el 9 de noviembre de 1915. (*Cf.* ADE/Documento/838.00/136). La anotación del secretario de Estado a dicha carta muestra que la «solución» fue tomada en cuenta.

Uno de los primeros pasos de la ocupación frente a la banca fue esclarecer los equívocos que parecían surgir entre las disposiciones del tratado y el contrato original. Tras largas discusiones se delimitaron las respectivas jurisdicciones: se atribuyó la tesorería al recaudador general, mientras la manutención de los fondos públicos caía en la esfera de responsabilidad de la banca.

Por acuerdo del 12 de abril de 1919, se promulgó la reforma monetaria, que entró en vigor el 13 de agosto del mismo año, disponiendo entre otros puntos:

1. La conversión del Banco Central bajo la denominación de Banque Nationale de la République d'Haïti (BNRH), con monopolio en la emisión de la moneda nacional (*gourde*) en el comercio de divisas extranjeras.
2. La paridad *gourde*-dólar se establecía bajo nuevas bases. Desde el 16 de diciembre de 1916 el banco había sido autorizado a efectuar una emisión de moneda a una tasa de cinco *gourdes* por un dólar. La reforma amplió esta paridad, oficializando la circulación del dólar en Haití paralelamente a la de la *gourde*.
3. Se creó una moneda fraccionaria de la *gourde*, bajo la jurisdicción exclusiva del Estado haitiano. La emisión de esa moneda estaba ligada directamente a las necesidades presupuestarias del Estado.

Los impulsos especulativos de la institución se manifestaron en noviembre de 1919.

> El consejero financiero compró en esta fecha —dice Chatelain por intermedio de la BNRH— francos franceses al National City Bank por valor de tres millones de dólares y al cambio de nueve francos por un dólar, a fin de constituir las provisiones destinadas a saldar los préstamos franceses de 1875-1896. Estas provisiones no iban a ser objeto de empleo inmediato sino utilizadas dieciocho meses más tarde. Pero la transacción había sido

> realizada pocos días antes de la caída espectacular del franco, que pasaba a cotizarse en el mercado de Nueva York de nueve a diecisiete francos por un dólar.[9]

Los beneficios de la operación, unos tres millones de dólares, fueron a parar a las arcas del National City Bank. El tesoro haitiano perdió por su parte un millón trescientos mil dólares.

Con la reforma monetaria, la *gourde* haitiana venía a ser una moneda dependiente del dólar. Su valor se definía no en función del oro, como cualquier moneda nacional, sino más bien en función del dólar. Por ello, la devaluación del dólar en 1933 acarreó *ipso facto* la de la *gourde*, que bajó al 37,7 % de su valor original. Mientras, el oro haitiano, con un monto de cuatro millones oro guardado en las arcas del National City Bank, era sobrevaluado en provecho exclusivo de la institución.

Así, la reforma monetaria trajo para los financieros norteamericanos ganancias sustanciosas al mismo tiempo que sentaba sobre bases firmes y decisivas la dependencia económica de Haití con respecto a los Estados Unidos. La dependencia monetaria colocó el comercio internacional en la esfera exclusiva de la «zona del dólar». Ya el dólar tenía la posición de moneda privilegiada.

Pero la reforma permitió la modernización del sistema monetario haitiano, así como la estabilización de la moneda. Haití estaba a salvo de la práctica de emisiones desmesuradas y devaluaciones monetarias que caracterizaron el período anterior.

El empréstito de 1922, concertado entre los poderes de ocupación y el National City Bank, vinieron a reforzar dichos logros y completar el saqueo.

EL PRÉSTAMO DE 1922

El cierre de los mercados europeos provocado por la primera guerra mundial había afectado profundamente la economía haitiana,

[9] Joseph Chatelain: Ob. cit., p. 137.

limitando en particular su capacidad financiera. Desde fines de 1915, el ministro Blanchard y el almirante Caperton habían recomendado al gobierno haitiano negociar un préstamo con los Estados Unidos. En 1917, Dartiguenave aceptó solicitar un préstamo de treinta millones de dólares en el mercado estadounidense. Para dar garantías a los eventuales prestamistas, firmó el Acta Adicional del 28 de marzo de 1917, que proclamaba la vigencia del tratado de 1915, es decir, la duración de la ocupación, por un nuevo período de diez años.

El consejero financiero Ruan partió a Wall Street a iniciar gestiones con miras al préstamo. Regresó con las manos vacías. «El préstamo —recalcó Dantès Bellegarde—, lo primordial del Acta Adicional de 1917, no llegó a realizarse; lo secundario quedó, contrariamente a todos los principios del Derecho».[10]

El sucesor de Ruan, Mcllhenny, firmó en 1919 un nuevo contrato con la administración haitiana que aceptaba un préstamo de cuarenta millones a pagar en treinta años y garantizado por todos los ingresos aduanales internos. Este proyecto fracasó a casusa de la actitud de los banqueros norteamericanos, resueltos a no comprometer sus capitales en Haití si la actitud política del gobierno federal no se definía claramente hacia el gobierno.

Dartiguenave empezó a manifestar reticencias a la idea del empréstito. A las numerosas sugerencias y proposiciones, opuso diversas objeciones.[11] Finalizó su mandato sin contraer el préstamo.

[10] Dantès Bellegarde*: La résistance haïtienne*, p. 120.

[11] Esta actitud es subrayada por Bellegarde. «Frente a la persistencia de las autoridades norteamericanas en querer imponer a la República de Haití un préstamo en los Estados Unidos, el gobierno haitiano llegó a tomar conciencia del peligro que existía al contraer semejantes obligaciones pecuniarias […] buscando librarse de las garras del Departamento de Estado» (Dantès Bellegarde: *La résistance haitienne*, pp. 124-127). El almirante Kaap escribía al Departamento de Estado: «Si el gobierno de los Estados Unidos hace un empréstito al gobierno haitiano, tendrá medios de presionarlo». (15 de enero de 1921, ADE/Documento/838.00/1472).

Una vez nombrado a la presidencia en abril de 1922, el primer acto de Louis Borno, para agradar a sus benefactores, fue aceptar el empréstito proyectado. El 22 de abril de 1922, Borno escribía al alto comisario general Russell: «Considero este préstamo como el acto fundamental de la futura prosperidad de Haití, puesto que debe equipar a esta país con el material económico indispensable para su desarrollo material y moral».[12] Para lograrlo, el Estado haitiano se comprometió a dejar en manos de los funcionarios norteamericanos los ingresos públicos.

Por otra parte, los hombres de negocios, particularmente los del grupo Rockefeller del National City Bank (con Farham a la cabeza), veían el empréstito como un fabuloso negocio. Por ello habían insistido tanto para que el Estado haitiano contratase dicho préstamo. Sin embargo, en el Senado norteamericano se elevaron las protestas contra el aspecto político del empréstito. «En cuanto la ley que autoriza el préstamo sea puesta en discusión en el Senado —dijo el senador King—, yo pondré una enmienda para que ni un solo dólar sea utilizado con el propósito de mantener nuestros marines en Haití y en Santo Domingo».[13]

El propósito reconocido de la operación era el de sanear las finanzas unificando la deuda exterior, convirtiéndola así en una sola obligación a interés único y amortizaciones a largo plazo (treinta años). «Desde el punto de vista administrativo y contable, se trataba de simplificar la gestión de la deuda».[14]

La primera emisión del préstamo, serie A, con un monto nominal de diecisiete millones, fue colocada a una tasa del 6 %. El National City Bank compró los títulos de cien dólares a razón de

[12] Carta de Louis Borno, en Alain Turnier: Ob. cit., pp. 295-296.

[13] Citdo por Hogarth Nicolas: *L'ocupation américaine. La revanche de l'histoire*, ob. cit., p. 221.

[14] Joseph Chatelain: Ob. cit., p. 146. Numerosos autores han estudiado esa operación. Precisamente por lo tenebroso de la misma, no se encuentran datos unificados en estos diferentes estudios, en cuanto al monto nominal y el monto real de las series B y C, así como sobre el monto nominal efectivo del empréstito global.

noventa y dos mil ciento treinta y siete dólares. Haití recibió un monto neto de 14, 755,000.25 dólares y el National City Bank logró una ganancia neta de 1,244,999.75 dólares. La serie B, negociada en 1923 por el National City Bank por un monto nominal de cinco millones, produjo un valor efectivo de 4,234,041.94 dólares. La última emisión, serie C, fue colocada en 1926 por la Metropolitan Trust Company of New York, y los bonos de cien dólares se negociaron a razón de setenta y cinco. El monto nominal de la operación se elevaba a 2,658,160.00 dólares; Haití recibió 1,995,000.00

En definitiva, este préstamo, de un monto total de 23,658,160.00 dólares, aportó al gobierno haitiano 20,984,041.25 dólares y los hombres de negocios norteamericanos obtuvieron una ganancia neta de 2,674,119.00 dólares. La serie A fue destinada a pagar el saldo de los préstamos franceses y reembolsar a la Banque Nationale los anticipos de la tesorería, hechos al gobierno. Sirvió también en gran parte para pagar a los acreedores norteamericanos obligaciones que al gobierno haitiano no se le permitió discutir.[15] Entre otras se destacaban las obligaciones pendientes con la National Railroad, de Roger Farham.

La serie B fue designada para el pago de la deuda interna, es decir, préstamos colocados a tasas abusivas, reclamaciones diplomáticas, indemnizaciones, etcétera.

La serie C sirvió para saldar deudas pendientes con la National Railroad Co.

Así, tras la unificación de la deuda, quedaron disponibles al tesoro haitiano 2,411,000.00 dólares, que fueron dedicados a obras públicas: los cuarteles Dessalines, edificio de la Facultad de Medicina, etcétera.

> Es innegable —escribe Sténio Vincent— que el préstamo de 1922 ha permitido realizar un saneamiento real de nuestra situación financiera e instau-

[15] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 128.

> rar el orden y la regularidad en la administración del tesoro público. Sin embargo, no ha servido, como podría esperarse, al desarrollo económico de este país. Ningún proyecto de carácter productivo ha podido ser emprendido por falta de fondos disponibles. Y nuestro pequeño estado, condenado, como antes, a apretarse el cinturón, a desangrarse sin tregua a fin de sacar sus propios fondos con que asegurar, cueste lo que cueste, el pago regular de su deuda.[16]

So pretexto de «dar garantías» a los inversionistas, todas las reservas del país (más de cuatro millones en 1927-1928) fueron guardadas en el National City Bank a la tasa irrisoria de 2, 5%. «Haití prestaba dinero a Wall Street», según las propias palabras del consejero financiero Cumberland.

Mientras, todos los proyectos destinados a impulsar la economía tuvieron que ser abandonados por falta de fondos. Para justificar esa política, las autoridades de ocupación invocaban la necesidad de mantener una reserva con el fin de sustraer el presupuesto a las fluctuaciones de los ingresos aduanales y de los impuestos sobre el café.[17]

Por otra parte, el consejero financiero emprendió con empeño una política de amortizaciones anticipadas. Entre una tercera y cuarta partes del presupuesto se destinó al servicio de la deuda (31,21 % en 1924-1925; 24,46 % en 1928-1929). A este ritmo, Haití pagaría el monto de la deuda nueve años antes de lo previsto en las cláusulas del contrato.

En 1938, estaba adelantado en ocho millones de dólares sobre las provisiones contractuales, ofreciendo así el espectáculo de un «gobierno rico y un pueblo pobre» (palabras del Alto Comisario). «Semejante política constituía una herejía culpable en un país que necesitaba de sus recursos para los trabajos de desarrollo

[16] Sténio Vincent: Ob. cit., t. I, pp. 411-412.

[17] Consejero financiero: *Annual Report* (1923-1924), p. 12.

económico».[18] De hecho, los técnicos financieros de la Marina de los Estados Unidos no tenían idea alguna de una política de desarrollo… y ni se preocupaban por ello. Se dedicaban a hacer funcionar el Big Stick para mantener el orden, indispensable para los capitalistas en busca de provecho máximo.

LA POLÍTICA DE AUMENTO DE LAS CARGAS IMPOSITIVAS

En su informe de 1924-1925, el consejero financiero declaraba que los impuestos internos deberían representar el 50 % de las recaudaciones fiscales, y aun exceder las fuentes externas de ingresos. Antes de la ocupación, los impuestos internos se elevaban a menos de 10 % del total de los ingresos.[19]

Ya en 1918, el señor Ruan presentó un proyecto de ley creando nuevos impuestos. El gobierno de Dartiguenave protestó:

> Se trata —escribía el ministro de entonces, Louis Borno— de impuestos dirigidos a aplicárselos al pueblo de por sí miserable y al que no debemos aumentar las cargas si no es con mucha cautela, teniendo en cuanta sus costumbres […]. Ningún gobierno consciente de sus responsabilidades puede aceptar a ojos cerrados semejantes impuestos.[20]

En abril de 1923, un nuevo proyecto sobre la producción y comercio del alcohol y el tabaco fue recibido con evidente hostilidad. Bajo la presión del Departamento de Estado, el Consejo de Estado lo votó. Fue considerado en los medios haitianos como una verdadera catástrofe, ya que amenazaba con la ruina a los pequeños productores de aguardiente y alcohol en beneficio de la HASCO. Esta firma, instalada poco después de la ocupación, disponía de las mejores tierras para la caña de azúcar, poseía sus propias vías férreas, muelles, planta eléctrica, etcétera.

[18] Alain Turnier: Ob. cit., p. 298.
[19] Paul H. Douglas: Ob. cit., p. 39.
[20] Dantès Bellegarde: *Pour une Haïti heureuse*, p. 79.

Ninguna competencia era pues posible con una compañía tan poderosa. Obligados a pagar por adelantado un impuesto fijado arbitrariamente y basado no en la capacidad real sino en la producción presumible de alambiques, los productores haitianos renunciaron al negocio.[21] Un verdadero monopolio se constituyó en beneficio de la HASCO. El pánico y el desempleo se extendieron en las planicies de Cayes, del Norte, de Cul-de-Sac, en el Platean Central y Quartier Morin, principales centros de elaboración de la caña de azúcar.

Esta misma ley pretendía establecer también un impuesto sobre el tabaco. Exigía la venta de este producto en paquetes de una, media o un cuarto de libra, tal como en los Estados Unidos. El campesino haitiano, principal consumidor, habituado a procurarse «las hojas de tabaco», se tornaba desconfiado, ya no compraba y vendía a escondidas. Los cigarrillos norteamericanos se impusieron. El cultivo del tabaco fue abandonado en Jean-Rabel, Por-de-Paix, Port-Margot, Fort-Liberté, Troi-du-Nord y en otros lugares.

En 1925, una ley que creaba un impuesto sobre la propiedad había sido abandonada, pero en 1927 una nueva ley instituía un cargo del 6 % sobre el valor de la propiedad.

> Desde inicios de la ocupación hasta 1930, cada año los ingresos provenientes de los impuestos internos se elevaban regularmente —escribe Perceval Thoby en un informe a la Union Patriotique—. Nuevos y absurdos impuestos que van más allá de la capacidad económica del pueblo se han implantado. Y a fin de reforzar esas nuevas leyes fiscales, el código penal haitiano está sujeto a revisión constante y a la adopción de sanciones drásticas y medievales.[22]

[21] Abandonaron el mercado Bocco, Alexandre Villejoint, los hermanos Jullois, ciento diez *guildviers* de Cul-de-Sac, noventa de St-Michel-de-l'Attalaye. *Cf*. periódicos de la época en Suzy Castor: Ob. cit., pp. 13-14.

[22] Memorando de la Union Patriotique, ya citado. A. Millspaugh: Ob. cit., pp. 129-130.

Los impuestos comunales, por ejemplo, producían menos de veinte mil dólares antes de la ocupación; con las reformas realizadas, alcanzaron más de doscientos mil: el funcionamiento de la nueva administración de las contribuciones aumentó los ingresos internos que pasaron de 560,000.00 dólares en 1923-1924, a 800,000 en 1924-1925.[23] Los nuevos gravámenes sobre las bebidas, el tabaco y los cigarrillos aportaron 400,000.00 dólares. En 1920-1921 el total de los ingresos fiscales representaba cuatro millones de dólares, y los impuestos internos, 379,632.67 dólares; en 1929-1930, este total se elevaba a 7,729,000.00 dólares y los derechos internos a 546,495.00 dólares.[24]

Desde el punto de vista técnico, esta política fiscal fue un verdadero éxito. Produjo un considerable crecimiento de los ingresos públicos. Tenía por objeto, según las autoridades norteamericanas, permitir la supresión de los derechos aduanales sobre los artículos de exportación, principalmente el café, y sustraer el presupuesto de las fluctuaciones del precio de este producto en el mercado internacional.

Estas nuevas obligaciones pesaron sobre todas las capas de la nación. El pueblo tuvo que soportar, como lo reconoció el consejero financiero, una carga fiscal tres veces mayor que en los Estados Unidos, si se tiene en cuenta los respectivos ingresos de los dos países.[25] «El progreso realizado en cuanto a los ingresos públicos no parecía compensar las consecuencias funestas de esta política fiscal en el plano social y el desempleo infligido a centenares de pequeños productores».[26]

El riguroso equilibro de los ingresos y egresos gubernmentales se rompió a partir de los años 1928-1929, coincidiendo con la crisis económica del sistema capitalista mundial.

[23] Joseph Chatelain: Ob. cit., p. 114.
[24] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 130
[25] Arthur Millspaugh: «Our Haitian Problem», *Foreign Affairs*, 1929, p. 560.
[26] Joseph Chatelain: Ob. cit., p. 154.

Ello contribuyó al auge del movimiento nacionalista de los años 1929-1930. Ese deterioro de la economía haitiana, surgido a raíz de la crisis mundial, traducía toda la fragilidad de una economía dependiente basada en la monoexportación; también expresaba el fracaso de la política económica y financiera del ocupante y la ineficiencia administrativa del sistema colonial impuesto a Haití.

OTROS SECTORES DE INVERSIÓN

La mayor parte de los capitales norteamericanos invertidos en Haití durante la ocupación se destinaron a préstamos públicos y a la agricultura. Las inversiones en los ferrocarriles colocadas desde 1910 fueron bajando, mientras que se notaba una tendencia a aumentar en otras ramas de los servicios (electricidad, transporte).

El National City Bank, además de esas inversiones en cartera (préstamo de 1922), estaba ligado por su representante en Haití, Farham, a la compañía de ferrocarriles.[27] La Haytian American Development Corporation of America poseía las acciones de la Compañía Eléctrica de las ciudades de Puerto Príncipe y Cabo Haitiano. La French Cable Company, al expirar su contrato en 1927, fue remplazada por la American Cable Company. En Puerto Príncipe se instaló un sistema telefónico automático, uno de los primeros de ese género en el mundo. La Panamerican Airways obtuvo el monopolio de la navegación aérea. Líneas de navegación estadounidenses monopolizaron el flete haitiano y la explotación de los muelles de Puerto Príncipe. La Sinclair Exploration Company recibió el monopolio de la distribución de gasolina.

En el sector comercial, las inversiones no alcanzaron un nivel elevado. Sin embargo, los hombres de negocios norteamericanos poseían todas las facilidades. Se acentúo la desaparición del ele-

[27] Además, realizó diversas operaciones de especulación. En 1922, en compensación a deudas no pagadas se adjudicó 5,325 hectáreas de tierra, así como otros bienes de la Société Commerciale d'Haïti, que estaba en quiebra. Tras reorganizar la empresa, el National City Bank lograba cinco años después un beneficio neto de 200,000.00 dólares.

mento nacional en el sector comercial. El periódico *Le Temps* escribía en agosto de 1922: «El peligro que nos amenaza será pronto un hecho irreparable: nuestra eliminación total de la economía de nuestro país».[28] El derecho otorgado a las casas extranjeras a instalarse cerca de los mercados rurales reforzó sus posiciones frente a comerciantes nacionales, relegados únicamente al pequeño negocio.

La lucha por dominar el mercado haitiano se libró al principio entre comerciantes norteamericanos y franceses. La ley aduanal de junio de 1926, dirigida contra estos últimos, era un proteccionismo a favor de los conquistadores; las casas norteamericanas gozaban además de ciertas ventajas, tales como los bajos fletes, y podían vender sus mercancías a mejores precios. Para lograr una buena posición en el mercado era necesario ser norteamericano.

En conclusión, las fuerzas de la ocupación en Haití pusieron el aparato de dominio político al servicio de intereses norteamericanos. Los problemas reales del país fueron supeditados a los intereses de grandes firmas, tales como la HASCO o la Plantation Dauphin, o de monopolios estadounidenses como el National City Bank.

Poco se hizo para sacar a Haití de la crisis económica que padecía desde fines del siglo XIX y asegurar su progreso socioeconómico.

[28] *Le Temps*, 10 de agosto de 1922, en Suzy Castor: Ob. cit., p. 43.

TERCERA PARTE
RESISTENCIA DEL PUEBLO
Y ACOMODO
DE LAS CLASES DIRIGENTES

CAPÍTULO VII
LA RESISTENCIA ARMADA

La resistencia popular empezó el mismo día del desembarco de la Marina de Guerra de los Estados Unidos en costas haitianas. La guarnición del arsenal trabó un decidido combate en contra de los invasores, destacándose en la gesta los oficiales Pierre Sully, Édouard François y Joseph Pierre.

No obstante, frente a un enemigo superior y mejor armado, este foco de resistencia no pudo sostenerse. La crisis política era profunda. No existía gobierno establecido.

El ejército se hallaba en desbandada tras la toma de Puerto Príncipe por los *cacos* insurgentes del norte. Estos últimos no se habían consolidado en Puerto Príncipe. Tales circunstancias, el desconcierto de la población y el clima general de crisis propiciaron la toma de la capital por las tropas de Caperton sin mayor dificultad.

Una semana después, el 6 de agosto, una fuerte tirantez surgió entre marines y *cacos*, cuando Caperton dispuso la evacuación de la capital por los últimos, los que intercambiaron disparos con las fuerzas norteamericanas. Estaban dispuestos a pelear para imponer en la presidencia a su jefe, el doctor Bobo, quien prefirió esperar las elecciones legislativas anunciadas para el 12 de agosto.

Después de la farsa electoral del 12 de agosto, algunas personalidades políticas alzaron su voz en contra de la invasión: Georges Sylvain, Fleury Féquière y Marcelin Jocelyn. Fundaron el periódico *La Patrie* el 13 de agosto; Élie Guérin y Félix Viard, el periódico *Haïti Intégrale* el 18 de agosto, y poco después Chrysostome Rosemond, Furcy Chatelain y Constantin Dumervé La Ligue.

Desde entonces se desarrollaron dos formas de resistencia: la política e intelectual, dirigida por la fracción nacionalista de la élite urbana, y la resistencia armada, manifestación esencial del nacionalismo con base campesina y popular, que cristaliza en dos movimientos diferentes en su carácter y sus objetivos: el primero bajo la dirección de Jean-Baptiste Pétion y Antoine Morency, el segundo dirigido por Charlemagne Péralte y Benoît Batraville. Otros brotes de resistencia armada constituyeron fuertes manifestaciones de reprobación popular en contra de la ocupación.

LA PRIMERA GUERRA DE LOS *CACOS*

Tras la eliminación del doctor Rosalvo Bobo y el nombramiento de Dartiguenave, las fuerzas de ocupación tomaron medidas para romper toda resistencia: desarme de la población civil, ley marcial en todo el territorio nacional e instalación de tribunales militares en las principales ciudades. Los habitantes del norte y del noroeste se pusieron en pie de guerra. Destacamentos de marines fueron enviados a Léogane, Saint Marc, Gonaïves, Port-de-Paix, ciudades en donde la población se «encontraba lista para reunirse con los cacos», según lo estimaban las autoridades. El descontento se extendió en el sur. Los marines se dirigieron a pacificar Petit- Goâve, Miragoâne, Cayes y Jacmel.

Un ataque a la ciudad de Gonaïves por los cacos fue rechazado;[1] pero a fines de septiembre impidieron que la ciudad se aprovisio-

[1] C. Metcalf: Ob. cit., p. 380.

nara de agua y alimentos. El número de insurrectos aumentaba sin cesar. El mayor Smedley D. Butler entró en platicas con el jefe caco Rameau, quien prometió, mediante cierta suma, retirar sus tropas y suspender las actividades de sabotaje.[2]

El centro de la resistencia estaba localizado en la zona comprendida entre Cabo Haitiano y Grande Rivière. Cabo Haitiano, segunda ciudad de la República, se encontraba totalmente asilada, debido al sitio establecido por las bandas de *cacos* que cortaron las vías de comunicación y de abastecimiento.

Después de varias tentativas infructuosas por parte de los capitanes A. Baker y Chandler Campbell, el coronel Cole, a la cabeza de cinco compañías, libró una difícil batalla para romper el cerco. Hubo grandes pérdidas por ambas partes. Al fin, los yanquis pudieron tener acceso al Departamento del Norte sin que por ello vencieran militarmente a los cacos. Ante estas dificultades, el ocupante adoptó otra táctica. El coronel Waller fue despachado hacia el norte «con una suma de dinero bastante fuerte».[3]

El terreno estaba ya preparado. Inmediatamente después del desembarco, mientras celebraban las pláticas con los políticos de Puerto Príncipe, los ocupantes habían iniciado en Cabo Haitiano conversaciones con algunos jefes *cacos*, entre otros, los generales Robin y Zamor, y los comandantes Morency y Pétion. Levingston, cónsul estadounidense en Cabo Haitiano, les ofreció a cambio del desarme de los *cacos* el pago de 50 *gourdes* para cada soldado y 100 para cada jefe. Se mostraron dispuestos a un arreglo con las autoridades norteamericanas.[4]

[2] J. McCroklin: Ob. cit., p. 38.

[3] Phillip Pierce: *The compact history of the United States Marine Corps*, p. 163.

[4] El 6 de agosto, satisfecho de sus sondeos, telegrafió al Departamento de Estado: «En una conversación con Zamor me dijo que representa a un grupo de políticos de Puerto Príncipe, entre los cuales se encuentra Leger. Estos políticos han llegado a la conclusión de que es necesario un arreglo con los Estados Unidos, y que el candidato electo a la presidencia debe comprometerse desde antes. Agregó que él constituye el principal apoyo

Un tratado de paz fue firmado el 29 de septiembre de 1915.[5]

Los jefes recibieron el dinero, y los soldados medios de transporte para el regreso a casa, ropa y una pequeña suma de dinero.[6] Cerca de un millar de fusiles remitidos a las autoridades en Quartier Morin.[7] Las tropas norteamericanas pudieron entonces penetrar hasta Ouanaminthe y Fort-Liberté.

A pesar de la traición de los jefes, muchos soldados rehusaron rendirse.[8] Declarados bandidos y proclamados fuera de la ley, cualquier ciudadano tenía derecho a matarlos.[9] Nuevos líderes surgieron en el seno de estos rebeldes. Se organizaron. Poco después atacaron el cuartel general de los norteamericanos, establecido por entonces en la Grande-Rivière. Diseminados en las montañas, hostigaron al invasor, el cual por medio de una campaña rápida y sumamente violenta quería a todo precio romper la resistencia.

El coronel Waller utilizó entonces dos tácticas empleadas en la guerra de Filipinas: la primera consistía en el uso de patrullas para hacer reconocimientos de lugar y acorralar al enemigo. La otra era la de efectuar una serie de ataques a las plazas fuertes conocidas. Poco a poco, gracias a la táctica de cerco bien coordinada, los norteamericanos acorralaron a los *cacos* en un antiguo fuerte colonial utilizado ya en las guerras civiles anteriores, Fort Rivière, situado a doce kilómetros de Grande-Rivière. «Los cacos combatieron con fusiles y bayonetas, machetes, palos y piedras hasta el último hombre».[10] Empero, los norteamericanos se apo-

a Bobo, pero si quiere lo puede hacer a un lado». (Telegrama de Livingston, cónsul en Cabo Haitiano, al Departamento de Estado, ADE/Documento/838.00/1237).

5 En 1927, en Nicaragua, los norteamericanos utilizaron este mismo método: la subordinación de los jefes para obtener el desarme de la población. Moncada, Sandoval, Bartodano y otros, firmaron el Tratado Stimson-Monca. Sandino no aceptó las condiciones impuestas por los norteamericanos.

6 J. McCroklin: Ob. cit., p. 32.

7 P. Pierce: Ob. cit., p. 163; J. McCroklin: Ob. cit., p. 52.

8 Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 350.

9 P. Pierce: Ob. cit., p. 163.

10 Ídem.

deraron del fuerte el 17 de noviembre. El mayor Butler empleó una tonelada de dinamita para arrasar este último bastión de resistencia *caco*.

El almirante Caperton telegrafió poco después a Washington: «Fort-Rivière capturado por las fuerzas del mayor Butler. Todas las salidas fueron cerradas con anticipación, de manera que nadie escapó».[11]

La toma de Fort-Rivière marca oficialmente el fin de la primera «guerra de los cacos». Más de cincuenta líderes importantes fueron muertos[12] y los grupos sobrevivientes se dispersaron y se internaron en las montañas.[13] Esporádicamente, tuvieron lugar choques entre grupos *cacos* y marines hasta enero de 1916; pero de hecho el norte estaba pacificado, cuando menos transitoriamente.

Por otra parte, en los departamentos del oeste y del sur la rebeldía subsistía. Refugiado en las montañas del sur, Ismaël Codio dirigía el movimiento como jefe militar. «Estaban sostenidos financieramente por un gran político de la ciudad de Cayes, Antoine Pierre Paul, y algunos políticos de Puerto Príncipe, Pradel, Amable, Hilaire, entre otros».[14]

En enero de 1916, los rebeldes se sintieron lo suficientemente fuertes para atacar Puerto Príncipe. Las oficinas del gran preboste norteamericano fueron incendiadas: el capitán Williams reprimió rápido el movimiento y Codio fue capturado. Sin embargo, aun en la prisión «encontraba medios de fomentar los desórdenes y de desmoralizar a las fuerzas de la administración».[15]

Cundía la inquietud en Puerto Príncipe. El capitán McDougal salió entonces con nuevos contingentes de Guantánamo con el objetivo de reforzar las tropas norteamericanas en Haití. Los disturbios, según el almirante Caperton, se extendían en Cayes y

[11] J. McCroklin: Ob. cit., p. 35.
[12] Dantès Bellegarde: *La résistance haïtienne* p. 56.
[13] P. Pierce: Ob. cit., p. 165.
[14] J. McCroklin: Ob. cit., p. 79.
[15] F. Wirkus: Ob. cit., p. 34.

todo el sur. El movimiento se proponía llevar a la presidencia a Pauléus Sannon.[16]

Los partidarios de Codio lo libertaron de la prisión. Poco después un ataque, dirigido personalmente por el capitán McDougal, terminó con la captura definitiva de Codio y sus partidarios en Fonds Parisien, donde fueron fusilados.

En el mismo período se registraron movimientos espontáneos en Cayes, Jacmel, L'Asile, Arcahaie, Borgne. También las masas urbanas de la capital manifestaron de manera inequívoca su reprobación. «Los barrios más terribles para nosotros en la vigilancia nocturna —escribe Wirkus— eran los de Bel Air y de Warf z'Herbes [suburbios de la capital] donde se ocultaban armas, municiones y conspiradores».[17]

Esa primera campaña de «pacificación», sobre todo en el norte, fue extremadamente brutal. «Una campaña de terror y de matanza», escribe Bellegarde al referirse a los métodos usados para reducir a estos rebeldes no preparados para una guerra de tal envergadura. En varios casos se trató de verdaderos genocidios.

La opinión internacional se conmovió. A fines de noviembre, el secretario de Marina, Daniels, declaró al almirante Caperton que:

> […] estaba fuertemente impresionado por el número de haitianos muertos […] que el control de Haití podría ser mantenido sin más opresiones ofensivas y que, en vista de las terribles pérdidas sufridas por los haitianos, las operaciones debían ser suspendidas para evitar pérdidas aún más grandes en vidas humanas.[18]

[16] Informe de Caperton al Departamento de Estado de Marina, 8 de enero de 1916, ADE/Documento/838.000/138.

[17] F. Wirkus: Ob. cit., p. 39.

[18] Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 52.

El almirante Caperton replicó que «[…] el aniquilamiento de los bandidos era necesario para mantener el orden».[19]

Esas primeras insurrecciones, principalmente la del norte, eran en cierta medida la continuación de las sempiternas insurrecciones del período anterior a la ocupación. Ninguna comunidad o identificación existía entre los soldados y los jefes *cacos*, listos estos últimos para toda clase de compromisos. Así se explica la firma del tratado de paz del 29 de septiembre entre los comandantes *cacos* y las autoridades.

Después de esta traición, la guerra entró en una nueva fase. Su inspiración nacional fue manifiesta. Frente a la represión brutal del ocupante, se despierta la conciencia patriótica y surge la consigna «no aceptar jamás el desarme».[20] Entonces, los *cacos* hicieron frente con las armas en la mano a estos nuevos «amos blancos». Recurrieron al cimarronaje, la antigua práctica de lucha anticolonial aplicada con éxito por los esclavos de Saint-Domingue un siglo y medio antes. Fueron precisamente esos grupos de cimarrones quienes estuvieron proveyendo las tropas de Charlemagne Péralte al momento de la segunda guerra de los *cacos*.

LA EPOPEYA DE CHARLEMAGNE PÉRALTE

Después de la toma de Fort-Rivière, los cimarrones, diezmados en las montañas, no tardaron en encontrar un jefe que cristalizara sus aspiraciones; este fue Charlemagne Péralte. John Russell, en una carta al mayor general norteamericano escribía: «Los bandidos que se llaman a sí mismos cacos o revolucionarios dicen que hacen la guerra contra los norteamericanos con la idea de echar-

[19] Ídem. Así, el almirante Caperton se ganaba desde el principio la antipatía e incluso la indiferencia de la población en las zonas donde operaba. (*Cf.* Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 218).

[20] Quizás los consejos del jacobino Sonthonax a los esclavos de Saint-Domingue en 1793 habían sido transmitidos de generación en generación y permanecían vivos en el espíritu de los *cacos*: «los que pretendan quitaros los fusiles, desearan reduciros a la esclavitud».

los de la isla o de exterminarlos».[21] En efecto, como sus antepasados lo habían hecho antes con las tropas francesas —durante la guerra de independencia—, estos rebeldes estaban resueltos a expulsar a los nuevos opresores que pretendían anexarse el país. Charlemagne Péralte firmaba todos sus documentos como «Jefe del ejército revolucionario luchando contra los norteamericanos en la tierra de Haití».[22]

El objetivo de esta guerra se presenta, pues, bien definido. El antinorteamericanismo y el nacionalismo constituyeron el verdadero cimiento entre los combatientes, ya que su meta era le expulsión del ocupante; así, la comunidad de objetos se estableció más íntimamente entre los jefes y la masa.

BASES POLÍTICAS Y ORGANIZATIVAS DEL MOVIMIENTO

Muchos autores se han dejado cegar por la pasión y han visto en el ejército de los *cacos* un conjunto de granujas sin mayor mérito. Según Verschueren, «todos los holgazanes y pillos que no tenían nada que perder y todo que ganar» se enrolaban en las filas de Péralte. Los oficiales norteamericanos siempre han designado a los miembros de la rebelión de los *cacos* bajo el término de bandidos.[23]

Sin embargo, ha quedado establecido que el movimiento era integrado por los «negros que viven en las montañas». Quienes se alzaron amenazados en sus bienes y su libertad, como los campesinos del norte, del Artibonite y de una parte del nordeste.

[21] Carta confidencial de John Russell al Mayor General […] U. S. Marine Corps, 11 de diciembre de 1919, ADE/Documento/838.00/1611.

[22] J. Verschueren: Ob. cit., t. II, p. 124.

[23] En Haití como en Nicaragua, en la República Dominicana o en las Filipinas, los invasores lanzaban o trataban de lanzar el descrédito sobre los movimientos nacionalistas. A propósito de lo cual Sandino escribía: «Se le llama a Washington el Padre de la Patria. El mismo título se otorga a Bolívar y a Hidalgo. Pero yo soy un bandido, según la medida con que el fuerte juzga al débil». (G. Salser: *Sandino, general de hombres libres*, p. 10).

Es significativo que el centro del movimiento haya sido el norte y el Artibonite, región de los grandes latifundios que florecieron durante la época colonial y esclavista.

Los feudos establecidos por Christophe (1806-1820) dieron lugar a una estructura agraria autoritaria y de explotación intensa del campesinado. Después de un siglo de evolución nacional, en esta parte del país quedó profundamente arraigado el modo de producción feudal. De ahí que en las relaciones sociales de producción continuaran manifestándose fuertes contradicciones entre los propietarios y los campesinos sin tierra.

Con la ocupación, los terratenientes se pusieron a las órdenes del capital yanqui, esforzándose en vender o arrendar sus tierras a los hombres de negocios. De 1915 a 1918 varias compañías norteamericanas ya se habían instalado o hacían gestiones para arrendar tierras en el norte. Los pequeños propietarios de esta zona, los medianeros, eran desplazados o se sentían amenazados.

El grueso de las tropas de Charlemagne Péralte fue reclutado del seno de las masas, víctimas de la situación agraria en vigor desde un siglo atrás y del impacto de la ocupación extranjera. Así, en las regiones de operación de los rebeldes, el fuerte sentimiento nacionalista y la toma de conciencia de los problemas nacionales tenían raíces económicas profundas. El régimen de la *corvée* y los grandes abusos hacían surgir la idea del retorno a la esclavitud.[24]

Así, condiciones objetivas tales como el despojos agrario, la arbitrariedad, el trabajo forzado y el hambre, impulsaban a los campesinos a la lucha. A estas causas se sumó el resentimiento popular contra los «blancos».[25]

[24] J. Verschueren: Ob. cit., p. 124.

[25] «El problema —escribe Wirkus— era muy complejo. Para convencer a un campesino, reducido por el hambre y la pobreza, de no seguir la causa *caco*, era preciso, como único camino, llevar a cabo verdaderas matanzas».

Muchos citadinos, sin participar en la lucha activa, simpatizaban con la resistencia.[26] Según H. P. Davies, Charlemagne llegó a reunir para su causa a todos los líderes del norte y a los políticos de los pueblos y de las ciudades.[27] El movimiento ganó la simpatía de muchos funcionarios públicos, que también deseaban la salida de los norteamericanos.

En primer lugar, eran nacionalistas que luchaban con la pluma en contra del ocupante; lo mismo pasó con algunos políticos tradicionales, que se apresuraron a manifestar al movimiento su simpatía y prodigarle avisos, ayuda técnica y consejos. Acaso pensaban poder explotar con éxito un futuro político más favorable para ellos.

En esta última perspectiva se alinearon algunos extranjeros, particularmente ingleses y alemanes, cuyos intereses económicos fueron perjudicados. Vieron con satisfacción el desarrollo y la extensión del movimiento. Dieron ayuda económica, víveres, municiones, información de carácter militar a veces muy estimable, como la disposición de las tropas en la capital, etcétera.[28]

LOS DIRIGENTES DEL MOVIMIENTO

Al lado de Charlemagne, lucharon sus hermanos Saoul y Saint Rémy Péralte. Benoît Batraville, un maestro de escuela rural, fue su principal lugarteniente.

No tenemos documentos para establecer una biografía detallada del líder. Charlemagne era mimbro de una familia influyente de la Meseta Central, de Hinche. Había hecho sus estudios primarios en su ciudad natal y continuó la enseñanza secundaria en Puerto Príncipe, en la Institución de San Luis Gonzaga (frecuentada en su mayoría por niños de la élite). El año de 1915 lo encuentra en las filas del ejército.

[26] «Los bandidos son dirigidos y asistidos por un cuerpo de haitianos que viven en Puerto Príncipe». (*Cf.* Carta confidencial de Russell al comandante, 11 de diciembre de 1919, ADE/Documento/838.00/164).

[27] H. Davis: Ob. cit., p. 220.

[28] Ivan Désinor: *Tragédies américaines*, p. 130.

No podemos determinar las circunstancias que convergieron en la formación de su personalidad ni las influencias que hayan intervenido en su conducta. Sin embargo, un factor que no debemos desestimar desempeñó un papel determinante en su actitud: su profundo patriotismo y su nacionalismo. Los hechos prueban que rechazó las concesiones en boga durante la época. Por una parte, no actuó como los viejos feudales, que utilizaban a los *cacos* como los «hace-presidentes»; por otra, no veía en ellos —como eran las ideas de la élite— una masa mortífera, incapaz. Su movimiento fue ante todo un movimiento popular.

Cuando el desembarco de las tropas invasoras, Charlemagne, comandante del distrito de Léogane, rehusó entregarle la ciudad al ocupante.[29] Contaba treinta y cinco años en esa época y una reputación de valentía y de patriotismo indómitos. «Tenía un odio al invasor que no tendría más fin que en su muerte».[30]

El 11 de octubre de 1917, con sus hermanos Saoul, Saint Rémy y sesenta hombres casi desarmados, Charlemagne Péralte atacó la casa del capitán Doxey, comandante de Hinche. El ataque fue rechazado, los jefes detenidos y Charlemagne condenado a cinco años de trabajo por un tribunal prebostal. Sufrió los sinsabores de la prisión. Mató a un marine que lo golpeó porque rehusaba limpiar las letrinas, y fue castigado severamente…, en la prisión misma no cesaba de predicar la resistencia al enemigo y al recurso de las armas para liberar el país. El 3 de septiembre de 1917 logró convencer al centinela de la guardia y huyó con él a las montañas para desencadenar la lucha.

Una vez en las montañas, Péralte se reunió con sus antiguos partidarios del ataque a Hinche y los cimarrones diseminados en las montañas. Allí se atrincheró y organizó su ejército. Se mostró como un gran jefe. Creó un gabinete, nombró generales[31] y contó

[29] J. McCroklim: Ob. cit., p. 103.

[30] Ídem.

[31] Cuando fue capturado en el cuartel general se descubrió una sala de deliberaciones con doscientas sillas, lo que da una idea del alto grado de comunicación que existía en las relaciones de Péralte y sus colaboradores.

con un verdadero Estado Mayor. Tenía bajo su mando personal el norte, Batraville, la Meseta Central. Poco a poco, cada localidad tuvo sus jefes, responsables de la guerra en la región de su jurisdicción. Numerosos campesinos se destacaron entonces como líderes naturales con cualidades de jefes y de grandes estrategas. Tal fue el caso de Estraville, Oliver, Ectravil, Papillón, Adhémar Francismar, y otros.

Bien enraizado el movimiento en el pueblo, se constituyó un sistema que logró violar la vigilancia del enemigo. «Los tambores enviaban mensajes a una centena de millas o quizás más, casi tan rápido como un telégrafo».[32] Servían de activos agentes de propaganda y de enlace las *mandansaras*, o sea, las mujeres comerciantes y distribuidoras de productos agrícolas que, sin despertar sospechas por sus actividades de redistribución y de relación entre la ciudad y el campo, recogían información que trasmitían al cuartel general de los insurrectos sobre los desplazamientos de las tropas norteamericanas y los rumores en curso.

Arthur Millspaugh calcula que las tropas de Charlemagne no pasaron nunca de dos mil hombres.[33] McCroklin las estima en un efectivo fijo de cinco mil hombres y de quince mil contando a los campesinos desocupados de sus actividades agrícolas, que se unían a las fuerzas revolucionarias cuando estas operaban cerca o en su comarca.[34] El teniente coronel Metcalf nos dice, en su apreciación al respecto, que los hombres bajo el mando directo de Charlemagne no pasaron nunca de tres mil, pero que el movimiento en todo su poder alcanzó indirectamente a la quinta parte de la población entera.[35] Esta estimación coincide con la realizada por la Comisión McCroklin: «El movimiento —escribe el senador— afecta el cuarto del territorio de Haití y una quinta parte de la población del país […]».

[32] F. Wirkus: Ob. cit., p. 57.
[33] A. Millspaugh: Ob. cit., p. 89.
[34] J. McCroklin: Ob. cit., p. 104.
[35] C. Metcalf: Ob. cit., p. 394.

Harold Davis nos da una estadística aún más detallada:

> Se estima —escribe— que contaba de cinco a seis mil hombres diseminados en los campos, cerca de tres mil hombres bajo el comando directo de Charlemagne en las montañas y en las planicies del noroeste, dos o tres mil bajo el mando de su primer lugarteniente Benoît Batraville, y otras bandas diseminadas bajo órdenes de líderes de menor importancia.[36]

De estos datos se desprenden ciertos aspectos en la organización de las fuerzas de combate: 1) un ejército popular, regular, operando desde un cuartel general, según una jerarquía y disponiendo de un número determinado de solados en servicio activo, 2) una fuerza de apoyo, de soldados campesinos, ligados operacionalmente a las tropas regulares, 3) una fuerza logística —informaciones, reavituallamiento, propaganda, etcétera— formada por el conjunto de la población rural, de pequeños comerciantes y de ciertos núcleos urbanos.

EL ARMAMENTO DE LOS *CACOS*

De los informes de la gendarmería se deduce que los cacos estaban muy mal equipados: fusiles y revólveres antiguos, machetes, bastones de caña o bambú, espadas, sílex primitivo, piedras, etcétera.

Poseían más o menos un fusil por cada cinco hombres, con pocas municiones y los cartuchos eran frecuentemente muy pequeños, de manera que tenían que envolverlos en papel para poderlos utilizar.[37] Parece, sin embargo, que una vez organizado, Charlemagne hizo un pedido de armas a Inglaterra, pero jamás lo recibió.[38]

[36] H. Davis: Ob. cit., p. 221. La cifra máxima de las fuerzas sandinistas fue de tres mil hombres. (*Cf.* G. Selser: Ob. cit., p. 256).

[37] J. Verschueren: Ob. cit., p. 20.

[38] J. McCroklin: Ob. cit., 113.

Las tropas insurgentes se abastecieron, sobre todo, de armas tomadas al invasor. Así, llegaron a poseer metralletas y otras armas más modernas del ejército norteamericano.

Todas las «armas» eran buenas para combatir al enemigo: veneno y recetas mágicas. Como, por ejemplo, muñequitos pintados, traspasados con espinas y pedazos de hierro para «picar» al adversario. Confiaban que con estos *ouanga*[39] podían alcanzar al blanco.[40] Todas las armas del simbolismo protector y ofensivo del vudú (la religión popular), como amuletos, collares mágicos, etcétera, les infundían temeridad en la acción y una valentía extraordinaria, «protegiéndoles de las balas enemigas».[41] El efecto psicológico de esas armas era enorme. Daba a los combatientes confianza en sí mismos, una gran seguridad e incluso la sensación de ser invulnerables. Esto coadyuvaba en el fortalecimiento de la causa y, gracias a los éxitos del movimiento, a su propaganda multiforme y constante; su prestigio no dejó de crecer. Las masas rurales fueron incansablemente invitadas a participar en la resistencia, y la figura de Charlemagne Péralte se hizo legendaria.

GUERRA DEL PUEBLO

Líder inteligente y pleno de recursos, organizador «nato»[42] Charlemagne, con un talento extraordinario, desencadenó una verdadera guerra de guerrillas. Tomó, enriqueciéndolos, los principios estratégicos y tácticos de los guerreros más gloriosos de la historia de Haití. Continuó con la mejor tradición de todos aquellos que se levantaron en armas contra los colonos españoles, ingleses o franceses en la guerra patriótica de liberación nacional. Su

[39] *Ouanga*: amuletos que llevaban los *cacos*, según las creencias vudúes, para que los protegieran.

[40] F. Wirkus: Ob. cit., p. 58.

[41] Esas prácticas, nacidas del carácter popular de la guerra y de las creencias profundas en el vudú, ya habían sido utilizadas por la masa de los esclavos en contra de los franceses durante la primera guerra de independencia.

[42] H. Davis: Ob. cit., p. 220.

talento revolucionario, político y militar le permitió comprender y poner en práctica algunas leyes de la guerra revolucionaria que fueron más tarde sistematizadas: movilidad constante, liga estrecha con el pueblo, ataque sorpresivo y retirada estratégica rápida, no enfrentamiento, emboscadas, simulacros, camuflajes, etcétera.

La identificación de los hombres de Charlemagne Péralte con el pueblo era total. Habían salido del campesinado y traducían las aspiraciones populares más profundas. El campesino de las montañas usaba su azadón y su *couteau* por el día y por la noche, empuñaba su «carabina de reforma» o su machete en las emboscadas y ataques por sorpresa a los *ricains*. «Un campesino —escribe M. Davis— puede ser un activo *caco*; pero a la llegada de una patrulla de marines se convierte en un inocente *habitant* [campesino], simplemente escondiendo su arma».[43] La guerrilla de Charlemagne desarrolló, pues, la guerra del pueblo entero en las regiones en donde operaba. Varias opiniones estadounidenses dejan entender que la población civil desaprobaba la acción de los *cacos* y buscaba la protección del ejército de ocupación. Pero se puede dudar de tales afirmaciones, ya que los marines fueron objeto siempre de una franca hostilidad por parte de la población civil. Una especie de «ósmosis» existía entre los rebeldes y el resto de los ciudadanos. «Nunca podíamos estar seguros —escribe Wirkus— de no tener espías en los alrededores de Perodin o aun entre los voluntarios».[44] Es decir, el ocupante extranjero sentía a cada paso el firme rechazo popular.

Charlemagne comprendía la imposibilidad de enfrentar, en guerra regular, a un adversario técnicamente superior. De ahí el recurso de la guerra de guerrillas y su uso sistemático. «La guerra contra los *cacos* —subraya Raymond Leslie Buell— a través de montañas familiares a los combatientes, no era una acción militar organizada con una unidad bien disciplinada».[45]

[43] Ibídem, p. 224.
[44] F. Wirkus: Ob. cit., p. 89.
[45] Raymond Leslie Buell: Ob. cit., p. 351.

Por aquella época, los militares yanquis tenían todavía poca experiencia en este tipo de guerra. Al principio, se encontraron desconcertados por estas nuevas técnicas, que desafiaban la lógica de la enseñanza militar académica. El teniente Wirkus escribe: «Los textos elementales para el entrenamiento militar distinguían varias clases de patrullas: patrulla de reconocimiento, patrulla para apoderarse de un punto determinado. La patrulla actual de Haití no tiene nada en común con todo esto».[46]

La experiencia adquirida en Haití serviría en las guerras posteriores.[47]

De acuerdo con sus tácticas, los *cacos* rehusaban a menudo el enfrentamiento desigual: «Era imposible inducir a los bandidos a un gran combate».[48] Oriundos de la región, conocían perfectamente la topografía de la zona y estaban acostumbrados a largas caminatas por los senderos montañosos, difíciles e impenetrables. Se protegían siempre de las tropas que se enviaban contra ellos.[49] Y Wirkus hace notar con desaliento: «Los íbamos a buscar siempre allí donde no estaban. El *caco* es siempre un buen estratega».[50] Su gran movilidad les permitía aceptar el combate solo cuando ellos querían. Siempre a la ofensiva, organizaban ataques rápidos, incursiones audaces en las ciudades contra los campamentos norteamericanos, utilizando la sorpresa y otros efectos psicológicos. Estas ofensivas permanentes eran seguidas por rápidas retiradas que tomaban en cuenta la superioridad técnica del enemigo. Sus columnas estaban siempre divididas en pequeños destacamentos que operaban en las retaguardias enemigas.

[46] F. Wirkus: Ob. cit., p. 61

[47] Los marines norteamericanos utilizaron su experiencia en la guerra *caco* contra Sandino en Nicaragua y aun en Vietnam… El experto en cuestiones militares del *New York Times*, James Baldwin, señalaba en 1966 la aplicación en Vietnam de algunas técnicas experimentadas en Haití por las tropas en operación.

[48] J. McCroklin: Ob. cit., p. 104.

[49] Ídem.

[50] F. Wirkus: Ob. cit., p. 57.

Dado su carácter popular, esta guerra utilizaba, entre otros, ciertos métodos y recursos propios —con auténticas raíces haitianas— debidos al ingenio y a las propias circunstancias de los combatientes y a la práctica del cimarronaje, que reapareció en todas las zonas circunvecinas al teatro mismo de la guerra. Los campesinos se refugiaban en los lugares más inaccesibles para escapar de la represión y constituían «bandas» bajo la dirección de jefes locales; desaparecían y reaparecían según los movimientos de las tropas enemigas. Los francotiradores tendían emboscadas en los caminos, trepados en las ramas de los árboles.[51] Además del uso de tambores para la trasmisión de mensajes, lo hacían con fuego, soplando conchas, etcétera.[52]

La vanguardia armada del pueblo contó con el apoyo decidido de las masas campesinas del norte y del centro en su lucha por la liberación nacional.

LAS OPERACIONES. ATAQUE CONTRA LA CAPITAL

Las tropas de los *cacos* eran imprescindibles. Siempre a la ofensiva, atacaron sucesivamente Hinche, Maissade, Mirebalais, Cerca la Source, Ranquitte, Lascahobas, Dessalines y otros.[53]

El 17 de octubre de 1917[54] tuvo lugar el primer encuentro frontal. Un grupo de *cacos* atacó el cuartel de la ciudad de Hinche. La gendarmería, bajo el mando del capitán Kelly y del teniente Lang, rechazó el ataque. Los *cacos* se retiraron rápidamente. Por ello se realizó en seguida una expedición punitiva. Las patrullas se movilizaron por los campos y por todo el interior y arrasaron con todo, allí donde suponía que se escondían los «bandidos».

[51] Ibídem, p. 51.

[52] J. Verschueren: Ob. cit., t. II, p. 121

[53] El relato de los combates se basa principalmente en los testimonios del teniente coronel Phillip N. Pierce, del teniente coronel Clyde H. Metcalf, ambos de la Marina de los Estados Unidos, y de J. McCroklin.

[54] Cabe preguntarse si esta fecha (aniversario de la muerte del libertador Dessalines) no fue escogida para marcar la unión entre esta nueva guerra y la guerra de independencia.

El 10 de noviembre, los *cacos* se apoderaron de Maissade. Sus actividades aumentaron.[55] Incendiaron el cuartel y destruyeron las instalaciones telefónicas, llevándose setecientos sesenta dólares que encontraron allí. A partir de entonces sus actividades aumentaron con ataques simultáneos en varios puntos. En el mes de febrero de 1918 atacaron Mirebalais, Cerca la Source, Ranquitte, Lascahobas, Dessalines.

El 21 de marzo de 1918, el lugarteniente Nicolas B. Moskoff fue muerto en Dufailly. El 4 de abril, en un combate cerca de Hinche, cayó el mayor John L. Mayer.

Los *cacos* se volvían más y más audaces. Gozaban cada vez más de la simpatía de las poblaciones. «El reavituallamiento de las ciudades comenzó a dificultarse y la insurrección a tomar las proporciones de una auténtica revolución».[56] El comandante de la gendarmería, encargado de conducir las operaciones, notificó que la asistencia directa de los marines le era indispensable. Inmediatamente, más de mil norteamericanos vinieron a reforzar las tropas locales en St. Michel, Mirebalais, Hinche, Lascahobas y otros lugares. Cuatro compañías salieron de la base de Guantánamo, en Cuba, para apoyar a las tropas de ocupación en Haití. Los ocupantes estaban decididos a terminar en cualquier forma con la rebelión. Declararon fuera de la ley a los insurrectos y proclamaron el estado de sitio al mismo tiempo que el desarme general. Expidieron pasaportes para controlar mejor los movimientos de la población.[57]

Los marines recurrieron a los exploradores civiles, cuerpos de delatores y espías bien retribuidos, que «conocían a las personas de buena reputación en las regiones donde trabajaban las patrullas y podían identificar a los bandidos o a los simpatizantes de los bandidos. Uno o muchos civiles acompañaban a cada patrulla, este sistema resultó efectivo».[58]

[55] C. Metcalf: Ob. cit., p. 394.
[56] P. Pierce: Ob. cit., p. 167.
[57] C. Metcalf: Ob. cit., p. 108.
[58] Ídem.

Por otra parte, los marines tenían a su disposición medios técnicos ilimitados; utilizaban los fusiles Krag Jorgensen, los más modernos de la época, ametralladoras, metrallas, bombas, materiales incendiarios, etcétera. El 4 de enero de 1919 fue firmado en Washington un convenio entre los gobiernos estadounidense y haitiano para que los Estados Unidos enviaran una misión aérea a Haití. Según Verschueren, los negros tenían un miedo horrible a los aeroplanos.[59]

Es importante subrayar la importancia que vino tomando la aviación en la lucha contra los *cacos*. Por primera vez en la historia del país los aeroplanos se utilizaron en misiones de reconocimiento y de bombardeo. Los *cacos* idearon todo un sistema, incluyendo procedimientos mágicos, para combatirlos.

La experiencia de la propia guerra permitía a las tropas yanquis mejorar sus prácticas de combate; por ejemplo, iban hacia las montañas en pequeños destacamentos de treinta a cuarenta hombres,[60] conscientes de la necesidad de nuevas tácticas de lucha.

No obstante, y pese a todas las medidas de las fuerzas norteamericanas, la actividad de los *cacos* no dejó de aumentar. El 7 de octubre de 1919, a las cuatro de la mañana, atacaron la capital, Puerto Príncipe, y ocuparon parte de la ciudad. Desde su cuartel general, establecido cerca de Saint Marc, Charlemagne hizo contacto con el encargado de negocios inglés, haciéndole saber que se encontraba en las puertas de Puerto Príncipe con su ejército y que para evitar cualquier derramamiento de sangre era conveniente convocar al cuerpo diplomático para obtener la capitulación de la ciudad.[61]

El 8 de octubre, el teniente Cristian, encabezando importantes efectivos de marines y gendarmes, atacó las posiciones de Charlemagne y logró desalojar a los insurgentes. De inmediato dos columnas, una viniendo de Pont Beudet y la otra de Croix-des-

[59] J. Verschueren: Ob. cit., t. II, p. 121.
[60] H. Davis: Ob. cit., p. 112.
[61] J. McCroklin: Ob. cit., p. 112.

Bouquets, reforzaron a los primeros contingentes *cacos*: «solamente el 30 % de los bandidos que participaron en este ataque estaban armados de fusiles, los otros no tenían más que sables, machetes y picos».[62] Los *cacos* chocaron con fuerzas superiores en número y armas, con ametralladoras, carros blindados, etcétera; sorprendidos, tuvieron que replegarse.

Pero el prestigio de Charlemagne Péralte y de los *cacos* se había acrecentado por esta audaz acción, que los había llevado a las puertas del cuartel general de las fuerzas de ocupación. Los *cacos* continuaron hostigando a las fuerzas enemigas por medio de sus frecuentes incursiones, infligiéndoles notables pérdidas. El 6 de noviembre de 1919, el oficial de aviación teniente Fayden fue muerto durante un reconocimiento.

LAS ARMAS DE LA TRAICIÓN

Incapaces de reducir el movimiento revolucionario mediante las armas, los norteamericanos y el gobierno de Dartiguenave decidieron utilizar otros medios. En principio, trataron de ganarse a Charlemagne, o bien corromperlo. Monseñor Conan, arzobispo de Puerto Príncipe, fue encargado de obtener, por medio de atrayentes ofertas, la colaboración de Charlemagne; pero, como era de esperarse, el líder no se prestó a ningún compromiso. Fue entonces cuando el ocupante, para romper la resistencia haitiana, resolvió emplear la traición y el asesinato.

Un primer plan urdido por el capitán Hanneken fracasó, por lo que los jefes de la ocupación, para reducir al indómito patriota, imaginaron una segunda estratagema. En esta ocasión, Jean B. Conzé y Edmond François torcieron su destino y se entregaron a los enemigos de su propia nación.[63]

[62] Ídem.

[63] Reproducimos esta larga cita de Verschueren porque sus detalles sobre la manera en que fue planeada la traición a Charlemagne Péralte son muy interesantes.

En la ciudad de la Grande-Rivière, donde el capitán Hanneken tenía su puesto, vivía un honesto burgués llamado Jean-Baptiste Conzé, que, como todos los buenos haitianos, se daba cuenta del mal que los continuos pillajes de las brigadas cacos causaban al país. Además, se encontraban en dificultades financieras. Pero se ofrecía dos mil dólares al que lograra capturar a Charlemagne vivo o muerto. Una noche, el capitán pidió a Conzé que lo viniera a ver.

—Conzé —dijo el capitán, que hablaba perfectamente en criollo—, es necesario que se vaya a reunir con los cacos.

—Por favor, mi capitán —respondió Conzé—, yo, un honesto burgués, de buena familia, ¿hacerme caco?

—Precisamente —respondió el oficial—, es necesario que se haga jefe de brigadas, le procuraré todo lo que necesite para reunir una buena banda y entonces podrá ir a las montañas y establecer un campamento.

La deliberación duró hasta bien avanzada la noche; al final, Conzé se dejó convencer. Algunos días después, hacia mediados de agosto de 1919, Conzé desapareció de la ciudad llevando secretamente quince fusiles y un cierto número de cartuchos, así como un revólver incrustado de perlas que había recibido como regalo del capitán. Estaba bien provisto de dinero y ron y lo acompañaba un amigo personal, Jean-Edmond François.

A la salida de la ciudad, Conzé tuvo cuidado de hacerse ver por los malos elementos, entre los

cuales ya había hecho propaganda, con el objetivo de animarlos a unírsele para la nueva empresa de «bandidaje». Tanto a las mujeres que estaban en el mercado como a los viajeros que se encontraba les hacía saber que se había pasado al lado de los cacos. La policía secreta informó al capitán acerca de las nuevas actividades de Conzé. Hanneken, encubriéndolo, dijo a sus agentes que tuvieran cuidado, pero que no se inquietaran porque él sabría atrapar a ese pícaro en el momento oportuno.

Algunos días después apareció un escrito en el mercado de Grande-Rivière firmado por Conzé, en el cual invitaba a los habitantes a unírsele para poner fin a la opresión y acusaba violentamente al comandante del distrito. La reacción fue de asombro hacia este miembro de una de las familias más distinguidas de la ciudad que se convirtió en caco.

Gracias a los fusiles, el ron y sus recursos económicos, Conzé reunió en poco tiempo una tropa. Cuando se le inquiría acerca del origen de sus provisiones, respondía que había conseguido esas armas en un feliz ataque al cuartel de policía y que los burgueses de la Grande-Rivière le daban dinero. Dirigió su campamento a Fort Capois, sobre la cima de una colina alta, a cinco horas de camino de Grande-Rivière.

A veces atacaba algunos puntos de los alrededores prohibiendo el pillaje, otras veces lanzaba proclamas al pueblo para incitarlo en contra del capitán norteamericano. Los ciudadanos pacíficos de la ciudad pidieron al capitán exterminar a Conzé y sus tropas; el oficial, en una reunión de notables, aseguró que había concebido un plan con este fin.

Durante este tiempo nadie sabía lo que el capitán tenía en mente, excepto sus dos ayudantes haitianos, su jefe en la provincia y el comandante general de la policía en Puerto Príncipe. Pero, a pesar de estas precauciones, se sospechaba algo, y algunas veces se oía susurrar en el mercado que todo el asunto no era más que una farsa y que Conzé estaba al servicio de los norteamericanos.

Charlemagne, que se encontraba lejos, en Mirebalais, había sido ya advertido sobre las sospechas acerca de Conzé, quien muchas veces había expedido cartas dictadas por el capitán Hanneken con el fin de ofrecer sus servicios a Charlemagne. Al fin, después de un mes, Conzé recibió una nota en la que Péralte lo felicitaba por su nueva actitud.

Posteriormente, el jefe caco envió a un hombre de confianza para investigar la situación de Fort Capois. El general Ti-Jacques llegó en la noche con sesenta y cinco acompañantes armados al campamento de Conzé y lo acusó de conspirar con los norteamericanos.

—Si he hecho eso, mátenme —gritó Conzé deponiendo las armas y ordenando a sus camaradas retirarse—. Ti-Jacques no aceptó la invitación, pero toda la noche permaneció sentado alrededor del fuego con las armas en la mano, mientras Conzé dormía apaciblemente.

Cuando amaneció sin que hubiera sido atacado, Ti-Jacques se declaró convencido. Abrazó a Conzé, lo felicitó por haberse reunido con el Ejército de Liberación y lo saludó fraternalmente. Pero el capitán Hanneken había resuelto lanzar un ataque sobre Fort Capois.

Conzé iba tres veces por semana, durante la noche, a Grande-Rivière con el pretexto de recoger dinero entre los burgueses, cuando en realidad acudía secretamente a recibir órdenes del capitán. Fue prevenido del ataque y recibió instrucciones. A pesar de todo, costó trabajo que sus gendarmes destruyeran el campamento por completo. Durante el combate, el capitán norteamericano se escondió en el bosque y aparentó estar herido frotándose el brazo con tinta roja; entonces hizo sonar la retirada y los gendarmes regresaron en desorden a Grande-Rivière.

A la mañana siguiente, en la plaza del mercado se comentaba que los cacos de Fort Capois habían repelido a los gendarmes y que Conzé había herido al temible capitán y que los revolucionarios no tardarían en marchar sobre Grande-Rivière. Algunos habitantes, asustados, reunieron sus haberes y huyeron a Cabo Haitiano a toda prisa.

Entre tanto, el general Papillon había sido enviado por Charlemagne con la misión secreta de arrestar a Conzé; durante este viaje encontró al general Ti-Jacques, que retornaba.

—Estás archiloco —gritó este último, después de que Papillon le susurró al oído las órdenes recibidas—. Conzé es un caco tan sincero como usted y yo. Iré yo mismo a ver a Charlemagne para decírselo.

El informe del general Ti-Jacques, en el cual se agregaba la novedad de que Conzé había herido al odioso norteamericano y rechazado sus tropas, hizo ganar a Conzé la confianza de Charlemagne, quien lo invitó a venir a su cuartel general. Allí, el

> comandante en jefe lo nombró general, le expresó su gratitud en nombre de la libertad haitiana y le prometió prestarle ayuda. Después prometió al nuevo general hacerle una visita en Fort Capois.
>
> Durante este tiempo, el gendarme amigo de Conzé se había unido a las fuerzas de Charlemagne. Supo también ganarse la confianza del comandante en jefe y fue nombrado secretario particular. En su nueva función desplegó tanta habilidad que logró varias veces dar a conocer al oficial norteamericano el estado y los planes del ejército caco.
>
> Conzé y Charlemagne estaban ocupados en preparar juntos un ataque general a Grande-Rivière. El capitán Hanneken, que había inspirado esta idea, sabía bien que jugaba peligrosamente. En efecto, si el asunto resultaba mal y la ciudad capturada, nada evitaría que los cacos se dirigiesen a Cabo Haitiano, segunda ciudad de la República y llave del norte del país. Por otra parte, ¿podría el oficial norteamericano contar verdaderamente con la fidelidad de sus ayudantes negros?[64]

El 26 de octubre de 1919, Charlemagne llegó a Fort Capois con una columna de mil doscientos hombres y su Estado Mayor, compuesto por Saint-Rémy Péralte, su hermano Saoul, Ectravil, Papillon y Adhémar Francismar. Planearon el ataque a Grande-Rivière para el 31. Advertido por Conzé, el capitán Hanneken preparó una emboscada en Mazaire, donde Péralte tenía una cita con sus tropas. Por intuición, no llegó allí y tampoco participó en el ataque a Grande-Rivière.

Entonces Hanneken cambió de plan. Para ello se hizo acompañar de otro oficial yanqui, el teniente Button, pintándose la cara

[64] J. Verschueren: Ob. cit., pp. 130 y ss.

y los brazos con carbón, y simulando todos ser de un contingente de *cacos*. Reproducimos el relato hecho por uno de los participantes.

> Con Edmond François al frente, llegamos después de tres horas de camino por el monte al primer puesto en el territorio de Charlemagne. El centinela nos detuvo. E. François dio la seña de paso. Agregó que iba directamente a ver a Charlemagne y a anunciarle la toma de Grande-Rivière […]. El «secretario» regresó y me dijo que era peligroso pues todavía teníamos que pasar seis puestos antes de llegar donde estaba Charlemagne.
>
> Sin titubear, avanzamos con el «secretario» a la cabeza, seguido por Hanneken armado de un colt automático 45 y de un revólver colt 38. Seguían el teniente Button, con una metralleta, gendarmes y policías armados. Las municiones estaban colocadas en pequeñas canastas.
>
> Pasamos el primer puesto sin ninguna dificultad. Alrededor de veinte hombres se encontraban de pie a los dos lados del camino, armados principalmente de machetes. Todos parecían excitados por la noticia de la toma de Grande-Rivière. Después de cinco minutos de camino llegamos al segundo puesto, vigilado más o menos por cuarenta hombres y después de dar la señal continuamos nuestra avanzada. El jefe de este grupo nos había mirado con atención y agregó que estábamos muy cansados. Oí decir a varios bandidos: «Dios mío, estos hombres están muy fatigados».
>
> Pasamos el tercero y cuarto puestos sin dificultad. Un bandido me dirigió la palabra y un gendarme, comprendiendo lo grabe de la situación, respondió inmediatamente. En el quinto puesto parecía

> que en cierto momento íbamos a librar batalla. El jefe del grupo tenía un revólver en la mano y cuando pasamos frente a él lo apuntó sobre el teniente Button. Lo tomó por el arma y dijo: «¿Dónde encontró este bonito fusil?», refiriéndose a la metralleta. Un soldado respondió entonces: «Déjenos ir, ¿no ve que mi destacamento ya partió?». Al mismo tiempo, Button lo empujó y siguió al grupo hasta el sexto puesto, que era el que cuidaba a Charlemagne. Se encontraba a treinta pasos del lugar donde acampaba Péralte. El gendarme nos dijo entonces: «Escóndanse». El teniente y yo avanzamos a unos cincuenta pies de Charlemagne, que estaba sentado cerca del fuego y que hablaba con su mujer; dos hombres nos detuvieron y apuntaron el gatillo de sus fusiles; Charlemagne trató de retirarse; era evidente que ya sospechaban algo y empezaron a preparar sus armas. Dije a Button: «All right», e hicimos fuego.[65]

El cadáver de Charlemagne, terriblemente mutilado, fue transportado a Grande-Rivière el 1ro. de noviembre de 1919. El mártir fue expuesto en la plaza pública. Se le habían fijado los brazos en cruz sobre una puerta arrancada para este efecto por la soldadesca. El ocupante ordenó que su cuerpo recibiera sepultura secreta, tratando de impedir la manifestación solidaria del pueblo: «La veneración que se le tenía era tan grande que los norteamericanos juzgaron necesario darle una sepultura fingida en cinco lugares diferentes, para impedir que su tumba se convirtiera en lugar de peregrinación para los futuros cacos».[66]

[65] F. M. Wise, jefe de la gendarmería, a los oficiales del ejército, 6 de noviembre de 1919, ADE/Documento/838.00/1711.

[66] J. Verschueren: Ob. cit., pp. 136-137.

El capitán Hanneken y el teniente Button fueron condecorados con la medalla de honor norteamericana por «su extraordinario heroísmo, por su táctica notoria y su intrepidez con el enemigo en el actual conflicto».[67] El presidente Dartiguenave los felicitó personalmente y les otorgó la medalla militar haitiana. Dos mil dólares fueron remitidos a Conzé y François. Este último fue promovido además al grado de sargento.[68]

Pasado el primer momento de estupor, los *cacos* se reorganizaron a pesar de los esfuerzos de los norteamericanos por destruirlos. En esta ocasión escogieron como jefe a Benoît Batraville. Ayudado por el líder Papillon, Batraville se replegó a la región situada entre St. Michel-de-l'Attalaye, la frontera dominicana y Seau d'Eau.[69] A la cabeza de dos mil quinientos hombres, Batraville volvió a emprender la guerra.

Hinche, La Chapelle, la planicie de Cul-de-Sac fueron las ciudades sucesivamente atacadas por los *cacos* y su nuevo dirigente. La gendarmería recibió la presión. El problema de abastecimiento comenzó a presentarse en las ciudades, ya que la producción estaba prácticamente parada en los territorios donde operaban los *cacos*.[70]

El 15 de enero de 1920, Batraville atacó Puerto Príncipe. Poco antes, de acuerdo con un plan prefijado, cien hombres de confianza se habían adelantado a hurtadillas con el objeto de emprender una maniobra de distracción de las fuerzas enemigas, consistente en provocar incendios en diversas partes y crear confusión y pánico; mientras las tropas principales debían atacar el cuartel general de la policía y el palacio.[71]

[67] C. Metcalf: Ob. cit., p. 398.

[68] He aquí la lista de los que participaron en la operación: capitán H. Hanneken GHD, teniente William Button GHD, señor Jean-Baptiste Conzé, señor Chérubin Bolt, sargento primero Démétrius Montpremier, sargento León Michel y cabo Clémence Eugène.

[69] J. McCroklin: Ob. cit., p. 120.

[70] P. Pierce: Ob. cit., p. 170.

[71] F. Wirkus: Ob. cit., p. 108.

Pero el efecto de sorpresa falló.[72] Los *cacos*, vestidos de gendarmes, pudieron, sin embargo, en medio de una gran confusión, penetrar hasta el Bel-Air, en el norte de la capital. Fueron repelidos con una pérdida del 50 %.

Se replegaron sobre la planicie de Cul-de-Sac, refugiándose en la región central. Sin embargo, la lucha siguió. No pasaba un día sin que hubiera choques entre los rebeldes y las tropas ocupantes. El 4 de abril de 1920, el subteniente Lawrence Muth cayó en combate cerca de Las Caobas. El ejército sufría un desprestigio creciente por no poder controlar la rebelión de los *cacos*.[73]

Una vez más, los norteamericanos ocupantes recurrieron a sus métodos usuales de corrupción y asesinato. Esta vez, el plan fue tramado por el capitán Jesse L. Perkins. Un traidor guió al capitán con algunos gendarmes hasta la choza donde descansaba Batraville, quien allí mismo fue asesinado el 19 de mayo de 1919; su cadáver, mutilado y amarrado sobre un borrico, fue transportado a Mirebalais y expuesto «a la curiosidad pública como un medio de aterrorizar los ánimos».[74]

Después de la muerte de Benoît Batraville, el movimiento se disgregó. El 30 de junio de 1920 el jefe de la gendarmería podía informar con acento de victoria: «[…] situación militar excelente. Haití completamente pacificado». No obstante, agregaba que un pequeño grupo de bandidos todavía seguía agitando pero sin mayor importancia.

¿A qué precio se había «pacificado» Haití?

[72] Informa Wirkus que: 1) en el mercado, un miembro del grupo de sabotaje fue presa de locura, 2) uno de los directores de la Haytian American Sugar Co. (HASCO) sufría de insomnio y se encontraba en su biblioteca leyendo cuando un vigilante de la HASCO le telefoneó para decirle que se veían muchos hombres con teas encendidas, caminando en columnas cerradas por detrás de la fábrica de azúcar. El director de la HASCO llamó por teléfono al cuartel de la policía. (*Cf.* Wirkus: Ob. cit., p. 109).

[73] J. McCroklin: Ob. cit., p. 123.

[74] F. Dalencourt: Ob. cit., p. 155.

La pérdida de vidas humanas alcanzaba proporciones catastróficas. La Comisión Mayo evaluó muy conservadoramente en mil quinientas el número de víctimas. Arthur Millspaugh estima que fueron menos de dos mil; el general Barnett, en un informe, habla de dos mil doscientos cincuenta haitianos muertos en batalla.[75] Según el almirante Knapp, eran más de tres mil.[76] Esta misma cifra es sostenida por *Dantès* Bellegarde. Sin embargo, la Union Patriotique, después de una encuesta, afirma que tres mil quinientos campesinos fueron muertos, más de cuatro mil hombres estaban en las prisiones de Cabo Haitiano y cinco mil quinientos cuarenta y siete en el campo de concentración de Chabert.[77] Se puede afirmar que el número de víctimas se elevó a alrededor de once mil, lo que hizo de esa guerra la más mortífera y cruel de las incursiones imperialistas en América Central y el Caribe en esa época.

CARÁCTER DE LA GUERRA Y CAUSAS DEL FRACASO

Desde sus comienzos, la guerra fue a muerte por ambas partes. Un oficial norteamericano, que había participado en las operaciones, aclaraba en noviembre de 1920 al *New York Herald*: «Según la orden que habíamos recibido, matamos e incendiamos todo lo que encontramos. Algunas veces no solamente matamos hombres, quemamos casas».[78] Cuando treinta cacos atacaron un puesto en la frontera dominicana y mataron a un norteamericano, esa misma noche se hizo salir a todos los prisioneros y se les ejecutó.[79] La actitud general de todos los oficiales norteamericanos era de que «todos los *cacos* deberían ser muertos».

De no haber sido relatadas por testigos presenciales, algunas crueldades hubieran parecido horribles fantasías. Ilustran bien la barbarie que precedió a la obra «civilizadora» que pretendieron

[75] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 126.

76 Almirante Knapp a la secretaría de la Marina, 20 de octubre de 1920, ADE/Documento/838.00/1704.

[77] *Dantès* Bellegarde: *La résistance haïtienne*, p. 67.

[78] *New York Herald*, noviembre de 1920, en Suzy Castor: Ob. cit., p. 50.

[79] Ídem.

realizar los norteamericanos en Haití. «Los marines lanzaban bombas en ciudades indefensas como Crochu; hacían comer a sus perros las entrañas de mujeres vivas […] enviaban bebés todavía vivos hacia el aire y los recibían en la punta de sus bayonetas; regaron toda una zona, como la de Savane Longue en Saint Michel, de gasolina e incendiaron todo sin permitir que los habitantes huyeran».[80] Bellegarde señala asesinatos de mujeres y niños, matanzas de prisioneros por medio del tormento del agua y del fuego.[81] Emily Green Balch cita casos concretos refiriéndose al tormento del fuego, de torturas de niños, mujeres, de incendios de campos llenos de cosecha, matanzas de ganado, etcétera.

Las tropas de Charlemagne y Batraville contaban con numerosos factores a su favor; en particular, el convencimiento de la justicia de su causa y todo el significado de esa convicción; la movilización y las simpatía de las poblaciones donde operaban las guerrillas; la reprobación campesina y popular de la ocupación; la proverbial sobriedad de los campesinos, que les permitía adaptarse fácilmente a la dura vida de guerrilla, además, tenían un conocimiento perfecto de los terrenos de combate.

Los marines, por su parte, no sabían hablar el criollo (lengua nacional del pueblo), no estaban habituados al clima, a esas largas caminatas por senderos «traidoramente resbalosos», a los combates en escarpadas colinas bajo un sol tropical.[82] Desde este punto de vista los *cacos* tenían una ventaja militar indudable.

En contrapartida, los estadounidenses, con sus ametralladoras y todo su aparato político-militar, estaban mejor armados y pertrechados que sus adversarios, obligados a aprovisionarse con armas capturadas al enemigo. Como todo ejército constituido, tenían más disciplina; en cambio, la falta de disciplina de los *cacos* constituyó una seria desventaja que propició la captura de Charlemagne y de Batraville; pero eran milicias populares en gestación.

[80] J. Jolibois: *La doctrine Monroe*, p. 30

[81] Dantès Bellegarde: *La résistence haitienne*, p. 69

[82] H. Davis: Ob. cit., p. 220.

Sin embargo, pese a ello, los *cacos* se enfrentaron a las tropas de ocupación durante tres largos años. ¡Y no fueron vencidos en el campo del honor!

Se podría también mencionar como factor negativo la falta de cuadros y subrayar la debilidad de la propaganda que privó al movimiento de un apoyo nacional y continental: hasta en la República Dominicana las hazañas de Charlemagne eran ignoradas. Más tarde, el movimiento de Sandino contó con portavoces tales como Foylán Turcios, José Vasconcelos, Manuel Ugarte y otros y por lo tanto tuvo una proyección continental de la que careció el movimiento haitiano.[83]

Todos estos factores contribuyeron al fracaso de la insurrección. Sin embargo, la causa fundamental de este fracaso parece ser de tipo político. Los campesinos del norte se habían lanzado a la lucha, pero los objetivos propiamente revolucionarios no fueron formulados con claridad.

No fueron planteadas reivindicaciones de carácter social y económico, como la reforma agraria y la rehabilitación del campesino.[84] No hay duda de que la vanguardia de los *cacos* tenía como objetivo el poder político. Una prueba de ello es la solicitud de Péralte al encargado de negocios inglés. Sin embargo, no llegó a formular consignas que pudieran despertar a todas las capas sociales del país para asegurar su participación activa en el movimiento.

Eso explica, en cierta medida, la localización de la guerra en la región central y septentrional de Haití. Las fuerzas de ocupación,

[83] Aún en nuestros días el movimiento *caco* haitiano es desconocido en América Latina y en Haití mismo.

[84] Durante nuestras investigaciones no hemos encontrado ningún programa, carta, proclama revolucionaria de Péralte o de sus tenientes exponiendo las aspiraciones sociales de la insurrección. En la mima época, Emiliano Zapata, el líder agrario mexicano, levantaba a las masas de peones al grito de «¡Tierra y Libertad!». Setenta años antes, en 1843, el líder agrario haitiano Jean-Jacques Acaau movilizaba las masas del sur bajo el lema: «La tierra para los campesinos».

en lugar de enfrentarse a muchos focos de lucha o a un frente de envergadura nacional, pudieron concentrarse y llevar una acción directa sin tener que dispersarse. Una de sus primeras medidas para enfrentarse a la rebelión fue suprimir el trabajo forzado en el norte, para disminuir el descontento popular suscitado por el régimen de la *corvée*.

Por otra parte, la lucha política de amplias capas de la población no se había desarrollado al mismo ritmo que la lucha armada de los campesinos. Los «revolucionarios de salón» de Puerto Príncipe que apoyaron el movimiento no supieron desencadenar una acción política de solidaridad con los *cacos*, ni organizar actividades de agitación que pudieran amenazar al enemigo en su fortificación mayor, que era la propia capital… Las masas estaban en pie de lucha. Pero los elementos más avanzados de la élite intelectual no comprendieron que era imposible luchar contra el poderoso enemigo sin movilizar a la población urbana.

Así se explica la pasividad de las ciudades ante la sublevación de los cacos, la no extensión de la lucha armada en las regiones del sur y del oeste. La guerrilla fue truncada en su desembocadura natural: la lucha del país entero por la soberanía nacional y en contra de la ocupación extranjera.

CAPÍTULO VIII
EL MOVIMIENTO PACÍFICO

Después que las fuerzas militares norteamericanas lograron sofocar la rebelión armada de Charlemagne Péralte, los sectores nacionalistas siguieron persistiendo con valor y decisión. Adoptaron la lucha política e ideológica como medio para alcanzar la liberación del territorio nacional.

LOS INTEGRANTES Y SU ACCIÓN

En 1921, el almirante Knapp, reconociendo la franca oposición de ciertos sectores de la élite, escribía: «Aunque la oposición sea formada por hombres de diversas opiniones, está unida para rechazar la intervención norteamericana».[1] Según Millspaugh, «los políticos en general estaban en contra de la ocupación porque se veían privados del poder y no podían sacar provecho del mismo».[2] El presidente Borno en una carta confidencial del ministro de Haití en Washington manifestaba:

> […] el gobierno es impopular tan solo en los dos grupos siguientes: 1) el de los políticos, decepcio-

[1] Almirante Knapp, informe ya citado.
[2] A. Millspaugh: Ob. cit., p. 87.

> nados candidatos a la presidencia, a los ministerios o a las altas funciones públicas, 2) entre los empleados civiles y militares, a los cuales la reforma dejó a un lado. Hay quizás una tercera categoría muy restringida, la de los adversarios del Tratado, pero se confunden con el grupo de políticos decepcionados. Solicitan el poder, y si llegaran a conquistarlo, ejecutarían el Tratado declarando que no fueron ellos quienes lo firmaron.[3]

Estas opiniones oficiales y por lo tanto partidarias muestran, sin embargo, cuán heterogéneo era ese movimiento que logró en épocas diferentes y bajo el empuje de los acontecimientos sacudir a diferentes capas sociales en el rechazo de la ocupación extranjera.

LA PRIMERA OLA DE RADICALES

Desde agosto de 1915, los periódicos nacionalistas que surgieron, tales como *La Patrie*, *Haïti Intégrale* y más tarde *La Ligue*, protestaron contra la violación de la soberanía haitiana cometida por los Estados Unidos. Denunciaron con vehemencia las arbitrariedades del ocupante en su etapa de instalación o informaron a la opinión pública sobre la siniestra naturaleza del convenio que iba a encadenar la autodeterminación del país.

Paralelamente aparecía otra oposición en el seno de las cámaras. Numerosos diputados y senadores, conscientes de la imposición flagrante que se cernía sobre el país, lucharon abiertamente para evitar la firma del tratado. Todos aquellos que, dentro de esta línea de resistencia, actuaron desde el primer momento, eran ante todo ciudadanos heridos en lo más profundo de su patriotismo, ante el invasor blanco que actuaba como dueño y señor del territorio haitiano después de más de un siglo de independencia. Pertenecían en su mayoría a la pequeña burguesía liberal y conta-

[3] Hogarth Nicolas: Ob. cit., p. 174.

ban entre sus representantes más destacados a Georges Sylvain, Élie Guérin, Joseph Jolibois, Georges Petit y Edgard Pouget. Este núcleo radical constituyó la vanguardia de la resistencia pacífica hasta 1922, época en que otros sectores se incorporaron a la lucha.

LOS DESILUSIONADOS

Después del gobierno de Dartiguenave y de la llegada al poder de Borno en 1922, nuevos sectores vinieron a engrosar las filas del movimiento. Entre ellos, una fracción de la burguesía y de los políticos que habían colaborado en los primeros tiempos. Manifestaron que, para poner fin al caos y encauzar a Haití hacia un nuevo camino de progreso, consideraban la intervención como un mal necesario; por ello habían brindado su cooperación a las fuerzas de ocupación. Pero se sintieron defraudados en sus esperanzas.[4] Despojados del comercio y de la industria, relegados a puestos públicos decorativos, cuando no completamente privados de ellos, estos elementos de la pequeña y alta burguesía se rebelaron. Por otra parte, la política de discriminación racial instaurada por el ocupante y, por si fuera poco, el alza de los impuestos y el impacto de la crisis de la economía estadounidense, aumentaron considerablemente su descontento.

Así, llegó un amplio sector de la burguesía haitiana a la oposición. También muchos de los políticos que habían colaborado con Dartiguenave se volvieron nacionalistas a partir del momento en que fueron excluidos de la «cooperación». Como lo hace notar en informe de la Comisión Forbes, estos opositores manifestaban «más el deseo del poder que el de una liberación integral». Dantès Bellegarde, Sténio Vincent, Seymour Pradel, por ejemplo, representaron esta corriente nacionalista de segunda hora.

[4] «El error más serio de la ocupación fue enajenar por medio de la persecución a los miembros de la élite que vivían fuera del gobierno». (John H. Russell en una entrevista del periódico *The New Republic*, en Suzy Castor: Ob. cit., p. 132). «Las esperanzas del pueblo haitiano [de la burguesía haitiana tendría que decir] terminan poco a poco en desaliento y aun en animosidad abierta». (Dantès Bellegarde: *La résistance haitienne*, p. 139).

EL GRUPO DE SANGRE NUEVA

Después de 1925, el movimiento nacionalista tuvo más vigor y conoció una verdadera renovación. Sus filas aumentaron con jóvenes de extracción burguesa llegados del extranjero (particularmente de Francia) que se habían formado en las ideas socialistas, marxistas y nacionalistas bajo la influencia de la corriente ideológica de la Revolución de Octubre de 1917.

Trataron de dar al movimiento nacionalista una nueva orientación. Jacques Roumain, Anthony Lespes, Émile Roumer y Philippe Thoby Marcellin fueron los ideólogos y animadores de esta corriente que suscitó el entusiasmo de la juventud y dio nuevas dimensiones al movimiento nacionalista.

LOS OPORTUNISTAS

Con las crisis económicas de 1922 y 1929 en los Estados Unidos, el malestar aumentó en Haití. El movimiento nacionalista se fortaleció. Los signos precursores del triunfo se manifestaron. Los titubeantes se decidieron y aun antiguos colaboradores de Borno, como sus exconsejeros de Estado, Ernest Rigaud y Emmanuel Cauvin, llegaron a «militar» contra el ocupante.

El movimiento nacionalista, dirigido por capas de la burguesía y de la pequeña burguesía, fue un movimiento esencialmente urbano. Tan solo con los acontecimientos de 1929 surgió alguna participación de las masas. Así, esta resistencia llamada nacionalista intelectual difiere esencialmente del movimiento llevado a cabo por el campesinado y las clases populares. Se manifestaron varias posiciones diversificadas en cuanto a matices y concepciones políticas, destacándose el ala radical y la fracción moderada.

Los radicales, que se llaman a sí mismos «nacionalistas integrales», nunca aceptaron componendas; no transigieron en lo más mínimo y se opusieron a toda colaboración con el enemigo. Lucharon por la abrogación del tratado de 1915. Los «moderados» o «independientes», partidarios del tratado, reclamaban la

desocupación conforme a los acuerdos firmados con los Estados Unidos, no obstante estar decididos a colaborar con el ocupante en otras condiciones. A pesar de las serias divergencias entre integrales y moderados, ambos estaban de acuerdo en la forma pacífica de la lucha.

LA LUCHA POLÍTICA

La prensa fue una de las armas más importantes utilizadas por el movimiento nacionalista. A los periódicos fundados en 1915 vinieron a agregarse *La Nouvelle*, *La Trouée*, *La Revue Indigène, Le Petit Impartial, Le Courrier Haïtien*, en Puerto Príncipe, y *Stella* en Cabo Haitiano. Esta prensa nacionalista se esforzaba en denunciar los atropellos cometidos por la ocupación, informar y orientar a las masas. El alto porcentaje de analfabetismo en el país limitaba considerablemente su acción. Los periódicos, en efecto, llegaban solamente a una minoría urbana. Grace D. Watson y Emily Green Balch estimaban que el tiraje de los periódicos era de cinco mil ejemplares.[5]

Además de esta limitación objetiva, la prensa estaba a merced del aparato represivo. Aunque públicamente los círculos oficiales menospreciaban esta «rebelión de la pluma» realizada por los «*cacos* de salón», tomaron fuertes medidas represivas para contrarrestar y acallar su acción. Bajo el gobierno de Dartiguenave, sanciones que iban desde multas hasta meses y años de cárcel amenazaban a los periodistas. En 1921, el almirante Knapp, en un informe confidencial, hacía notar que las reglas que rigen a los países civilizados como los Estados Unidos o Europa no podían aplicarse a un país como Haití.

Una de las primeras medidas del presidente Borno había sido la censura de prensa, «para enfrentar su calumnia y su malevolencia contra los oficiales del gobierno y los diplomáticos». De 1922 a 1929, Borno hizo votar diez leyes que iban restringiendo cada vez más la libertad de prensa. En esta época fue instituida la «pri-

[5] Emily Green Balch: Ob. cit., p. 143.

sión preventiva» en contra de los periodistas, que eran arrestados durante tiempo indefinido por el delito de prensa, a reserva de ser liberados si la acusación, según el gobierno, se revelaba falsa. Joseph Jolibois, una de las figuras más verticales del movimiento, director de *Le Courrier Haïtien*, estuvo en la cárcel preventiva en diez ocasiones, por períodos que variaron de tres días hasta siete meses.[6]

Con el fin de organizar la resistencia, los grupos nacionalistas que ya colaboraban en el esfuerzo cotidiano de orientar a la opinión pública constituyeron asociaciones política importantes, entre las que se destacan la Union Patriotique, la Ligue Nationale d'Action Populaire y la Ligue des Droits de l'Homme. La acción de estas dos últimas se identificaba con la de la Union Patriotique. Gracias a la labor infatigable de Georges Sylvain, esta organización pudo canalizar los esfuerzos de los nacionalistas y representarlos cabalmente. Sus metas estaban claramente definidas en el acta constitutiva: a) supresión inmediata de la ley marcial y de los tribunales prebostales, b) reorganización inmediata de las fuerzas militares haitianas y retirada a breve plazo de la ocupación militar de los Estados Unidos, c) denuncia del tratado de 1915, d) convocatoria, a breve plazo, de una asamblea legislativa con todas las garantías de libertad.

La Union Patriotique, con sede en Puerto Príncipe, tenía proyecciones nacionales y contaba con comités en las principales ciudades de provincia. Esta organización fue fuerte y de mucho peso. Sin embargo, sufría de una debilidad fundamental: su falta de contacto con las masas urbanas y campesinas. Debido al origen de los dirigentes, sus concepciones políticas la llevaban a menospreciar la aportación del pueblo a la lucha nacionalista.

Por otra parte, mientras el poder redoblaba la violencia para mantener su dominación, la Union Patriotique y el movimiento nacionalista rechazaban toda forma de lucha que no fuera pacífica. Semejante posición desconcertaba y originaba cierto pesimis-

[6] Ídem.

mo en los radicales, que dudaban de las posibilidades de éxito. El periódico *Variétés* (10 de agosto de 1929) escribía:

> Unión Patriotique, sin participar de manera activa en la lucha […] se limita, hasta ahora, a protestar contra la ocupación y los males que de ella derivan. Los principios de la Union pueden ser excelentes, pero su acción sólo podrá tener eficacia en la medida en que sus miembros se decidan a actuar, en forma decidida y en todo el país, con la firme voluntad de vencer, o dejar de existir.

La Union Patriotique realizó una labor de investigación y denuncia de los atropellos de la ocupación. Llevó a cabo una amplia labor de difusión en el exterior, en la que colaboraron varios delegados que visitaron la República Dominicana, Cuba, México, Ecuador, Perú, Colombia, Argentina y Estados Unidos. En todas partes denunciaron la trágica situación de Haití y la política del Big Stick imperialista; solicitaron el apoyo de la opinión pública internacional con el fin de presionar a Washington para que abandonara su política de dominación.

En los Estados Unidos, diversos sectores sociales se interesaron por la causa haitiana y se manifestaron directamente contra la política imperialista del Departamento de Estado. Una corriente de opinión favorable formada por destacadas personalidades (principalmente de raza negra), como James Weldom Johnson y Herberg Seligman, encabezó el movimiento de protesta contra la intervención. Destacados intelectuales como el doctor W. W. Burghardt Dubois, John Dewey, Horace Knowles, y los diarios *The Nation*, *The Crisis*, *The New Republic*, publicaron valiosas informaciones sobre la situación haitiana; asociaciones de solidaridad tales como The Committee on Hayti, The Save Society, etcétera, y miembros del Senado, entre los que se destacaron William H. King y William F. Borah, criticaron severamente la ocupación militar en Haití y desde sus diferentes tribunas manifestaron su

solidaridad con el país dominado. La presión de estos sectores contribuyó a que el gobierno estadounidense mandase algunas comisiones de investigación a Haití, contándose entre las dos más importantes la Comisión Mayo y la McCormick, las que después de sus respectivas encuestas llegaron a estas conclusiones: la ocupación tenía que mantenerse, el tratado no podía ser abrogado, ni siquiera se podía pensar en una disminución del número de marines. En definitiva, como lo manifestaron muchos nacionalistas, «estas comisiones no tenían otra meta que la de lavar en familia la ropa sucia de la ocupación». Hicieron recomendaciones para reforzar la intervención en Haití. Hubo que esperar el gran auge del movimiento nacionalista durante 1920-1930 para que la Comisión Forbes, presionada por las circunstancias, llegase a conclusiones diferentes que analizaremos posteriormente.

LA LUCHA IDEOLÓGICA

«La cultura —dijo Jacques Stephen Alexis— es una de las primeras defensas de un pueblo que lucha por su supervivencia»; al colonizador y a sus pretensiones de «absorber» todo elemento nacional habría que oponer una cultura auténticamente haitiana.

La tarea no era fácil, puesto que la élite haitiana estaba moldeada por más de un siglo de colonialismo cultural. Pero era la única forma de oponerse al opresor yanqui y rechazar su absoluto desprecio por el negro haitiano.

Muchos intelectuales haitianos de la época negaban la existencia de una cultura netamente haitiana, no entendían que pudiera existir un arte haitiano, una literatura haitiana, etcétera, no admitían la posibilidad de ninguna manifestación cultural propia. Así, en un curioso «*bovarismo* colectivo, es decir, la facultad que se atribuye a una sociedad de concebirse otra cosa que ella no es»,[7] muchos escritores se ingeniaban «para demostrar» que Haití era solamente una provincia francesa: «a medida que nos esforzába-

[7] Jena Price-Mars: *Lettre ouverte au Dr René Piquion*…, p. 34.

mos por creernos franceses "de color", olvidábamos ser haitianos a secas».[8] Nuestra élite, ataviada de los despojos de la civilización occidental, carecía absolutamente de conciencia racial, tenía vergüenza de confesar que era negra, con el fin de renegar del pasado.[9]

La liberación de este complejo de inferioridad era el primer paso obligado que había que dar hacia la descolonización, consecuencia del sistema colonial. La reivindicación del origen de la nación, la revaloración de su folclore y de todas sus auténticas manifestaciones, ocupaban un lugar importante en el movimiento nacionalista. Estas aspiraciones y esfuerzos encontraron su expresión en el libro de Jean-Price-Mars *Así habló el tío* (1928), publicación que llevó al autor a ser considerado como el fundador de la «école indigéniste».

A partir de entonces, los escritores empezaron a referirse con orgullo a su color negro, considerado hasta entonces como una tara; reconocieron la herencia del África ancestral y proclamaron con alegría su negritud. A los dioses del vudú, que habían sido relegados y tratados con desprecio, se les reconoce ahora el derecho a la ciudadanía. *«El asotor* [tambor vudú] reemplaza la flauta occidental».

El movimiento nacionalista empezó a estudiar los orígenes de la nación y su evolución histórica. En efecto, bajo la influencia del clero francés (en particular el bretón), el haitiano se había enajenado, llegando incluso a renegar de sus héroes nacionales. Pauléus Sannon y Catts Pressoir fundaron la Société d'Histoire et de Géographie.

> El estado mayor intelectual del país —aconsejaba Pauléus Sannon— tendrá que dirigir el esfuerzo común hacia nuestra liberación. Para tener una visión más clara, una comprensión más cabal de nuestra nación hay que buscar en la historia de los

[8] Íbídem, p. 35.
[9] Ídem.

> orígenes y del desarrollo de la sociedad haitiana, investigarlos con el fin de formular concretamente los elementos de «nuestra nacionalidad».[10]

Esta lucha ideológica tampoco se dirigía al pueblo sino, como todas las manifestaciones de los grupos nacionalistas, solo llegaba a las capas intelectuales y urbanas del país.

LA CRISIS POLÍTICA DE 1929, MOMENTO CUMBRE

EL TERCER MANDATO DE LOUIS BORNO

Conforme a la Constitución vigente (1918) en octubre de 1929 se planteaba la cuestión de la renovación de las cámaras legislativas y de las elecciones presidenciales. Borno, en 1926, «reelecto» por el Consejo de Estado, debía dejar el poder el 5 de mayo de 1930. El Partido Nacional Progresista, dirigido por el mismo Louis Borno y formado por ministros, consejeros de Estado y empleados gubernamentales, afirmaba su decisión de seguir en el poder y defender el sistema de colaboración con el extranjero.

A partir de marzo de 1929, se inicia en forma velada una campaña oficial en contra de las elecciones de nuevos parlamentarios y a favor del mantenimiento del Consejo de Estado, cuya desaparición estaba constitucionalmente prevista. En junio de 1929, *Le Matin* no vacila en escribir: «La nación, por medio de su Consejo de Estado, apoyará al presidente Borno por voto y le dirá unánimemente: "a usted le debe mucho la patria. Hace falta que usted vuelva a tomar la ardua responsabilidad de continuar con la obra salvadora de la nación"».

A partir de 1928, Borno había declarado que no sería candidato a las elecciones presidenciales y que el Consejo de Estado dejaría de existir al terminar su mandato, declaración que tenía por meta tranquilizar a la opinión pública y evitar una oposición

[10] Pauléus Sannon, en Hénock Trouillot: *Historiograhie d'Haïti*, p. 233.

exasperada. Pero bajo la protección presidencial se organizó y desarrolló una intensa propaganda en pro de la reelección. Además, los cambios de funcionarios administrativos directamente electorales, los viajes frecuentes de oficiales del gobierno por todo el país, las leyes dictadas contra la prensa y las reuniones públicas, el decreto electoral y las gestiones de Borno con el presidente dominicano Vázquez, solicitando el visto bueno de Washington, todas esas medidas denotaban claramente las intenciones continuistas del presidente.

Aparentemente, Washington parecía no desear la reelección, por temor a probables complicaciones. Sin embargo, los oficiales norteamericanos en Haití «compartían políticamente las ambiciones y las querellas de Borno».

El 3 de octubre una circular presidencial anuncia elecciones exclusivamente comunales. La crisis política estalla. Inmediatamente la oposición organiza una Liga Nacional de Acción Constitucional, cuya meta principal es impedir una nueva reelección, exigir la formación de las cámaras legislativas y acelerar la integración soberana de la nación.

Nacionalistas moderados e independientes se organizaron para alcanzar dichas metas. Élie Guérin, decano del nacionalismo, pidió la unión de todos los nacionalistas a pesar de sus divergencias ideológicas.

> No obstante —decía— que nuestros conceptos políticos difieren en algunos puntos, y aun respecto a este principio fundamental de la independencia nacional, la cual según profeso debe ser íntegra, y que usted concibe tan solo dentro del respeto de las disposiciones del Tratado […] estamos de acuerdo, sin embargo, en pedir la inmediata convocación del pueblo para sus comicios bajo un sistema electoral totalmente liberal para la elección de una legislatura constitucional y la discusión o ratificación de un protocolo

> o tratado de desocupación por el gobierno haitiano reconstituido.[11]

Las masas empiezan a agitarse, uniendo su odio contra los norteamericanos a la repulsión contra Borno. La opinión pública reclama elecciones legislativas, no tanto por convicción política sino simplemente por el deseo de cambio y de evitar la reelección.

Se convoca a mítines. Jacques Roumain y su grupo llegan a los rincones más apartados del país y tratan, con consignas nacionalistas y socialistas, de despertar de su letargo a las masas rurales urbanas. Los nacionalistas demuestran más dinamismos y adoptan nuevos métodos para minar el gobierno. La propaganda alcanza ya todo el país: llega a la provincia y al campo.[12] Entonces el ejército recibe instrucciones para combatir «las siniestras propagandas tendentes a crear el desorden en el campo».[13] Las guardias son reforzadas para hacer frente a posibles levantamientos de campesinos en Jacmel, Léogane, Petit-Goâve y otros lugares.

Durante agosto de 1929 se registran conatos de sublevación en l'Asile; el 31 de octubre estalla la huelga de Damiens; el 6 de diciembre tiene lugar la matanza de Marcharrete y poco después se desarrollaron manifestaciones en Jacmel, Jérémie, Gonaïves, Port-de-Paix, Cabo Haitiano y otros lugares. La región de Cul-de-Sac está agitada en forma especial. El comisario estadounidense solicita de sus superiores nuevos contingentes de marines. El 2 de diciembre sale de Hampton Road un batallón para reforzar a las fuerzas de ocupación.

Mientras tanto, en los Estados Unidos se gestaba ya una «nueva política». El 3 de diciembre el presidente Hoover declaraba: «Los Estados Unidos no deben ser representados en el extranjero

[11] En Suzy Castor: Ob. cit., p. 75.
[12] J. McCroklin: Ob. cit., p. 191.
[13] Ídem.

por los marines. Si el Congreso me da su aprobación, enviaré a Haití una comisión para examinar y estudiar la solución a fondo, en un esfuerzo por llegar a una política más definida que la que existe actualmente».[14] La agitación política en Haití y el resurgimiento del fuerte movimiento nacionalista obligaron al mandatario norteamericano a concretar su proyecto sin tardanza y apresurar las medidas tendentes a este fin.

LA HUELGA DE DAMIENS

A finales de octubre de 1929, en medio de un ambiente de tirantez entre el gobierno y la oposición, estalló la huelga de Damiens.

Como ya hemos indicado, el Servicio Técnico de Agricultura (SAT) se enfrentó desde el principio a la hostilidad de los haitianos. Un gran número de jóvenes inscritos en la Escuela Normal de Agricultura de Damiens disfrutaban de becas (66, de 15 dólares cada una) otorgadas por el SAT mediante concurso.

Para la misma fecha el director del SAT, Freeman, decidió disminuir el número de becas y destinar el monto obtenido de este ahorro (2,000 dólares) a un nuevo sistema de «trabajo remunerado» en base a un salario de $0.10 la hora a los estudiantes, quienes protestaron y decidieron presentar sus quejas a Freeman, que rehusó escucharlos. Para demostrar su descontento se negaron a utilizar los autobuses de servicio y, caminando los seis kilómetros que separaban a Damiens de Puerto Príncipe, manifestaron su descontento ante las oficinas de los periódicos gubernamentales. Así, el 31 de octubre empezó la huelga de Damiens.

El sentimiento antinorteamericano se destaca como marco de fondo de este incidente. Los estudiantes denunciaron el gran número de seudoexpertos extranjeros que cobraban salarios fabulosos y daban muestras de despotismo, insolencia e incapacidad, así como las humillaciones y malos tratos de que eran objeto por parte de esos «nuevos conquistadores». La opinión pública apoyó a los huelguistas. La prensa nacionalista, favorable al estudianta-

[14] Ídem.

do, concedió gran importancia al incidente, que inmediatamente tomó considerables proporciones y trascendió las esferas de la propia universidad.

La Ligue des Droits de l'Homme pidió al Ministerio de Agricultura que deslindara las responsabilidades en el asunto. El gobierno se mostró intransigente, notificó a los estudiantes que debían presentarse a clases y, ante su negativa, abrió nuevas inscripciones.

Los huelguistas se entusiasmaron con esta lucha, primera en su forma, que vino a enfrentar a los intelectuales nacionalistas y al gobierno. Se organizaron. Formaron comités de lucha y recibieron la adhesión de las demás facultades (Derecho, Medicina, Farmacia, Escuela Normal de Educadoras). Aproximadamente ocho mil estudiantes entraron en huelga.[15]

Ante la determinación de los estudiantes, la acción de los comités y de la oposición toda, el gobierno cedió y se mostró conciliador. Nombró una comisión para escuchar al director del SAT, Freeman, y a los huelguistas; estos se presentaron, a pesar de la actitud del director, quien, en un acto de soberbia, se abstuvo de comparecer. Fue precisamente este hecho el que originó que de inmediato los empleados haitianos, dependientes del SAT, se declararan en huelga como señal de protesta.

Ya las peticiones del movimiento iban más allá del asunto de las becas. Los huelguistas reclamaban la salida del país de Freeman y de los seudoexpertos norteamericanos, la condenación del sistema vigente en el SAT; por ello, la tentativa de conciliación de Borno, la sustitución del ministro de Agricultura, no calmó los ánimos. Por el contrario, la huelga se extendió al Servicio de Aduanas de Puerto Príncipe, donde estalló el 4 de diciembre.

Las ciudades de provincia manifestaron sus simpatías por los huelguistas, testimoniando abiertamente su rencor contra la ocupación y contra Borno: Petit-Goâve, Gonaïves, Cabo Haitiano, Saint Marc, Jacmel se destacaron como centros particularmente activos.

[15] Ídem.

En estas tres últimas ciudades, desde el 22 de noviembre, habían estallado simultáneamente huelgas de comercio. A principios de diciembre, en todo el país surgen manifestaciones callejeras que la policía reprime brutalmente. Si en Puerto Príncipe, por temor a la opinión púbica nacional e internacional, el gobierno evitó excesos de brutalidad, en las provincias, por el contrario, se desató libremente su violencia represiva. De ahí, un nuevo incidente localizado en Marchaterre.

LA MATANZA DE MARCHATERRE

Marchaterre es la consecuencia directa de la atmósfera de fiebre nacionalista creada por Damiens. Desde el 2 de diciembre, las manifestaciones habían comenzado en la ciudad sureña de Cayes. Los estudiantes, desafiando a los marines y a la gendarmería, habían invadido las calles gritando «¡Viva la huelga!», «¡Abajo Freeman!». El día 4, los obreros de las industrias cafetaleras y los cargadores del muelle se echaron a las calles a los gritos de «¡Viva la huelga!», «¡Abajo la miseria!». Ya que no existía el pretexto universitario de la capital, aquí, como en todas las provincias, el movimiento cobró un carácter netamente político.

El 5 se reanudaron las manifestaciones en Cayes. Unidades de aviación volaban sobre la ciudad y un nutrido tiroteo crepitó durante casi una hora. Mientras tanto, debido al desarrollo de los acontecimientos en el país, las autoridades publicaban el día 6 un comunicado en la capital, asegurando que Borno no sería reelegido. Pero ya la cuestión de un tercer mandato de Borno quedaba superada, puesto que el descontento popular tenía raíces muy profundas.

La ley del 28 de agosto de 1928 había arruinado completamente la economía de la llanura de Cayes. En febrero del año siguiente, la región se enfrentaba a una aguda crisis económica. Los agricultores del lugar se habían reunido en Gauvin para exigir la disminución de los impuestos que gravaban el alcohol y el

tabaco. Además, la ley que limitaba la emigración temporal de trabajadores hacia Cuba afectaba particularmente la región de Cayes, donde se agitaba un gran descontento económico y social. La huelga era para los campesinos una ocasión de manifestar abiertamente su descontento y pronunciarse políticamente, ya que, además, desde la huelga de Damiens, los nacionalistas activos, especialmente los miembros de la Association Entente Juvénile, habían despertado conciencia en las masas. La agitación de Marchaterre era consecuencia de esta labor nacionalista. La escasez de documentación sobre el particular hace difícil la comprensión del suceso. Sin embargo, la confrontación del relato del comandante coronel R. M. Cutts —destinada a la prensa haitiana— y del presidente del Colegio de Abogados de Cayes,[16] testigo presencial, permite aclara los acontecimientos.

Cientos de campesinos y algunas personalidades de la región de Torbeck, agitados por las noticias de la huelga en Cayes, decidieron irse a la ciudad para informarse de la situación y participar en las manifestaciones nacionalistas. A este grupo inicial se añadieron numerosos campesinos de Gauvin, Laborde y de otras partes. Fue así como una muchedumbre de mil trescientos hombres llegó a Marchaterre y se situó a la entrada de Cayes, con gritos de «¡Abajo los impuestos!», «¡Abajo la miseria!». Los campesinos no portaban armas.

Los marines, bajo las órdenes de Roy C. Suring y del primer teniente Fritzgeral, se trasladaron a Marchaterre, atrincherándose frente a una gran barranca con camiones, autos, ametralladoras, fusiles automáticos, etcétera. Los manifestantes fueron bloqueados. Campesinos y marines se encontraban a una y otra orilla de la barranca. Después de una conversación con los oficiales norteamericanos se acordó que tres líderes campesinos irían a la ciudad a asegurarse de que la huelga había terminado en Cayes. En ese momento, algunas personalidades venidas

[16] La tesis de Delerme ha sido adaptada por los nacionalistas. *Cf*. Suzy Castor: Ob. cit., pp. 98-110.

de Cayes invitaron a los campesinos a dispersarse. Mientras la multitud se marchaba, unos grupos se quedaron parados exigiendo la liberación de algunos de sus compañeros apresados por los marines, cuando se hizo un disparo al aire en el campo norteamericano. Inmediatamente, un nutrido tiroteó sorprendió a la muchedumbre con un balance de veintidós muertos y cincuenta y un heridos.

Este incidente tuvo una gran repercusión en el sur. El Colegio de Abogados de Cayes decretó la huelga en señal de protesta. La atmósfera llegó a ser tan amenazadora que los norteamericanos consideraron prudente mandar a sus esposas e hijos a los barcos anclados en el puerto. Alarmado, Russell solicitó un refuerzo de quinientos marines para «proteger a los ciudadanos estadounidenses en caso de que la situación se agravara». Después de este acontecimiento, las manifestaciones campesinas tuvieron lugar en otra región del sur, en particular en Jacmel. La policía las reprimió con extremo rigor.

La huelga de Damiens y la matanza de Marchaterre fueron decisivas en la determinación del presidente Hoover de enviar a Haití una comisión investigadora.

LA COMISIÓN FORBES

Tras la huelga de Damiens y la matanza de Marchaterre, los clamores de la opinión pública haitiana e internacional presionaron al gobierno estadounidense, reclamando una rectificación inmediata de su política en Haití. Por otra parte, como la fecha de expiración del tratado se acercaba, el presidente Hoover sintió la necesidad de encontrar esa nueva política.[17] El 9 de diciembre solicitó al Congreso el envío a Haití de una comisión investigadora y diez mil dólares para este fin. En su mensaje al Congreso en diciembre de 1929, el mandatario condenó tácticamente la política del Big Stick de sus antecesores:

[17] *Cf. Congress Record*, vol. 72, parte I, p. 21; Arthur Millspaugh: Ob. cit., p. 180.

> Para inspirar confianza a los pueblos de las Américas que aman profundamente su libertad, no deseamos de ninguna manera ser representados por los marines. En Haití tenemos todavía aproximadamente setecientos; pero se trata allí de un problema más difícil [que el caso de Nicaragua] cuya solución aún está oscura.[18]

Esta declaración manifiesta claramente las dudas del propio presidente norteamericano en cuanto a la solución del problema haitiano.

Para esto, en el Senado, decididos defensores de la soberanía haitiana, los legisladores Borah, King, Shiptead y Blaine, votaron contra la investigación propuesta por Hoover, recordando sin duda la inutilidad de las anteriores comisiones McCormick y Mayo, que trataron únicamente de justificar la acción interventora en Haití. Después de largos debates, la proposición fue unánimemente adoptada por el Senado y votada el 12 de febrero de 1930.

El presidente Borno se manifestó contrario al envío de la comisión investigadora pensando que «aun un cambio de personas en los altos círculos gubernamentales sería como dar un paso en falso».

En cuanto a los círculos nacionalistas, pese a cierto pesimismo, confiaban en que esta comisión recomendaría la reconstitución de las cámaras legislativas y la elección de un nuevo jefe de Estado. Deseaban un cambio en la situación, pero ya dos tendencias se perfilaban: la reclamación inmediata de la salida de los marines y el control de las elecciones por los Estados Unidos, tal como había sucedido en Nicaragua. La divergencia fue tan lejos que amenazaba dividir el movimiento nacionalista.

Después de un llamado a la «unión sagrada», los nacionalistas se organizaron con objeto de preparar y presentar el «expediente» de las fuerzas de ocupación.

[18] Cameron Forbes: *Special Reports President's Commission for the Study and Review of Conditions in the Republic of Haiti*, pp. 1-2.

La comisión de investigación fue nombrada en Washington, el 7 de febrero de 1930. Se llamó oficialmente President's Commission for the Study and Review of Conditions in the Republic of Hayti. Cameron Forbes, antiguo gobernador de Filipinas, de tendencia netamente imperialista, la presidía. Le acompañaban Henry Fletcher, exalto funcionario del Departamento de Estado; William Allen White, conocido liberal; los escritores y periodistas católicos James Kerney y Élie Vezina; más cinco corresponsales. Por su composición, la comisión parecía ofrecer la garantía de no poder ser usada para encubrir los excesos de la ocupación.

Los comisionados desembarcaron en Puerto Príncipe el 28 de febrero de 1930, y una multitud impresionante los recibió por las calles y en las casas adornadas con los colores nacionales. Grandes carteles con demandas reivindicativas expresaban claramente las aspiraciones del pueblo.

La comisión comenzó a trabajar de inmediato y escuchó numerosos testimonios de los nacionalistas, del clero, del gobierno y de los oficiales del tratado. «Nada de gemidos —había dicho Pierre Hudicourt, líder nacionalista—, sería tanto como recordar que no somos independientes: debemos reclamar el derecho a una vida internacional, reclamar nuestra soberanía y nuestra independencia».

Eminentes nacionalistas y asociaciones cívicas denunciaron, mediante memorando y con argumentos suficientes, los delitos políticos, económicos y sociales de la ocupación. Se presentaron ante la comisión sucesivamente: Seymour Pradel (presidente de la Ligue Nationale d'Action Constitutionelle), Perceval Thoby (presidente de la Union Nationaliste), Antoine Rigal (delegado de la Union Patriotique), Ernest Chauvet, J. D. Sam, Jacques Roumain, Pierre Hudicourt, Dantès Bellegarde, Georges Séjourné, Schiler Nicolas, Emmanuel Cauvin; este último, exconsejero de Estado, puso al descubierto el sistema bornoísta en toda su desnudez, como un sistema fantoche, totalmente manejado por los oficiales norteamericanos.

Todos estos testimonios profundizaban sobre el carácter injusto y vejatorio de la ocupación, denunciaban la inexistencia en Haití de un verdadero gobierno haitiano y la inconstitucionalidad del Consejo de Estado. Insistían en la necesidad de restablecer las cámaras legislativas y la reelección de un nuevo presidente, además del restablecimiento de las garantías constitucionales.

El testimonio del clero preocupaba bastante a los sectores nacionalistas. Después de muchas vacilaciones y deliberaciones dramáticas,[19] esta institución nombró para que la representara ante la comisión a monseñor Conan, asistido de monseñor Le Gouaze, quienes declararon:

> Haití sufre por no disfrutar desde 1915 de una independencia real. La Iglesia considera la ocupación de un país libre por otra nación como un hecho anormal y doloroso sobre el cual hay que trabajar para ponerle fin lo más pronto posible; sabiendo además como este querido país sufre en su dignidad nacional por estar sometido a una tutela, de todo corazón hacemos nuestros sus sufrimientos, sus esperanzas y sus quejas.

Mediante un juego muy hábil y consciente de la fuerza del movimiento nacionalista, el clero, que había colaborado desde el principio con los ocupantes, llegó a comprender que cualquier otra declaración no haría más que disminuir su prestigio. Esta declaración impresionó favorablemente a los miembros católicos de la comisión, James Kerney y Élie Vezina.[20]

El presidente Borno hizo una declaración secreta y el partido del gobierno, el PNP, depositó un memorando en que defendía la ocupación y se manifestaba a favor de su proclamación hasta 1936. «Estaban enteramente a la defensiva —escribe Forbes—;

[19] Dantès Bellegarde: *La résistance haitienne*, p. 157.
[20] Ídem.

comparecieron ante nosotros y presentaron sus puntos de vista sobre la situación; pero no fueron convincentes».[21]

El voluminoso expediente del Alto Comisario norteamericano fue también secreto. Los oficiales norteamericanos «estaban convencidos de que era necesario hacer alguna cosa para apaciguar el resentimiento y encontrar un camino fuera de la encrucijada electoral».[22]

Después, la comisión visitó las provincias (Gonaïves, Port-de-Paix, Cabo Haitiano, Cayes, Jacmel). Allí pudo comprobar el descontento popular. Cameron Forbes se refiere a un pueblo «caliente» al rojo vivo al subrayar, en una carta del 7 de marzo de 1930, la necesidad de un gobierno nacional. «Solamente este medio puede impedir al pueblo recurrir a actos de violencia».

Al terminar su trabajo, la comisión envió un informe al Departamento de Estado en el que hacía el historial de los quince años de intervención, expresando el sentir del pueblo haitiano ante la ocupación. Formulaba las siguientes recomendaciones:

La conveniencia para Washington de escoger como representantes en Haití a otros oficiales norteamericanos con más tacto y que no tuvieran fuertes antipatías de raza; el reconocimiento por parte de los Estados Unidos del futuro presidente provisional, que debería ser elegido conforme al acuerdo existente entre la comisión y el presidente Borno, por una parte, y los jefes de la oposición por otra; también el reconocimiento del presidente que debería ser elegido por el nuevo Cuerpo Legislativo, ejerciendo este las funciones de Asamblea Nacional, siempre que las elecciones se llevaran a cabo sin violencia ni fraude electoral; el retiro gradual de los marines —ya que su retiro inmediato sería inoportuno—, según acuerdo que debería ser concertado entre los dos gobiernos; que los Estados Unidos limitaran su intervención en los asuntos haitianos a los términos fijados por el tratado y los subacuerdos entre los dos gobiernos.

[21] Cameron Forbes: Ob. cit., p. 2.
[22] Ibídem, p. 5.

El 28 de marzo el presidente Hoover declaró que había aceptado las recomendaciones de la comisión en cuanto a su futura política en Haití. ¿Cuál era el valor de sus recomendaciones? ¿Qué significado tenían para el pueblo haitiano?

El plan Forbes parecía satisfacer los deseos inmediatos de los nacionalistas para la reinstalación de las cámaras y el remplazo de Borno; sin embargo, no era más que un compromiso contra el cual se sublevaron los «nacionalistas íntegros», encabezados por Élie Guérin: no dilucidaba la cuestión primordial sobre el retiro de los marines, mantenía el Consejo de Estado y su ejecución se confiaba al general de brigada John J. Russell, jefe de la fuerza ocupante. «El plan Forbes —observa el periódico *L'Action*, de Georges Petit— semeja a ese regalo que hacen los dioses para probar la fe y la constancia de sus fieles y que a la menos imprudencia puede transformarse en temible azote».[23]

Una vez aprobado el plan por el presidente Hoover, los miembros de la comisión pasaron a la ejecución de su primera parte. Esta preveía el nombramiento como nuevo presidente de una personalidad «neutral», que fuera aceptada, al mismo tiempo, tanto por la oposición como por el gobierno de Borno. Una vez designado, este recibiría los votos de los consejeros de Estado y sería así electo presidente provisional; tan pronto como fuera posible, convocaría elecciones legislativas —tras las cuales debería presentar su dimisión— de manera que la Asamblea Legislativa pudiera elegir un nuevo presidente por un período regular.

«Todo eso parece sencillo sobre el papel, pero llevarlo a la práctica no fue tan fácil», escribe el señor Fletcher, uno de los comisionados. En primer lugar, todos se preguntaban dónde descubrir ese «mirlo blanco», aquel hombre neutral que pudiera resolver ese plan ideal. Por otra parte, Borno rechazaba esta solución alegando su inconstitucionalidad. Mientras tanto, la atmósfera

[23] En Suzy Castor: Ob. cit., p. 114.

política se tornaba tempestuosa y en la capital empezaban a estallar bombas, incendios, etcétera.

Frente a la actitud firme y decidida de los miembros de la comisión, Borno tuvo que ceder, «para evitar desordenes y un posible derramamiento de sangre en Haití».

Los delegados de los diferentes distritos se reunieron el 20 de marzo en el teatro Parisiana para proceder a la elección del presidente provisional. Se presentaron cinco candidatos: el doctor Armand, Fouchard Martineau, Eugène Roy, Price-Mars y Ernest Douyon. Fue elegido por unanimidad Eugène Roy, y el 15 de mayo se efectuó la trasmisión del poder.

Eugène Roy (69 años) pertenecía a la burguesía haitiana. Nunca había participado de manera activa en la política, habiendo rechazado dos veces la cartera del Ministerio de Finanzas. Tenía la reputación de ser sensato, muy ponderado, y se le presentó como al hombre necesario.

Así, bajo la fuerte presión del movimiento nacionalista, se resolvió la crisis política, al desaparecer el gobierno de Borno que había suscitado tanto descontento. El problema de la ocupación militar, por otra parte, parecía en vías de solucionarse.

La Comisión Forbes, con su recomendación para reconstruir el Poder Legislativo, parecía encauzar al país por las vías democráticas; de hecho, satisfacía a los sectores más moderados de los grupos nacionalistas, pero desmovilizaba y confundía a gran parte del pueblo.

CAPÍTULO IX
EL MOVIMIENTO NACIONALISTA TRIUNFA EN LAS URNAS

El movimiento nacionalista estaba decidido a ganar la batalla de las elecciones. Nunca en la historia de Haití una contienda electoral había despertado tanto interés. El fuerte sentimiento antinorteamericano se manifestaba en el consenso nacional sobre la desocupación del país.

LAS ELECCIONES LEGISLATIVAS

Las elecciones legislativas representaban el primer paso para cristalizar las reivindicaciones populares y restablecer a la nación su soberanía. La disolución de las cámaras desde 1917 había privado a numerosos políticos de ser mandatarios y de gozar de los honores y el poder; había «tantos candidatos como presuntos electores», hacía observar con ironía un periódico de la época. Para este momento se destacaban entre el gran número de candidatos dos grupos: el de los cooperacionistas del Pro Treaty Party y el de los nacionalistas.

LOS PARTIDOS Y SUS PROGRAMAS

El grupo de los cooperacionistas escogió la significativa denominación de Pro Treaty Party.[1] Su jefe, Constantin Mayard, expuso en numerosas circulares y periódicos la posición de su agrupación, condenando la ocupación como una violación al derecho internacional. Sin embargo, sustentaba que siendo la ocupación un hecho, la «desocupación» no dependía solamente del gobierno haitiano:

> Sería mentir al pueblo o faltar tal vez a su interés el pretender que el próximo gobierno pueda o deba actuar por sí solo para liquidar esta situación como si los compromisos con el acreedor pudieran ser rotos cuando el deudor ni siquiera dispone de una fuerza imponente capaz de intimidar a su acreedor.[2]

Los cooperacionistas pretendían ser realistas y afirmaban que era una quimera pensar que el gobierno norteamericano pudiera renunciar a sus necesidades de gran potencia en Haití.

> No prometo —dice Mayard—, ya que carezco de medios para hacerlo, echar a los norteamericanos del país inmediatamente después de las elecciones; les prometo hacer todo lo que sea posible para la rápida evacuación del territorio y para el establecimiento de la soberanía, evitando una ruptura brusca en nuestras relaciones con los norteamericanos, respetando los arreglos amistosos y legales para la liquidación del orden impuesto por ellos.[3]

[1] Reunía entre sus más importantes integrantes a Charles Moravia, Marcel Couraige, Louis Dorsainvil, Élie Janvier, Justin Élie, Clémont Magloire, Louis Callard, Nerva Gousse, Joseph Adam, Aleandre Villejoint, Charles Fombrun, Émile St. Clair, Georges Léon, Victor Thomas.

[2] Constantin Mayard, discurso programa pronunciado el 6 de septiembre de 1930, en Suzy Castor: Ob. cit., p. 82.

[3] Ídem.

Los cooperacionistas consideraban que se debía aprovechar y tratar de obtener lo máximo de la nueva política de los Estados Unidos en América Latina. Además, prometían la reforma del sistema social y el fin de los despojos campesinos por las compañías extranjeras o por el Estado, así como la organización de las provincias, de la fuerza pública, de la educación y de las obras públicas.

Constantin Mayard, jefe del partido colaboracionista, era el único candidato a la presidencia. Varios líderes nacionalistas, por el contrario, eran al mismo tiempo candidatos al Senado y a la presidencia. Tenían una planilla y un programa electoral común.

Todos los nacionalistas condenaron en términos más o menos violentos al imperialismo norteamericano y reprobaron la actitud yanqui en Haití. En una larga requisitoria contra los quince años de ocupación denunciaron la invalidez del convenio de 1915 y de los acuerdos adoptados por los presidentes Dartiguenave y Borno. Prometieron el retiro de los marines en un plazo de tres meses después de las elecciones, haciendo hincapié en que la comprensión y el respeto mutuo introducidos por la política de Buena Vecindad anunciada por Hoover desde 1928 podrían favorecer las relaciones entre las dos naciones.

Para restablecer la situación económica, los nacionalistas consideraban primordial el impulso a la agricultura, la educación del campesinado y también el otorgamiento de créditos a los agricultores. «Como el suelo haitiano está repartido entre el haitiano y el extranjero, es necesario poner a disposición del haitiano los medios financieros mediante los cuales se pueda defender la propiedad de la tierra, en particular de las ricas compañías norteamericanas».

A través de estos programas se puede establecer la posición de los dos grupos, a pesar del barniz demagógico que podía recurrir uno y otro programa, que es parte inevitable de todos los manifiestos y electorales, en Haití sobre todo.

El «realismo» del grupo Pro Treaty Party olía a oportunismo y parecía tendencioso y de absoluto entreguismo, puesto que pretendía continuar el régimen de franca colaboración. No engañó a las masas.

Aunque Mayard se había destacado, desde 1917, por algunas posiciones dignas frente a los marines, la mayoría de sus partidarios había sido colaboracionistas. Además, pertenecían a una corriente de políticos o sectores sociales convencidos de que los haitianos por sí mismos nunca podrían realizar la obra de construcción que la nación requería. Contaba con el apoyo del gobierno, de los oficiales del tratado y de los hombres de negocios estadounidenses.

El programa nacionalista, por su parte, respondía a las aspiraciones populares. Las masas se entusiasmaron al pensar que tan pronto como los nacionalistas llegaran al poder el *ricain* no pisaría más el suelo haitiano. Era evidente que la reivindicación «de lavar el ultraje nacional» con la salida de los marines era el hecho primordial. Como lo hacía notar el doctor Price-Mars:

> Desde 1915 hasta 1933, el eje de las discusiones y el centro de las reivindicaciones se orientaron hacia una cuestión de actualidad y de evidente urgencia. Se trataba de encontrar la forma de acabar, por derecho o por fuerza, con la intervención norteamericana en los asuntos del país. El patriotismo se volvió la nota predominante.[4]

Las personalidades más prominentes de ambos bandos pertenecían a la élite intelectual o social. Tras ellos, por uno u otro lado, se reunían los «protegidos» sin convicción ideológica definida.

[4] Jean Price-Mars: «¿Classe ou Caste? Étude sur "Tre Haitian People" de James G. Leyburn», en *Revue de la Société d'Histoire, de Géographie et Géologie*, julio de 1942, no. 46, p. 33.

A pesar de la ausencia de partidos y de las prácticas electorales haitianas, en que la amistad, la dependencia económica y la simpatía desempeñan el papel de aglutinante, se produjo un reagrupamiento social. Cierto es que los estados mayores del Pro Treaty Party o del partido nacionalista se reclutaban entre la élite tradicional: Mayard, Alexandre Villejoint y Charles Moravia pertenecían a la clase feudal o burguesa, tanto como los nacionalistas René Auguste, Seymour Pradelo o Édouard Estèvez. Sin embargo, en la vanguardia nacionalista se reunían los elementos más avanzados y radicales de la clase media y de la burguesía, tales como: Georges Petit, Joseph Jolibois. Élie Guérin, Jacques Roumain y otros. Precisamente bajo su influencia el movimiento pudo adoptar ciertas posiciones avanzadas, como el intento de un trabajo sistemático de educación de masas. Los nacionalistas lograron ejercer una verdadera influencia sobre ellas; Joseph Jolibois, por ejemplo, se convirtió en verdadero ídolo de las poblaciones de Puerto Príncipe y del oeste.

Así fue como el pueblo llegó a normar sus criterios por conceptos aparentemente muy sencillos. Patriota: aquel que ha combatido a los norteamericanos. Antipatriota: aquel que ha tenido cualquier puesto de colaboración con ellos a partir de 1915. Y, precisamente, antipatriotas eran Constantin Mayard, antiguo ministro del Exterior; Louis Dorsainvil, exconsejero de Estado; Trasybule Laleau, exjefe del Protocolo; Charles Moravia, antiguo jefe bornoísta, y Louis Gallard. En particular, se consideraba que el pasado de Mayard hipotecaba su porvenir.[5]

[5] Mayard se defendía con vigor: «He firmado el Tratado, sí. Era necesario defender nuestra soberanía negociando un Tratado para quitar lo más pronto posible su aspecto militar a la intervención, dándole una base jurídica, y aceptar la discusión para condicionar la acción norteamericana». Según subraya, su vida no era más que una lucha sin plazo ni tregua contra la estratocracia nativa y, sobre todo, norteamericana. (*Cf.* Suzy Castor: Ob. cit., p. 100).

El grupo Pro Treaty Party constituía, según la opinión pública y los sectores más conscientes de la población, la defensa más organizada de la ocupación norteamericana.

Mientras, por el contrario, los nacionalistas surgían como los verdaderos héroes y patriotas entrañables, ya que muchos de ellos habían sido maltratados y vejados por la ocupación norteamericana.

Así, la campaña electoral se iba desenvolviendo con ventaja para los nacionalistas, que sí sabían llegar hasta las masas; en tanto que los cooperacionistas tenían que enfrentarse con auditorios hostiles, que a menudo interrumpían sus discursos con demostraciones de descontento.

LAS ELECCIONES

Por fin llegó el 14 de octubre, día tan esperado por un pueblo lleno de las más grandes inquietudes y esperanzas.

¿Cuál sería el resultado de las elecciones? ¿Se celebrarían pacíficamente? La nación tenía suspendida, como la espada de Damocles, una de las condiciones de la Comisión Forbes: «Los Estados Unidos reconocerían el resultado de las elecciones siempre y cuando se hayan efectuado sin violencia y sin fraude». Lo que no dejaba de hacer aún más tensa y angustiosa la situación.

Consciente de la gravedad del momento, el pueblo votó con el orden más perfecto, sin que la policía tuviera pretexto para intervenir. Solo se registraron incidentes menores, con un saldo de veinticuatro arrestos en el país. Masivamente la población fue a las urnas, con un registro total de 288,555 votantes;[6] fueron electos cuarenta y nueve mandatarios nacionalistas. Tan solo dos cooperacionistas resultaron electos.

Comentando esta importante derrota, un periódico mayaridista hacía notar: «La masa proletaria no tiene ambiciones políticas,

[6] La población haitiana en aquel entonces se aproximaba al millón y medio de habitantes.

creyendo resolver el problema económico ha ido en pleno a las urnas y votado contra Mayard».[7]

En efecto, el pueblo había votado en masa contra la presencia del amo blanco, derrotó al ocupante mediante los métodos «democráticos» que este prendió usar en sus plebiscitos falseados de 1918, 1922 y 1928, con el fin de justificar con «bases legales y democráticas» su brutal imposición. Pero una vez más la voluntad popular fue desatendida. Las masas no tenían voz en las elecciones presidenciales a pesar de su posición en las contiendas primarias. El imperialismo y sus aliados locales podrían escamotear la victoria del nacionalismo auténtico.

LA CONTIENDA PRESIDENCIAL

La fase final del Plan Forbes preveía la celebración de las elecciones presidenciales inmediatamente después de reconstituirse las cámaras legislativas. El presidente Eugène Roy había convocado a la Asamblea Nacional para el 10 de noviembre de 1930. El senador Martineau fue escogido para presidir el Senado; Joseph Jolibois unánimemente fue elegido presidente de la Cámara Baja con la asistencia de Dumarsais Estimé y Salnave Zamor como primero y segundo secretarios.

La lucha presidencial amenazaba ser difícil. El pueblo entero estaba interesado en la contienda. Sin embargo, esa batalla era considerada como asunto de la élite. *Haïti Journal* escribía: «Se va a comparar los dos actos, los dos juegos, el de la élite y el de las masas. Aquélla acaba de actuar; actuó bien; no se podía jugar una mejor carta. ¿Qué va a hacer la élite ahora?».[8] Y *La Presse* subrayaba: «El pueblo haitiano ha cumplido con su deber sin traicionar la confianza que sus hermanos de la América Latina habían puesto en él, y ahora que el pueblo ganó la primera etapa, toca a la élite hacer lo que debe».[9]

[7] Suzy Castor: Ob. cit., p. 120.
[8] Ibídem, p. 107.
[9] Ídem.

LOS CANDIDATOS

La contienda legislativa se había desarrollado primordialmente alrededor de la cuestión de la posición de Haití frente a los Estados Unidos después de 1930. Para las elecciones presidenciales, la cuestión central ya no era de carácter ideológico. La personalidad del candidato vino a ser el factor preponderante, en cuanto a posibilidades de triunfo.

El Cuerpo Legislativo estaba formado casi en su totalidad por nacionalistas. En cuanto a los candidatos a la presidencia, de los veinticinco conocidos, todos pertenecían al «nacionalismo integral», exceptuando a Constantin Mayard, quien mantenía su candidatura pese a su derrota senatorial y la de todo su partido. Entre estos aspirantes al sillón presidencial figuraban Adhémar Auguste, David Jeannot, Perceval Thoby, Pierre Hudicourt, Antonie Pierre Paul, Léon Nau, el doctor Désir. Juristas, periodistas y políticos formaban la vanguardia y desde hora temprana habían levantado la bandera de la resistencia. Gozaban de prestigio y popularidad en la capital y en la provincia. Durante las elecciones su papel fue importante en el juego de las alianzas.

Sin embargo, se destacaron cuatro grandes figuras nacionalistas: Horace Pauléus Sannon, el doctor Price-Mars, Sténio Vincent y Seymour Pradel. El doctor Jean Price-Mars y Horace Pauléus Sannon, ambos intelectuales negros, con gran prestigio y brillantez, pertenecían a la clase media y participaron en el movimiento nacionalista desde el principio. Pauléus Sannon era considerado como el padre del nacionalismo. Price-Mars, sociólogo de fama, había escrito *Así habló el tío*, obra etnosociológica de gran rigor científico.

El periódico *Le Temps* escribía en 1930, comentando el fracaso de Pauléus Sannon: «La virtud sin dinero es un mueble inútil. Si [Pauléus Sannon] no triunfó es porque el argumento supremo, es decir, el dinero, le hizo falta».[10] Price-Mars era poco conocido como político. Su principal ventaja la constituía su origen norte-

[10] Ibídem, p. 110.

ño, ya que bajo la presión del regionalismo los senadores y diputados del norte habían formado un bloque para postularlo como candidato.

No obstante, Price-Mars —como Pauléus Sennon— tenía pocas posibilidades, por estar desprovisto de medios económicos para sustentar su candidatura. Solo una alianza hubiera podido llevar a uno de ellos a la presidencia, y esta no se efectuó. Los dos principales contendientes vinieron a ser Seymour Pradel y Sténio Vincent.

Por sus orígenes, Seymour Pradel pertenecía a la alta clase media. Sin embargo, sus relaciones, su tren de vida, su estatus de *grand mulatre*, lo colocaban de lleno en la élite tradicional; era miembro del exclusivo Cercle Bellevue y del Club de Tennis, centros aristocráticos por excelencia. Era el abogado de la alta burguesía y de las grandes firmas norteamericanas, como el Banco Nacional, la HASCO, etcétera.

Tenía una sólida situación económica. Aunque algunos sectores dudasen de su nacionalismo, considerándolo defensor de los intereses norteamericanos en Haití, paradójicamente Pradel simbolizaba para la mayoría el nacionalismo indoblegable y tenía la fama de haberse opuesto a todos aquellos que habían colaborado con los ocupantes desde 1915.

Como quiera que sea, «príncipe de la juventud» desde 1912, su carácter caballeresco, su valentía, su notable talento de abogado lo hicieron ganar mucha simpatía. Niño mimado de la burguesía, agrupaba a su alrededor a la mayoría de esta élite tradicional. Su popularidad no dejaba de crecer entre las masas, sobre todo por el apoyo que le ofreció Joseph Jolibois, ídolo de las masas capitalistas. El pradelismo se extendió a través de la República tomando como bastiones Cabo Haitiano, Puerto Príncipe y Jacmel. Pradel pretendía ser continuador de la corriente del pensamiento liberal de Boyer Bazelais y de Anténor Firmin. Sin duda alguna, era el más fuerte y el más popular de los candidatos habiendo sido elegido primer senador del oeste con 66,443 votos.

Sin embargo, la popularidad del candidato y el fanatismo de sus partidarios no bastaron para asegurar la victoria. Al contrario, echaron a perder sus posibilidades de triunfo. Demasiado seguros de sí mismos, Pradel y su círculo de amigos disgustaban a muchos con su arrogancia. Muchos partidarios o adversarios evocaron, refiriéndose a él, este juicio sobre el general Légitime:[11] «Era una nulidad política». Desconociendo el juego de sus alianzas, no sabía manejar los hilos ocultos que tenían tanta eficacia en la selva política haitiana.

Vincent, por su parte, era un político destacado. Nacido en Puerto Príncipe el 22 de febrero de 1874, fue profesor en el Colegio Louverture; ocupó posteriormente importantes puestos diplomáticos en París, Berlín y La Haya. Fue vicefiscal en el Tribunal Civil, regente de la capital, en 1907, y secretario de Estado del Interior en 1916; fue elegido senador y escogido como presidente del Senado hasta su disolución a la llegada de los marines. Mulato y político de profesión, Vincent pertenecía a la burguesía, pese a que trataba de aparentar lo contrario. Era, además, un brillante intelectual egresado de la Sorbona. Seducía al público letrado por su lenguaje castizo, mientras su manejo familiar del créole popular lo hacía más convincente para el pueblo. Su cautivadora personalidad le aseguraba popularidad y simpatía.[12]

Miembro fundador de la Union Patriotique, Sténio Vincent, «el nacionalista sin mancha» con más de un galardón en su carrera política, escribió una famosa carta de renuncia siendo ministro de Dartiguenave y apostrofó al general Butler cuando era presidente del Senado. También desempeñó con honor, en 1920, la misión de dar a conocer en los Estados Unidos la situación haitiana viajando allá con Pauléus Sannon y Perceval Thoby; lanzó un «¡Viva la libertad!» en el atrio de la catedral de Puerto Príncipe,

[11] Presidente de Haití del 16 de diciembre de 1888 al 22 de agosto de 1889.

[12] En una entrevista que el autor tuvo la oportunidad de hacerle a Sténio Vincent, a la pregunta, ¿cómo explica su popularidad en las elecciones de 1930?, Vincent respondió: «Hablaba yo bien».

después de una misa en memoria de los muertos de Marchaterre. Ante la Comisión Forbes, adoptó una actitud digna que exaltó a los nacionalistas…

Vincent era popular en Puerto Príncipe. Agrupaba a su alrededor a toda una generación de jóvenes que, en esa época, se lanzaba a la batalla política. Por aquellos días de la campaña electoral, el *Petit Imperial* (periódico radical) escribía:

> Nos parece uno de esos caracteres capaces de salvar a la patria haitiana, uno de esos espíritus equilibrados que no desesperaron en los días sombríos de la batalla; creyendo en la gran victoria haitiana […]. Nos es recomendable por su amor a la juventud. Nosotros los jóvenes queremos a alguien que nos comprenda, que nos dé valor.

Vincent contaba con el apoyo de los políticos profesionales, los terratenientes y notables de la provincia, fuerza real de la clase dirigente, siempre presente en las cámaras y en la administración pública.

LAS ELECCIONES A PUERTAS CERRADAS

En las elecciones de segundo grado, la responsabilidad de escoger al presidente se confiaba a los senadores y diputados, marginando al pueblo del juego político y dejando a los mandatarios toda posibilidad de maniobras y compromisos. Nadie ignoraba las ligas pradelistas de Fouchard Martineau, presidente del Senado, ni del presidente de la Cámara de Diputados, Jolibois, quien con prestigio y popularidad apoyaba abiertamente a Pradel.

Sin embargo, Sténio Vincent, pese a todas las ventajas, popularidad y fortuna de Pradel, contaba desde el principio con la mayoría de votos en las dos cámaras, debido sobre todo a su gran habilidad y realismo político. En efecto, aunque las elecciones del 14 de octubre de 1930 habían sido libres, un examen detenido del juego político de aquellos momentos permitía descubrir la posi-

ción predominante de los partidarios de Vincent: el secretario de la presidencia Lucien Hibbert, el subsecretario Émile St. Lot y el ministro del Interior, Rodolphe Barreau, varios prefectos y alcaldes de provincia, agentes inmediatos de las elecciones, vinieron a ocupar funciones importantes bajo el gobierno de Vincent. Este, en efecto, se había asegurado posiciones estratégicas en el aparato electoral, lo que se reflejó en la composición íntima de las cámaras y colocó a Pradel en posición desfavorable.

En un principio, ninguno de los cuatro candidatos podía contar con la mayoría absoluta exigida (26 votos entre los 15 senadores y 34 diputados). Pero, ya al principio de la contienda, empezaron a ejercerse presiones de todas clases, maniobras económicas y alianzas. Desde luego, «la presión del dinero era más fuerte»,[13] y fue el mismo Pradel quien, en carta del 19 de noviembre a uno de sus amigos, escribía refiriéndose al desarrollo de la batalla: «El dinero entró en la lid».

Se había fijado el 18 de noviembre para las elecciones presidenciales. Aquel día un público denso y ansioso asistía a las formalidades acostumbradas. Después de tres vueltas de escrutinio, los votos se concentraron de la manera siguiente: Sténio Vincent, 25 votos; Seymour Pradel, 20 votos; Jean Price Mars, 5 votos; árbitro de la situación, optó por apoyar a Vincent. El cuarto turno marcó la victoria de Sténio Vincent, elegido con 30 votos. Inmediatamente después todos los sectores se fusionaron alrededor de Vincent.

> Nuestros deseos se realizaron —escribió el periódico *La Tribune*—. Soñamos con el advenimiento del nacionalismo integral. La Asamblea Nacional colmó nuestros deseos con el advenimiento al poder del señor Sténio Vincent, nacionalista integral y de antigua cepa […]. Él fusionará los elementos esparcidos del nacionalismo que la campaña electoral había disociado momentáneamente.[14]

[13] Jean Price-Mars: *Lettre ouverte au Dr. René Piquion...*
[14] *La Tribune*, 3 de diciembre de 1930.

El periódico mayardista *Le Temps* explicaba el triunfo de Vincent: «Es el único capaz de agrupar todas las fuerzas alrededor de él. Lo que triunfó con él fue el nacionalismo pero en su forma moderada, clara y razonable».[15]

Muchos miembros de la élite volvieron nuevamente a la escena política. La fracción del pueblo más o menos sensibilizada políticamente, celebró con sinceridad este triunfo, pensando que con el advenimiento de Vincent se abría la era de la liberación del territorio y de cierto bienestar socioeconómico.

Esta victoria nacionalista no implicaba, sin embargo, ningún cambio social que hubiese acarreado una nueva clase al poder. Los elegidos eran los mismos miembros de la élite política tradicional, representantes de la burguesía, de la clase feudal y de la intelectualidad, en busca de rápida fortuna. Algunas ideas revolucionarias sobre la situación económica y social haitiana fueron preconizadas, entre tanto, por una vanguardia revolucionaria que apenas comenzaba a ver el día, encabezada por el intelectual comunista Jacques Roumain, pero que no podía desempeñar un papel importante en la escena política.

Las fuerzas de ocupación guardaron, pues, la serenidad durante las elecciones, sin preocuparse del verbalismo nacionalista de los políticos haitianos. De hecho, Vincent y Pradel representaban las dos caras de la misma moneda, manejada con facilidad por el Tío Sam. La habilidad de Vincent daba todavía más garantía a los planes del neocolonialismo, precisamente en el momento en que los Estados Unidos hablaban de buena vecindad con América Latina, tratando de iniciar una nueva política: la de utilizar como intermediarios a los procónsules nativos.

El periódico *La Press*,[16] dos semanas después de las elecciones, preparaba los ánimos a la futura política de conciliación de Vincent:

> Mucha gente —escribía— que no tiene una noción de la situación política haitiana, tomando sus

[15] *Le Temps*, 20 de noviembre de 1930.
[16] *Cf. La Press*, 27 de noviembre de 1930.

> deseos por realidad, quisiera ver operarse de inmediato la desocupación […]. Se puede prever la decepción y el desánimo que pueden resultar de este optimismo peligroso y, sobre todo, el grado de descontento a que puede llevar a las masas crédulas.

Sin embargo, Sténio Vincent, en su toma de posesión, declaró al Cuerpo Legislativo:

> En este alto puesto haré lo que siempre hice en todas las otras funciones que he desempeñado; es decir, cumplir con mi deber. Lo haré en todo y en todas partes; sobre todo, lucharé por la liberación de nuestro territorio y seré un luchador incansable de los intereses materiales y espirituales de la Nación.[17]

[17] Sténio Vincent: Ob. cit., t. II, p. 19.

CUARTA PARTE
EL ACOMODO DEL APARATO NACIONAL

CAPÍTULO X
HACIA LA HAITIANIZACIÓN

El presidente Vincent tenía que encarar el grave problema de la liberación del territorio nacional, cuestión candente que correspondía a las reivindicaciones populares.

Además, era frágil la alianza de los dirigentes nacionalistas que habían apoyado su candidatura. Ya desde los comienzos de 1931 los periódicos se hacían eco de un principio de oposición y se iniciaba una ruptura entre el gobierno y los sectores auténticamente nacionalistas.

Originalmente, Vincent había invitado para formar su gabinete a Saymour Pradel, para el Ministerio de Finanzas y Comercio; a Price-Mars, para el Ministerio de Instrucción Pública y de Agricultura; y a Léon Viau, para el Ministerio de Justicia. Pero ellos rechazaron dichos puestos, pese a que el programa presidencial —de la planilla nacionalista— fue aprobado por todos.

Muy pronto, la oposición empezó a agruparse en torno a Seymour Pradel, fundamentándose en motivos profundos. El yugo de la ocupación civil y militar seguía pesando sobre el país. El consejero financiero, señor De la Rue, imponía todavía su estricto control al gobierno haitiano, que, sin su consentimiento, no podía disponer

de un solo dólar del erario público. Incluso para presionar al gobierno a someterse incondicionalmente a su autoridad, el ministro norteamericano llegó a bloquear el pago de todos los salarios en octubre de 1931.

Además de estos grupos surgió un sector de inspiración marxista encabezado por Jacques Roumain, que luchó en forma destacada en contra de la política entreguista del gobierno, contribuyó a orientar ideológicamente a la intelectualidad nacionalista y a algunos elementos más avanzados de la masa. Este trabajo iba a culminar en 1934 con la publicación del estudio *Analyse schématique 1932-1934*, de Jacques Roumain, y la fundación del Partido Comunista haitiano.

Según los sectores de la oposición, el convenio del 13 de septiembre de 1916 tenía que ser considerado nulo, ya que había expirado desde mayo de 1926, así como el acta adicional del 28 de mayo de 1917, que prolongaba la duración de la ocupación. Se imponía la desocupación inmediata e íntegra del territorio nacional y el retiro de las fuerzas militares extranjeras. «No se debe negociar —señalaba el *Petit Impartial* del 18 de diciembre de 1930— por la sencilla razón de que nosotros no hemos negociado la llegada de la fuerza de ocupación, que constituye un abuso de la fuerza». Y el mismo periódico subrayaba en febrero de 1931: «Es por la puerta ancha, con una reclamación basada en el derecho internacional, por la que debemos volver a tomar nuestro lugar en el concierto de las naciones, y no por la estrecha puerta de una concesión parcial y lenta». Esta política sin transacciones podía ser efectiva. Pero no resultaba para los intereses objetivos de las clases en el poder despertar la cólera de su poderoso protector.

Los nacionalistas proponían acusar a los Estados Unidos ante una corte internacional y denunciar jurídicamente la violación de la soberanía haitiana por parte de esa potencia. Pensaban que era posible aprovechar la nueva política que pretendía adoptar Estados Unidos en sus relaciones con América Latina, así como la

presión de la opinión pública internacional que podía ayudar a Haití a liberarse de la ocupación yanqui.

Tal era la posición de los nacionalistas auténticos que querían restablecer la soberanía nacional. Fueron llamados por el gobierno irónicamente *décrocheurs de lune*, es decir, hombres fuera de la realidad y auténticos protagonistas de una «política enredada».

POSICIÓN DEL GOBIERNO

Mientras la opinión le reclamaba energía y le exigía que no hiciera ninguna concesión en cuanto al retiro de las fuerzas de ocupación, el presidente Vincent pedía moderación y acción diplomática. «Libertad al país, sin choque con la potencia extranjera», tal como era la posición adoptada por su gobierno inmediatamente después de las elecciones. Su política exterior fue explicada insistentemente por él mismo y por los periódicos *Le Temps*, *L'Essor*, *Haïti Journal* y otros.

Recordando las reclamaciones haitianas, Pauléus Sannon, ministro de Relaciones, envió el 2 de diciembre un memorando muy diplomático a Washington. No obtuvo ninguna respuesta. Semejante actitud hacía decir a un diputado: «Se nos esperaba en la sala, y nos presentábamos en la cocina». Era evidente que el tono demasiado conciliador de dicha nota hacía al gobierno de Vincent un secuaz de poca consideración. Washington prefirió tomar la iniciativa de entregar el mando del distrito militar de Hinche al coronel Calixte, oficial de mayor rango en la Garde D'Haití. Esta actitud, dos días después de la salida del memorando oficial del gobierno haitiano, significaba claramente el desprecio de las autoridades norteamericanas hacia Vincent y la pretensión de erigir en fuerza política a la Garde, «guardián del orden».

Este resultado fue muy discutido por la oposición. ¿Por qué no denunció, como antes de las elecciones, la ilegalidad del convenio? Una vez electo, su nacionalismo se debilitó hasta el punto de

convertirse en servilismo. Trató de explicar su posición. «Son las circunstancias naturales e históricas —observaba— que obligan a los diplomáticos a compromisos y concesiones».[1] El sector vincentista argumentaba que la desocupación inmediata e íntegra era imposible pese a la injusticia de la ocupación y la grave violación del derecho internacional que representaba; existían las posiciones norteamericanas «legales», fundamentadas en un convenio ratificado por la Asamblea Nacional y renovado por acuerdos y subacuerdos suscritos con el gobierno haitiano.

Una vez en el poder, el problema de mantenerse en la silla presidencial se planteó para el nuevo mandatario, ya que la oposición a su régimen empezaba a manifestarse. Para resolverlo, como Dartiguenave o Borno, el gobierno de Vincent utilizó la fuerza norteamericana. Por ello consideraba con inquietud la salida de los marines, viviendo, tal como lo expresaba el periódico *L'Opinion* (12 de agosto de 1932), «bajo la protección de las bayonetas norteamericanas». «Retirado el último marine —escribió un periódico gubernamental—, ¿podremos ocuparnos libremente y sin inquietud de nuestros quehaceres?».[2]

Desde mayo de 1931, Joseph Jolibois, primer diputado de Puerto Príncipe, denunciaba que el presidente y sus allegados querían que la ocupación permaneciera indefinidamente en el país. Con Vincent en el poder se manifestaba la comunidad de intereses entre el imperialismo norteamericano y la oligarquía criolla, representada por el elegido del 18 de noviembre. En lugar de mantener el frente unido del movimiento nacionalista, Vincent prefirió contar con las buenas disposiciones norteamericanas, traicionando los ideales del movimiento nacionalista.

Esta política de contemporización y de complicidad fue bautizada por la oposición como la «política *calicot»,* de mala calidad y barata.

[1] Sténio Vincent: *Paroles d'un bâtonnier*, p. 8.
[2] *Les Annales Capoises*, agosto de 1933.

LA LUCHA IRREDUCTIBLE DEL NACIONALISMO INTEGRAL

Haïti Journal, analizando la oposición, escribía:

> El gobierno es el blanco de dos corrientes: una primera explota la impaciencia de la opinión fortaleciéndola con la creencia de que la lentitud de las reformas nacionalistas es el resultado de la falta de seguridad y habilidad del gobierno; la segunda, constituida por los amigos y partidarios del régimen anterior.

En efecto, el primer grupo, representado por algunos diputados y senadores, había fundado el Partido Nacional Liberal, dirigido por Seymour Pradel, que se había fijado como meta formar cuadros políticos y orientar a la opinión pública. A este grupo se unieron algunos nacionalistas más avanzados. El segundo grupo, representado por los exbornoístas Louis Callard, Damase Pierre-Louis, Clément Magloire, había brindado apoyo al régimen vincentista después de las elecciones y justificaba la política exterior del gobierno como «impuesta por las circunstancias».[3]

Sin embargo, pasaron a la oposición cuando después de las elecciones senatoriales de 1932 (elecciones oficiales) no fueron llamados a ocupar una silla senatorial.

Las masas, tras ilusiones creadas por la demagogia y la euforia electorales, se sentían una vez más desilusionadas. El cambio anunciado no había sido más que un engaño. A raíz de la crisis mundial, la situación económica se volvió más y más grave.

El Alto Comisario había sido remplazado por un enviado extraordinario y ministro plenipotenciario: el señor Dana Munro. Pero esa medida no resolvía nada. La misma fuerza de ocupación se mantenía en pie. Todas las capas sociales exigían el retiro de los marines como reivindicación fundamental del pueblo. La

[3] *L'Opinion*, 22 de abril de 1933.

oposición nacionalista radical se polarizó alrededor de algunos diputados y senadores. Dicha oposición se proyectó en quejas, manifestaciones populares y, sobre todo, en la lucha del Cuerpo Legislativo contra el gobierno.

Las cámaras obstruían sistemáticamente los proyectos ejecutivos y reunían a hombres eminentes de la política y la intelectualidad haitiana. Sus sesiones resultaban sumamente interesantes y las más de las veces tempestuosas: se censuraba al presidente y se discutían sus propuestas. Las fricciones entre el gobierno y la oposición tomaron una fuerza particular durante las elecciones de enero de 1932, convocadas para asegurar la renovación de las cámaras de diputados y de las alcaldías en la provincia.

Dos grupos se enfrentaron: los nacionalistas «ultrarrojos» de 1930, que continuaban prometiendo la desocupación íntegra en un breve lapso, y los «nacionalistas evolucionados», que sostenían el punto de vista del gobierno: «liberación progresiva y sin choques». A pesar de las seguridades «de elecciones leales, sinceras y honestas», el presidente se interesó tanto en la competencia electoral que los treinta y seis candidatos oficiales fueron elegidos.

Para ello, se emplearon los medios clásicos de presión: Élius Élie, el diputado de Lascahobas, fue asesinado; el diputado Joseph Jolibois, líder de las masas en Puerto Príncipe, fue encarcelado en plena campaña, teniendo por contrincante a Nemorusd Vincent, hermano del presidente. En los puestos más importantes de la maquinaria administrativa fueron colocados conocidos colaboradores del régimen de ocupación y exfuncionarios de los gobiernos de Dartiguenave y Borno.

Estas elecciones y los resultados de las mismas hicieron crecer la oposición. El descontento era fomentado por las medidas abiertamente antinacionalistas del gobierno y su actitud servil ante los marines, la guardia y los oficiales norteamericanos.

La brecha entre los cuerpos Ejecutivo y Legislativo se profundizó a tal punto que en enero de 1935 Sténio Vincent tomó

la decisión —hasta entonces única en los anales parlamentarios haitianos— de revocar los once senadores oposicionistas y de nombrar a otros de su entera devoción.

Al final el *telediol* (propaganda verbal), tan efectivo para agitar a una población analfabeta, operaba en contra del gobierno escapando a la represión oficial. Para reducir la oposición, Vincent no vaciló en utilizar todos los medios; por ejemplo, mandó al manicomio al líder popular Jolibois, so pretexto de que se había vuelto loco.

LOS INSTRUMENTOS LEGALES DEL NEOCOLONIALISMO

La oposición al gobierno de Vincent crecía. La opinión pública, la prensa y las cámaras legislativas, se movilizaron para exigir la salida de los marines; los medios liberales norteamericanos se unieron a las reivindicaciones del pueblo haitiano.

Ante una situación que amenazaba con tornarse violenta, las autoridades norteamericanas convinieron con Vincent en tomar medidas que aliviaran la presión popular. Las discusiones, iniciadas en 1931, dieron lugar a numerosos convenios que determinaron las diversas etapas instaurativas del nuevo aparato de dominación.

Un primer tratado fue firmado el 5 de agosto de 1931, después de largas y difíciles negociaciones entre el ministro plenipotenciario estadounidense, Dana Munro, y el secretario de Relaciones haitiano, Ángel Léger.

En virtud de aquel protocolo, el gobierno haitiano recibía la Dirección General de Obras Públicas, el Servicio Técnico de Agricultura, la Oficina de Impuestos, el Servicio de Higiene (con excepción de las administraciones sanitarias de Puerto Príncipe y Cabo Haitiano, art. VII). El tratado, aunque pretendía dar más libertad a la iniciativa del secretario de Finanzas, confirmaba el régimen de tutela financiera, mantenía la subordinación del ministro de Finanzas al consejero financiero, quien tenía que decidir sobre los créditos destinados a gastos públicos (arts. V, VI).

Además, el acuerdo preveía la creación de una misión científica al servicio del gobierno norteamericano en suelo haitiano. Los sectores gubernamentales celebraron esta «gran victoria».

> Somos particularmente felices —escribía poco después el periódico oficial *La Presse*— al consignar hoy este primer resultado importante de las pláticas que durante largos meses se llevaron a cabo entre el Departamento de Relaciones Exteriores y la Legación norteamericana […]. La firma del protocolo nos permite esperar que muy pronto nuestro país vuelva a tomar la iniciativa y que el suelo de la patria ya no sea pisoteado por el ocupante.[4]

Cierto es que, en apariencia, el régimen de ocupación se había debilitado. Para satisfacción de la mayoría, los «blancos», que reinaban como dueños incontestados, eran relegados a segundo plano en la administración pública. Pero las esperanzas del pueblo haitiano habían sido frustradas; la alegría fue de corta duración. Pronto la opinión pública reparó en que los marines mantenían su posición… La *Libre Tribune* acusaba a principios de 1932 al ministro de Haití en Washington, Abel N. Léger, de haber conducido por este tratado a la cooperación franca. El presidente, en un discurso el 30 de enero de 1932, tuvo que reconocer que era solamente una etapa en el camino de la liberación. «Es un resultado apreciable —agregaba—, pero, es necesario decirlo, no responde todavía a las esperanzas positivas del pueblo haitiano».[5]

El descontento general obligó a Vincent y a los oficiales de ocupación a llegar a un nuevo acuerdo, más susceptible de calmar las reivindicaciones populares. Sin embargo, el año transcurriría sin que se vislumbrase ningún cambio en la situación. Como

[4] *La Presse*, agosto de 1931.

[5] Sténio Vincent: *En posant les jalons*, t. II, p. 74.

siempre, las consultas oficiales entre norteamericanos y haitianos se hacían en secreto, con gran desesperación de la opinión pública, que hubiera querido seguir aunque fuera de lejos las políticas entabladas entre Washington y Haití, en vista de un nuevo tratado. Se decía que el presidente había firmado con el gobierno norteamericano un tratado más leonino que el de 1915, recibiendo como premio la protección militar de Washington. Escéptica y aun inquieta, la Asamblea Nacional esperaba. Finalmente le fue presentado un tratado firmado por Dana Munro y Albert Blanchet, nuevo ministro de Relaciones Exteriores. Este tratado del 3 de septiembre de 1932 pretendía resolver definitivamente las cuestiones pendientes: el control de las finanzas y el de la Guardia.

El nuevo tratado disponía en cuanto a la cuestión financiera (art. I):

> Hasta la completa amortización o rescate de todas las obligaciones emitidas con el protocolo del 8 de octubre de 1919, un representante fiscal y un representante fiscal adjunto, nombrados por el Presidente de Haití por sugerencia del Presidente de los Estados Unidos, ejercerán los poderes anunciados a continuación para asegurar de manera adecuada los intereses y la amortización del empréstito.

Estos poderes eran muy extensos, e incluían el derecho de control y decisión sobre los ingresos y gastos fiscales, el derecho de control y de revocación de las nominaciones hechas por el presidente de la República en ciertos servicios públicos.

La Asamblea Nacional, indignada, rechazó unánimemente el principio mismo del acuerdo. Ni los más conciliadores y moderados, siempre dispuestos a colaborar, pudieron evitar un sobresalto de indignación al leer este documento.

La prensa reaccionó violentamente. El gobierno no vaciló en suspender varios periódicos, como *Le Pays*, *La Bataille*, *L'Opinion*. Para justificarse, el 16 de septiembre lanzó una pro-

clama que no convenció a nadie. El pueblo sentía que Vincent había entrado en las componendas más sucias con el ocupante, el cual no quería en absoluto soltar su presa. El tratado fue tachado de nuevo convenio, de «desafío lanzado por los mil cañones de la flota norteamericana contra la soberanía haitiana», de «fracaso de la diplomacia haitiana». Ni siquiera los periódicos gubernamentales se atrevían a defenderlo. «Es necesario —escribía con desilusión Charles Moravia— reconocer que el tratado del 3 de septiembre no tiene adeptos».

La firma de este documento era una capitulación. El preámbulo proclamaba que los «objetivos del tratado de 1915 habían sido realizados y los aún pendientes lo serían en el futuro».

En cuanto a la cuestión financiera, solamente los intereses del gobierno norteamericano, en particular los del National City Bank, habían sido considerados. Sténio Vincent mismo reconoció que el tratado acordó «atribuciones excesivas a la agencia fiscal norteamericana encargada de asesorar al gobierno haitiano». Agregaba:

> Se nos hizo entender de la manera más categórica que el gobierno norteamericano, por su responsabilidad moral ante los portadores, no consentiría jamás un control menos estricto del Convenio de 1919 y de 1922 hasta la completa amortización o el rescate total del empréstito; en función de esta responsabilidad especial, el gobierno norteamericano insistía en la necesidad de una Guardia fuerte y disciplinada.[6]

La Asamblea Legislativa denunció la presencia del representante fiscal y sus actividades en el territorio haitiano como la negación del Cuerpo Legislativo y de sus prerrogativas más esenciales.[7]

[6] Ibídem, p. 142.

[7] *Cf. Le Courrier Haïtien*, 10 de septiembre de 1932.

Hasta la haitianización de la Guardia era aleatoria. En los documentos anexos al tratado se disponía «que la ejecución del programa de haitianización de la Guardia sería imposible para la fecha fijada si sobrevenían en Haití problemas graves u otras dificultades, actualmente imprevistas». Además, la Guardia, encabezada por un coronel norteamericano, quedaba en manos de los ocupantes. El artículo II del tratado estipulaba: «Esperando el reglamento de la cuestión de la Guardia, los partidos consintieron en guardar el *status quo* resultante de las leyes y acuerdos actualmente en vigor y en representar dichas leyes y acuerdos».

Así, pues, sin reservas ni protestas, el principio de mantenimiento indeterminado de la ocupación militar estaba aceptado.

¿Qué había empujado a Sténio Vincent, por intermedio de su ministro Albert Blanchet (conocido colaboracionista),[8] a que aceptara este compromiso? *Le Centre* del 17 de septiembre de 1932, censurando la diplomacia haitiana, escribía: «Miedoso en exceso o indolente, firmó, al parecer, sin discutir». Sténio Vincent mismo confirmaba este alegato: «En suma, el deudor aceptaba, *dije aceptaba* [subrayado en el texto], porque se trataba precisamente de saber si se puede hacer otra cosa que aceptar; dada la naturaleza de los compromisos anteriores, el deudor aceptaba pues la garantía excepcional y excesiva que se le demandaba».[9]

La correspondencia intercambiada entre la legación norteamericana y el Ministerio de Relaciones Exteriores muestra, en efecto, la intransigencia de la posición de Washington. La cancillería haitiana se apresuró a aceptar el dictado, ya que no estaba muy interesada en encontrar una solución que correspondiera a los intereses nacionales.

En los Estados Unidos, la crisis económica de 1929 repercutió en el plano político. En las elecciones de 1932, frente a Hoover, se presentó Roosevelt como candidato del Partido Demócrata.

[8] Antiguo bornoísta, que había combatido fuertemente en el pasado a los nacionales.

[9] Sténio Vincent: *En posant les jalons*, t. II, p. 142.

Los haitianos seguían con interés estas elecciones y manifestaban toda su simpatía hacia Hoover. Consideraban con aprensión el posible ascenso de Roosevelt a la presidencia. Colaborador muy activo de Wilson, había participado en la política del Big Stik como asistente del secretario de Marina. Por otra parte «la desocupación inmediata e íntegra de Haití» constituía la plataforma electoral de los partidos Republicano y Demócrata. Las elecciones tuvieron lugar en noviembre de 1932. El 22 de marzo de 1933 el presidente Roosevelt asumió el poder.

Desde 1928 el nuevo presidente había declarado:

> Ha llegado el tiempo en que no solo debemos aceptar ciertos hechos sino también los principios de una ley más elevada; el tiempo de una nueva y mejor aceptación de las relaciones internacionales. Es más justo que respetemos tales sentimientos en las otras naciones. El pueblo y las otras repúblicas de este hemisferio tienen derecho a estar orgullosos de su soberanía. Ha llegado el momento de pasar a otro capítulo.

Roosevelt en el poder quiso presentarse como el paladín de la nueva política de la Buena Vecindad. Debía definirse sin tardar con respecto a la situación haitiana.

En el Departamento de Estado algunos funcionarios, en particular los antiguos oficiales de la Marina (Craige, Russell, Evans), habían emprendido una verdadera campaña de denigración contra la república negra de Haití. Esta campaña se manifestó en la prensa, el cine (*White Zombi*, *Woodoo*); incluso la radio, con el apoyo y la complacencia de los financieros de Wall Street, abogaba por la prolongación indefinida de la ocupación.

Otra corriente mucho más fuerte reclamaba la desocupación íntegra e inmediata. Ya bajo la presidencia de Hoover, en diciembre de 1931, nueve asociaciones norteamericanas se habían reunido para presentar un memorando al presidente sobre la situación

haitiana. Después de la firma del tratado del 3 de septiembre de 1932, se desató una campaña a favor de Haití llevada a cabo por periódicos y revistas como *The Nation*, *Now York World*, *The Foreign Policy*, *New Republic*. También algunas personalidades y asociaciones, como la National Association for Advancement for the Colors Men, se levantaron para denunciar la situación haitiana y los acuerdos de 1931 y 1932.

El nuevo presidente reinició las negociaciones con las autoridades haitianas para llegar a una fórmula conciliadora. Esas negociaciones condujeron a la firma del tratado del 7 de agosto de 1933, entre Albert Blanchet y M. Norman Armour, diplomático norteamericano. Este nuevo tratado fue calificado por la prensa gubernamental como «una nueva fase del porvenir de nuestra nación».[10] Suscitó alabanzas en los periódicos gubernamentales y aun en la prensa independiente. Sin embargo, este acuerdo difería muy poco del tratado del 3 de septiembre. No fue sometido a la sanción de la Asamblea Nacional, donde hubiera sufrido la misma suerte;[11] en efecto, si bien preveía para 1934 la haitianización completa de las aduanas y de la administración general de las contribuciones, mantenía una tutela financiera aún más implacable. En esta ocasión la American Civil Liberties Union, grupo político muy importante en los Estados Unidos, envió una carta al presidente Roosevelt pidiéndole una reanudación de las negociaciones con el fin de mejorar la situación financiera resultante de este acuerdo. «La potencia norteamericana —argumentaba— no debe ponerse al servicio privado de los banqueros de Wall Street». El tratado parecía haberse firmado para asegurarle a los Estados Unidos una posición más cómoda en el seno de la Conferencia Panamericana de Montevideo que se iba a llevar a cabo en 1933. En esa conferencia, el secretario de Estado, Cordell Hull, propuso un pacto mediante el cual ningún Estado americano tenía el derecho de intervenir en los asuntos exteriores o internos de

[10] *L'Action Nationale*, 9 de abril de 1933.

[11] *Cf.* Dantès Bellegarde: *Histoire du peuple haïtien*, p. 109.

otro Estado americano. Este era, pues, la condenación del famoso «derecho de intervención», tan proclamado por los Estados Unidos en la fase de su imperialismo agresivo. El discurso del 28 de diciembre de 1933 de Franklin D. Roosevelt confirmaba los puntos de vista del secretario de Estado.

El Senado dirigió un despacho a la Conferencia de Montevideo para denunciar la «dictadura financiera establecida por el nuevo acuerdo». La delegación haitiana, presidida por Justin Barreau, entregó al secretario de Estado estadounidense un memorando ultimando las reivindicaciones de Haití ante los Estados Unidos. Hull prometió trasmitir el documento al Departamento de Estado para que las instrucciones pertinentes fueran notificadas a la legación de los Estados Unidos en Haití, en vista de una eventual revisión del acuerdo del 7 de agosto.

Los informes optimistas de Barreau a la cancillería haitiana, a su regreso de Montevideo, dejaban entender que Cordell Hull consentía en poner fin al control financiero en Haití. De inmediato el presidente Vincent lanzó un llamado oficial a Roosevelt para pedirle una revisión de las «“disposiciones financieras” del acuerdo del 7 de agosto que lesionen los atributos esenciales de la soberanía de la nación».

El presidente Roosevelt formuló una respuesta neta y categórica: «De no ser por esta obligación sobre la cual los portadores de títulos tienen el derecho de insistir, mi gobierno estaría muy dispuesto a poner fin inmediatamente a sus actividades financieras en los asuntos de Haití». Así, para defender los intereses de los acreedores norteamericanos, la tutela financiera debía continuar *sine die*.

Tal era la situación en 1934. El descontento popular había llegado a su nivel máximo. Un consenso general hacía considerar el acuerdo del 7 de agosto como un desastre. Ante la presión de la opinión pública y obligado a encontrar una salida para liquidar la explosiva cuestión de la partida de las tropas de ocupación, el presidente Vincent se embarcó para Washington el 22 de marzo de 1934.

En su proclama del 20 de mayo de 1934 informaba al pueblo que sus negociaciones con Washington se habían desarrollado en «una atmósfera de cordialidad y confianza». Para poner fin al control de las finanzas, el gobierno haitiano llegó al acuerdo de comprar el Banco Nacional. Si no «nos quedaría la dolorosa perspectiva de una hipoteca sobre nuestros derechos más vitales y de un control que se prolongaría hasta 1944». Este proyecto fue combatido vivamente por la oposición.

Poco tiempo después, el 12 de mayo de 1934, el gobierno firmaba con los propietarios del Banco Nacional un contrato mediante el cual el Banco Nacional se convertía en propiedad del Estado haitiano. Esta compra (un millón de dólares) debida a los buenos oficios de Roosevelt, «el buen vecino», iba a hacerse efectiva en mayo de 1935. El gobierno concluía la operación al contado, sacando el millón de sus reservas. Una vez más, como en los tiempos del consejero financiero, Haití prestó dinero a Wall Street, aun cuando el contrato de compraventa preveía la posibilidad de entregar el 45 % del monto de la operación en tres años, mediante la entrega semestral de 75,000 dólares.[12]

La gestión del nuevo banco, propiedad del Estado haitiano, quedaba en manos de capitalistas norteamericanos. Cuatro de los seis miembros del consejo de la administración fueron nombrados por el National City Bank como representantes de los portadores de títulos del empréstito de 1922. La «nacionalización» del banco en tales condiciones fue violentamente combatida por la oposición…, pero el jefe del gobierno defendía la *entente cordiale*: de hecho, la haitianización del banco se convirtió simplemente en un caballo de batalla de la propaganda oficial.

Habría que esperar hasta 1947 el rescate total de la deuda de 1922 para que el Estado haitiano fuera dueño del Banco Nacional.

Meses después del viaje del presidente Vincent a Washington llegó a Haití, el 5 de julio de 1934, en una breve visita de algunas horas, el presidente Franklin Delano Roosevelt. Teniendo en

[12] Joseph Chatelain: Ob. cit., p. 197.

cuenta la hostilidad, manifestada históricamente, del gobierno de los Estados Unidos para con Haití (ya que se negó durante sesenta años a reconocer la independencia de esa nación negra), así como el interés de América Latina por la política norteamericana con respecto a Haití, esta visita del mandatario cobraba un especial significado. Vino a consagrar la era de Buena Vecindad.

A su arribo al puerto de Cabo Haitiano, el presidente fue recibido con todos los honores por las autoridades haitianas y las fuerzas de ocupación. En su mensaje dio a conocer los motivos de la trascendental visita: el gobierno de los Estados Unidos había decidido retirar de Haití sus marines el 1ro. de agosto y haitianizar asimismo, para esa fecha, la Guardia. El 24 de julio fue firmado el acuerdo entre los gobiernos de los Estados Unidos y Haití disponiendo el retiro de los marines.

La alegría popular se desbordó cuando los contingentes de soldados y oficiales extranjeros se marcharon del territorio haitiano. Retirados los últimos marines, el presidente Vincent, en una emotiva ceremonia y en medio de los gritos delirantes de la multitud, reunida ese día en el Champ-de-Mars de la Capital, derribó la bandera norteamericana de los cuarteles Dessalines, izando en su lugar la bicolor de los fundadores de la patria.

El propio Sténio Vincent marcaba los límites y el espíritu de la desocupación, al declarar en su discurso:

> La historia se repite. Este segundo Vertières,[13] *más pacifico esta vez,* este Vertières de encajes, se desarrolla en el mismo cuadro que el primero, en medio de los mismos paisajes que vieron la última hazaña de nuestros próceres en noviembre de 1803.

[13] Sitio del norte del país donde tuvo lugar la batalla decisiva por la independencia nacional, el 18 de noviembre de 1803. El general en jefe del ejército napoleónico, Donatien Rochambeau, capituló frente a las tropas haitianas, lo que señaló la derrota definitiva de los franceses y la heroica terminación de la guerra patria.

CAPÍTULO XI
SALDO DE LA OCUPACIÓN Y EVOLUCIÓN RECIENTE EN EL MARCO DE LA DEPENDENCIA

Los diecinueve años de intervención militar de los Estados Unidos en Haití marcaron profundamente la vida nacional. Todo el desarrollo económico, político y social del país, posterior a este período, lleva el sello de esta ocupación, que trastornó en forma duradera los cimientos de la nación.

Entre los significados más relevantes de este impacto figuran cierto logro modernizador, el fortalecimiento de las estructuras de la dependencia, un reacomodamiento de las fuerzas sociopolíticas y la implantación de un sistema bastardo de «democracia representativa» que evolucionó, bajo los efectos de la crisis socioeconómica latente, hacia el fascismo duvalierista.

BARNIZ MODERNIZANTE, NO DESARROLLO

La ocupación originó un proceso de modernización que prestaba al país un barniz de civilización aparente. La élite tradicional mulata y ciertos núcleos de la incipiente clase media mulata y negra se incorporaron, en cierta medida, a los patrones de esa modernización. Los incipientes trabajos de urbanización, sobre todo en la capital, dieron la impresión de un cambio favorable

hacia el desarrollo. Es esta la época de construcción del Palacio Nacional, los cuarteles Dessalines, los palacios de Justicia y Legislativo, la Facultad de Medicina, etcétera. Además, se realizó la pavimentación de algunas avenidas, la instalación de un sistema telefónico y la renovación de algunas plazas públicas, y otros. Obras urbanísticas estas que hacían que Puerto Príncipe dejara de ser una «gran aldea».

También se procedió a reformar la administración pública con la creación de nuevas instituciones, renovación de otras y el adiestramiento de cuadros administrativos eficientes. Durante la ocupación se inauguró la Dirección General de Obras Públicas, dedicada a la construcción de puentes, carreteras, caminos vecinales y abastecimiento de agua potable a las ciudades; empezó a funcionar también el Servicio de Higiene y Asistencia Pública para el adiestramiento de enfermeras, el tratamiento de enfermedades endémicas y la creación de hospitales y clínicas rurales en las provincias. Tuvo lugar la apertura del Servicio Técnico de Agricultura (SAT), del que dependían las granjas escuelas experimentales… Además, el Ministerio de Hacienda (organismo de carácter técnico-administrativo) empezó a regularizar la vida financiera del país. Se reformó el servicio aduanal y el sistema de impuestos, lo que hizo más eficiente el funcionamiento de las finanzas públicas, superando el embrollo administrativo y financiero que caracterizó la vida en Haití durante la época anterior a la ocupación.

No está por demás insistir en el carácter superficial y utilitario de esta modernización, ya que los cambios ocurridos bajo la intervención dejaron intacta la estructura fundamental del país. El impulso urbanístico y la creación de instituciones administrativas de ninguna manera podían resolver los graves problemas económicos y sociales que padecía Haití. Las arcaicas estructuras agrarias permanecieron inalteradas. Solo se adoptaron cambios en la medida en que resultaban indispensables para asegurar el éxito de los inversionistas norteamericanos; pero, de hecho, fueron pocos

los cambios introducidos en la propiedad agraria. La tenencia de la tierra, como antes de 1915, se caracterizaba por una gran concentración de la propiedad en manos del Estado y de los terratenientes, mientras que se había incrementado el fraccionamiento de la propiedad campesina y la falta de tierra en el campesinado. En 1941, el agrónomo Schiller Nicolas (especialista en economía agrícola) estimaba las tierras del Estado en un 30 % del valor total de las tierras del país.[1]

Los despojos masivos a favor de los capitalistas norteamericanos aumentaron el número de campesinos sin tierra, llevando a la depauperación a las capas medias del campesinado.

Con la instalación de dos fuertes compañías iniciadoras del cultivo de plantaciones se introduciría, por otra parte, un nuevo elemento de modernidad. La empresa henequenera (la más importante del mundo en la época), conocida como Plantation Dauphin, y la Haytian American Sugar Co. (HASCO) promovieron el cultivo de productos tropicales sobre grandes superficies, creando una industria agrícola encaminada a la elaboración del henequén y la producción de azúcar. Así nació un sector capitalista innovador que introdujo el salario en el campo, contribuyendo a la formación de una clase de obreros agrícolas. No obstante, ese avance en las relaciones agrarias no logró impulsar, en forma significativa, el desarrollo capitalista. Su influencia quedó reducida al empleo de unos diez mil obreros, la mayoría de ellos temporeros, contratados al ritmo de las cosechas de caña o de henequén. La compañía Dauphin funcionó como el clásico «enclave colonial». Solo la industria azucarera estimuló las relaciones mercantiles al proveerse —además de la caña de sus plantaciones— de la de propietarios individuales; pero, en realidad, se acopló la estructura feudal dominante, la que de hecho no cambió.

Hay que mencionar también las vicisitudes por las que atravesaron dichos cultivos, originadas por las crisis de la economía

[1] *Cf*. Nicolas Schiller: *Les bases essentielles d'un redressement économique*, p. 23.

mundial capitalista; las de 1920-1921 y 1929-1933 en los Estados Unidos tuvieron repercusiones catastróficas en la industria azucarera haitiana.

Las relaciones de producción tampoco evolucionaron, en forma sensible, durante y después de la ocupación. Quedaron dominadas por el uso de la renta agraria en productos, por las relaciones de dependencia de los medianeros y peones con respecto al propietario de la tierra, y por el uso, casi inexistente, de la moneda en las relaciones de trabajo y su reducido empleo como medio de cambio. En un sector considerable del agro, tanto el Estado como los terratenientes ausentes siguieron percibiendo la renta de la tierra, sufragando con ello sus gastos de consumo y el mantenimiento de su estatus social.

Incluso la renta, pagada en efectivo por los pequeños arrendatarios, sobre todo al Estado, quedaba en definitiva como una forma disfrazada de la renta natural. Como lo señala Gérald Brisson, «el Estado parasitario y derrochador percibe bajo esa forma de renta todo el plus producto y aun una parte del producto necesario creado por el pequeño arrendatario en condiciones primitivas, y no soporta gasto alguno de producción».[2]

En 1933 se estimaba a los arrendatarios de tierras estatales en unos 11,086; aumentaron en 1943 a 35,506.[3] El Estado y los terratenientes recibieron en esta época, por concepto de renta, el equivalente de seis millones de dólares anuales.[4]

El peso de la renta de tipo feudal dentro de la economía global se acercaba al monto total de las exportaciones haitianas, que seguían siendo raquíticas, afectadas por el bajo volumen de la producción de bienes comercializados y las restricciones en la demanda (volumen y precios), a consecuencia de la crisis mundial capitalista. En el período 1932-1940, el total de las exportaciones

[2] Gérald Brisson: *Les relations agraires dans l´Haïti contemporaine*, p. 37.

[3] *Cf*. Jehan Dartigue y Edouard Baker: «La situation agraire dans Haiti», en *Caribbean Land Tenure Symposium*, Ob. cit., p. 317.

[4] Nicolas Schiller: Ob. cit., p. 11.

haitianas ascendía apenas a nueve millones de dólares anuales. Tan solo de un 40 a un 50 % de este monto llegaba hasta los productores campesinos, y la mayor parte era acaparada por el Estado, los especuladores y el sector exportador.

Así, los valores pagados por el campesinado a los terratenientes eran superiores a los recibidos por la venta de sus productos más comerciales. De esta relación se puede desprender, teniendo en cuenta el peso de la subsistencia en la economía agraria, que la renta feudal seguía predominando en la economía haitiana, no solo a nivel de la producción sino como categoría de cambio.

Ninguna obra de infraestructura, como la irrigación y la red de carreteras, fue emprendida para el conjunto de la agricultura. Las técnicas agrícolas siguieron siendo tan primitivas como antes, basadas en rudimentarios instrumentos manuales como el azadón, el machete, el pico, etcétera; seguían siendo desconocidos los instrumentos de tracción animal, como el arado y el abono químico.

La mecanización y algunos otros métodos técnicos solo tuvieron aplicación en el sector de plantación, único en el que se introdujeron algunos cambios tecnológicos; hecho que hizo más amplia aún la brecha entre ese sector y el de las herramientas anticuadas predominante en la economía agraria.

Por consiguiente, con los mismos patrones antieconómicos de apropiación de la tierra y métodos de cultivo y con las viejas relaciones de producción, no era extraño que la producción agrícola no registrara ningún aumento, excepto en los renglones correspondientes al azúcar y al henequén, los cuales presentaban, en el marco de la economía nacional, todas las características de enclaves coloniales, conectadas fundamentalmente con la economía metropolitana.

En esas condiciones, es concluyente que la ocupación norteamericana no logró desarrollar la agricultura capitalista, ni sentar las bases infraestructurales para establecer la industria. Tampoco originó un mercado de consumo que pudiera animar una

industria manufacturera; ni siquiera logró impulsar, en términos cuantitativos, las relaciones mercantiles con el capitalismo mundial. El sector mercantil, aun absorbiendo una cantidad importante de beneficios comerciales, no lograba empujar la economía global hacia una economía de mercado. Haití seguía siendo un país precapitalista, donde el raquítico sector capitalista estaba supeditado a la economía norteamericana y a las relaciones mercantiles con el capitalismo mundial; de reducido peso específico, en el conjunto de una sociedad en que continuaba imperando la economía de subsistencia y las relaciones feudales de producción.

DEPENDENCIA ESTRUCTURAL Y ESTRUCTURA DE LA DEPENDENCIA

Surge entonces la pregunta: ¿Por qué en Haití no se dio, como consecuencia de la ocupación norteamericana, un impulso hacia el desarrollo capitalista independiente, o incluso una mayor vinculación comercial del mercado haitiano con el mercado capitalista mundial, como ocurrió ya desde el siglo XIX en Cuba, República Dominicana, Puerto Rico y en la mayoría de los países latinoamericanos? ¿Sería (como se ha sugerido a veces) porque se trató de un país negro al que los Estados Unidos no quisieron impulsar?, o ¿porque, aun bajo el látigo de la ocupación, los haitianos fueron incapaces de asimilar la enseñanza civilizadora, utilitarista y desarrollista de los marines?

Si en materia de educación pareció evidente que consideraciones de tipo racista determinaron una actitud obstruccionista por parte de los ocupantes, no hay fundamento alguno en el campo económico para considerar que ocurrió lo mismo.

Los inversionistas conocen la ley única, la del beneficio máximo, y es sabido que el beneficio no tiene olor ni color. Si el volumen de las inversiones en Haití o el monto de las transacciones comerciales durante la ocupación fue raquítico, en relación con otros países, hay que buscar otros factores para explicar este fenómeno. Tampoco tiene base científica argüir motivos referentes a

la capacidad empresarial, administrativa y otras de los haitianos, ya que la iniciativa de la «empresa civilizadora» incumbía a los ocupantes, quienes disponían de condiciones técnico-institucionales óptimas para llevarla a cabo.

Un estudio comparado de la evolución histórica de Cuba, la República Dominicana y Haití hace resaltar la desigualdad del caso haitiano en el marco del Caribe, para no mencionar el marco latinoamericano. En el origen de su historia socioeconómica y política Haití independiente había heredado una economía totalmente quebrada, en donde todos los medios de producción habían sido destruidos (durante los trece años de la guerra patria) y los mismos agentes de la producción habían registrado una destrucción casi total. Esta primera república de América Latina —además negra—, al sacudir el yugo colonial, experimentó el ostracismo de las grandes potencias. Constituía un mal ejemplo para los otros países del continente, todavía reducidos a la esclavitud o al yugo colonial. Un «cordón sanitario» fue establecido alrededor del país por las potencias capitalistas. En un plano jurídico de igualdad, el gobierno de Jean-Pierre Boyer aceptó, a cambio del reconocimiento legal de la independencia de Haití por Francia, otorgar una cuantiosa indemnización a los colonos franceses que habían sufrido la pérdida de sus propiedades a raíz de la independencia.

Sin embargo, el nuevo reacondicionamiento de la producción y de la sociedad, surgido después de la destrucción del molde colonialista-esclavista, históricamente respondía a la necesidad tecnológica y económica de subsistencia de las masas (exesclavos, campesinos libres o siervos ligados a la gleba); respondían aún más a las exigencias de consumo y de mantenimiento de su papel de clase dirigente, la cual, si bien había heredado el estatuto dominante del antiguo amo, no había heredado su tecnología ni estaba integrada, como él, al sistema tecnológico y financiero de una metrópoli.[5]

Por más que las transacciones comerciales con el mercado mundial vinieran evolucionando desde el modelo autárquico de

[5] *Cf.* G. Pierre-Charles: Ob. cit., pp. 181 y ss.

los tiempos posteriores a la ruptura, hasta cierta fluidez en la segunda mitad del siglo XIX, esta vinculación resultaba sumamente débil. Haití no estaba incorporada al sistema tecnológico-monetario capitalista, en la medida en que ya lo estaban Cuba como colonia española, la República Dominicana y la mayoría de los países latinoamericanos fuertemente vinculados ya al mercado capitalista mundial. Esas circunstancias históricas objetivas constituyeron trabas o, en el mejor de los casos, no estimularon el desarrollo capitalista en Haití.

Cuba y la República Dominicana llegaron a la independencia y experimentaron los primeros pasos de su evolución socioeconómica en condiciones internacionales diferentes. Pudieron conservar gran parte de su infraestructura y los medios de producción correspondientes al período colonial, manteniendo además su integración comercial al mercado capitalista mundial como productores de tabaco, azúcar, etcétera. Desde 1868, la industria azucarera en gran escala se fue introduciendo en la República Dominicana.

En 1874, funcionaban ya grandes ingenios de caña.[6] En 1905, la ocupación de las aduanas en la República Dominicana incrementó las inversiones norteamericanas. A mitad del siglo XIX, comerciantes de Baltimore, Boston y Nueva York tenían ya inversiones en Cuba. En 1895, poco después de la guerra hispanonorteamericana, tenían invertidos en Cuba cincuenta millones de dólares. Desde 1898 a 1929, bajo el lema «Americanicemos a Cuba», entraron en las industrias del azúcar, del tabaco, de las minas, de los trasportes, de la banca, etcétera, y desarrollaron un capitalismo dependiente de la Isla.[7]

Así, durante la ocupación militar, los inversionistas extranjeros encontraron en estos países —lo que no existía en Haití— una infraestructura y un mercado más o menos desarrollado que les abría perspectivas ilimitadas de ganancia. A partir de estas bases

[6] Melvin Knight: Ob. cit, pp. 31-39.

[7] *Cf*. Julio Le Riverend: *Histoire économique de Cuba*, cap. XXI, pp. 205-214.

—sobre todo en Cuba—, desarrollaron en gran escala la industria azucarera y tabacalera, realizando de preferencia sus inversiones masivas durante la época de expansión de la economía estadounidense, es decir, antes de 1920.

Con la ocupación norteamericana de Haití quedaron casi intactas las bases estructurales del país. Sin embargo, la economía haitiana adquiere una nueva característica: su completa dependencia de los Estados Unidos. Haití recibió inversiones de tipo colonial en las plantaciones y los servicios. Los trusts extranjeros asumieron el control de las finanzas y norteamericanizaron la moneda; el comercio se orientó de forma fundamental hacia el mercado norteamericano. Con ello, la ocupación sentó las bases de la dependencia que define desde entonces las relaciones de dominación-subordinación entre los Estados Unidos, centro dominante, y Haití, dominado en provecho fundamental y exclusivo de los Estados Unidos.

Con el préstamo de 1922, hecho por el First National City Bank, la deuda exterior haitiana se desplazó de Francia —tradicional prestamista— a los Estados Unidos. Este empréstito y la práctica de toda clase de artificios financieros permitieron atar fuertemente al país y asegurar al mismo tiempo grandes beneficios a los inversionistas.

El Export-Import Bank había sido creado en 1934 por inspiración de las ideas del New Deal, en el marco de la política de Buena Vecindad, con el fin de promover el desarrollo de las economías latinoamericanas. En 1938, concedió su primer crédito para fines de desarrollo al gobierno haitiano, para la realización de grandes obras de infraestructura (drenaje e irrigación) que emprenderá la J. G. White Engineering Corporation, firma concesionaria norteamericana. Este empréstito era de cinco millones de dólares con un interés de un 5 % para pagar en diez años.

Estas obras, realizadas con financiamiento y bajo gestión financiera de un organismo oficial norteamericano, no resultaron

de provecho alguno para el país. La incompetencia, el embrollo administrativo y técnico, y los altos salarios a los expertos importados absorbieron el 39 % del préstamo, que dejó poca obra duradera.

Poco después, otra experiencia de empréstito extranjero puesto al servicio de la economía de plantación puso de relieve hasta qué punto las relaciones de dominación estaban inspiradas en una filosofía de saqueo y tendía a reacondicionar la organización de la producción según las necesidades y beneficios exclusivos de la economía dominante: en el año 1941, un nuevo préstamo de cinco millones fue otorgado por el Eximbank al gobierno haitiano para el cultivo de caucho, material estratégico requerido por la economía de guerra norteamericana para compensar las pérdidas de sus plantaciones en Malasia e Indonesia. Sesenta mil hectáreas, o sea, un 10 % de las tierras cultivadas en la época, destinadas al cultivo de los productos tradicionales, fueron concedidas a una sociedad norteamericana, la SHADA, para dicho cultivo. Esta experiencia fracasó estruendosamente, ya que el surgimiento, poco después, de las fibras sintéticas hizo improductiva la explotación del criptostegia.

Entre 1949 y 1953, la misma institución oficial norteamericana concedió un nuevo préstamo de cuarenta y dos millones de dólares para la construcción de una presa sobre el río Artibonite, el riego de cuarenta mil hectáreas en el valle del mismo nombre y la construcción de una central hidroeléctrica. Los trabajos quedaron parcialmente ejecutados en medio de un despilfarro de gigantesca proporción. La compañía concesionaria, la Knappen Tippet Abbett, designada por el Eximbank para llevar a cabo el proyecto, fue la beneficiada, mientras que las finanzas haitianas se quedaron más sólidamente supeditadas a la institución prestamista y las obras parcialmente ejecutadas.[8]

A raíz de la ocupación, la dependencia económica se manifestó también en el campo del comercio exterior, al entrar Haití en la

[8] G. Pierre-Charles: Ob. cit., cap. IV, pp. 187-190.

esfera exclusiva de los Estados Unidos. Ya desde el momento de consumarse la ocupación, el comercio exterior de Haití empezó a desplazarse hacia los Estados Unidos con más fuerza aún, ya que Francia estaba involucrada en la guerra. Al terminar el conflicto, las exportaciones haitianas volvieron a tomar el camino de los puertos franceses, mientras que sus importaciones provenían de los Estados Unidos. Con el advenimiento de la crisis mundial, Francia sintió la necesidad de corregir esta situación desfavorable para su balanza comercial. Cerró su mercado al café haitiano y en menor proporción a los demás productos, obligando a las exportaciones haitianas a volverse hacia el mercado norteamericano.

Un acuerdo firmado en mayo de 1935 concedía a los Estados Unidos los privilegios de que gozaba Francia. Con la segunda guerra mundial, la participación europea en las transacciones haitianas quedó reducida a lo mínimo. En 1943, Estados Unidos aseguraba el 93 % de las importaciones haitianas y el 90 % de las exportaciones. Esta relación se fue modificando después, al quedar los Estados Unidos como proveedores principales de los bienes manufacturados (57.3% en 1965), mientras aumentaban las exportaciones hacia Europa (40.9% en 1965).

Así, la balanza comercial de Haití favorable a la potencia dominante (14.6 % en 1965) junto a los beneficiosos dividendos de las compañías privadas estadounidenses y los intereses de la deuda pública, aseguraban a los Estados Unidos una balanza de capitales netamente favorable a sus relaciones con Haití.

La dependencia de la economía haitiana con respecto a los Estados Unidos implicó también la supeditación de la moneda haitiana. A partir de la reforma monetaria de 1919, que estableció la paridad de cinco *gourdes* por un dólar, Haití convirtió su moneda nacional en un apéndice del dólar norteamericano. Tal medida, sin lugar a dudas, estabilizó la *gourde* haitiana. Pero también representaba un lazo más de dependencia. Al no tener un sistema monetario nacional propio, Haití aceptaba renunciar a uno de los atributos esenciales de la soberanía. Haciendo hincapié en

lo anterior, el economista Édouard Estèvez escribía en 1954: «El régimen instaurado en 1919 representaba un sistema colonial contrario a todos los principios de base de la moneda en el mundo».[9]

Hecho todavía más significativo, el gobierno haitiano no podía, sin autorización, disponer de un solo centavo para los gastos públicos. En efecto, el Estado —en el marco de la Buena Vecindad— había comprado el Banco Nacional, propiedad del National City Bank, pagando por ello un millón de dólares. Esta institución, sin embargo, seguía funcionando bajo tutela norteamericana, ya que hacía falta «garantizar las obligaciones pendientes de la deuda de 1922».

Solamente en octubre de 1947, trece años después del retiro de los marines, el banco y, por consiguiente, el Estado haitiano consiguió lo que se llamó la «liberación financiera». El control financiero vino a tomar otras formas y fue asegurado por el Banco de la Reserva Federal de Nueva York y, a partir de 1961, por el FMI.

Con esta situación de dependencia, en el campo de la producción, del comercio, de las finanzas públicas, Haití era sencillamente un apéndice de Estados Unidos, vulnerable a todos los altibajos de la economía norteamericana. El gran *crash* de 1929 lo sacudió fuertemente. Pero mientras los Estados Unidos, con la dinámica propia del capitalismo y bajo la política de animación del New Deal, se reponían y entraban en la fase de recuperación, la economía haitiana manifestaba todavía una curva descendente, expresión de la crisis no superada de sus estructuras socioeconómicas.

También en 1940-1945, Haití sufrió, al igual que su metrópoli, todas las restricciones inherentes a la guerra. La euforia de la posguerra en Estados Unidos se reflejó, de forma casi mecánica, en las esferas de la circulación y de las finanzas sin lograr modificar las condiciones estructurales de retraso y bajo desarrollo de las

[9] Edouard Estèvez: «A propos de la quuestion d'unité monétaire en Haïti», en *Revue de la Société d'Histoire, de Géographie et de Géologie*, julio de 1954, vol. 25, no. 94, p. 7.

fuerzas productivas. El proceso de deterioro del mercado mundial de bienes agrícolas al terminar el conflicto de Corea produjo efectos depresivos y aceleró la crisis de las estructuras internas de la economía haitiana. Todo ello demostró que la dependencia con respecto a los Estados Unidos, lejos de promover el desarrollo, venía a ser una condición de antidesarrollo de exclusivo beneficio para la potencia dominante.

REACONDICIONAMIENTO SOCIOPOLÍTICO

La dependencia no se circunscribió a la esfera económica. Se manifestó en las relaciones sociales e instituciones políticas. Todavía más, como lo señala Octavio Ianni, analizando la realidad global latinoamericana, la dependencia se consolidó y se desarrolló mediante esas relaciones institucionales e ideológicas.[10]

Un reacondicionamiento del poder político en su organización era, pues, lógico para sentar la compleja red de relaciones de dominación-subordinación. En este sentido la ocupación representó una demarcación entre dos etapas de la evolución nacional, a tal punto que, al analizar dicha evolución, es inevitable referirse a antes o después de la ocupación.

EL ASENTAMIENTO EN EL PODER DEL ALA MULATA DE LA ÉLITE Y REVOLUCIÓN DEL ALA NEGRA DE LA OLIGARQUÍA

La característica más relevante —aún no preponderante—, y su notable influencia en la política interna posterior, fue el traslado del poder de la oligarquía negra a la mulata.

Las dos clases principales de la sociedad colonial preindependentista de Haití, definidas por su lugar en la producción, se diferencian además por el color de su piel: los colonos esclavistas eran blancos, y negros los esclavos traídos de África. Poco a poco se había ido creando una nueva clase intermedia, la de los liber-

[10] *Cf*. Octávio Ianni: *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, p. 57.

tos, formada de mulatos hijos del colono blanco y de la esclava, y de exesclavos negros. Esta clase gozaba de ciertos privilegios: sus miembros disponían por derecho de herencia de plantaciones y esclavos. Como clase poseedora, llegó incluso a competir económicamente con la de los colonos blancos.

Pero si, por una parte, sufría el peso del sistema, de los prejuicios y restricciones de tipo racial de la sociedad colonial, por la otra, profundos antagonismos la separaban de la masa de los esclavos.

Para romper el cuadro colonial y conquistar la independencia, *affranchis* y esclavos comprendieron que el éxito de la lucha dependía de su unión. Lo que se realizó durante la guerra patria. Pero era una alianza frágil, marcada por la tirantez y los conflictos durante todo el proceso de la lucha libertadora desde 1789.

Después de la independencia en 1804, ya que el ejercicio del derecho de propiedad había sido profundamente perturbado durante los años de guerra social, la clase intermediaria mulata quiso regresar a la posesión de sus bienes y reclamó asimismo, valiéndose de sus derechos de herencia, ciertas propiedades de los colonos. Ahí empezó la oposición entre jefes mulatos y jefes negros, exesclavos que argüían sus derechos de conquista. Por otra parte, los mulatos como clase, y algunos nuevos cuadros negros surgidos de la guerra patria, ocupando altas posiciones en la administración, el comercio y el ejército, vinieron a constituir una sólida oligarquía, mientras la masa negra era explotada sin piedad y marginada de la vida política.

Así, la incidencia de la cuestión racial marcó la evolución de la nación desde sus orígenes, y vino incluso a diluir los profundos o esenciales antagonismos económicos que existían entre el sector comercial-latifundista y burocrático mulato y aquel de los oligarcas latifundistas negros, fuertemente establecidos en la economía agraria.

Este antagonismo en el seno de la élite tomó la fuerza de una lucha continua por el poder, entre el sector mulato, más poderoso económicamente, y el negro, más dinámico en cuanto a su deseo

de participación en los privilegios sociales, llegando a ocultar el antagonismo entre la élite dominante negra-mulata y la masa de la población negra.

Como lo subraya el sociólogo haitiano Price-Mars, «la cuestión de los antagonismos de clase ligados directamente al color de la piel […] formó la estructura íntima de nuestros movimientos históricos».[11]

A fines del siglo XIX, la fracción negra de la élite llegó a tomar el poder, y lo conservó en medio de fuertes luchas internas contra la fracción mulata hasta 1915.

> El modelo de gobierno —escribe Price-Mars— formado por dos elementos permaneció intacto de 1804 a 1915. Cierto es que la carrera a la presidencia a menudo perturbó la homogeneidad aparente de la clase dirigente. Pero cuando la fortuna favorecía el éxito de tal o cual fracción disidente, esta se apresuraba siempre a resolver los problemas y a hacer entrar a los discordantes en el orden general; y la comedia continuaba […].[12]

Con la llegada de los norteamericanos, la situación cambió. La nominación de Sudre Dartiguenave, un mulato sureño, para la presidencia marcó un nuevo giro: el traslado del poder de los negros a los mulatos. «El aspecto más notable de este hecho —señala el profesor norteamericano Ludwell Lee Montague— no fue solo la elección de este presidente por los marines norteamericanos, sino que este era un mulato del sur, el primero en ser llevado a esta dignidad desde 1889».[13]

La influencia de este hecho se hará sentir mucho después que el último marine haya salido del suelo haitiano.[14] Después de Dar-

[11] Jean Price-Mars: *Lettre ouverte au Dr. René Piquion…*, p. 24.
[12] Ibídem, p. 45.
[13] Ludwell Lee Montague: Ob. cit., p. 29.
[14] *Cf.* James Fred Rippy: *Latin America…*, p. 440.

tiguenave, las elecciones sucesivas de Louis Borno y de Sténio Vincent, ambos mulatos, vinieron a asegurar el continuismo de la hegemonía mulata. Pocos negros ocupaban puestos ministeriales o siquiera puestos administrativos de cierta responsabilidad. Esta última realidad no se podía considerar como efecto del azar, sino como una política deliberada del ala mulata triunfante, política que contaba con el beneplácito de los marines racistas procedentes en gran parte del sur de los Estados Unidos. Durante el régimen de Élie Lescot (1943-1946), esta política promulata se fortaleció hasta un total monopolio del poder por parte de los mulatos. Este hecho suscitó un profundo resentimiento no solo en la oligarquía negra, sino también, y de manera exasperada, en la pequeña burguesía negra excluida del poder. Se convirtió en uno de los factores decisivos de movilización de las clases medias negras contra el régimen de Élie Lescot, confiriendo un contenido «colorista» muy pronunciado al movimiento democrático conocido como la Revolución de 1946.

La oligarquía negra, poseedora de tierras cafetaleras o bananeras en el *arrière-pays*, que controlaba además los circuitos de comercialización hacia el *hinterland*, aspiraba al poder político del cual había sido alejada desde la llegada de los marines.

A sus reivindicaciones se sumó todo el afán de participación en el poder de los sectores medios negros (profesionales, intelectuales) alejados de la función pública y de cualquier posibilidad de ascenso social, víctimas de discriminaciones sociales y «raciales».

Además, las grandes masas urbanas habían experimentado, a raíz de la segunda guerra mundial, grandes restricciones de bienes de consumo de primera necesidad (jabón, harina, aceite, etcétera), y fueron las primeras en sufrir las consecuencias de esa situación y de la subsecuente represión llevada a cabo por el régimen de Élie Lescot.

En estas condiciones, el movimiento revolucionario de 1946 se sitúa en la corriente de las reivindicaciones sociales de amplios sectores contra el ala mulata de la élite que tenía el monopolio

político. Fue, desde luego, la oligarquía negra, latifundista y comerciante, a la que se unieron los profesionales e intelectuales de la pequeña burguesía negra, la que aprovechó este movimiento para sentar sus intereses de clase. Tomaron el poder político con Dumarsais Estimé (1946-1950), con el lema de constituir una «burguesía negra» y de defender los intereses de las masas. Para cumplir con lo primero, pusieron los privilegios del poder al servicio de esta «burguesía». Pero como esta no tenía las características empresariales de una verdadera burguesía, sino más bien la de una oligarquía parasitaria, estos privilegios sirvieron tan solo para satisfacer los deseos de consumo suntuario reprimidos de estos sectores. Solamente una fracción mínima accedió a una posición importante en el comercio.

Esta «negritudización» de los grupos de poder dio impulso a la cultura popular, que tuvo acceso a los salones, a nivel folklórico, y a las esferas gubernamentales y nacionales… Coincidió con cierta aceleración de la conciencia política (constitución de sindicatos) o de participación política (formación de partidos o grupos políticos, desarrollo de ideas socialistas y populistas). Pero en definitiva la «promoción de las masas negras» se convirtió en una bandera demagógica para asentar el monopolio del poder por parte de esa burguesía política negra y sus incondicionales de las clases medias negras.

El gobierno de Paul Maglire (1951-1956) ensanchó las bases de la participación en el poder de la élite, llamando a la burguesía y a la oligarquía mulata a dividirse el pastel con sus colegas negros. La burguesía mulata, más empresarial, se fortaleció al punto de aspirar una vez más al poder en 1956 con Louis Dejoire.

La oligarquía negra, unida a las clases medias negras, ensanchadas considerablemente desde 1946, se levantaron bajo diversas banderas políticas, reclamando otra vez el poder de manera exclusiva.

François Duvalier, salido de estas clases medias negras, aliado y defensor de la oligarquía negra, se aprovechó de esta coyuntura en 1956-1957. Levantando otra vez la bandera de la

negritud, con el apoyo del ejército logra asentar su poder autocrático y asegurar en beneficio de la élite negra y mulata —y del imperialismo— la supervivencia del sistema socioeconómico construido por la ocupación.

EL MILITARISMO

En el momento de desocupar la zona del Caribe, teniendo en cuanta las diferentes condiciones de la República Dominicana, Nicaragua y Haití, los norteamericanos aplicaron una política distinta en esos países a partir de 1930. En los dos primeros llamaron, para tomar el relevo de los marines, a jefes militares y comandantes de las fuerzas armadas, como Anastasio Somoza y Rafael Leonidas Trujillo (después de los titubeos en el poder de Horacio Vásquez). En Haití, por el contrario, dejaron el poder a un brillante intelectual y político, el abogado Sténio Vincent. Sin embargo, este último hecho de manera alguna significaba la entronización real de un sistema de gobierno civil en Haití. El militarismo estaba presente con tanta fuerza como siempre, solo que había cambiado de fisionomía.

Todavía después de la llegada al poder de Vincent, en 1930, los militares yanquis no dejaron de dirigir la gendarmería: constituían más del 60 % de la oficialidad de este cuerpo, hecho que alarmaba a la opinión pública. Bajo la presión del movimiento nacionalista, en enero de 1932, el ocupante procedió a la «haitianización» de las fuerzas militares acantonadas en el centro del país (Departamento de Artibonite). Solo dos años después los oficiales haitianos vinieron a encabezar el mando del Departamento de Oeste (enero de 1934). Estas etapas preparan la llamada hatianización total.

El primero de agosto de 1934, el mayor general Clayton C. Vogel, comandante de la gendarmería, pasó al mando de este cuerpo al coronel haitiano Demosthènes P. Calixte. Pero el sur quedó bajo mando norteamericano hasta diciembre de 1934. En este momento los marines consideraban a los «oficiales nativos»

lo suficientemente adiestrados para garantizar el orden, sin asesoría: la gendarmería podía en efecto impedir el resurgimiento del *cacoísmo* y garantizar el funcionamiento del aparato colocado por la ocupación.

«La Guardia de Haití —escribe Lee Montgue— era más un cuerpo de policía que un ejército; pero las armas modernas y su adiestramiento hacían de ella la fuerza militar más eficiente que tuvo jamás la República».

Ya no existían en el seno de ese nuevo ejército conflictos internos, característica del período anterior a la ocupación. Constituía un cuerpo monolítico, compacto y con marcado espíritu militarista.

Una academia militar moderna empezó a funcionar en septiembre de 1930, organizada y dirigida por oficiales norteamericanos y siguiendo las reglas de la Academia Naval de los Estados Unidos. Empezó a formar oficiales de carrera según las normas de organización, disciplina y jerarquía de la Marina norteamericana. Algunos de sus instructores, jóvenes oficiales a la sazón, llegaron a tener fama mundial durante la segunda guerra mundial. Además, los más destacados oficiales fueron a especializarse, desde fines de la década de 1930, en West Point y otros centros militares de los Estados Unidos. Bien imbuidos de su papel y sus responsabilidades, estos oficiales constituían una capa privilegiada, con prestigio y autoridad ilimitada. Su formación técnico-militar era tan rigurosa que constituyó un rasgo típico del ejército haitiano todavía hasta fecha reciente, lo que contribuyó a estimular los instintos militaristas del trujillismo en la vecina República Dominicana.

A partir de su entronización como guardián del orden, la Guardia cumplía su finalidad: defender el *status quo*, mantener el régimen establecido y preservar el orden a toda costa. Estas tareas no resultaron difíciles de cumplir, ya que una de las primeras medidas tomadas por la ocupación había sido el desarme de la población. Los acontecimientos de 1929 proporcionaron a las autoridades la ocasión de recoger las pocas licencias para portar

armas y pistolas automáticas que existían todavía en las ciudades. Así, por primera vez en la historia de Haití, el pueblo —que desde 1789 disponía de armas para la conquista y la defensa formal de su libertad— quedó totalmente desarmado. Ello tuvo gran importancia en el desarrollo ulterior del país, al reducir todavía más la participación de las masas en la vida política.

Sténio Vincent, durante todo su período de gobierno, no desaprovechó jamás una oportunidad para recordar al ejército que le incumbía preponderante y exclusivamente un papel de «guardián del orden». Temeroso de que la ideología militarista, inculcada a la Guardia, removiera a sus integrantes hacia la política, exhortó muchas veces a los militares a que evitaran ponerse al servicio de causas partidistas con vistas a conquistar el poder. Fue particularmente explícito en la graduación de nuevos oficiales, en julio de 1933:

> Ya ustedes —subrayaba—, por su capacidad técnica, es decir, específicamente militar, van a reforzar la organización del ejército […] para mantener el orden interno y quizás asegurar la defensa nacional […]. Pero sobre todo, jóvenes oficiales, guárdense, como de la peste, de la política y de los políticos.

Estas declaraciones no pasaban de ser meras advertencias para evitar que el ejército se pusiera al servicio de los sectores de oposición.

Vincent gobernó con ella, consciente de que era su más fuerte sostén y la única institución capaz de amenazar su régimen. Y, en efecto, a los pocos años de la salida de los marines, el comandante de la Guardia, Demosthènes Calixte, intentó un golpe de Estado. Solo la habilidad del presidente y el apoyo de la alta oficialidad salvaron la situación. Desde esta época el ejército constituyó (hasta fecha reciente) la fuerza interna preponderante, siendo, además, la espina dorsal de la estructura de la dependencia y la

propagación en el tiempo y en el espacio de la Marina norteamericana en territorio haitiano. A partir de 1934 se convirtió en la fuerza determinante de la política haitiana.

DE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA A LOS TTM («TONTONS MACOUTES»)

El resultado más evidente de la intervención norteamericana fue, sin lugar a dudas, que imprimió cierta estabilidad a la vida política haitiana. Se dio por terminada la era de las agitaciones crónicas que conoció el país durante todo el fin del siglo XIX y principios del XX.

Nuevos factores intervinieron para revigorizar el viejo modelo político, modernizarlo, adaptarlo de manera eficiente al nuevo estatuto de dependencia.

Los Estados Unidos integraron a Haití en el sistema de subordinación política que venían imponiendo a toda América Latina. Remodelaron las instituciones estatales, introdujeron cambios en la organización social, lo que, junto a la monopolización del comercio exterior, la deuda externa, el control de los sectores más dinámicos de la economía y los acuerdos bilaterales de supeditación, cierra la compleja red de relaciones financieras, económicas, jurídicas e ideológicas que colocan a Haití en la esfera de la dominación imperialista. Con ello, Washington seguía ejerciendo, después de la salida de los marines, un control indiscutible sobre la vida política. Ningún paso podía ser dado por un gobierno haitiano sin el beneplácito del Departamento de Estado, que se imponía por presiones diplomáticas o económicas, maniobras o intrigas políticas, amenazas del garrote o de la zanahoria…; además, la clase dirigente, moldeada en los patrones de dependencia, reconocía ya todos los derechos al Tío y se comportaba más bien como un vasallo que como un socio, aún débil.

Sténio Vincent, por ejemplo, aspiraba en 1940 a un tercer mandato en la presidencia. Sin embargo, tuvo que renunciar a sus proyectos para conformarse a la decisión de Washington, que ya había

escogido al próximo mandatario de la nación: Élie Lescot, ministro plenipotenciario de Haití en Washington, agente declarado del dictador dominicano Trujillo. Élie Lescot era totalmente desconocido en el país, aun en los círculos políticos. Después de un corto período electoral, apenas de un mes, resultó electo presidente.

El Departamento de Estado tenía a su servicio, por otra parte, una institución interna: el ejército. Ya pertenecían al pasado los pronunciamientos frecuentes de los caciques o caudillo de la época anterior a la ocupación o las prácticas medievales del antiguo ejército formado de terratenientes, generales, jefes de plaza levantando tropas de *cacos* o semisiervos para asaltar el poder.

La fuerte centralización del ejército en la capital reducía mucho el peso de las provincias, que hasta entonces tenían una participación bastante grande en el juego político nacional. Además, la institución disponía de medios técnicos avanzados (sistema de comunicación por radio, aeroplanos, marina, etcétera) mucho más modernos.

Este ejército modernizado, disciplinado, cohesionado, se irguió en guardián del orden; se encargó de asegurar la prolongación de la presencia norteamericana en la vida política y en el sistema global de la dependencia. Se volvió el árbitro de las situaciones políticas delicadas.

En 1946, cuando la huelga estudiantil contra el gobierno de Élie Lescot se extendió en todo el territorio, volviéndose un movimiento nacional, con una vanguardia radical y popular, el ejército intervino inmediatamente para «evitar así la anarquía y el desorden». Constituido en Poder Ejecutivo, el 11 de enero de 1946, formó una Junta Militar (coronel Frank Lavaud, mayor Antoine Levelt y mayor Paul E. Magloire). Fue su primera participación activa y abierta en la política. Con esa junta, nuevos mecanismos de poder hacían su aparición en la escena política. Hasta los comienzos del gobierno de Duvalier en 1957, quedaron vigentes en la formación y el derrumbe de los gobiernos.

En agosto de 1946 las elecciones fueron realizadas bajo el control del ejército. En estas elecciones de segundo grado, la junta intervino como fuerza rectora, induciendo a diputados y senadores a dar su voto a Dumarsais Estimé. Esta experiencia hizo crecer la ambición política del cuerpo.

Depuso a Dumarsais Estimé en 1950. Después de constituirse otra junta, integrada por los mismos miembros de 1946, impuso en el poder a uno de sus integrantes, el coronel Paul E. Magloire. Al caer Magloire en 1956, a raíz de un amplio movimiento antirreleccionista, la fórmula Junta Militar no prosperó, porque el ejército salía algo desprestigiado por la experiencia Magloire. Sin embargo, constituyó la fuerza preponderante en los acontecimientos de 1956-1957 que llevó en definitiva al poder al doctor François Duvalier.

Así, desde el fin de la ocupación norteamericana el ejército, institución fuerte, identificada con la oligarquía agrourbana (negra o mulata), se convierte en elemento de decisión política, de arbitraje y conciliación en el seno de las clases dirigentes. Los mismos antagonismos que oponían a estos diferentes sectores tuvieron que buscar otros escapes y argumentos. Frente al nuevo acondicionamiento del aparato del poder, se hizo obsoleto el recurso a las armas para resolver discrepancias.

La vía electoral para el nombramiento de los «representantes del pueblo», el funcionamiento de los tres poderes, la legislación sobre los derechos ciudadanos y el reconocimiento del derecho a la existencia de ciertos grupos de presión (estudiantes, comerciantes, prensa), o incluso de la oposición, hicieron que Haití entrara en principio en el cuadro de la «democracia representativa», poniendo a funcionar los mecanismos idóneos —por lo menos en el plano legal— de este sistema.

Esta modernización dio al aparato de gobierno más eficiencia y cierto barniz democrático. Pero tanto en lo político como en lo económico se había levantado una fachada que no respondía a los imperativos de desarrollo socioeconómico de la comunidad haitiana ni a una democratización efectiva. La vieja violencia de

los grupos de poder de fin de siglo se había transformado en otra más organizada y más centralizada.

Las masas populares —campesinas o urbanas— quedaban totalmente marginadas. Las constituciones o leyes que garantizaban los derechos civiles eran letra muerta para más del 90 % de la población. La división de los poderes quedaba desvirtuada por la preeminencia o la omnipotencia del Ejecutivo. Los instrumentos de la legalidad eran los más flexibles y desechables a voluntad.

Ya durante el gobierno de Sténio Vincent estas deformaciones se habían manifestado sin equívoco…; fraudes electorales en los comicios de 1932, referendo de farsa en 1935, revocación de once senadores en 1939, voto de una nueva Constitución en 1935, que fue enmendada en 1939, etcétera. El poder personal se reforzó bajo la presidencia de Élie Lescot.

El corto período de Estimé (1946-1950) coincidió con una etapa de cierto democratismo, posterior a la Revolución de 1946. El general presidente Paul Magloire tenía toda la fuerza y el prestigio del ejército a su servicio exclusivo para fingirse demócrata y pretender el continuismo en 1956. Después de dos décadas de funcionamiento del sistema, surgió el totalitarismo fascista del gobierno de François Duvalier.

En definitiva, el sistema socioeconómico y político, minado hasta sus raíces a principios de siglo, recibe con la ocupación más vigor, lo que alarga su vigencia y beneficia sobre todo a la élite negra y mulata y a su amo imperialista.

Los sectores medios ampliaron sus bases con el desarrollo de la burocracia civil y militar y de las profesiones liberales. Pero el sistema no lograba satisfacer las reivindicaciones sociales, económicas e intelectuales de la gran mayoría de estos sectores medios ni ofrecerles siquiera trabajo y posibilidad de superación.

En cuanto a la gran masa, quedaba al margen de la maquinaria y la vida política, sirviendo apenas como clientela electoral.

Más que nunca nutría mediante los impuestos el parasitismo de las clases dirigentes, incorporadas en gran escala a los hábitos de consumo y lujo, propios del nivel de vida norteamericano. La oligarquía ejercía más que nunca un férreo «colonialismo interno», en cuyo marco trabajaba y producía el grueso de la población para el provecho de esa élite y de la clase media. El pueblo quedaba con sus problemas irresueltos, teniendo que enfrentarse a los problemas cotidianos de subsistencia, al trabajo forzado, a nuevos impuestos, despojos y represión, que elevaban a su grado máximo el fenómeno de marginalización política y la explotación socioeconómica.

La creación de un proletariado, particularmente rural, a pesar de que señalaba una nueva etapa de desarrollo con el surgimiento del sector capitalista, no tuvo en le época una influencia sociopolítica notable.

El sistema global instaurado y heredado de la ocupación no podía resolver la problemática del desarrollo, ni aun de la estabilidad política a largo plazo. Las estructuras arcaicas seguían imponiéndose en la conformación de la sociedad haitiana. Las nuevas estructuras de dependencia no llegaban a constituir las fuerzas motrices de un desarrollo capitalista dependiente. Un desajuste se estableció a largo plazo entre las estructuras socioeconómicas de la sociedad haitiana que no cambiaron y los mecanismos modernizados del poder. La evolución del país, acentuando el estancamiento económico, desembocó en distorsiones cada vez más grandes, por parte de las clases dirigentes, de esta democracia representativa. Este proceso que empezó en 1956-1957 culminó en un colapso de todo el sistema, haciendo inoperantes los nuevos mecanismos puestos a funcionar después de 1915. De ahí arranca y se ha desarrollado la dictadura duvalierista.

Esa crisis, caracterizada por la falta de dinamismo del sistema, la incapacidad de las clases dirigentes y de la institución dominante para promover el desarrollo y asegurar el pan a la

gran mayoría de la población e incluso un mínimo de participación política, pone en evidencia el fracaso de la intervención norteamericana en lograr su declarado intento de asegurar el progreso de la comunidad haitiana. Este impacto de las fuerzas exógenas logró, pues, postergar la crisis de las estructuras arcaicas de la sociedad haitiana; crisis que se volvió a manifestar con toda fuerza, expresando la necesidad histórica de una revolución profunda en Haití.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

FUENTES OFICIALES

Archivos del Departamento de Estado, citados en los pies de páginas como ADE/Documentos.

Documents Diplomatiques, affaires diverses, Imprimerie Nationale, Port-au-Prince, 1913-1921-1922.

Inquiry into Occupation and Administration of Haiti and Santo Domingo. Hearings Before a Select Committe on Haiti on Santo Domingo, United States Senate, 67th Congress, Government Printing Office, Washington,1922 (citado como *Hearing*).

Forbes, Cameron: *Special Report President's Commission for the Study and Review of Conditions in the Republic of Haiti*, Government Printing Office, Washington, 1930.

Financial Adviser: *Annual Report*, Government Printing Office, Washington, 1930.

General Receiver: *Annual Report*, Government Printing Office, Washington, años 1922 a 1930.

High Commissioner: *Annual Report*, Govbernment Printing Office, Washington, años 1922 a 1930.

Foreign Relations of the United States, Government Printing Office, Washington, años 1914 a 1939.

ONU: Mission en Haïti. *Repprt de la misión d'assistance technique des Nations unies auprès de la République d´Haïti*, New York, 1949.

LIBROS Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Balch, Emily Green: *Occupied Haiti*, Writers Pblishing Company, New York, 1927.

Beaubrun, Ardouin: *Étude pour servir à l´histoire d'Haïti,* Imp. Cheraquit, Port-au-Prince, 1925, vol. I; Imp. De Moquet, Paris, 1858, vol. VIII.

Beauvoir, Vilfort: *Le contrôle financier du governement des* Éstats-Unis *d'Ámérique sur la République d'Haïti*, Imp. Recuel Sirey, Paris, 1930.

Bellegarde, *Dantès: La résistance haitienne*, Editons Beauchemin, Montreal,1936.

_____: *Pour une Haïti heureuse*, ed. Cheraquit, Port-au-Price, 1927, vol. I; 1929; vol. II,1929.

_____: *Histoire du peuple haïtien*, Imp., J. de Gigord, Paris, 1938.

Bemis, Samuel Flagg: *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1944.

Benoît, Pierre: *Cents cinquante ans de commerce extérieur d'Haïti*, Institut de Statisques, Port-au-Prince, 1954.

Borno, Louis: *La crise morale: conférence fait au Musée du Petit Séminarie Collège le 10 may 1895*, Port-au-Prince, 1895.

Brisson, Gérard: *Les rélations agraires dans l'Haïti contemporaine, 1968.*

Buell, Raymond Leslie: «The American Occupation of Haïti», en *Foreign Policy Association. Informations Service*, 27 de noviembre-12 de diciembre de 1929, vol. 5, nos. 19-20, número especial.

Bulletin de la Ligue Haïtienne pour la défense des droits de l'homme et du citoyen, Port-au-Prince, años 1925 a 1928.

Castor, Suzy: *Une etape du cationalisme haïtien (1929-1934)*, tesis de licenciatura ENS, 1958, mimeografiada.

Calcott, Wilfrid: *The Caribbean Plicy of the U.S.A.*, The Johns Hopkins Prees, Baltimore, 1942.

Chatelain, Joseph: *La Banque Nationale, son histoire, ses problémes*, Collection sur Tricinquantenaire de l'Indépendance d'Haïti, Imp. Meld, Lausanne,1954.

Croakaert, Jacques: *La mediterranée américaine. L'expansion des Éstats-Unis dans la mer des Antilles*, Imp. Payot, Paris,1928.

Cuevas Cancio, Francisco: *Roosevelt y la Buena Vecindad*, Fondo de la Cultura Económica, México, 1954.

Dalencourt, François: *Précis méthodique d'histoire d'Haïti. 5 siècles d'histoire, 1492-1930*, Port-au-Prince, s.e., 1935.

Delorme, Démesvar: *La misère au sein des richesses. Réflexions diverses sur Haïti*.

Danache, Berthomieux: *Le président Dartiguenave et les américains*, Imprimerie de L'État, Port-au-Prince, 1950.

Dartigue, Jehan y Edouard Baker: «La situation agraire dans Haiti», en *Caribbean Land Tenure Symposium*, Caribbean Research Council, 1946.

Davis, Harold: *Black Domocracy. The Story of Haiti*, Mc Veah-The Dial Press, New York, 1938.

Désinor, Jean: *Tragédies américaines*, Imprimerie de l'État, Port-au-Prince, 1950.

Diederich, Bernard y Al Burt: *Papa Doc*, McGraw Hill, New York, 1969.

Dorsainvil, J. C.: *Historie d'Haïti*, Éditions Henry Deschamps, Port-au-Prince, 1958.

Douglas, Paul H.: «The American Occupation of Haiti», en *Political Science Quartely*, 1927, XLII.

Dunn, Robert W.: *American Foreign Investments*, Viking Press, 1926.

Faulkner, McGrave: *Historia económica de los Estados Unidos*, Editorial Nova, México, 1952.

Féquière, Fleury: *L'éducation haitienne*, Port-au-Prince, 1906.

Firmin, Anténor: *Mr. Roosevelt, président des* Éstats-Unis, *et la République d'Haïti*, Pichon et Durant, Paris, 1905.

Fletcher, Henry: «Quo vadis Haiti», en *Foreign Affairs*, 4 de julio de 1930, vol. 84.

Fred Rippy, James: *The Caribbean Danger Zone*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1944

_____: *Latin America: a modern history*, 1958.

Guillaine, Louis*: L'Amérique Latine et I'imperialisme américain*, Imp. Armand Colin, Paris, 1928.

Hazard, Samuel: *San Domingo Past and Present with a Glance at Haiti*, Harper and Brothers, New York, 1875.

Ianni, Octávio: *Imperialismo y cultura de la violencia en América Latina*, Siglo XXI Editores, 1971.

Janvier, Louis Joseph: *La République d'Haïti et ses visiteurs (1840-1882)*, Paris, 1883.

_____: *Les affaires d'Haïti*, Imp. Flammarion, Paris, 1885.

_____: *Les constitutions d'Haïti (1801-1885)*, Imp. Flammarion, Paris, 1886.

_____: *Du gouvernement civil en Haïti*, Imp. Bigot Frères, 1905

Jolibois, Joseph: *La doctrine Monroe*, Imp. Auguste Héraux, Port-au-Prince, 1933.

_____: *L'accord du 7 août*, Imp. Du Courrier Haïtien, Port-au-Prince, 1933.

Kelsey, Carl: «The American Intervention in Haiti and Dominican Republics», en *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Philadelphia, 1922, vol. 100.

Kernisant, Charles Emmanuel: *La République d'Haïti et le gouvernement démocrate de T. W. Wilson*, Port-au-Prince, s.e., 1919.

Kirkland, Edward: *Historia económica de los Estados Unidos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

Knight Melvin: *Los americanos en Santo Domingo*. *Estudio del imperialismo americano*, Imp. Listín Diario, Ciudad Trujillo, 1939.

Lansing, Robert: *Comission McCormick*, 4 de mayo de 1922.

Le Riverend, Julio: *Histoire économique de Cuba*, 1967.

Leconte, Vergniaud: *Henry Christophe dans l'histoire d'Haïti*, Imp. Berger Levrault, Paris, 1931.

Lenin, V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, s. f.

Leyburn, James: *The Haytian People*, Yale University, New Haven, 1941.

Link, Arthur: *La política de los Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Llyod, John Chester: *The Caribbean since 1900*, Prentice Hall, New York, 1936.

Madiou, Thomas: *Histoire d'Haïti*, Imp. Auguste Héreaux, Port-au-Prince, 1922, vol. II; Ed. Cheraquit, 1922, vol. III; Imp. J. Verrollot, 1904, vol. IV.

Marcellin, Frédérique: *La politique*, Imp. Kugelman, Paris,1887.

Mars, Jean Price: *Así habló el tío*, Casa de las Américas, La Habana, 1968.

_____: *Une étape de l'évolution haïtienne*, Imp. La Presse, Port-au-Prince, 1929.

_____: *La vocation de l'élite*, Imp. E. Chenet, Port-au-Prince, 1919.

Mayard, Constantin: *Circulaire du 5 juillet 1930. Pour soigner sa candidatura*, Imp. Pierre Noël, Port-au-Prince, 1930.

_____: *Discours programme*, Imp. Modèle, Port-au-Prince, 1930.

McCroklin, James: *History of the Garde of Haiti, 1915-1934*, United Sates Naval Institute, Annapolis, Maryland, 1939.

Metcalft, Clyde: *A History of the United States Marine Corps*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1939.

Millspaugh, Arthur: *Haiti under American Control, 1915-1930*, World Peace Foundation, Boston, 1940.

Montague, Ludwell Lee: *Haiti and the United States (1914-1938)*, Imp. Duke University, Durham, 1940.

Motherwell, Hiram: *The Imperialists*.

Moral, Paul: *L'économie haïtienne*, Imprimerie de l'État, Port-au-Prince, 1959.

_____: *Le paysan haïtien*, G. P. Maisonneuve et Larose, Paris, 1961.

Munro, Dana: *The United States and the Caribbean Area*, World Peace Foundation, Boston, 1934.

_____: *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean 1900-1921*, Princeton, 1964.

_____: *The Latin American Republics. A History*, Appleton Century Crofts, New York, 1960.

Nau, Maurice y Telhomme Nemours: *Code Domainal, 1804-1930*, Telhomme Nemours, Port-au-Prince, 1930.

Nearing, Scott y Joseph Freeman: *Dollar Diplomacy*, The Viking Press, New York, 1925.

Nicolas, Hogarth: *L'ocupation américaine. La revanche de l'histoire*, Industrias Gráficas, Madrid, s.f.

Oseguera Raúl: *Operación centroamericana*, *LS OK*, Editora Ibero-Mexicana, México, 1957.

Paul, Edmond: *Études politiques. Aperçu d'un plan de gouvernement*, E. Bernadet Cie., Paris, 1891-1892.

_____: *Haïti et l'intérêt français*.

Perkins, D.: *Hand off a history of the Monroe Doctrine*, Little Brown and Company, Boston, 1955.

Pierce, Phillip: *The compact history of the United States Marine Corps*.

Pierre-Charles, Gérard: *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, Cuadernos Americanos, México, 1965.

_____: *Radiografía de una dictadura*, Nuestro Tiempo, México, 1969.

Pierre-Louis, Damase: *Les mensonges d'une démocratie*, Presses Universitaires de France, Paris, 1933.

Price, Hannibal: *De la réhabilitation de la race noire para la Républic d'Haïti*, Port-au-Prince, 1900.

Price-Mars, Jean: *Lettre ouverte au d'René Piquion, directeur de l'École normale supérieure sur son manuel de la négritude,* Port-au-Prince, 1967.

_____: *Así habló el Tío*, 1990.

Renouvin, Pierre: *Histoire diplomatique*, Presses Universitaires de France, Paris.

Romain, Paul Th.: *L'organisation administrative américaine et l'administration haïtienne*, Imp. De L'État, Port-au-Prince, 1929.

Roumain, Jacques: *Analyse Schématique, 1932-34*, Éditions Avant-Garde, Port-au-Prince, 1963.

Sannon, Pauléus: *Coup d'ceil en arrière ou podrome de l'intervention américaine*, Port-au-Prince, s.e., s.f.

Schiller, Nicolas: *Les bases essentielles d'un redressement économique*, 1946.

Schmidt, Jr., Hans, R.: *The United States Occupation of Haiti, 1915-1934*, tesis de doctorado, microfilme, New Brunswick University, New Jersey, 1968.

Séjourné, Georges y Parceval Thoby: *Depossessions*, Imp. La Presse, Port-au-Prince, 1930.

Salser, Gregorio: *Sandino, general de hombres libres*, 2 t., Imprenta Nacional de Cuba, La Habana, 1960.

Sylvain, Geroges: *10 années de lutte pour la liberté*, s.e., s.f.

Thoby, Perceval: «Quiestions agraires 1888», en *Revue d'Histoire, de Géographie et de Géologie*, enero de 1952, no. 84.

Thomas, Alfred B.: *Latin America. A History*, MacMillan, New York, 1956.

Trouillot, Hénock: *Historiographie d'Haïti*, Instituto de Geografía e Historia, México.

Turnier, Alain: *Les Éstats-Unis et le marché haïtien*, Imp. St. Joseph, Montréal, 1955.

Vaval, Duraciné: *L'âme noire*, Imp. Aug. Héraux, Port-au-Prince, 1933.

Verschueren, J.: *Panorama d'Haïti*, 3 t., Editions Scaldis, Belgiques, 1948.

Vieux, Isnardin: *Études sur les convetions américano-haïtiennes*, Imp. Chenot, Port-au-Prince,1915.

Vincent, Sténio: *En posant les jalons*, Imp. de l'État, Port-au-Prince, 1939.

_____: *Paroles d'un bâtonnier*, Montréal, 1946.

Weldom, Johnson James: *L'autonomie d'Haïti*, Union Patriotique, Port-au-Prince, 1921.

Wirkus, Faustin: *Le roi blanc de la Gonâve*, Imp. Payot, Paris, 1932.

ANEXO

TRATADO ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y HAITÍ. FINANZAS, DESARROLLO ECONÓMICO Y TRANQUILIDAD DE HAITÍ. FIRMADO EN PUERTO PRÍNCIPE, EL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1915,[1] POR EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

UNA PROCLAMACIÓN

Por cuanto el decimosexto día de septiembre de mil novecientos quince fue concluido y firmado por sus respectivos plenipotenciarios en Puerto Príncipe un Tratado entre los Estados Unidos de América y la República de Haití, que tiene por objeto fortalecer la amistad existente entre los dos países, remediar la presente condición de los ingresos y las finanzas de Haití, mantener la tranquilidad de esa República, y realizar planes para su desarrollo económico y prosperidad, el original de cuyo Tratado, que está en idioma inglés y francés, es palabra por palabra como sigue:

PREÁMBULO

Deseando los Estados Unidos y la República de Haití confirmar y fortalecer la amistad existente entre ellos mediante la más cordial cooperación en medidas para su ventaja mutua;

[1] El texto original viene en inglés. Además, el espíritu del texto inglés dominaba en toda discusión entre autoridades norteamericanas y haitianas.

y deseando la República de Haití remediar la presente condición de sus ingresos y finanzas, mantener la tranquilidad de la República, realizar planes para el desarrollo económico y la prosperidad de la República y su pueblo;

y simpatizando plenamente los Estados Unidos con todos estos propósitos y objetivos y deseando contribuir en todas las formas apropiadas para su cumplimiento;

los Estados Unidos y la República de Haití han resuelto concluir una Convención con estos objetivos a la vista, y han designado plenipotenciarios con ese propósito;

el Presidente de los Estados Unidos a Robert Beale Davis, Jr., encargado de Negocios de los Estados Unidos;

y el Presidente de la República de Haití a Louis Borno, secretario de Estado para Asuntos Extranjeros e Instrucción Pública, los cuales, habiéndose mostrado mutuamente sus respectivos poderes, que fueron considerados en buena y verdadera forma, han acordado lo siguiente:

Artículo I. El Gobierno de los Estados Unidos, por sus buenos oficios, ayudará al Gobierno Haitiano en el apropiado y eficiente desarrollo de sus recursos agrícolas, minerales y comerciales y en el establecimiento de las finanzas de Haití sobre una firme y sólida base.

Artículo II. El Presidente de Haití, tras nominación por el Presidente de los Estados Unidos, designará un receptor general y cuantos ayudantes y empleados sean necesarios, los que recaudarán, recibirán y aplicarán todos los derechos aduanales de importación y exportación que afluyen a las diversas aduanas y puertos de entrada de la República de Haití.

El Presidente de Haití, tras nominación por el Presidente de los Estados Unidos, designará un asesor financiero, que será un funcionario adscrito al Ministerio de Hacienda, prestando el ministro una eficiente ayuda para poner en efecto sus proposiciones y tareas. El asesor financiero ideará un sistema adecuado de contabilidad pública, ayudará al incremento de los ingresos y a

ajustarlos a los gastos, investigará la validez de las deudas de la República, ilustrará a ambos Gobiernos referentemente a todas las deudas eventuales, recomendará métodos mejores para recaudar y aplicar los ingresos, y hará al ministro de Hacienda todas las demás recomendaciones que estime necesarias para el bienestar y la prosperidad de Haití.

Artículo III. El Gobierno de la República de Haití, mediante ley o decretos apropiados, proveerá el pago de todos los derechos de aduana al receptor general, y extenderá a la receptoría y al asesor financiero toda la ayuda necesaria y plena protección en la ejecución de los poderes conferidos y los deberes aquí impuestos; y los Estados Unidos, por su parte, extenderán una ayuda y protección similares.

Artículo IV. Tras la designación del asesor financiero, el Gobierno de la República de Haití, en cooperación con el asesor financiero, deberá cotejar, clasificar, ordenar y hacer una declaración completa de todas las deudas de la República, los montos, carácter, vencimiento y condición de las mismas, y el interés acumulado y el requisito de fondos de amortización para su pago final.

Artículo V. Todas las sumas recaudadas y recibidas por el receptor general deberán aplicarse, primero, al pago de los salarios y asignaciones del receptor general, de sus asistentes y empleados y los gastos de la receptoría, incluyendo el salario y los gastos del asesor financiero, cuyos salarios serán determinados por acuerdo previo; segundo, al interés y al fondo de amortización de la deuda pública de la República de Haití; y, tercero, al mantenimiento de la guardia civil a que se refiere el Artículo X, y luego, lo restante, al Gobierno de Haití para propósitos de gastos corrientes.

Al hacer estas aplicaciones, el receptor general procederá a pagar los salarios y las asignaciones mensuales y los gastos a medida que surjan, y el día primero de cada mes, según el calendario, pondrá aparte en un fondo separado la cantidad de las recaudaciones y los ingresos del mes anterior.

Artículo VI. Los gastos de la receptoría, incluyendo los salarios y las asignaciones del receptor general, sus asistentes y empleados, y el salario y los gastos del asesor financiero, no deberán exceder del cinco por ciento de las recaudaciones e ingresos por derechos de aduana, a menos de un acuerdo por los dos Gobiernos.

Artículo VII. El receptor general hará informes mensuales de todas las recaudaciones, ingresos y desembolsos al funcionario apropiado de la República de Haití y al Departamento de Estado de los Estados Unidos, cuyos informes deberán estar abiertos a la inspección y verificación en todo momento por parte de las autoridades competentes de cada uno de dichos Gobiernos.

Artículo VIII. La República de Haití no aumentará su deuda pública excepto mediante acuerdo previo con el Presidente de los Estados Unidos y no contraerá ninguna deuda o asumirá ninguna obligación financiera a menos que los ingresos ordinarios de que disponga la República para ese propósito, después de sufragar los gastos del Gobierno, sean adecuados para pagar el interés y proveer un fondo de amortización para el pago final de tal deuda.

Artículo IX. La República de Haití no modificará, sin previo acuerdo con el Presidente de los Estados Unidos, los derechos de aduana, de manera que se reduzca esta fuente de ingresos; y a fin de que los ingresos de la República sean adecuados para hacer frente a la deuda pública y a los gastos del Gobierno, para preservar la tranquilidad y promover la prosperidad material, la República de Haití cooperará con el asesor financiero en sus recomendaciones para el mejoramiento de los métodos de recaudación y desembolso de los ingresos y para nuevas fuentes de ingresos necesarios.

Artículo X. El Gobierno haitiano se obliga, para la preservación de la paz doméstica, la seguridad de los derechos individuales y la plena observancia de las provisiones de este Tratado, a crear sin demora una guardia civil eficiente, urbana y rural, compuesta por haitianos nativos. Esta guardia civil será organizada y

mandada por oficiales norteamericanos, designados por el Presidente de los Estados Unidos. El Gobierno haitiano revestirá a estos oficiales con la autoridad apropiada y necesaria y los respaldará en el desempeño de sus funciones. Estos oficiales serán reemplazados por haitianos a medida que, mediante un examen llevado a cabo bajo la dirección de un consejo que seleccionará el oficial principal norteamericano de esta guardia civil y en presencia de un representante del Gobierno de Haití, se les encuentre calificados para asumir tales deberes. La guardia civil que aquí se provee tendrá, bajo la dirección del Gobierno haitiano, la supervisión y el control de las armas y municiones, de los suministros militares y del tráfico de los mismos a través del país. Las altas partes contratantes están de acuerdo en que las estipulaciones de este artículo son necesarias para impedir la lucha de las facciones y las perturbaciones.

Artículo XII. El Gobierno haitiano conviene en ejecutar con los Estados Unidos un protocolo para el arreglo, por arbitraje o en cualquier otra forma, de todas las reclamaciones pecuniarias pendientes de corporaciones, compañías, ciudadanos o súbditos extranjeros a Haití.

Artículo XIII. La República de Haití, deseosa de un mayor desarrollo de sus recursos naturales, conviene en llevar a cabo y poner en ejecución las medidas que, en opinión de las altas partes contratantes, puedan ser necesarias para el saneamiento y el mejoramiento públicos de la República, bajo la supervisión y dirección de un ingeniero o ingenieros, que serán designados por el Presidente de Haití tras su nominación por el Presidente de los Estados Unidos y que serán autorizados para ese propósitos por el Gobierno de Haití.

Artículo XIV. Las altas partes contratantes tendrán autoridad para dar los pasos que sean necesarios a fin de asegurar el cabal logro de cualesquiera de los objetivos comprendidos en este Tratado; y, en caso de ocurrir la necesidad, los Estados Unidos aportarán una eficiente ayuda para preservar la independencia de Haití

y mantener un gobierno adecuado para la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual.

Artículo XV. El presente Tratado deberá ser aprobado y ratificado por las altas partes contratantes en conformidad con sus respectivas leyes, y las ratificaciones del mismo deberán ser intercambiadas en la ciudad de Washington tan pronto como sea posible.

Artículo XVI. El presente Tratado permanecerá en pleno vigor y virtud por el término de diez años, a contar desde el día del intercambio de las ratificaciones, y adicionalmente por otro término de diez años si, por razones específicas presentadas por cualquiera de las altas partes contratantes, no se ha cumplido aún a plenitud el propósito de este Tratado.

En fe de lo cual, los respectivos plenipotenciarios han firmado la presente convención por duplicado, en los idiomas inglés y francés, y han puesto en ella sus sellos.

Dado en Puerto Príncipe, Haití, el día 16 de septiembre del año de nuestro Señor de mil novecientos quince.

Robert Beale Davis Jr. (sello)
Encargado de Negocios de los
Estados Unidos

Luis Borno (sello)
Secretario de Estado de Relaciones Exteriores
y de Instrucción Pública

Y por cuanto el dicho Tratado ha sido debidamente ratificado por ambas partes, y las ratificaciones de los dos Gobiernos fueron intercambiadas en la ciudad de Washington, en el tercer día de mayo de mil novecientos dieciséis;

Ahora, por tanto, sépase que yo, Woodrow Wilson, Presidente de los Estados Unidos de América, he dado lugar a que dicho Tratado se hiciera público, a fin de que el mismo y todos los artículos

y cláusulas en él puedan ser observados y cumplidos con buena fe por los Estados Unidos y sus ciudadanos.

En testimonio de lo cual he puesto aquí mi mano y hecho que se pusiera el sello de los Estados Unidos.

Dado en la ciudad de Washington este tercer día de mayo en el año de nuestro Señor de mil novecientos dieciséis, y el Sello ciento cuarenta de la independencia de los Estados Unidos de América.

Woodrow Wilson
Por el presidente

Robert Lansing
Secretario de Estado

ACTA ADICIONAL ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y HAITÍ QUE EXTIENDE LA DURACIÓN DEL TRATADO DEL 16 DE SEPTIEMBRE DE 1915, FIRMADA EN PUERTO PRÍNCIPE, EL 28 DE MARZO DE 1917

Habiendo reconocido la República de Haití la urgente necesidad de un préstamo por un término de diez años, destinado al mejoramiento de su situación financiera y económica, considerando desde ahora esta necesidad como una razón específica susceptible de dar a la convención del 16 de septiembre de 1915 una duración de 20 años y deseando, en consecuencia, ejercer el derecho que ostenta por el Artículo XVI de esta convención;

Y los Estados Unidos de América, conformándose al Artículo primero de dicha convención y asegurando sus buenos oficios para el pleno cumplimiento de sus propósitos y objetivos;

Han decidido concluir un acta adicional a esta convención, con vista a facilitar una pronta realización del préstamo y a ofrecer a los capitalistas la seria garantía que reclaman de una ininterrumpida estabilidad, indispensable para el desarrollo de la riqueza de la República de Haití;

Y habiendo sido nombrados como plenipotenciarios,

Por el Presidente de los Estados Unidos de América,

El Sr. Arthur Bailly-Blanchard, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América,

Por el Presidente de la República de Haití,

El Sr. Louis Borno, secretario de Estado para Asunto Extranjeros y Culto Público,

Los que habiendo presentado sus respectivos plenos poderes y habiéndose hallado estos en buena y verdadera forma, han acordado lo siguiente:

Artículo I. Las dos altas partes contratantes declaran admitir la urgente necesidad de un préstamo por un periodo de más diez años en beneficio de la República de Haití como una de las razones específicas indicadas en el Artículo XVI de la convención del 16 de septiembre de 1915, y acuerdan fijar en 20 años la vida de dicha convención.

Artículo II. La presente acta deberá ser aprobada por las altas partes contratantes en conformidad con sus respectivos procedimientos establecidos, y las aprobaciones de aquella deberán ser intercambiadas en la ciudad de Puerto Príncipe, Haití, el día 28 de marzo de 1917.

(Sello) A. Bailly Blanchard.

(Sello) Louis Borno.

Constitución de la República de Haití, 12 de junio de 1918

[…]

Artículo 5. Se otorgará el derecho a poseer bienes raíces a los extranjeros residentes en Haití y a las sociedades organizadas por extranjeros con propósitos de residencia y de empresas agrícolas, comerciales, industriales y educacionales.

Este derecho cesará después de un período de cinco años a partir de la fecha en que el extranjero haya dejado de residir en el país o en que hayan cesado las actividades de dichas compañías.

[…]

Artículo 16. Todo el mundo tiene el derecho de expresar sus opiniones sobre todas las materias y de escribir, imprimir y publicar lo que piense. Los escritos no estarán sujetos a censura previa. Los abusos de este derecho serán definidos y castigados por la ley, sin limitar con ello en forma alguna la libertad de prensa.

[…]

Artículo 19. Se establece el juicio por jurado en todos los casos criminales y asimismo para las ofensas políticas y las ofensas cometidas por medio de la prensa.

Artículo 20. Los haitianos tienen el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas para discutir cualquier materia, con tal que cumplan las leyes que regulan el ejercicio de este derecho, pero no se requerirá autorización previa para este propósito.

Esta disposición no se aplicará a las reuniones en lugares públicos, las cuales permanecerán sujetas en todo los respectos a las regulaciones de la policía.

Artículo 21. Los haitianos tienen el derecho de unirse y de formar sociedades de acuerdo con la ley.

[…]

Artículo 26. No se añadirá ni se quitará nada de la Constitución por medio de leyes. La letra de la Constitución prevalecerá siempre.

[…]

Artículo 31. El Poder Legislativo será ejercido por dos asambleas: una Cámara de Diputados y un Senado, que formarán el cuerpo legislativo.

[…]

Artículo 40. Las dos cámaras se reunirán en Asamblea Nacional, en los casos establecidos por la Constitución.

Los poderes de la Asamblea Nacional serán limitados y no se extenderán a cualesquiera otros propósitos que no sean los especialmente asignados a ella por la Constitución.

[…]

Artículo 42. Las atribuciones de la Asamblea Nacional serán:

1. Elegir al Presidente de la República y administrarle el juramento constitucional.
2. Declarar la guerra, tras informe del Poder Ejecutivo.
3. Aprobar o rechazar tratados de paz y otros tratados y convenios internacionales.

Artículo 43. En los años de elecciones presidenciales regulares, la Asamblea Nacional procederá a la elección del Presidente de la República en el segundo lunes de abril y no llevará a cabo ninguna otra labor, permaneciendo en sesión permanente, excepto los domingos y días de fiesta, hasta que el Presidente haya sido electo.

[…]

Artículo 118. Se establecerá una fuerza armada, que será conocida como la Gendarmería, para preservar el orden, garantizar los derechos del pueblo y mantener un servicio de policía en las ciudades y el campo.

Esta será la única fuerza armada de la República.

[…]

Artículo 127. La presente Constitución y todos los tratados actualmente en vigor o que se concluyan de aquí en adelante, y todas las leyes que se decreten de acuerdo con esta Constitución o con estos tratados, constituirán las leyes del país, y se determinará su superioridad relativa mediante el orden en que aquí se mencionan.

Se mantendrán hasta que sean formalmente abrogadas o enmendadas todas las provisiones de las leyes que no sean contrarias a las provisiones de esta Constitución o a los tratados actualmente en vigor o que se concluyan de aquí en adelante, pero serán y permanecerán abrogadas aquellas que sean contrarias a esto.

Artículo 128. Las enmiendas de la Constitución deben ser adoptadas por mayoría de votos de todos los electores de la República. Cada una de las dos ramas del Poder Legislativo, o del Presidente

de la República, a través de un mensaje al Poder Legislativo, pueden proponer enmiendas a la presente Constitución.

Las enmiendas propuestas no estarán sujetas a ratificación popular hasta después de su adopción por una mayoría de dos tercios de cada cámara legislativa en sesión separada.

Estas enmiendas serán entonces publicadas inmediatamente en el *Moniteur*.

Por espacio de tres meses antes de la votación de las enmiendas propuestas, cada magistrado comunal fijará sus textos en los principales lugares públicos de la comuna y se imprimirán y publicarán dos veces al mes en los periódicos.

En la siguiente sesión bienal de las asambleas primarias, se someterán a votación, una por una, mediante sí y no, en secreto mediante votación separada, las enmiendas propuestas, y aquellas enmiendas que hayan obtenido la mayoría absoluta de votos en todo el territorio de la República devendrán una parte integrante de la Constitución desde el día en que se reúna el Cuerpo Legislativo.

ARTÍCULO ESPECIAL

Todos los actos del Gobierno de los Estados Unidos durante su ocupación militar de Haití son ratificados y validados.

A. Ningún haitiano estará sujeto a procesos civiles o criminales por razón de cualquier acto ejecutado en virtud de órdenes recibidas durante la ocupación o bajo su autoridad.

Los actos de los tribunales militares no estarán sujetos a revisión, sin perjuicio, sin embargo, del derecho de indulto.

Los actos del Poder Ejecutivo realizados hasta la promulgación de la presente Constitución son igualmente ratificados y validados.

TÍTULO VIII. PROVISIONES TRANSITORIAS

Articulo A. La duración del mandato del ciudadano Presidente de la República en el momento de la adopción de la presente Constitución deberá llegar a su fin el 15 de mayo de 1922.

[…]

Artículo C. La primera elección de miembros del Cuerpo Legislativo después de la adopción de la presente Constitución deberá tener lugar el 10 de enero de un año par.

El año será fijado por un decreto del Presidente de la República, publicado por lo menos tres meses antes de la reunión de las asambleas primarias.

La sesión del Cuerpo Legislativo entonces elegido se llevará a cabo en la fecha constitucional que siga inmediatamente a la primera elección.

Artículo D. Un Consejo de Estado, creado de acuerdo con los mismos principios que los del Decreto del 5 de abril de 1916, y compuesto por 21 miembros distribuidos entre los diferentes departamentos, ejercerá el Poder Legislativo hasta que se constituya el Cuerpo Legislativo, en cuya fecha cesará de existir el Consejo de Estado.

Artículo E. Se suspenderá la inamovilidad de los jueces por un período de seis meses a contar desde la fecha de la promulgación de la presente Constitución.

INFORME DE LA COMISIÓN PRESIDENCIAL PARA EL ESTUDIO Y LA REVISIÓN DE LAS CONDICIONES EN LA REPÚBLICA DE HAITÍ

26 DE MARZO DE 1930

(Extractos)

No hay lugar a duda de que Haití, bajo el control de la ocupación norteamericana, ha hecho grandes progresos materiales en los pasados quince años.

Ciertamente, la mayor parte de lo realizado se llevó a cabo en los últimos ocho años, porque hasta que pudo enderezarse la desastrosa y complicada situación financiera mediante la flotación del empréstito de 1922, no se pudo emprender una política constructiva.

La comisión desea consignar sus altos encomios del general Russell por su sincera y honesta devoción para los intereses de Haití tal como él los concibiera, por su infatigable labor y por sus pacientes y denodados esfuerzos para poner orden en el caos y reconstruir una maquinaria gubernamental en gran parte destruida por años de abuso, incapacidad y anarquía. Desde la ocupación, el gobierno haitiano, especialmente bajo el presidente Borno, con la guía y asistencia de los funcionarios norteamericanos a su servicio, tiene un magnífico récord de logros…

[…]

La comisión se sintió decepcionada ante la evidencia recibida de la falta de reconocimiento, por parte de los intereses haitianos educados y cultos, de los servicios que les han prestado la ocupación y su propio Gobierno. Entre muchas docenas de testigos solo uno o dos hicieron una mención favorable de los logros de su administración.

Debe esperarse que el pueblo haitiano llegue a comprender en el curso de los próximos seis años que su propio ilustrado interés requerirá que se mantenga este ritmo de progreso, particularmente en el aspecto de la salud pública y las obras públicas, especialmente los caminos.

Bajo la ocupación norteamericana —y con su consentimiento— se disolvieron las Cámaras Legislativas en 1918 y, mediante la interpretación de una nueva Constitución, adoptada bajo su égida, no han vuelto a reunirse desde entonces. El país ha sido gobernado por un Presidente y un Consejo de Estado, que ejercen, bajo la dirección de oficiales norteamericanos, la autoridad legislativa.

El autogobierno local ha desaparecido también en gran medida. Las municipalidades y comunas importantes son regidas por comisionados nombrados por el Presidente. Los miembros del Consejo de Estado mismo han sido nombrados y relevados por él. El Consejo de Estado, bajo la autoridad legislativa que le fuera conferida por la Constitución de 1918, ha ejercido los poderes de una Asamblea Nacional en la elección del Presidente.

El pueblo de Haití, desde la disolución de la Asamblea Nacional por el presidente Dartiguenave, no ha tenido representantes elegidos popularmente en el control de su Gobierno. La ocupación norteamericana ha aceptado —si no ha alentado en realidad— este estado de cosas. Ciertamente, estas circunstancias permitían que se instituyeran reformas y se aplicaran medidas gubernativas de un modo más fácil, y así fue hecho.

Los actos y las actitudes de los funcionarios del Tratado le dieron a vuestra comisión la impresión de que se basaba en el supuesto de que la ocupación continuaría indefinidamente. En otras

palabras, sus planes y proyectos no parecen haber tenido en cuenta que su labor concluiría en 1936, y la comisión se sintió decepcionada al hallar que la preparación de los haitianos en cuanto al adiestramiento político y administrativo había sido inadecuada.

La comisión no se hace ilusiones en cuanto a lo que puede ocurrir en Haití después de la convocatoria de la Asamblea Legislativa electa y, en mayor medida, después de la retirada completa de las fuerzas de los Estados Unidos. El Gobierno de Haití, antes de la intervención norteamericana, era, hasta donde pudo saber la comisión, más democrático y representativo de nombre que de hecho. Los diputados y senadores eran, según se informaba a la comisión, más a menudo escogidos por el Presidente que elegidos por el pueblo.

La comisión no está convencida de que los cimientos para un gobierno democrático y representativo sean ahora lo bastante amplios en Haití. La opinión pública educada y la minoría que sabe leer y escribir son tan pequeñas que cualquier gobierno formado en estas circunstancias está expuesto a convertirse en una oligarquía. Los pocos que saben leer y escribir muy a menudo miran los cargos públicos como un modo de ganarse la vida. Hasta que la educación no amplíe la base de la estructura política —una cuestión de años— el gobierno será necesariamente más o menos inestable y estará en constante peligro de trastornos políticos.

La comisión es de la opinión de que los pasos progresivos dirigidos a la retirada de la asistencia que ahora presta la ocupación norteamericana deben tomarse en teoría y comprendiendo que el presente Tratado permanecerá en vigor hasta 1936, y en el entendido de que se podrán hacer en cualquier momento aquellas modificaciones que las circunstancias requieran y que los Gobiernos acuerden. Es demasiado pronto para sugerir en qué forma deberá liquidarse la ocupación norteamericana al expirar el Tratado o en qué forma deberá suministrarse la ayuda y asistencia ulteriores que el Gobierno haitiano pueda desear de los Estados Unidos. Esto puede decidirse más prudentemente a la luz de la experiencia de los próximos años.

[…]

Es obvio que después de la retirada de las fuerzas norteamericanas, el ordenado funcionamiento del Gobierno haitiano dependerá en gran medida de la eficiencia y la disciplina de la Guardia.

Se ha realizado bien y a conciencia el primordial y principal deber de la Guardia: el mantenimiento de la ley y el orden. En opinión de la comisión, no se ha efectuado, sin embargo, tan rápidamente como debió hacerse el reemplazo de los oficiales norteamericanos de la Guardia por haitianos, contemplado en el Tratado…

[…]

El programa de haitianización radica en el departamento de la marina de guerra y los cuarteles del cuerpo de infantería de marina en Washington, los que, retirando a los oficiales de la marina de guerra y de la infantería de marina en servicio de la Guardia haitiana, pueden dar lugar a la promoción de haitianos. La selección de los oficiales retirados y promovidos debe dejarse al comandante de la Guardia de Haití. Aunque la disciplina y la eficiencia sufran temporalmente, la comisión cree que, indudablemente, sufrirán más demorando esta reforma.

[…]

La comisión cree que, cuando se haitianice la Guardia, sería aconsejable hacer alguna provisión para la promoción y el retiro ordenado y para protegerse contra las promociones por influencia política.

Los logros financieros de la administración norteamericana son notables. Se ha establecido un moderno sistema presupuestario puesto al día, con preauditoría, que es uno de los últimos y más efectivos recursos para el manejo exacto, económico y expedito de las cuentas.

Algunos testigos que aparecieron ante vuestra comisión criticaron el manejo financiero del Gobierno y hasta llegaron a acusar de irregularidades en conexión con ello. Muchos se quejaron de que se les mantenía en ignorancia sobre cómo se recaudaba y

gastaba su dinero. Esto muestra que no han leído los cuidadosos informes emitidos por el asesor financiero tanto en inglés como en francés. Tampoco mencionó ninguno de los testigos el hecho de que seis auditores de la Oficina del Contralor de los Estados Unidos hicieron un exhaustivo análisis de todas las cuentas del Gobierno, las cuales fueron halladas correctas, excepto en cuanto a ciertos errores y ajustes muy menores, rectificados entonces.

Se han balanceado cuidadosamente los ingresos y los egresos, con un margen conservador de ingresos por encima de los gastos, resultante en un superávit del tesoro en crecimiento regular…

Se ha cuidado el servicio de la deuda pública, pagándose de los ingresos varios millones de dólares del principal de aquella, más que la cantidad requerida por el plan de amortización. La prudencia de esta medida está sujeta a duda; pudo ser mejor reducir la tributación, especialmente el impuesto por exportaciones, y dejar que la deuda se cancelara en su término normal, conservando así más dinero en el país, donde la experiencia ha demostrado que se necesita mucho.

Poco a poco la ocupación norteamericana ha extendido su intervención a las operaciones financieras de Haití, hasta el punto de que ahora el 60% de los ingresos se gastan bajo la supervisión norteamericana, incluyendo el servicio de la deuda pública.

La comisión cree que no se debe considerar como una asignación redonda el máximo de un 5 % de los ingresos del Gobierno permitido para cubrir el costo de la Receptoría General, sino como una limitación dentro de la cual debe operar el receptor. La Comisión recomienda que las apropiaciones desembolsadas por los servicios del Tratado de Haití se presupuesten tan detalladamente como las apropiaciones para los servicios públicos regulares del Gobierno haitiano.

Hay abundantes pruebas de que ha habido una gran mejoría en la salud pública desde la ocupación. El servicio de salud pública nacional goza de la confianza y la aprobación del público en

grado desusado. Las calles de las ciudades están bien barridas; se eliminan las basuras y los detritus; se inspeccionan los mataderos; y se hace un honesto esfuerzo para controlar la polución del suelo y para proporcionar agua potable. La Gendarmería tiene un buen servicio médico. Las cárceles están limpias y tienen servicios sanitarios, y se ha mejorado grandemente la salud promedio de los presos. Los hospitales están bien administrados, y se brindan servicios médicos y quirúrgicos de alto grado. Se dispone de una maquinaria para el control de las epidemias y para prevenir la introducción de enfermedades del exterior. Todo el mundo puede tener auxilio médico a través del vasto sistema clínico rural, aun en los lugares más remotos del país. Se dispone para todos los casos necesarios de diagnósticos basados en resultados de laboratorio. Los oficiales médicos navales de los Estados Unidos, asistidos competentemente por monjas haitianas y francesas, han dirigido y en gran parte realizado la labor médica y de salud.

Se han dado pasos para suministrar adiestramiento que permita a los haitianos asumir la dirección de todo el servicio nacional de salud pública. En vista de la importancia de robustecer al pueblo haitiano debilitado por las enfermedades, se recomienda hacer posible que el Gobierno de Haití aproveche a los oficiales médicos de la marina de los Estados Unidos para que sirvan como asesores después que expire el presente Tratado. Sería también deseable emplear algunos médicos norteamericanos que no sean oficiales de la marina para asegurar un ejercicio más prolongado y la continuidad del servicio. Mientras tanto deben prolongarse las asignaciones a los oficiales médicos de la marina de los Estados Unidos y al cuerpo hospitalario, de modo que el pueblo de Haití pueda disponer por el mayor tiempo posible de la experiencia obtenida en el idioma, las costumbres y las condiciones.

A menos que se den estos pasos, es de temer que pueda deteriorarse el servicio médico y que se pierda el terreno ganado con tanto sacrificio y esfuerzo.

[…]

Han surgido fricciones en varias ocasiones entre los tribunales haitianos y los funcionarios del Tratado norteamericano porque, por una parte, los tribunales se han negado a hacer cumplir o han obstruccionado la ejecución de ciertas medidas administrativas y porque, por otra parte, los funcionarios del Tratado se han negado a obedecer las órdenes del tribunal sobre la base de que el Tratado es la ley del país y que su observancia y los organismos por él establecidos no pueden ser obstruccionados o interferidos por el Poder Judicial. La cuestión suscitada es delicada, pero llega al corazón de nuestras relaciones en el Tratado con Haití, recomendando la comisión que, en caso de un futuro conflicto de autoridad en esta esfera, se arregle el asunto mediante negociaciones directas y amistosas entre los dos Gobiernos.

La comisión ha señalado la insatisfactoria administración de la justicia haitiana y la necesidad de reformar el sistema con salarios más adecuados y métodos más modernos, pero como este es un asunto que el pueblo haitiano debe decidir por sí mismo, la comisión cree que no es de su competencia expresar opinión alguna. Si ha de asegurarse un gobierno estable después de la retirada de la ocupación, la cuestión del Poder Judicial deberá recibir cuidadosa consideración.

[…]

Una acusación que se esgrime con persistencia contra la intervención norteamericana concierne a la inserción en la Constitución de 1918 de un artículo que concede a los extranjeros el derecho de obtener títulos de propiedad de tierra haitiana. Es evidente que el cambio ha producido mucha irritación y recelo. Desde el inicio de la República en 1804, los haitianos han excluido consistentemente a los extranjeros del derecho de poseer bienes raíces y, ante tal tradición, fue desafortunado haber hecho alterar la política de la tierra bajo los auspicios norteamericanos. La comisión recomienda que, en caso de que el pueblo haitiano desee enmendar esta provisión, nuestro gobierno no haga objeción a ello, limitándose meramente a ver que se respeten los

derechos y títulos adquiridos bajo la presente Constitución —los cuales son comparativamente pocos. La comisión no encontró ningún caso en que los norteamericanos se aprovecharan indebidamente de la cláusula que permite a los extranjeros, bajo ciertas restricciones, la adquisición de bienes raíces.

[…]

Ha sido el objetivo de la ocupación norteamericana tratar de ampliar la base del proletariado articulado, para ir así hacia una democracia más sólida y, en última instancia, suministrar un gobierno más representativo en Haití. De ahí su labor en la educación, en la sanidad, en los medios de comunicación tales como caminos, teléfonos, líneas telegráficas y rutas postales regulares. La élite, naturalmente, considera estas cosas de importancia secundaria, porque ve en el ascenso de una clase media una amenaza para la continuación de su propio liderazgo.

El que la ocupación no lograra comprender los problemas sociales de Haití, su brusco intento de implantar la democracia allí de un plumazo, su determinación de establecer una clase media —no importa cuán prudente y necesario pueda parecerle a los norteamericanos—, todo esto explica por qué, en parte, no se han realizado las grandes esperanzas de nuestras buenas obras en esta tierra.

RECOMENDACIONES

El personal de algunos de los servicios son oficiales seleccionados en la marina y el cuerpo de infantería de marina. La comisión halla ciertas dificultades inherentes en conexión con esto. Los oficiales navales son destacados por un período de tres años; toma dos años aprender el idioma y familiarizarse con las condiciones, y es obvio que hombres sujetos a una comisión tan corta no pueden ser, por la naturaleza de las cosas, los más eficientes.

La comisión recomienda:

(1) Que la comisión de los oficiales navales y de la infantería de marina para todos los servicios en Haití se haga por un mínimo de cuatro años y que se hagan esfuerzos para asegurar que los norteamericanos convengan en continuar empleados en estos servicios, de modo que, a la expiración del Tratado, se disponga de una fuerza de doctores, ingenieros y funcionarios policíacos norteamericanos para continuar la asistencia al Gobierno haitiano, si entonces este la desea;

(2) Que, si es posible, se urja cierta forma de una asignación continua para que el Gobierno haitiano emplee una política que provea fondos suficientes para mantener todos los caminos existentes en adecuada reparación antes que se emprenda ninguna nueva construcción; asimismo, con respecto a futuras construcciones que, hasta que haya pasado la presente depresión económica, solo se emprenda la construcción de los caminos más urgentemente necesarios para desarrollar regiones ya establecidas y en cultivo;

(3) Que los Estados Unidos no interponga ninguna objeción a una moderada reducción de los derechos de aduana, a los impuestos de rentas internas, especialmente a los impuestos al alcohol y al tabaco, o a una reducción o eliminación del impuesto de exportación al café, si lo permite la condición de la Tesorería.

(4) Que se sugiera al Gobierno haitiano que emplee un asesor norteamericano en cada departamento administrativo del Gobierno para realizar el trabajo que el ministerio respectivo del gabinete pueda delegar en él, dando estos funcionarios experta asesoría y asistencia al Gobierno haitiano, similar al dado por los funcionarios norteamericanos en China, Siam y Nicaragua, para asuntos navales en Brasil y para asuntos educacionales en Perú.

(5) Que, como acto de gentileza por parte de los Estados Unidos, se asigne una suma moderada durante la continuación del Tratado para sufragar el costo de los funcionarios civiles norteamericanos al servicio del Gobierno haitiano;

(6) Que se efectúe el nombramiento de un agregado militar a la Legación cuando llegue el momento en que un ministro reemplace al alto comisionado, ya que la cuestión de la preservación del orden es de primera importancia y el ministro debe tener la ventaja de su consejo en asuntos militares y policíacos;

(7) Que el Gobierno de los Estados Unidos construya inmediatamente un edificio adecuado para su Legación en la ciudad de Puerto Príncipe, para brindar una residencia adecuada al ministro norteamericano y las oficinas apropiadas.

Pasos subsiguientes

Conforme a vuestras instrucciones de seguir pasos subsiguientes a tomar con respecto a la situación haitiana, vuestra comisión ofrece los siguientes:

(1) Que el Presidente declare que los Estados Unidos aprobarán una política, en la elaboración de cuyos detalles deberán ayudar los funcionarios de los Estados Unidos en Haití, que provea una haitianización cada vez más rápida de los servicios, con objeto de tener haitianos experimentados en todos los departamentos del Gobierno, listos para asumir la plena responsabilidad a la expiración del Tratado existente;

(2) Que al retener a los funcionarios ahora en el servicio haitiano, o al seleccionar a nuevos norteamericanos para emplear allí, se tenga el mayor cuidado en preferir solo a aquellos libres de intensas antipatías raciales;

(3) Que los Estados Unidos reconozcan al Presidente provisional cuando este sea elegido, siempre que la elección esté de acuerdo con el convenio logrado por vuestra Comisión con el presidente Borno y los líderes que representan la oposición;

(4) Que los Estados Unidos reconozcan al Presidente electo por la nueva legislatura, actuando como Asamblea Nacional, siempre que no se haya empleado en las elecciones ni la fuerza ni el fraude;

(5) Que a la expiración de la gira de servicio por Haití del general Russell, y en cualquier caso no antes de la toma de posesión del Presidente permanente, quede abolido el cargo de alto comisario y se nombre un ministro que no sea militar para asumir sus deberes así como los de representante diplomático;

(6) Que entrañe o no cierta pérdida de eficiencia, se encargue al nuevo ministro en Haití el deber de llevar a cabo la más pronta haitianización de los servicios, establecida en la declaración del Presidente de los Estados Unidos que arriba se recomienda;

(7) Que, por no encontrar la comisión aconsejable la retirada inmediata de los infantes de marina, recomienda su retirada gradual, de acuerdo con arreglos que deberán hacerse en futuros convenios entre los dos Gobiernos;

(8) Que los Estados Unidos limiten en definitiva su intervención en los asuntos haitianos a aquellas actividades de asistencia norteamericana previstas por el Tratado o por un acuerdo específico entre los dos Gobiernos;

(9) Que se encargue al nuevo ministro el deber de negociar con el Gobierno haitiano modificaciones adicionales del Tratado existente y acuerdos que estipulen una intervención menor en los asuntos internos de Haití y que definan las condiciones bajo las cuales los Estados Unidos prestarán su asistencia en la restauración del orden o el mantenimiento del crédito.

Sometido respetuosamente.

W. Cameron Forbes,
Henry P. Fletcher,
Elie Vezina,
James Kerney
W. A. White.